



**EL OTRO
INGLESSES**

Una noche. Dos corazones rotos.
La pasión de sus vidas.

ILSA MADDEN-MILLS

Phoebe

ILSA MADDEN-MILLS

EL OTRO INGLES

Traducción de María José Losada



Phoebé

Título original: *Filthy English*

Primera edición: enero de 2019

Copyright © 2016 by Ilsa Madden-Mills

Published by arrangement with Bookcase Literary Agency and RF Literary Agency

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-25-2

BIC: FRD

Ilustración y diseño de la portada: CalderónSTUDIO

Fotografía: Dragosh Co/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

«Dame a mi Romeo, y, cuando él muera,
hazlo tuyo y compártelo en pequeñas estrellas.
Y la faz del cielo se verá tan embellecida por él
que el mundo entero se enamorará de la noche
y no volverá a rendir pleitesía al sol resplandeciente».

Julietta

Romeo y Julieta

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

1

REMI

Era una mierda de noche, simple y llanamente.

Por desgracia, debía haber sido la de mi luna de miel.

Suspiré hondo y miré a mi alrededor: me encontraba en Masquerade, un club nocturno de Londres donde la tenue iluminación conseguía que la atmósfera resultara íntima, y donde todos los presentes llevaban máscaras de dominó negras, unas más elaboradas y otras más sencillas, para ocultar su identidad. Algunos, los más frikis, incluso llevaban ropajes medievales con capas largas y sueltas.

Yo no era de esas. Me había ataviado de forma más moderna, con un sensual vestido azul muy corto y unos *stilettos* de diez centímetros, lo que hacía que mi altura llegara casi al metro ochenta. Sí, soy la valquiria enmascarada, la del vestido azul, la más alta de todas las chicas presentes, y también más alta que algunos chicos.

Me mordí el labio inferior mientras miraba a mi alrededor. Mis ojos saltaban aleatoriamente de un rostro a otro en aquel ambiente lleno de humo. Me sentía muy sola, lo que no era de extrañar, ya que mi novio se había esfumado.

Me había abandonado.

De acuerdo, Hartford Wilcox, también conocido como «el señor ejemplar gilipollas» de la universidad de Whitman, en Carolina del Norte, me había abandonado dos semanas antes del día de la boda, mientras cenábamos en nuestro restaurante italiano favorito, Mario's.

Éramos historia, como los teléfonos de prepago y los vaqueros de cintura alta.

Él cumplía todos los puntos de mi lista del hombre perfecto, salvo por lo rápido que se corría y por tener el pecho demasiado velludo, pero había pasado por alto esos puntos porque creía que las relaciones sexuales lentas, apasionadas y alucinantes no eran para tanto.

En serio.

Había tenido ese tipo de sexo hacía tiempo, muchísimo tiempo.

Y ese tipo de pasión puede abrirte en canal y arrancarte el corazón del

pecho.

No quería volver a encontrarme nunca con ese tipo de ~~amor~~ lujuria.

Mi mejor amiga, Lulu, que me había acompañado a Londres en el último minuto, me dio golpecitos con el dedo mientras nos sentábamos delante de la sólida barra de madera del club.

—Eo... Tierra llamando a Remi... Haz desaparecer esa mirada vidriosa de tus ojos y pide ya una copa. Tengo sed.

«Alcohol».

Asentí. No era plan de perder el tiempo.

—¡Joder! Aquí los hombres están más calientes que un soplete —agregó con su cadencioso acento sureño. Se ahuecó el pelo rosa, que llevaba cortado como un paje, y se alisó el tutú negro.

Era evidente que estaba «a la caza del hombre modo *on*», como debería estar yo.

Asentí a medias mientras estudiaba las botellas que había detrás de la barra.

—Quiero tequila —dije.

Se volvió hacia mí con expresión de horror.

—¿Qué? Ya sabes lo que te pasa cuando bebes esa mierda. O te comes una tonelada de tacos y vomitas o te lías con un bastardo arrogante con un buen culo.

Hice una mueca. El velludo Hartford tenía un trasero impresionante del que, probablemente, estaba beneficiándose alguna universitaria afortunada.

Se me escapó la risita. Una de esas risas «estoy hecha polvo, pero quiero fingir que todo va bien» que había estado soltando durante los últimos días. Porque las dos últimas semanas había oscilado entre una ser una plañidera y una mujer cabreada, tan cabreada que «¡joder!» era la única palabra que me parecía apropiada para todas las situaciones. Al ir a correos a enviar las tarjetas de anulación de la boda «Me ha dejado, pero gracias de todas formas», ¡joder! Al ir al salón donde íbamos a celebrar la boda y no recuperar la fianza de diez mil dólares, ¡joder! ¡Joder! Al darme cuenta de que me había quedado sin casa para el semestre de otoño, que comenzaría dentro de dos semanas, ¡joder!

Por supuesto, mi madre decía que todo era culpa mía.

Bajé la vista y me di cuenta de que había vuelto a caer en el viejo hábito de hacer girar el brazalete de diamantes que me rodeaba la muñeca como si estos fueran cuentas del rosario.

«Tienes que seguir adelante, Remi».

El camarero se acercó a nosotras; era un hombre alto y delgado con barba y el brazo lleno de tatuajes de rosas. Se presentó como Mike antes de preguntarnos qué queríamos tomar. Lulu pidió, como era habitual, un martini de manzana.

Yo, una botella de Silver Patrón. «Olvido, allá voy».

—Va a ser tu muerte —murmuró Lulu mientras me bebía el primer chupito y lamía la lima que Mike me había dado. Me estremecí mientras tragaba, frunciendo la cara ante aquel sabor ácido.

—¿A qué sabe? —me preguntó mi amiga, mirándome.

—A mala decisión —repuse, limpiándome la boca con una servilleta—. Pero me lleva a donde quiero. Dame quince minutos y hasta me pondré a bailar.

Ella soltó un sonido que fue mitad risa mitad resoplido.

—Mentirosa...

Ya. Al bailar parecía un pez boqueando fuera del agua.

Bebí otro trago mientras se acercaban dos chicos y se ponían a hablar con Lulu. Apenas los miré. Lulu casi se desmayó cuando nos pidieron que bailáramos con ellos.

—Venga, Remi, vamos a divertirnos —me suplicó Lulu mientras miraba con nostalgia la pista de baile antes de volver a clavar los ojos en mí. Los chicos ya estaban allí, haciéndonos gestos para que nos uniéramos a ellos.

—Dentro de un segundo estaré con vosotros. —Seguramente no iría.

Ella hizo un mohín.

—Estás mintiendo.

—Sí. Pero no te preocupes por mí. —Dejé a un lado el mal humor para señalar la botella de tequila—. Además, este chico y yo tenemos una cita.

Me lanzó una sonrisa triste.

—Vale. Eso sí, si te gusta algún chico, ve a por él. No quiero que te quedes toda la noche en este taburete pensando en el peludo Hartford. Ya sabes lo que dicen: «un clavo saca otro clavo».

Después de que se fuera, jugueteé con el brazalete mientras reflexionaba para mis adentros. Gruñí por lo bajo al recordar que Hartford me había jurado que me amaría para siempre y había roto conmigo delante de un plato de lasaña. Bloqueé ese pensamiento intentando que mi mente se desviara hacia recuerdos mejores. Pensé en su amabilidad y en su carácter pacífico, en su

facilidad para anticiparse a todas mis necesidades, su buena planta típicamente americana...

«¡Oh, por el amor de Dios, Remi, ya basta de mierda sentimentaloides!», me grité.

Lulu tenía razón. Necesitaba un hombre, alguien que fuera diametralmente opuesto a Hartford...

Me quedé boquiabierta al ver el hermoso ejemplar masculino que pasaba junto a mí, y por «hermoso» me refiero a un tipo tremendamente sexy con la constitución de un muro de ladrillos.

Apreté los labios con fuerza y me ajusté la máscara de terciopelo, a pesar de que las molestas plumas que la adornaban se me pegaban al lápiz de labios rojo. Me volví un poco para comprobar que era tan atractivo como me había parecido. Se sentó en un taburete, a mi lado; alto y ancho, con hombros musculosos y una figura recia.

Me vino a la mente *Whatta Man*, de Salt-N-Pepa.

Me miré en el espejo de detrás de la barra para revisar mi aspecto, mientras analizaba mentalmente las posibilidades de que una chica del montón como yo se ligara a un macizo como él.

Aunque nadie me habría considerado un bombón, tenía dos —bueno, más bien tres— cosas a mi favor para que los chicos se fijaran en mí. Una melena de color dorado casi cobrizo que me llegaba por los hombros, unos voluptuosos «morritos», como los describía Lulu, y, por último, el pequeño espacio entre los dientes delanteros, los cuales, de no existir ese hueco, tendría perfectos. Lulu afirmaba que ese hueco me daba un aspecto exótico, como a Madonna o a Sookie Stackhouse, la protagonista de *True Blood*. Y siendo fan de esa serie como era, me llegaba con eso.

El chico volvió la cabeza hacia mí.

Luego, con rapidez, miró hacia otro lado.

«¡Joder!». Acababa de desperdiciar una buena ocasión para captar su atención.

Se movió en el taburete, inclinándose más hacia mí. El olor de su colonia flotaba en el aire: un caro deje a whisky y almizcle, que se combinaban para crear un aroma embriagador y algo peligroso. Aquella fragancia despertó en mí un recuerdo lejano que me puso la piel de gallina.

«Conozco ese perfume...».

Pero lo que mi nariz reconocía no conectaba con mi cerebro.

Con la mayor sutileza que pude, estudié su perfil de arriba abajo. Al igual que yo, llevaba una máscara negra, y, aunque la suya era más masculina, no ocultaba una mandíbula cincelada de estrella de cine. Poseía unos labios carnales de aspecto delicioso, el de abajo más grueso que el de arriba y con una hendidura en el medio; mientras lo observaba, se lo lamió con la lengua y se lo mordisqueó como si estuviera sumido en sus pensamientos. Se pasó una mano por el cabello oscuro, largo y despeinado, y mantuvo los dedos enterrados en el pelo durante unos segundos, aunque luego se lo soltó, lo que hizo que cayera de nuevo en su lugar con un atractivo desorden.

Perfección masculina hasta en el último pelo.

Aparté los ojos.

Había algo en él que me hacía sentir señales de advertencia en cada átomo de mi cuerpo.

«Peligro. Peligro. No lo toques. O serás aniquilada con un rifle M16 que apunta directo a tu corazón».

Pero no pensaba negarme el placer de admirar aquella camisa negra ceñida a un pecho musculoso que, sin duda, era producto de un gimnasio hasta bajar a un brazo que parecía capaz de romper una tabla en dos.

«Buenos bíceps, señor Macizo».

El punto fuerte era el tatuaje en forma de libélula que lucía en el brazo izquierdo, más grande que mi mano y de vívidos colores azules y naranjas. Tracé el contorno del diseño con la mirada, desde las alas transparentes a los ojos multifacéticos. El insecto estaba delimitado por una audaz línea negra que le daba un aire muy masculino.

«Una pasada».

Por supuesto, yo no tenía ningún tatuaje —mi madre me hubiera matado—, pero era uno de mis anhelos secretos. Mi parte más artística los admiraba en el resto de la gente, en especial cuando representaban a algo con alas. Seguramente porque era una chica a la que gustaban las aves y que algún día obtendría un doctorado en ornitología.

¿Me doctoraría en él esta noche?

«¡Sí! —dijo mi cuerpo—. Vete a por el señor Macizo, ¡hazlo tuyo!».

Sin duda resultaba ser el polo opuesto a Hartford, que era rubio y muy esbelto y no tenía tatuajes.

Me mordisqueé una uña.

«¿Y cómo le hago notar mi disponibilidad?».

En ese momento, una pelirroja con el pelo cardado a lo Farrah Fawcett se sentó en el taburete que él tenía del otro lado; refulgía como el cobre y llevaba una minifalda blanca ajustada que apenas le cubría las nalgas.

La miré mientras se pasaba el pelo por encima del hombro. Luego bajó un dedo por el brazo del macizo y empezó a hablar con él. Movi6 las largas pestañas postizas, que de alguna manera había conseguido que no se le quedaran pegadas con el rímel, e hinchó el pecho, levantando las bien desarrolladas tetas.

Capté lo que era aquel gesto al instante.

«El clásico ritual de apareamiento».

Incluso los flamencos estiran el cuello y se aproximan con pasos pequeños a la pareja que han elegido. Ella era como un ave con la cabeza roja avanzando bajo la luz de la luna en aguas poco profundas. Uno de los cortejos más geniales de la naturaleza.

«¿Por qué yo no logro hacerlo?».

Él se inclinó hacia ella y sonrió con picardía; el lenguaje corporal del macizo indicaba que se creía que era el tipo más sexy del club. Ella le susurró algo al oído, plantándole los pechos delante de la cara, pero él no le respondió lo que ella quería escuchar, porque unos segundos después se cruzó de brazos, me lanzó una mirada de desdén y se alejó.

La chica parpadeó.

«¿Qué le he hecho yo...?».

Luego, él se volvió hacia mí y me lanzó una sonrisa devastadora.

A mí.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

Joder... Habíamos hecho un contacto visual, a pesar de la claustrofóbica máscara.

«Pero espera un momento...».

Aquello era una locura.

Porque si ese tipo había rechazado a esa chica, no se iba a fijar en mí.

No era capaz recorrerle el brazo de forma insinuante con los dedos mientras me pasaba el pelo por encima del hombro con un movimiento sexy. Ni lograba que las tetas estuvieran a punto de salirse del vestido.

Todo el mundo que me conocía era consciente de que yo no sabía ligar. Ni en un millón de años. Hartford solo me había invitado a salir porque me había tropezado con sus piernas cuando salía de estudiar de la biblioteca.

Ese recuerdo me hizo sentir un pinchazo en el corazón.

«¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida! Estúpida yo, estúpida noche y estúpidos todos los hombres. Olvídate del señor Macizo. Olvídate de Hartford. Olvídate de todo».

Di un golpe en la barra e intenté que alguien me llevara más lima.

Por fin, Mike, el barbudo tatuado, vio que movía la mano. Mantuve el brazo levantado para que me viera. Sonrió, realizó una señal de aprobación y, en cuanto terminó con la persona a la que estaba atendiendo, me trajo varios trozos de lima.

—Entonces... ¿eres americana? —me preguntó, inclinándose sobre el mostrador.

—Elemental... —Lo señalé haciendo un gesto con la barbilla—. ¿Británico?

—Elemental —repuso con una sonrisa.

Me sirvió otro chupito y me lo bebí de golpe; luego chupé la lima y dejé el vaso en la barra. Un chupito más y me estaría moviendo al ritmo de aquella alocada música *techno*, que ni siquiera me gustaba.

—Quizá no deberías beber más —murmuró Mike, que seguía revoloteando a mi alrededor.

—Si hubieras vivido las últimas semanas que he pasado yo, también querrías emborracharte.

Dejó pasar mis palabras sin responderme y se acarició la barba mientras me recorría con la vista el escote en V del vestido. Con intensidad. Luego buscó mis ojos.

—¿Cómo te llamas, cielo?

Entrecerré los ojos.

—¿Estás ligando conmigo? Que conste que, si lo estás haciendo, me parece bien.

—Por supuesto. Eres muy guapa. —Me recorrió los pechos con los ojos entornados. Otra vez.

Me reí. Me sentía liberada.

«Quizá mi ligue de esta noche está justo delante de mí».

—Cuando termines de ligar con la clientela, barman, me gustaría tomar algo —dijo el señor Macizo con un autoritario acento británico con el que exigía que se le escuchara, lo que hizo que Mike se alejara de mí para centrarse en él. Luego se escabulló para preparar su pedido.

Yo fruncí el ceño...

«Espera un minuto...».

Casi conocía aquel deje profundo con vocales suaves y redondas, el tipo de voz que daba ganas de saltar sobre él en la cama y montarlo como una *cowgirl*.

Al oírlo, me subió un escalofrío por la espalda, y una parte de mí quiso bajarse del taburete para escapar gritando. Aunque otra quería pasar los dedos por los labios del señor Macizo y pedirle que dijera algo más.

Como mi nombre...

Mi número de teléfono...

El monólogo de Romeo delante de la ventana de Julieta...

Me giré en el taburete y descubrí que los ojos del señor Macizo se habían clavado en mí una vez más, como si también él percibiera la extraña atracción que había entre nosotros.

«¡Qué raro...! ¿Qué me está pasando? ¿Por qué me está mirando?».

El corazón se me detuvo y luego se me aceleró. Se me puso la piel de gallina.

«¿Lo conozco?».

«¿Me conoce?».

De repente, algo hizo clic, y todo encajó en su lugar.

«¿Dax Blay?».

Contuve el aliento y me tragué la emoción que me subía por la espalda al pensar en él. Dax había sido mi gran error, la única vez que me había olvidado de las inhibiciones, que había dejado mis planes a un lado y me había dejado llevar por mis instintos —y mucho sexo— solo para que me lo recriminaran y me lo echaran en cara.

Pero el hombre que tenía al lado no era Dax. Gracias a Dios.

En primavera, en la fiesta de la fraternidad por el final del curso a la que había ido con Hartford, había visto a Dax; tenía el pelo más corto, como siempre, y no llevaba tatuajes. Sí. Claro que no era él.

Además, lo último que había sabido de él era que estaba en Raleigh, donde vivía su padre.

Y aun así...

Dax era británico..., así que podía tener familia aquí. ¿Era posible que se hubiera hecho un tatuaje?

Bah... Es decir, ¿cuántas posibilidades había de que los dos estuviéramos

en el mismo club la misma noche a la misma hora, en un país donde no vivíamos ninguno de los dos?

«Venga, Remi, olvídate de ese falso Dax y céntrate en el barman; le gusta tu escote».

Decidida a recuperar la atención de Mike, que servía unas copas a otras personas, traté de bajarme el escote del vestido con la mano derecha —«¿Has visto esto, Mikey?»—, pero el corpiño de encaje se me enganchó en el brazalete durante el proceso y me dejó la muñeca inmovilizada como un trapo mojado colgando en un lugar inadecuado.

Moví el brazo.

Lo sacudí.

Noté que se me formaban unas gotas de sudor en la frente.

Contuve la respiración, retorcí la mano y tiré del brazalete, estirando el delicado material del corpiño hasta un límite peligroso.

«Joder... Mierda...», jadeé mientras me detenía para evaluar la situación.

Aunque quedaba ajustado a la piel y poseía un pronunciado escote, el vestido consistía en una tela elástica azul bordada con tiras de lentejuelas y una cremallera en el lateral. Formaba parte de mi ajuar para la luna de miel, un modelito de Tory Burch que costaba cuatrocientos dólares, la mayor cifra que había pagado en mi vida por un vestido de fiesta, y no quería estropearlo. Quizá tuviera que devolverlo para alquilarme un apartamento en Whitman.

Lulu..., necesitaba a Lulu... Era un genio cuando se trataba de resolver problemas con el vestuario.

Me giré sobre el taburete y usé la mano libre para hacerle una seña, pero ella estaba lanzada, bailando y pasándolo bien, completamente ajena a mí. Intenté llamar su atención con ambas manos, una en alto y la otra abajo. Varias personas me devolvieron el saludo con expresiones desconcertadas, pero Lulu no me vio.

«¡Maldita sea!».

Gemí y me desplomé en el asiento, a punto de gritar. ¿Y ahora qué? ¿Y si iba al cuarto de baño y lo arreglaba allí? Ese era un buen plan.

Pero el club comenzó a dar vueltas a mi alrededor en cuanto me puse en pie, las luces estroboscópicas me hicieron entrecerrar los ojos cuando aterrizaron sobre mi cara. Me tambaleé sobre los *stiletto*s, decorados con *animal print* de leopardo y que Lulu había insistido en que me pusiera, y me agarré al taburete para mantener el equilibrio.

Respiré hondo, pero no lograba pensar con claridad. La sala giró, y, de repente, me sentí mareada.

«¿Por qué he bebido todo ese tequila? Y, ¡oh, Dios!, tengo la muñeca enganchada en la teta, lo que hace que mi brazo parezca el de un tiranosaurio rex».

—Oye, mi turno termina dentro de una hora más o menos, depende de la gente que haya. ¿Quieres que luego vayamos a tomar una copa?

¿Ehhh? Me había olvidado por completo del barman.

«Venga, Remi. Relájate. No pierdas la cabeza».

Me giré con cuidado para mirarlo, apoyando la barbilla en la mano que tenía atrapada, lo que me obligaba a inclinar la cabeza en un ángulo extraño.

Él frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida.

—Er... ¿En serio? En realidad, no. Solo tengo que... Necesito ir antes al cuarto de baño. Estaré de vuelta enseguida. —Tratando de ir con cuidado, me agarré a la barra para mantener el equilibrio, pero con la mano izquierda, no con la derecha, que era la que usaba principalmente, por ser diestra. Eso hizo que perdiera el equilibrio, que tropezara y que se me torciera el tobillo. Solté un grito cuando perdí el zapato y salí disparada para quién sabe dónde, cayendo hacia delante, directamente sobre el regazo del señor Macizo.

2

DAX

QUINCE MINUTOS ANTES

Entré con mi primo, Spider, en el club.

Esa noche tenía un objetivo: beber todo el alcohol que pudiera.

Llevaba ochenta y siete días, cinco horas y algunos minutos sin echar un polvo, lo que era muy raro para un chico guapo y carismático como yo que estaba acostumbrado a cambiar de chica como de chaqueta. Pero cuando mi hermano gemelo Declan me retó a ser célibe para tener las ideas claras, acepté su desafío.

Además, no era normal que un Blay rechazara un desafío. Me tenía pillado.

Pero además, antes de ir al club, había tenido que lidiar con mi padre, el señor Winston Blay, antiguo embajador de Estados Unidos que, tras dejar embarazada de gemelos a mi madre, una inglesa, se había casado con ella. Claro, que se había divorciado un año después.

Me había llamado desde su mansión, en Raleigh, para exigirme que hiciera un curso de posgrado después de graduarme en Whitman.

El curso no había empezado todavía, y él ya estaba dando por culo. Como siempre.

Le había dicho «ni de coña».

Como estudiante yo siempre había sido una gran decepción para él.

Pero este curso, este año, tenía que ir a por todas después de cinco años en la universidad y decidir qué iba a hacer después de graduarme, lo que significaba que no iba a seguir viviendo en la residencia de la fraternidad. Punto. Así que no tenía casa para el semestre de otoño.

Spider, que iba a ataviado con una cazadora de cuero negra y unos vaqueros pitillo, se ajustó la máscara sobre el pelo, de brillante color azul. Luego me dio un codazo, para recordarme que me pusiera la mía. Dada su afición a acabar en la cárcel por andar metido en peleas y consumir heroína, me había tocado ser su niñera en Londres hasta que su grupo, los Vital Rejects, se fuera de gira.

«¿Qué queréis que os diga? Sí, soy un primo estupendo..., y eso me ha dado la oportunidad de alejarme de Raleigh durante el verano».

Entramos en el club y nos acercamos a la barra, de más de quince metros de largo, que ocupaba la parte posterior de la sala y rodeaba la pista de baile, esta era tan grande que parecía contener cientos de cuerpos en diversos estados de abandono, producto de la embriaguez.

Spider sonrió mientras miraba a su alrededor. Adoraba usar máscaras porque así podía ocultar su verdadera identidad.

—¿Hacemos alguna apuesta esta noche? —preguntó, frotándose las manos.

—Colega, si quieres regalar a alguien tu pasta, no me importa que sea a mí.

Llevábamos todo el verano apostándonos minúsculas cantidades de dinero por las cosas más tontas.

¿Quién podía permanecer más tiempo debajo del agua helada de la ducha? Yo.

¿Quién era capaz de subirse a la barra y cantar *I'm a little teapot*? Yo.

Sí, eran cosas estúpidas, pero Spider necesitaba cualquier distracción que impidiera que se metiera en problemas.

—Tengo un buen presentimiento esta noche —comentó con una sonrisa.

Asentí.

—A ver. ¿Qué se te ha ocurrido?

Sus ojos castaños brillaron detrás de la máscara.

—¿Quién es capaz de echar antes un polvo en el cuarto de baño?

Hice una mueca.

—No.

Por lo general, no me importaría tener un rollito de una noche, incluso en el cuarto de baño, pero no me había sentido atraído por ninguna chica desde hacía mucho tiempo. Aunque, si encontraba a la mujer perfecta, abandonaría el celibato al instante.

—¿Estás seguro? Pero ¿no dices que eres el Rey del sexo? Mmm...

Arqueé una ceja.

—¿De verdad me estás lanzando el guante?

—Sí. Eres una nenaza y necesitas follar. No eres gay, ¿verdad? —Me miró de reojo—. Si te digo la verdad, estás bastante bueno, y con todos esos músculos...

Resoplé. Declan me había aconsejado que me mantuviera ocupado, así que me había pasado el verano haciendo ejercicio en el gimnasio más cercano, me había dejado el pelo más largo de lo normal y me había hecho un tatuaje. Spider tenía muchos; el más grande era una viuda negro en el cuello, y

vérsele había hecho que me picara el gusanillo.

—No soy gay —afirmé.

—Pero tienes que reconocer que te gusta hidratarte y exfoliarte la piel. Además, usas todas esas mierdas para el pelo y la ropa. Oh..., y no nos olvidemos de que llevas bolso.

—Es una mochila.

—¡Eh! No te cabrees. —Me dio una palmada en la espalda—. Me encanta burlarme de ti. En serio, ¿qué coño te pasa?

—Nada, son gilipolleces. Quizá he puesto el baremo demasiado alto.

—Idiota... —Se rio entre dientes—. Venga, una apuesta. —Se golpeó las piernas con los dedos, clara señal de que estaba inquieto.

—A ver... —dije mientras observaba los cuerpos que se movían en la pista de baile. Luego me centré en la barra. Nada interesante... La misma música, las mismas chicas que veíamos cada vez que veníamos...

«Espera... un momento...».

Con la excepción de ella. La chica alta del vestido azul.

«Es preciosa».

Detuve la mirada sobre la pelirroja curvilínea con el pelo largo y brillante.

Estaba sentada en un taburete, con los brazos cruzados y una expresión airada. Irradiaba ira, con un toque sexy. Tenía los labios muy rojos, voluptuosos y en forma de corazón...

Mi conciencia envió un hormiguo a mi pie. Me palpitó la polla.

Pero no era mi tipo. Las prefería rubias, menudas y menos enfadadas. Si alguna vez me apartaba de ese estereotipo, acababa con el corazón hecho polvo.

«Acuérdate de Remi...».

Alejé aquel pensamiento sobre ella y lo encerré en donde bloqueaba las cosas que no sabía controlar: en lo más profundo de mi mente.

Solté el aire con fuerza. A estas alturas ya estaría casada con Hartford Wilcox, que además de idiota era un Omega, la fraternidad con la que peor nos llevábamos.

«Un montón de capullos».

Cuando yo estaba al mando de la fraternidad Tau, él lo estaba al frente de los Omega, y nuestras fraternidades eran enemigas acérrimas. Los Omega eran los gilipollas que se vestían como modelos de Ralph Lauren y jugaban al golf. Los Tau, por el contrario, estaban formados por los chicos malos, un

grupo de cabrones que hacíamos lo que queríamos. Nos peleábamos para conseguir los mejores sitios del campus, y resultábamos vencedores la mayoría de las veces porque eso significaba que conseguíamos a las chicas más guapas de las «Hermanitas». No era raro que las peleas se desarrollaran en una mesa de mezclas o después de un tenso partido de fútbol americano.

Continué escudriñando el resto del club, pero no tardé demasiado en volver a mirar a la chica misteriosa. La examiné de arriba abajo. Su pelo brillaba bajo las luces estroboscópicas. Incluso con los brazos cruzados y aquella expresión beligerante era..., bueno, interesante.

Las ganas de quitarle la máscara hacían que me hormigearan los dedos.

«¿De qué la conozco?».

No era probable que fuera alguien que hubiera conocido en mi infancia. Habían pasado ya doce años desde que no vivía en Londres. Consideré por un instante que pudiera ser una alumna de Whitman, pero me pareció muy poco probable, ya que Raleigh estaba al otro lado del océano.

Spider siguió la dirección de mis ojos.

—¿Esa no parece muy cabreada?

Me encogí de hombros al tiempo que me acercaba al bar.

—Quizá tenga problemas con los tíos.

—Seguramente sea más bien que odie a los hombres. Aunque tiene buenas tetas. Yo iría a por ella.

Puse los ojos en blanco.

—Quizá solo necesite una copa, como yo.

—Admítelo: te la tirarías —me presionó—. Te apetece, puedo verlo en tus ojos. Tiene algo que te gusta. ¿Quizá te vaya el sexo salvaje? Eso de atacarse y desgarrarse como animales en pleno coito tiene su aquel. —Apareció en su rostro una expresión melancólica.

Me reí. Mi primo era todo un personaje.

—Demasiada información para mí, colega.

Se encogió de hombros.

—Mmm... Quizá está buscando a alguien que la ayude a superarlo. Y ese podrías ser tú. —Movió la cabeza de arriba abajo de una forma que me decía que había tomado una firme decisión—. Por eso voy a apostar que no puedes conseguir que esa mujer tan cabreada se enamore de ti esta noche, y... —hizo una pausa—, para endulzar el reto, apuesto diez mil libras.

—¿Qué? —barboté—. Yo no soy una estrella del rock como tú.

—Tienes pasta.

Cierto. Cuando mi madre falleció, heredamos el dinero de su seguro de vida, por no hablar de que mi padre me había hecho un regalo anticipado por la graduación hacía unos meses.

Negué con la cabeza. Quizá fuera un tipo despreocupado, pero no estaba loco. Tenía que ahorrar hasta el último centavo si quería independizarme y no tener que recurrir a mi padre.

—Lo reservo para los malos tiempos.

Que llegarían dentro de dos semanas, cuando comenzara el semestre.

—¿Desde cuándo eres un puto *boy scout*? —Apretó los labios.

—No soy *boy scout*. Hago lo que quiero y cuando quiero. Soy un animal social.

Me estudió con intensidad; estaba claro que no se creía ni una palabra de lo que le decía.

—Vale, entonces, lo haremos así: si conquistas su corazón esta noche, ganas diez mil libras, y si pierdes, me pagas lo habitual: una libra.

Me detuve y lo miré.

—¿Qué sacas de esto?

—Me parece emocionante, tío, me pone a tope, y esa sensación me hace volar muy alto. —Esbozó una sonrisa de medio lado—. Entonces ¿qué? ¿Trato hecho?

—No sé... En una noche es complicado, incluso para un tipo tan sexy como yo. —Arqueé una ceja—. Dame algo más de tiempo. Estoy oxidado.

—Eres una nenaza. No, tiene que ser esta noche... ¿Sí o no?

Me encogí de hombros, sabiendo que le volvía loco que pareciera que pasaba de una de sus apuestas.

—En serio, me asusta lo nenaza que eres —gimió—. Venga. Di que sí. Di que sí.

—Eres un puto coñazo.

—Gracias —sonrió.

—Y un idiota que se piensa que el pelo azul mola.

—Mola, o no lo llevaría así.

—Y, además, estás loco.

—Bah... No es la primera vez que me lo dicen. Admítelo, te lo has pasado de puta madre siendo mi niñera este verano. Te ha dado tiempo para ver las cosas desde otra perspectiva, ¿verdad?

Me di cuenta de una cosa.

—Vas a echarme de menos cuando me vaya, ¿no? Te he estado preparando té todo el verano, filtrando las llamadas de tus amiguitas, limpiándote el piso y lavándote el Mercedes. Además, he sido tu compañero de ligues. Ahora mismo te resulto casi indispensable. ¿Qué vas a hacer sin mí?

—Pues aprenderé flamenco y te haré una peineta. Acepta la puta apuesta.

—No.

Me reí, pero ya estaba acercándome a la barra.

Me senté junto a ella en cuanto se quedó vacío el taburete que había a su lado. Spider se sentó en otro y miró con emoción a la chica del vestido azul mientras ella trataba de llamar la atención del camarero. Me pareció notar que tenía acento americano, pero teníamos un altavoz muy cerca, y no pude captar lo que decía.

Spider se rio sin contenerse.

—Ya saboreo la victoria. Lo vas a joder todo.

—Para empezar, eres un ludópata. Y, segundo, nunca me han rechazado.

—Cierra la boca, Rey del sexo. Lígatela.

Sin que ella se diera cuenta, la observé en el espejo que había frente a la barra mientras ella me estudiaba con descaro; inclinando la cabeza a un lado me recorrió con los ojos desde el pelo hasta las Converse.

Reprimí una sonrisa y miré a Spider.

—La tengo en la palma de la mano.

—Ja, ja, ja... —canturreó.

La cuestión se torció un poco cuando una pelirroja muy sexy balanceó las caderas hacia mí. Se rio la pelirroja.

—Mis amigas me han retado a que me acerque a pedirte que bailes conmigo. ¿Te apetece? —preguntó, poniéndome las manos en el brazo.

—Lo siento, cariño —dije sonriendo—, pero no puedo. —Sin subir la voz, arqueé las cejas en dirección a la chica con el vestido azul—. Ya estoy pillado.

Se dio cuenta de la insinuación y se alejó mientras la chica del vestido azul lo miraba todo. Sonreí de oreja a oreja al tiempo que me encogía de hombros.

«Hola, cielo, te elijo a ti...».

Ella ignoró mis evidentes mensajes oculares, lo que me hizo pensar que era inmune a mi encanto. ¡Joder!, la máscara solo era un engorro.

Mientras yo la estudiaba, el camarero se inclinó sobre la barra para

coquetear con ella, repasándole el escote con los ojos. Me puse tenso, con los pelos de punta.

No podía permitirlo.

Esta era la primera chica que había despertado mi interés en todo el verano, y no pensaba entregársela a un aspirante a leñador. Lo distraje bruscamente, pidiéndole una copa.

Luego intervino el destino.

La chica de azul se levantó, perdió el equilibrio, se tambaleó y, ¡zas!, cayó en mis brazos.

¡Pim, pam, pum! Pleno.

Y no había tenido que mover ni un puto dedo.

3

REMI

Unos brazos musculosos me sujetaron con firmeza, impidiendo que cayera al suelo.

«Gracias a Dios...».

—Te pillé. —Tenía la voz ronca.

Rodeé el cuello de mi salvador con el brazo libre y me apreté contra él.

—Hola —jadeé mientras lo miraba—. Buenos reflejos.

Una sonrisa muy sexy cruzó aquel rostro cincelado.

—¿Eres un ángel caído del cielo para estar conmigo?

—Lo más probable es que venga del infierno.

Eché la cabeza hacia atrás y empezó a reírse.

Noté una ráfaga de aire fresco en la parte inferior de mi cuerpo, así que estiré el cuello; el vestido se me había subido hasta la cintura, por lo que ofrecía una buena vista de mis piernas estiradas y la ropa interior de encaje azul. Otra prenda que formaba parte de mi carísimo ajuar. Gemí al sentir que me ponía roja.

—Oh, genial... Acabo de enseñarle el culo a todo el mundo.

—Bonitas bragas —murmuró al tiempo que me bajaba el vestido sin comerme con los ojos. Un punto para él. Pero, claro, un macizo como él no tenía que recurrir a estas artimañas. Podía estar con quien quisiera.

—¿Me mira alguien? —pregunté mientras me cubría la cara con las manos—. Odio ser el centro de atención.

—Bah... Algún idiota se está riendo. Nada más.

Eché un vistazo entre los dedos y me encontré con su sonrisa, que dejaba a la vista unos preciosos dientes muy blancos.

—Venga, vamos. Estoy tomándote el pelo. Nadie se ha fijado —aseguró—. Aunque tu zapato ha atravesado el club. Quizá se le haya clavado a alguien en la cabeza.

Deseé que hubiera ido a la pelirroja.

Me incorporé ayudándome con el brazo libre, hasta que quedé sentada en su regazo. Su cabeza seguía más elevada que la mía, y noté que me había puesto las manos en la cintura para asegurarse de que no me movía. Calculé que

medía por lo menos un metro noventa y cinco.

—Me encantan los chicos tan altos... —murmuré, aunque luego me mordí los labios con timidez—. Es evidente que he dicho lo que estaba pensando. Lo siento.

—Entonces, menos mal que soy alto. —Posó los ojos en mi boca... Un buen rato.

Tragué saliva.

«¿Y ahora qué? ¡Eres una loca, pero con un cerebro del tamaño de Texas! Ahora, úsalo».

¿Podría hipnotizarlo con mis típicas trivialidades aleatorias sobre los años 80 o mejor lo tentaba hablándole sobre los patrones migratorios de las aves? Qué más daba... No era necesario ser guapa para echar un polvo con quien quisiera, ¿verdad?

Volví a pensar en la enorme *suite* nupcial.

—Mmm... Una pregunta tonta: ¿te gustan las camas que tienen pétalos de rosas esparcidos por todas partes?

Entrecerró los ojos y me miró fijamente.

—Diría que sí.

Dejé que mis ojos se recrearan en sus anchos hombros.

—Buena respuesta.

—Mmm..., ¿estás ofreciéndome un lugar para dormir esta noche? —preguntó, tensando la mano sobre mi cintura.

Hice una pausa, para pensarlo.

«¿Puedo pasar por esto?».

Los polvos de una noche no eran habituales en mí. Disfrutaba más yendo con cautela, consiguiendo pequeñas metas, fijándome objetivos y escribiéndolos en hojas de cálculo. Tenía planeados todos los detalles de mi existencia, hasta los nombres de mis futuros hijos.

La última vez que me dejé llevar casi me había salido caro...

—¿Qué te ha pasado? —En su rostro apareció una expresión de preocupación al notar que tenía la muñeca enredada con el vestido. Lo había olvidado por completo—. ¿Te duele el brazo? —Me cogió el codo con una mano que noté caliente sobre mi piel, y luego subió los dedos hasta mi muñeca.

—Me he enganchado el brazalete en el vestido. —Otro leve rubor subió desde mi cuello al recordar el espectáculo que había dado—. Ha pertenecido

a mi abuela; es una reliquia, y me lo regaló mi difunto padre cuando cumplí dieciséis años. Me... me aterra romperlo, o destrozar el vestido. —Sabíendo la suerte que tenía, me ocurrirían las dos cosas. Miré el brazalete con diamantes e hice una mueca—. Sería horrible romperlo, pero podría arreglarlo.

—A ver, déjame echar un vistazo —dijo, inspeccionando la tela donde tenía enganchada la mano.

No pude dejar de notar que tenía la cara casi pegada a mi escote.

«Sí, y no me importa nada».

¿Y era consciente de que su olor, viril y sexy, hacía que quisiera frotarme contra él como una gatita?

«Sí, acaríciame, por favor. Hazme ronronear».

—¿Puedes quitártelo? —preguntó.

Ojalá mi corazón fuera más despacio.

—No, el cierre es la parte que está enganchada, y mi mano es demasiado grande para poder deslizarla. Créeme, llevo un rato intentándolo. —Solté un suspiro—. Esta noche ha sido una locura.

—Mmm... —Hizo un gesto frunciendo los labios al tiempo que se acercaba más. Tragué saliva, sintiéndome tímida de nuevo.

Eso era porque no era mi tipo: musculoso, tatuado y creído.

«Pero esta noche solo quería sexo... Como venganza».

Y aquí estaba él... El señor Macizo, como si me lo hubieran entregado en bandeja de plata.

Sería idiota si no aprovechaba la oportunidad, ¿no?

«Por supuesto», dijo el tequila.

Me lanzó una sonrisa titubeante.

—Te va a parecer un diálogo cursi de un culebrón, pero si me dejas apoyar la mano en la parte delantera del vestido, podría desenredar el brazalete sin romper la tela. No te tocaría una teta a propósito... —Aseguró, guiñándome un ojo—. ¿Me dejas intentarlo?

«¡Tócame la teta! ¡Tócame la teta!».

Me aclaré la garganta.

—Claro, inténtalo.

Me bajó el escote con una delicadeza que me sorprendió, como si estuviera acostumbrado a meter las manos dentro de la ropa de las damas, y puso la mano entre la tela y el sujetador de encaje. Evidentemente, se me puso duro

el pezón, lo que provocó que se me pusiera la cara más roja. Escondí mi vergüenza en la oscuridad del club, rezando para que él no lo notara. Evité su mirada estudiando la libélula que llevaba tatuada en el brazo. Unos tensos minutos después, descubrió el punto en el que estaba enganchado el metal y lo soltó suavemente desde el otro lado del tejido.

—Por fin libre —murmuró él mientras yo sacudía el brazo aliviada. Ni siquiera había una marca en el vestido.

—Eres un manitas. El brazalete significa mucho para mí, y el vestido digamos que cuesta más que una letra del coche. Gracias. En serio. —Lo abracé de forma impulsiva y luego retrocedí—. Mmm..., ¿puedo invitarte a una copa como agradecimiento?

Me recorrió la columna con los dedos.

—¿Y si empezamos con un beso de agradecimiento? —Su voz se hizo más ronca—. Me encantaría besar a un ángel de verdad.

Noté una explosión de calor detonando en mi interior.

El chico con el pelo azul que había a su lado soltó un resoplido, seguramente por la frase ñoña que el señor Macizo acababa de soltar. Pero me gustaba cómo las decía. Mucho.

—Ignóralo —sugirió el señor Macizo, refiriéndose a su amigo—. Está celoso porque has caído en mi regazo y no en el suyo. Y sobre el beso...

—¿Aquí, en el club?

—Me gusta pensar que la gente está mirándonos, ¿sabes? —me susurró al oído.

Me estremecí. Quizá... La idea sonaba muy sexy.

—Además... —Me rozó la oreja con los labios—, ¿no merece un príncipe su botín? Te he salvado, podrías haberte matado aquí mismo, contra el suelo.

—Me he caído de un taburete, no de lo alto de un edificio... —Pero ya estaba inclinando la cabeza hacia él.

—Podría haber ocurrido —insistió, dibujándome los labios con los dedos mientras acercaba la cara para detenerla a unos centímetros de la mía.

Noté que un millón de mariposas revoloteaban en mi estómago.

—Imagino que, en este momento, existe alguna posibilidad de que pueda acabar en la camilla de un hospital.

—En efecto.

Quizá fue el tequila, o a lo mejor el anonimato que me proporcionaba la máscara..., tal vez fuera debido a que me lo preguntó con suma ternura... O,

lo más seguro, a él, pero su razonamiento tenía mucho sentido. Asentí.

Me puso la mano en la barbilla para inclinármela hacia atrás en un ángulo más cómodo y ajustó sus labios perfectamente sobre los míos. Profundizó el beso despacio, con suavidad, con la habilidad de alguien que sabía avivar el fuego. Hundí los dedos en su pelo mientras me bajaba un escalofrío por la columna y, cuando él gimió, me fundí con su cuerpo.

Me rozó con los dientes el labio inferior antes de mordisqueármelo, haciendo que me aferrara a él.

Me besó de una forma caliente, lenta, alucinante...

Hasta que se apartó bruscamente.

Se echó hacia atrás como si le hubiera picado algo al tiempo que aparecía un profundo surco en su frente. No le pude leer la expresión, pero se pasó la mano por la mandíbula con rapidez mientras soltaba una maldición en voz baja.

«¿He hecho algo mal? ¿Le habré mordido la lengua?».

—¿Qué te pasa? —jadeé con el pulso acelerado. Ahora que lo había probado, quería más. Me juré a mí misma que lo conseguiría, ya que era lo suficientemente lista como para saber que la chispa que había entre nosotros no era habitual.

Abrió la boca para decir algo, aunque la cerró de golpe para estudiarme con la mirada, como si estuviera considerando algo muy serio.

—¿Me huele mal el aliento? —pregunté.

—No.

—¿A tequila? —insistí con una mueca.

—No, no... De hecho, besas genial. Es increíblemente increíble... Ese es el problema. —Se pasó una mano por el pelo al tiempo que fruncía el ceño.

Parecía una persona distinta.

«¿Qué le pasa?».

—¿Estás casado? ¿Estás saliendo con alguien? —indagué.

—Soy el Llanero Solitario.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso eres el típico gilipollas egoísta que solo se ocupa de sí mismo?

Hizo una pausa.

—Sí.

—Bueno, pues estás de suerte. No me importa. Así que cállate y bésame.

Pasaron unos cuantos segundos silenciosos en los que sus ojos estuvieron

clavados en los míos.

Me puse rígida.

—Perfecto. Ya pillo la indirecta. No estás interesado... Bienvenido al club.
—Me moví en su regazo para levantarme, pero me lo impidió apretando las manos con fuerza alrededor de mi cintura.

—Espera —me pidió con suavidad—. Créeme, estoy interesado. —Se mordió el labio de una forma que resultó muy varonil— Es solo que... cuando te enfades... después, ¿puedes recordar que querías que te besara?

—Claro. Solo estamos divirtiéndonos un poco.

—Entonces, ¿estás pidiéndome que te bese? —Tenía la voz ronca, y algo en ella me resultaba familiar.

Le aparté el pelo de la frente y bajé las uñas por su mejilla.

—¿Es lo que tú quieres?

—No puedo recordar lo que quiero —murmuró, y bajó la cabeza para capturarme de nuevo la boca con la suya.

Los sonidos del club se desvanecieron, y lo único que me importó fueron sus labios sobre los míos, nuestras lenguas enredadas. Cuando nos deteníamos para respirar, me daba besitos rápidos que luego se hacían más lentos. Me lamió el labio superior con la lengua, y luego lo mordisqueó con los dientes. Era mi dueño. Me perdí por completo, consumida en el fuego que hacía arder mis huesos y se abría paso por cada parte de mi cuerpo.

Era el rey de los besos.

El Dios Supremo.

—Remi... —jadeó entre un beso y otro.

—Sí... —repuse. También él lo notaba. Esa fuerza cósmica que nos unía. Los cielos se regocijaban, el universo encajaba y todo era posible.

«Pura magia».

No me importaba quién nos viera: Lulu, el camarero o el chico del pelo azul. Las chispas se incrementaron cuando su boca se alejó de la mía para recorrerme la mandíbula hasta el cuello, mi punto débil, que me chupó con fuerza. Luego cubrió el tierno lugar con besos tranquilizadores mientras susurraba mi nombre, como si supiera exactamente lo que me gustaba. Luego regresó a mis labios y se apoderó de ellos otra vez, sumergiendo la lengua entre ellos para explorarme el interior de la boca como si estuviera muriéndose de sed y yo fuera agua.

«Espera...».

Se me iluminó la mente con claridad poco a poco, por partes..., y luego toda junta, cuando los hilos de la verdad que se habían hundido en el fondo de mis pensamientos se pusieron tensos. El destino era un hijo de puta cabrón que, con un simple cambio en un paso, hacía que el camino fuera diferente, sincronizando una serie de momentos que se ordenaban con suavidad, como una mariposa que encontraba el camino a casa sin importar la distancia.

El destino me había encontrado y me había propinado una patada en el estómago; joder, me había lanzado a los lobos.

Este chico no era un desconocido.

«Ha dicho mi nombre».

Aparté los labios de los suyos con el pecho agitado.

—Tú... Pero el tatuaje... El pelo... ¿Dax Blay?

Me sonrió con una arrogancia que ahora me resultaba demasiado familiar.

—Puedes llamarme Dax. O Rey del Sexo. O papaíto... Lo que prefieras.

Respiré hondo.

«¿Cómo había sido tan estúpida?».

Sentí un nudo en la garganta; no era que no estuviera acostumbrada a sus agudos comentarios, pero cuando iban dirigidos directamente a mí, la ira y el dolor que había en nuestro pasado volvían a la superficie como si fuera una herida recién abierta.

«No permitas que se te meta debajo de la piel».

Le di una bofetada. No tan fuerte como quería, pero lo suficiente como para que me doliera la mano.

Apretó los dientes, me lanzó una mirada airada y se llevó la mano a la mejilla.

—Se suponía que no ibas a enfadarte.

—¿Por qué no te encuentras en Raleigh, donde deberías estar? —pregunté con los puños apretados.

—¿Por qué no estás con el viejo Hartford? —respondió con brusquedad. Movié los ojos con rapidez a mi desnudo dedo anular y luego los subió hasta mi cara—. ¿No os habéis casado? ¿Por qué estás correteando por Londres y besando a desconocidos?

—¡Ah! ¡Sabías que era yo todo el tiempo! —resoplé—. Una vez más, me has demostrado que siempre he sido un juego para ti.

Aquella idea me dolió tanto que ni siquiera el tequila me permitió ignorarla.

—Las chicas adoran mis juegos. —Aquella insinuación hizo que miles de

recuerdos bombardearan mi cerebro.

Yo.

Él.

Nosotros.

Setenta y dos horas en un pequeño dormitorio.

Besos. Besos maravillosos, interminables, preciosos...

Amor. Lujuria.

Y luego, la devastación absoluta.

Oscuridad.

—¿No quieres uno rapidito, Remi?

Entrecerré los ojos, y si hubiera podido lanzarle tizones ardientes, le habría enviado varios a la entrepierna. Clavé allí los ojos y luego los aparté, pero obviamente él se dio cuenta.

Curvó los labios.

—¿Todavía te gusta lo que ves? Una vez que has estado con Dax, ya no eres la misma.

—Como de costumbre, tu ego es tan grande que ocupa todo el club.

Lo vi sonreír de oreja a oreja.

—¿En serio? Me parece recordar que una vez te gustó lo grande que era. No parecías saciarte con mi señor Pato Argentino... —Dibujó unas comillas en el aire—. Mote que le pusiste tú misma después de compararlo con el de un ave muy rara con una polla de cuarenta centímetros.

«¿Cómo podía acordarse de eso?».

Por supuesto, no tenía una polla de cuarenta centímetros, pero estaba bien dotado.

Me puse roja, y cambié de tema.

—Estupendo. Muy bien. ¿Te haces una idea de las medidas que tuve que tomar para asegurarme de que no me tropezaba contigo por Whitman después de que me dejaras? Y es muy difícil en una universidad tan pequeña —aseguré—. He dejado dos asignaturas para no tener que sentarme en la misma estancia que tú. Salía de la cafetería si te veía entrar. Y me escabullía de la biblioteca en una sesión de estudio en grupo. Solo nos hemos visto en fiestas y actos formales. Y aquí estás, esta noche, Dax... Violando mi regla de «No quiero volver a hablar contigo».

Él gruñó.

—No conozco tus reglas, porque nunca te has molestado en decírmelas, y te

juro por todo lo que me es sagrado que no sabía que eras tú cuando te he visto sentada aquí. Al menos hasta que te he besado. Es decir, tu voz me resultaba familiar, y olías igual, a algo dulce y azucarado, como a galleta. Y tu cuerpo... —me recorrió con la vista de arriba abajo— sigue siendo igual de curvilíneo... Mmm...

—Estás tan pagado de ti mismo que... —Intenté pensar una palabra—. Ni siquiera puedo describirte...

Se cruzó de brazos.

—Observo que todavía piensas que eres mejor que las demás, pero has sido tú la que se ha caído en mi regazo, y no creas que no te he visto estudiándome en el espejo. Casi estabas follándome con los ojos.

—Eso ha sido solo porque no sabía que eras el creído que espera que todas las mujeres lo adoren con el que estuve en Whitman —solté, encogiéndome de hombros—. Y eres un Tau.

—Y tú una hermanita de Omega —replicó él con desagrado.

El chico con el pelo azul, que nos había estado escuchando sin perderse una coma, se acercó agitando las manos.

—Espera, espera... ¿Vosotros dos habéis tenido un rollo? ¿Antes del Hartford ese?

Lo miramos a la vez mientras él se desternillaba.

—Esto es jodidamente divertido.

—No, no lo es, Spider —repuso Dax—. Y la apuesta está cancelada.

El chico resopló.

—Nunca.

«¿Qué apuesta? ¿Este pobre muchacho se llama Spider?».

Spider se volvió hacia mí.

—Te pido perdón por cualquier cosa que te haya dicho mi primo. Ha tenido un verano muy duro, ejerciendo de niñera conmigo. Y cambiando de tema, ¿qué fue lo que os pasó?

Alcé la barbilla.

—La chica con la que él había estado saliendo hasta ese momento nos pilló juntos en la cama, en la fraternidad. Les contó a todos que yo era la razón de que él hubiera roto con ella. Entonces, ella... ella y sus amigas tuvieron los huevos de destrozar la puerta de mi dormitorio y, al día siguiente, mi coche apareció cubierto de notas adhesivas con la palabra «puta» escrita en ellas, por no mencionar los chismes que hicieron correr sobre mí durante meses...

—¿Qué coño...? —Dax se quitó la máscara, y me vi obligada a contener un grito ahogado ante el impacto que me supuso ver su rostro. Me dejó noqueada, en especial sus ojos grises como el mercurio con aquellas pestañas espesas y negras, más largas que las de cualquier chica que conociera.

Era demasiado guapo.

Demasiado peligroso.

Demasiado todo.

Justo lo que debía evitar.

Noté que apretaba los dientes con tanta fuerza que le palpitaba un músculo en la mandíbula. Que había cerrado los puños.

—¿Eva Maria te hizo eso? ¿Por qué no me lo dijiste?

«Estaba demasiado destrozada para mirarte, y más para hablar contigo».

—No hubiera importado —dije en voz baja, recordándolo todo.

Sus ojos de tormenta buscaron los míos.

—Jamás le hablé a nadie sobre nosotros. Y, tal y como yo lo recuerdo, fuiste tú quien se alejó de mí. Quizá deberías haberme pedido una explicación en lugar de largarte de mi habitación.

Se hizo el silencio mientras nos mirábamos con tensa expectación.

Me temblaron las manos, por lo que las oculté detrás de la espalda.

—Joder... —La mirada de Spider fue del rostro de Dax al mío, adivinando todo lo que decía nuestro lenguaje corporal—. No os detengáis ahora —dijo—, necesito conocer todos los detalles jugosos.

Apreté los labios antes de suspirar y mirar a Spider.

—La historia de siempre: una chica de primer curso que se enamora de un universitario mayor que ella que solo quiere un rollo de una noche.

—¿Es así? —preguntó Spider girándose hacia Dax.

—Esa es tu versión, Remi —replicó con una expresión inescrutable, imposible de leer.

Recorrí con la vista los afilados contornos de su rostro hasta detenerme en los expresivos ojos que me habían cautivado tres años antes, en los sensuales labios que me habían poseído. Sin duda, era guapísimo. Ardiente y desgarrador, el tipo de hombre al que le rogarías que te amara, pero yo no era de las que suplicaba a nadie. Tragué saliva, obligándome a apartar la mirada de él y centrándome en Spider.

—La verdad es que yo fui una más en la larga lista de chicas con las que se enrolló ese curso. Perdí la cuenta después de la número cuarenta y dos.

Spider echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír. Su puntiagudo pelo azul brilló bajo las luces del club.

—¿En serio? ¿Hablamos del mismo tipo? No se ha liado con nadie en todo el verano.

—Joder, no exageres —me dijo Dax con una expresión ominosa—. ¿Y cómo supiste con cuántas chicas estuve? ¿Me espiabas?

—Ja. Como si fuera posible...

—Lo que tú digas. —Me rozó el pecho con los brazos cuando cogió su bebida de la barra.

«¡Mierda!». Seguía estando en su regazo.

Me levanté de sus piernas, pero me estremecí cuando mi pie derecho tocó el suelo. El tobillo, por supuesto, me empezó a palpar. Debía de haberme hecho más daño del que pensaba. ¡La historia de mi vida!

—¿Qué te pasa en el tobillo? —Dax se levantó del taburete y me siguió—. ¿Te has hecho daño? ¿Por qué no me lo has dicho?

Lo miré a los ojos con intensidad.

—¿Por qué? ¿Te habrías portado mejor?

Vi que abría mucho los ojos.

—No te deseo ningún mal, Remi.

«¿Por qué tiene que parecer tan preocupado? ¿Por qué tiene que desprender más calor que el sol en verano al mediodía? ¿Por qué.... por qué lo he besado? No quiero volver a quedarme colgada por él».

—Estoy bien. —Me giré hacia la barra y cogí mi copa. Mike no estaba a la vista, así que saqué un puñado de billetes de veinte libras y los dejé en el mostrador, esperando que aquella cantidad cubriera la botella de tequila y una buena propina, a pesar de que la guía me había dicho que los camareros en Londres no esperaban ningún extra.

Cogí la botella y me la guardé, pero Dax estaba a mi lado. Al acecho.

—Deja de rondarme —le dije.

Se movió para bloquearme el paso, con una firme resolución escrita en su cara. Y quizá cierto pesar.

—Remi, espera. No te vayas así. Es evidente que te has hecho daño y que te irrita haberte encontrado conmigo, y, ¡joder!, la verdad es que no te habría besado si hubiera sabido que eras tú. De verdad.

—¿Tan horrible ha sido? —Un profundo dolor me retorció las entrañas. No me había deseado como yo a él.

—No. Pero no quería engañarte. —Suspiró y me tendió las manos—. Mira, en serio, soy un caballero, lo creas o no. Mi madre me enseñó que debo asegurarme de que una chica llega a casa sana y salva. Por favor, al menos déjame que llame a un taxi, o a Hartford. ¿Está cerca? —Sacó el móvil.

Me apoyé en la barra para no cargar el peso en el pie.

—Es cierto que no lo sabes, ¿no?

—¿El qué? —Frunció el ceño.

Me mordí el labio al tiempo que miraba el suelo, sintiendo de nuevo aquella familiar sensación de vergüenza que había experimentado cada vez que tenía que explicarle a alguien que Hartford había cambiado de opinión con respecto a casarnos.

—¿Qué me estoy perdiendo? —Lo dijo en voz baja, con creciente intensidad. Entrecerró los ojos para mirarme el dedo desnudo—. ¿Por qué no llevas el anillo de compromiso? ¿Te ha hecho daño? —Se acercó un paso más y me cogió la mano, aunque la dejó caer cuando me alejé.

—No, no es eso. —Enderecé la espalda, harta ya de sentirme mal por lo de Hartford—. Me... Me dejó dos semanas antes de la boda. Se disculpó diciéndome que necesitaba algo de tiempo para aclararse la cabeza. Que quería un descanso. —Me reí, pero maldita la gracia que me hacía—. Y todos sabemos lo que significa que alguien te diga que necesita un *descanso*, ¿verdad?

Abrió mucho los ojos, y quizá vi en ellos una muestra de simpatía, que ignoré. No quería su lástima.

—Como no me devolvían el dinero de la luna de miel, he venido con Lulu, sobre todo para alejarme de las miradas y de mi madre. —Hice una pausa antes de dejar que todo saliera fuera—. Ahora, tampoco tengo un sitio para vivir. Y luego está mi hermano Malcolm, que es autista, y ayudo a cuidarlo algunas horas. Ni siquiera quiero pensar en volver a clase en otoño o intentar entrar en un curso de posgrado. Tenía un buen plan, ¿sabes?, mi plan. Casarme con un chico agradable y responsable, sacar el doctorado, descubrir una nueva especie de ave, cuidar de Malcolm, tener cuatro hijos, pero ¿sabes qué? Mi plan es una mierda. Mis metas, otra mierda. Incluso es malo el plan alternativo. Es defectuoso porque el chico perfecto ha decidido que yo no soy la opción perfecta para él. —Se me quebró la voz.

—¿Dónde está Lulu? —Me sorprendió la nota de ternura que tenía su voz.

—Se lo está pasando genial, como debería estar haciendo yo. En lugar de

en mi luna de miel, estoy en una fiesta de máscaras, en un club en el que incluso las paredes tienen enfermedades venéreas. Se suponía que debía estar dando paseos románticos por Hyde Park, o al menos teniendo un sexo increíble.

—Lo siento, Remi.

Me puse las manos sobre las mejillas al notármelas calientes.

—Ni siquiera sé por qué estoy contándote esto. No nos caemos bien. Por favor, sal de mi camino.

—No.

—Sí —espeté, empujando el muro que era su pecho para apartarlo. No se movió ni un centímetro.

—No pienso dejar que te vayas.

—Eres muy dominante —escupí.

—Y bien que te gustó una vez. —Una sombra atravesó su rostro.

Sí, me había gustado. Me había encantado ceder el control.

«Soy tuya, Dax. Haz lo que quieras».

Me giré hacia el otro lado, pero el repentino movimiento hizo que notara un candente dolor en el tobillo.

—¡Ayyy! —Salté sobre el otro pie y me sujeté a la barra para no caerme de bruces.

—¡Dios! Apenas puedes andar —resopló Dax, exasperado, mientras pasaba sus fuertes antebrazos por debajo de mis rodillas y me levantaba.

—¡¿Qué haces?! —grité, haciendo malabarismos con el bolso, los zapatos y la botella de tequila mientras me subía.

—Llevándote en brazos.

—Bájame —ordené, jadeante. Su cercanía estaba empezando a hacer estragos en mi ira.

Negó con la cabeza.

—Estoy empezando a pensar que has planeado todo esto solo para poder salir conmigo.

—No sueñes...

Pasaron unos segundos de tenso silencio mientras me miraba.

—¿Qué? —presioné, fulminándolo con la mirada.

Ignoró mi expresión mientras me estudiaba con cierta extrañeza.

—Lo cierto es que sí he soñado contigo... —confesó.

—¿Han sido pesadillas? —repliqué con agudeza, a pesar de las mariposas

se habían puesto a aletear de forma salvaje en mi estómago al imaginar que pensaba en mí. Me obligué a controlarlas.

—Hubo un sueño en el que vas disfrazada de sirena, como ahora — continuó—, solo que tienes piernas y el pelo rojizo. Por supuesto, yo estoy a lomos de un semental enorme mientras te persigo por la playa. No paras de pedir socorro, pero el brillo de tus ojos... dice que quieres que te atrape, te suba al caballo y te lleve a mi cueva, donde gritarás mi nombre al menos cien veces. Presa del éxtasis.

Abrí la boca ante una descripción tan vívida y detallada.

—¿Has soñado que yo era Ariel?

—¿Quién?

—¿Es que no has visto *La sirenita* de Disney?

—Yo no veo las películas de Disney.

Parpadeé.

—Estás tomándome el pelo, ¿verdad? —Porque no tendría sentido nada más. ¿Por qué iba a pensar en mí, y mucho menos soñar conmigo? Se había olvidado de mí en cuanto tuvo en su cama a otra chica.

No me respondió; se limitó a avanzar entre la multitud.

La gente se apartó de nuestro camino mientras atravesaba el local con una expresión dura. Moviendo los anchos hombros, siguió hacia las escaleras que había en la parte posterior del club. Lo extraño era que a nadie parecía sorprenderle que un hombre llevara a una mujer en brazos a los rincones más oscuros del lugar. Otra cosa que no hablaba bien de ese local.

Miré por encima del hombro y vi a Spider siguiéndonos, con una sonrisa en la cara. Me parecía algo familiar, pero llegados a este punto, me importaba muy poco quién fuera. Lo que tenía captado todo mi interés era el hecho de que Dax Blay me llevaba como si fuera un saco de patatas..., y me gustaba un poco.

Me obligué a no apoyarme en su magnífico pecho, pero al final cedí a la comodidad y reposé la mejilla contra su torso. Con la mano que me quedaba libre, rodeé su bíceps. Cuando me miró, su expresión era arrogante, aunque luego se suavizó, haciendo que me quedara sin aire.

«Dios..., ¿qué tiene que me hace sentir tan débil?».

La respuesta era simple: Dax Blay era mi talón de Aquiles, mi único punto débil.

—Que no se te ocurra decir que está todo bien entre nosotros porque me

estás ayudando.

Sus ojos se volvieron más duros.

—Lo entiendo perfectamente, Remi. Me odias. Soy un cabrón irresponsable, un chico malo.

Sus palabras me afectaron, entraron en mi corazón profundamente, haciendo que los recuerdos me dejaran sin habla.

Aplasté esos sentimientos... Con fuerza.

—No, no te odio. Jamás podría odiarte —susurré.

Buscó mis ojos con los suyos, como si quisiera encontrar algo en ellos... Suspiró antes de apartar la vista.

—¿Sí? Pues tienes una forma muy divertida de demostrarlo.

Me mordí los labios para evitar decir las palabras que se formaban en mi corazón.

«No puedes odiar a tu primer amor».

4

DAX

La vida me había golpeado en la cara con la madre de todas las coincidencias.

«De todos los clubs de Londres, ¿por qué había tenido que entrar en el mío?».

Más importante todavía: ¿por qué no me había dado cuenta de que era ella antes de que nos besáramos? Quizá una parte de mí sí lo sabía, mi lado más romántico, el que nunca veía nadie.

«No puedes tenerla —me recordé—. Está fuera de tu alcance».

Subí las escaleras mientras los clientes del club se apretaban contra la barandilla para apartarse de nuestro camino. Estaba enfadado. «No, tacha eso». Estaba indignado. Las emociones me recorrían de arriba abajo sin dejar un lugar sin tocar, aumentando mi ira lo suficiente como para ponerme a golpear a quien se interpusiera en mi camino.

Remi se relajó a regañadientes mientras la subía escalón a escalón, pero su reticencia era casi tangible, así como la sombra de dolor que invadía sus ojos color zafiro. No creía que le doliera verme. Gruñí ante ese pensamiento; aunque tenía su gracia.

La vi bajar la mirada, ocultándose de mí, pero noté que sus emociones, como las mías, estaban a flor de piel. Sospechaba que no tenía nada que ver con nuestro beso, y sí con su cobarde prometido.

Pensar en Hartford plantándola en el altar me ponía al borde de un ataque de furia.

Pero ¿por qué me sentía tan acelerado como un coche de carreras? Yo, el chico que nunca miraba dos veces a ninguna chica que hubiera caído en sus brazos...

Porque se trataba de Remi Montague, por eso; y era la única chica que se me había colado en la mente, y eso me había asustado muchísimo cuando yo solo era un universitario de diecinueve años en segundo curso.

La oí soltar un suspiro, y me detuve en seco.

—¿Te duele el tobillo? ¿Estás bien?

Asintió, y su mirada herida me impactó de nuevo. Noté que tenía los labios todavía hinchados por mis besos.

Alejé los ojos de su cara, pero eso no impidió que me alcanzaran los recuerdos...

Empezaban al inicio de su primer curso, cuando asistió a una fiesta de la fraternidad Tau, un viernes por la noche, y, como un imán, mis ojos se volvieron hacia ella.

No era mi tipo con aquel jersey remilgado y sus inocentes ojos azules.

Por lo general, me inclinaba por las chicas de la fraternidad, que conocían bien mi juego: mujeres cuyos padres estaban forrados y mantenían una actitud indiferente sobre el sexo. Pero Remi no era así... Había algo en ella que me encandilaba; aunque era tímida, tenía un cerebro digno de Einstein, y se vestía como si fuera a una reunión de padres de alumnos.

Sus exuberantes labios contaban otra historia, sin embargo, y exigían que los besaran.

Me dije a mí mismo que pasara de ella. Varias veces.

Pero fue como si tuviera un imán, y acabé plantándome delante de ella. Sin poder evitarlo.

Hablamos y nos reímos mientras tomábamos un ponche cargado. Un rato después, nos cogimos de las manos y nos reímos cuando nos enviaron arriba, a jugar a «Siete minutos en el Cielo». Sí, era una tontería, pero no nos importó jugar. No teníamos ni idea de que sería meternos en el armario y comenzar a besarnos y nos pondríamos a cien. Seguimos besándonos, y besándonos... Ella me excitó tanto que durante setenta y dos horas rodamos desnudos por mi cama. Había sido el fin de semana del Día del Trabajo y la residencia de la fraternidad estaba casi vacía. Solo nos levantamos para ir en busca de comida, ducharnos y perseguirnos por toda la residencia antes de meternos de nuevo en la cama.

Rápido. Lento.

Yo encima. Ella encima.

Sentados en una silla.

Contra la pared.

Era todo lo que nunca había sabido que quería en una chica, solo que no podía salir con ella.

No mantenía relaciones.

Entonces, Eva Maria, una de las chicas de la fraternidad de las Hermanitas, con la que había estado algunas veces, apareció el lunes y lo arruinó todo.

Entró en mi habitación y se volvió loca; empezó a tirarle libros a Remi y a decir que yo era su novio.

Remi, una chica a la que claramente no le iba lo dramático, se había vestido con rapidez y había salido de mi habitación mientras yo seguía allí desnudo, tratando de explicar de manera lógica que Eva María no era mi novia, solo alguien que conocía, con quien me acostaba cuando estaba caliente.

Volví al presente cuando Remi cogió la botella de tequila y dio un sorbo. Me había propinado un bofetón esta noche. No era que no me lo mereciera: me había puesto burlón cuando por fin se dio cuenta de quién era, pero es que había sido toda una sorpresa.

No había sabido cómo reaccionar ante ella.

Remi poseía una extraña habilidad para hacerme sentir como si fuera imbécil.

Negué con la cabeza.

«Céntrate en aquí y ahora. Llévala a un reservado, pide una bolsa de hielo, llama a un taxi y llévala a casa».

Y Hartford..., ¡menudo hijo de puta! Pensar en él volvió a avivar las llamas en mi interior una vez más.

«¿La ha dejado plantada?».

¿En qué extraño universo tenía sentido eso? Él había empezado a salir con Remi unos meses después de que me hubiera liado con ella, y por la imagen que daban por el campus, se habían vuelto locos el uno por el otro. Aunque tampoco me había fijado mucho, por supuesto.

—¿Piensas bajarme pronto? —Su voz contenía una nota de irritación—. Este espectáculo circense está mareándome.

—Créeme, no veo el momento de soltarte —repliqué.

Todos los reservados estaban ocupados, pero eso no impidió que fuera hacia uno de los del fondo y les pidiera con suma cortesía —a pesar de que apretaba los dientes— a las tres personas que había allí que se movieran. Me miraron con las cejas arqueadas y expresión combativa, pero al ver a Spider a mi espalda, preparado para lo que fuera, se fueron.

La dejé sobre el asiento justo cuando una camarera se acercaba para preguntarnos qué necesitábamos.

—Un vaso de agua y una bolsa de hielo —pedí brevemente—. Se ha torcido el pie cerca de la barra. Date prisa, por favor.

—¿Debo llamar al gerente? —preguntó la camarera con una mirada airada. Remi hizo un gesto con una sonrisa.

—En cuanto le ponga hielo, se me pasará. Créeme, he tenido peores torceduras.

Cogí una silla de una mesa cercana y la coloqué al lado de Remi.

—Venga, pon el pie aquí.

Lo hizo mientras miraba a todos los lados salvo a mí.

—¿Dónde está Lulu? —pregunté. Su amiga era el alma de todas las fiestas, alguien totalmente opuesto a Remi. Los polos opuestos se atraen.

—La última vez que la vi estaba bailando.

—No debería dejarte sola en un club.

Me ignoró mientras se abrazaba a la botella de tequila.

—Esto sabe mejor cuanto más bebo. ¿Quieres un poco?

—Estás borracha, Remi —murmuré.

—No.

La estudié, fijándome en que tenía el lápiz de labios corrido por habernos besado. Sus ojos parecían vidriosos, pero con un brillo duro, algo a lo que me había acostumbrado con el paso de los años cada vez que nos encontrábamos.

Suspiré y me volví hacia Spider para describirle la altura y el aspecto —en el que destacaba su pelo teñido de rosa— de Lulu. No parecía muy inclinado a acercarse a la pista de baile, pero accedió a ir a buscarla.

Tras unos momentos en silencio, Remi se quitó la máscara, la dejó sobre la mesa y se mordisqueó la uña del pulgar, algo que la había visto hacer una docena de veces en las fiestas en las que coincidíamos cuando no sabía que la estaba mirando.

¿Estaría pensando en mí?

¿En ese beso épico?

«No, idiota. Está bebiendo por otro tío. Despeja la cabeza de mierda. Además, es demasiado inteligente para ti. Incluso aunque esté borracha, es probable que esté pensando en alguna ave africana y en cómo...».

—Contrólate —dijo, mirándome—. Por favor, ¿puedes sentarte?

Solté un suspiro. Una parte de mí no quería alejarse de ella, a pesar de que podría hacerlo ya, pues Lulu aparecería en cualquier momento. Me froté la barbilla antes de acercar otra silla al reservado. Podría ser útil.

—Déjame verte el tobillo.

Levantó el pie de la silla y me lo puso encima de la rodilla. Sus piernas,

suaves y larguísimas, estaban calientes. Remi no era guapa si mirabas cada rasgo de forma individual: tenía la nariz muy larga, los pómulos altos y anchos y un gracioso espacio entre los dientes de delante, pero cuando unías cada una de esas partes, resultaba una de las chicas más sexis que había conocido. Solo que ella no lo sabía.

«Sí, sí... Te encanta su aspecto. Te excita. Te pone duro».

Era divertido que siempre notara su presencia, incluso en el campus. No es que me sirviera de nada. En cuanto ella me veía, se volatilizaba.

Pasé los dedos por el bulto hinchado que había en el lado derecho de su tobillo. No era muy grande; los conocimientos adquiridos en la práctica de los deportes y el hecho de frecuentar el gimnasio de Declan me decían que no era demasiado grave.

—Creo que te has hecho un esguince, pero leve. ¿Todavía te duele?

Tensó los hombros cuando la toqué.

—No mucho.

—Si la hinchazón no ha bajado mañana, tendrás que ir al médico. Si quieres, puedo recomendarte uno. Llevo aquí todo el verano y conozco la zona.

—Mañana estaré bien, ando cayéndome a todas horas. ¿Me devuelves mi pierna?

—Vale. —Le solté el tobillo y aparté la silla.

Pasaron unos segundos mientras la veía jugar con el pelo mirando la pared. El cabello fluía por su espalda como una maldita cascada. De repente, me inundó un recuerdo en el que me envolvía la mano con su pelo, tiraba hacia atrás y la penetraba sin parar.

Me moví en el asiento.

—¿Por qué me has besado la segunda vez, cuando ya sabías que era yo? — Hizo un garabato sobre la mesa con el dedo índice. Levantó la vista al ver que no respondía de inmediato y buscó mis ojos—. ¿Dax?

Me encogí de hombros.

—Porque todavía me acuerdo del fin de semana que pasamos juntos..., porque..., ¡maldita sea!, no lo sé. ¿Vale? —Me levanté y me crucé de brazos—. Ese hielo está tardando demasiado. Voy a ver si encuentro a esa...

—Dax. Espera...

Me di la vuelta; la recorrí de arriba abajo con los ojos mientras ella respiraba hondo con una expresión de confusión.

—Mira, he venido esta noche aquí para liarme con alguien. Quería olvidarme de Hartford con un británico buenorro. Por eso te he besado.

—No te estoy juzgando, Remi.

—Pero, entonces, el barman se ha puesto a tirarme los tejos, me he enganchado el brazaletes, lo que me ha hecho parecer un tiranosaurio rex, y me he torcido el pie. Tú has impedido que me cayera, así que he pensado que era cosa del destino. Y después ese beso... —Se interrumpió y entrecerró los ojos—. ¿Tiene sentido? Estoy equivocada, ¿verdad?

No se equivocaba ni lo más mínimo, pero asentí moviendo la cabeza.

Ella suspiró.

—De todas formas, lo que quiero decir es que no debería haberte dado un bofetón. No es propio de mí, solo ha sido una reacción instintiva. Lo siento.

—Y yo siento ser un idiota egoísta. —Le dirigí una sonrisa llena de ironía.

La vi jugar con el brazaletes que llevaba en la muñeca, con la cabeza gacha.

—Dime una cosa —dijo—. Hace un rato has mencionado que ese día me fui hecha una furia... Si no me hubiera marchado, ¿habríamos llegado a algo?

Abrí la boca y, durante medio segundo, no supe qué decir. Busqué sus ojos.

—Mi récord con una chica son tres semanas. Contigo fue algo increíble, Remi, pero dudo mucho que hubiéramos durado mucho más que eso. Entre nosotros había algo muy ardiente, nunca pude entender qué...

Levantó la mano.

—Deja de darme explicaciones. Lo supe enseguida, al ver que no me llamabas ni me enviabas mensajes. Y al verte a la semana siguiente con otra chica...

La camarera apareció en ese momento con una bolsa de hielo y una toalla, interrumpiendo nuestra discusión, si es que podía llamarse así. Después de que la joven se fuera, me senté en la silla, envolví el hielo en la toalla y lo coloqué sobre su tobillo.

—Lo siento. Seguramente sentirás frío —dije en voz baja.

—Lo soportaré. Como siempre —murmuró ella, clavando los ojos en el pie mientras tomaba un sorbo de agua.

—¿Remi?

Me miró.

—¿Qué?

Solté el aire.

—Mira, quiero intentar arreglarlo. El haber sido un gilipollas entonces, y

también esta noche.

—Un gilipollas me habría dejado allí tirada, borracha y con un pie inútil. Tú no lo has hecho.

Curvé los labios.

—Tiene gracia...

Vi que tiraba del borde del vestido con los dedos.

—Lo que tiene gracia es que no pueda recordar lo que cené anoche pero sí cada detalle del fin de semana que pasé contigo. Que la ventana estaba abierta, que soplaban el viento y movía la cortina... Dejé que tú...

—Será mejor que te calles. No estás en tus cabales —le recordé con ternura.

Se echó a reír, la primera risa de verdad que oía salir de sus labios.

—Tienes razón. Parezco una chica cursi que se ha topado con el chico malo... ¡Oh, espera! Si esa es la realidad...

—¿Qué te parece si hacemos una tregua? ¿Empezamos de nuevo como amigos?

—¿Amigos? —Vi que arqueaba las cejas.

—Sí, ya sabes. Quedar en el campus, vernos en la biblioteca. Ir a Panera juntos.

—¿A Panera? ¿Juntos? ¿Para comer en la misma mesa?

Sonreí.

—Sí. O podemos sentarnos en extremos opuestos del local y hablarnos a gritos.

Ella empezó a soltar una risita, pero pronto se convirtió en una carcajada.

—¿Qué te parece tan gracioso? —pregunté, incapaz de no ponerme a la defensiva.

Ella se fue calmando, y se secó los ojos.

—¡Oh, Dax Blay! Tú. Tú eres muy gracioso. Lloré por ti durante todo un semestre, comí tantas galletas que la cajera del supermercado contaba conmigo todos los días. Me vi una temporada entera de *Orange is the New Black* en un día solo para sacarte de mi cabeza. Llegué a soñar que venías a mi puerta y me rogabas que volviera. Y lo único que vi fue que las chicas babeaban por ti a lo largo y ancho del campus mientras tú disfrutabas de su atención. Así que no, nunca, absolutamente nunca podremos ser amigos. No quiero estar en la misma habitación que tú. No te ofendas. —Sonrió con mordacidad antes de señalarse a sí misma con el dedo y luego a mí—. Esto

que acabas de hacer, ser amable y ayudarme mientras estoy borracha, charlar como si fuéramos colegas, es algo que solo pasará una vez.

Me sentí confuso.

«¿Se había deprimido por mi culpa? ¿Se había pasado un semestre llorando por mí?».

¿Qué-coño-estaba-diciendo?

Algo no cuadraba.

Acababa de enterarme de que su frialdad hacia mí había sido por culpa de lo ocurrido con Eva Maria en el dormitorio y de que me consideraba un completo imbécil. Por no hablar del acoso al que la había sometido Eva Maria.

«Pero ¿esto?».

Apreté los puños.

—¿Quieres decir que te enamoraste de mí?

Se quedó paralizada, y esquivó mis ojos. Pasaron varios segundos...

Me inundó un extraño pánico que me hizo contener la respiración.

«¿Me había amado? Ninguna chica me lo había dicho nunca. Joder... No había querido que lo hicieran...».

Levantó la cabeza vacilante, buscando mi mirada con una expresión de tristeza.

—No. No creo en el amor a primera vista ni en que alguien pueda enamorarse en setenta y dos horas ni nada parecido. ¿Tú sí?

—No. —Levanté las manos en el aire—. Entonces entiendo que te hayas sentido tan afectada por...

Lulu se acercó a la mesa vestida con una falda negra y una camiseta llena de rotos; parecía una sin techo con estilo. Dejó la copa de martini sobre la mesa, se quitó la máscara y cogió el tobillo de Remi. Abrió mucho los ojos cuando lo vio, al tiempo que lanzaba un largo silbido.

—Sin duda, Remi, sabes cómo divertirte. Te dejo sola un minuto y acabas en compañía de Dax Blay. ¿Estamos acaso en un universo alternativo? ¿Ahora las chicas Omega salen con los Tau?

Spider la seguía.

—Encontré a tu amiga moviendo las caderas en la pista de baile con un grupo de chicos —informó con una mueca de diversión—. Buena chica.

Me levanté para dejar sentarse a Lulu.

—Hola, Lulu. ¿Estás divirtiéndote? —Lo dije en un tono seco e irritado.

Ella sonrió y empezó a hablar con su habitual acento sureño.

—Bueno, hola, donjuán, y sí, hasta que ha aparecido este tipo con el pelo azul y me ha arrastrado hasta aquí. Me ha dicho que Remi estaba herida.

—Deberías haber estado con ella —le dije con firmeza—. Me parece que estás aquí para hacerle compañía.

Lulu frunció la cara, se puso las manos en las caderas y se enfrentó a mí.

—¿A esta chica? Es dura como el acero. No te haces una idea de la mierda que puede tragar, así que no te dejes llevar por tu estupidez. Sobrevivió a un ataque de una ardilla en el campus el año pasado con la única consecuencia de una vacuna contra el tétanos —escupió—. Además, ¿a ti qué te importa? ¿Por qué estás cuidando de ella? Ni siquiera le caes bien.

«Lo sé».

—Chicos, dejadlo ya... —intervino Remi mientras se levantaba de la mesa. Se tambaleó, aunque recuperó el equilibrio antes de que llegara junto a ella para ayudarla a ponerse en pie—. Ya estoy bien. —Se apoyó en la parte de atrás del reservado y dio un par de pasos—. ¿Veis? Lo único que necesitaba era ponerme un poco de hielo.

Solté el aire. Parecía estar recuperada; apoyaba el pie en el suelo con firmeza al andar.

Spider arqueó una ceja y me miró.

—Parece que es un buen momento para marcharnos, ¿no crees?

—Sí, *fuss* —dijo Lulu, espantándonos con las manos—. Están a punto de llegar dos tipos con los que he estado bailando para conocer a Remi, y uno de ellos será su pareja esta noche. —Se volvió hacia Remi—. ¿Te parece bien?

Ella se encogió de hombros.

Lulu asintió, casi frotándose las manos.

—Son una pasada, uno de ellos toca en un grupo y el otro va a la uni, ¿no te parece una palabra preciosa? ¿Uni? —se rio.

Remi me miró mientras volvía a encogerse de hombros.

—Claro, que vengan. Cuantos más, mejor.

Me palpitaba una vena en la sien. Es decir, lo sentía de verdad; imaginarla borracha en la cama con un extraño me molestaba. ¿Es que acaso ella no sabía que eso era peligroso y estúpido...?

«No es tuya, Dax. Es de Hartford, o al menos es de él su corazón».

Spider se acercó a mi lado para alejarme de las chicas. Me cogió por el codo y tiró hacia la escalera.

—Adiós, chicos —se despidió Lulu en tono sarcástico.

Era evidente que me guardaba tanto rencor como Remi.

Spider se giró hacia mí al notar que me detenía, mirando a Remi.

—Tío, ya sé que quieres quedarte y ponerte en modo cavernícola protector, pero ya has hecho todo lo que está en tu mano. Tus encantos no han funcionado. Ella no te tolera, te odia —aseguró.

—No estaba actuando. No tiene nada que ver con la apuesta.

Me dio una palmada en la espalda.

—Qué optimista... Me encanta eso de ti. Te da cierta inocencia que, al final, solo se añade a tus muchos atributos. Sinceramente, entiendo que las mujeres caigan a tus pies, pero a veces, primo, debes reconocer que el juego ha terminado y la chica no es tuya. Jaque mate. Yo he ganado.

—Era mía.

—Hasta que le rompiste el corazón. —Sonrió y me revolvió el pelo—. Joder, me sienta genial verte perder. Venga, hagamos otra apuesta.

Mientras él seguía hablando sobre apuestas y libras, mantuve los ojos clavados en Remi, observándola mientras se aplicaba lápiz de labios rojo y se pasaba los dedos por el pelo despeinado.

Ni siquiera se había despedido, y había dejado claro que no quería ser mi amiga. Pero mientras la observaba sin que ella me viera, noté las líneas de tensión alrededor de sus ojos.

—Eh..., ¿estás escuchándome? —preguntó Spider.

—No.

—¿Por qué? Aquí estoy yo, apostando por deporte y tú con la cabeza fuera de la Tierra. No has fumado nada, ¿verdad? Venga, vamos a tomar una copa o a comernos un *kebab* al otro lado de la calle. El perdedor pagará la cuenta.

—Sonrió—. Ese eres tú.

—Sí —murmuré, pero solo lo escuchaba a medias.

Remi debió de sentir el peso de mi mirada porque levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Ninguno apartó la vista. Se me aceleró el pulso y, en ese momento, quise volver con ella.

«No puedes».

Pero...

—Todavía no hemos terminado —murmuré en voz baja mientras nos alejábamos.

5

REMI

Dax y Spider se alejaron en dirección a las escaleras. Observé cómo desaparecían sus anchos hombros hasta que fueron tragados por la multitud.

Mi corazón por fin se relajó un poco.

«¡Dios, ayúdame!».

Acababa de besarme con el chico que había amado; el que me arrancó el corazón y luego lo desechó sin más. Había inhalado su aroma embriagador y le había hablado a la cara. Algo que, estaba segura, no volvería a hacer.

El miedo que había leído en su rostro cuando me preguntó si me había enamorado de él había hecho que me reafirmara en todo lo que sospechaba de él. Tenía el corazón bloqueado, encerrado en un castillo, tras unas murallas impenetrables.

«Por eso tienes que protegerte de él».

La cuestión era que Dax era un chico de rollos, y yo una chica de «para siempre». Ambas circunstancias no casaban. Nunca.

Cerré los ojos, recordando el lugar oscuro en el que había acabado tres años antes y el secreto que le había ocultado.

Abrí los ojos y vi a Lulu mirándome con preocupación. Se sentó a mi lado en el reservado y me apretó el hombro.

—¿Estás bien?

Asentí, moviendo la cabeza.

—Sí.

—Mmm... Entonces, tengo una pregunta. ¿Cómo demonios has terminado con Dax y el chico del pelo azul? Eso tiene que ser una buena historia.

—Perdí el equilibrio y caí en su regazo. No... no sabía quién era.

—¿Y...? —insistió ella.

—Una cosa ha llevado a otra... y hemos acabado besándonos. —Solté el aire—. Ha sido increíble, como siempre.

—¡Joder! —dijo abriendo mucho sus ojos verdes.

—Sí, joder... —murmuré.

—No es de extrañar que estés blanca como un fantasma.

Asentí con la cabeza, y me puse a informarla sobre todos los detalles de él

llevándome escaleras arriba.

—¿He hecho lo correcto al comportarme como una bruja y mandarlo a la mierda? —preguntó sin quitarme la vista de encima—. Porque debo decirte que por un momento parecías un poco indecisa. —Le dio un sorbo a su bebida.

«¿Lo estaba?».

Resopló.

—Dios, me encantaría que Hartford hubiera visto cómo lo besabas. Su cabreo habría sido monumental: Dax Blay, el miembro más popular de Tau, besándose con su exprometida.

«Hartford...».

Sentí una punzada justo en el centro del pecho. Otro fracaso. Perdía por cero a dos en lo que se refería al amor.

Con ese pensamiento en la cabeza, revisé el móvil para ver si me había llamado Hartford. Desde lo que había ocurrido en Mario's, no nos habíamos puesto en contacto.

—¿Has recibido algún mensaje? —preguntó Lulu.

Suspiré mientras miraba los mensajes de texto.

—Solo de mi madre. Quiere que regrese a casa y que le suplique a Hartford que vuelva conmigo.

—¿Y marcharnos de este fantástico país? Te mereces estas vacaciones, Remi.

Tomé un sorbo de agua y dejé el vaso en la mesa mientras buscaba las palabras.

—He estado pensando al respecto. ¿Crees que si amara a Hartford lo suficiente aceptaría que nos tomáramos ese descanso y esperaría a que él se aclarara sus sentimientos?

Ella arrugó la nariz como si algo oliera muy mal.

—No creo que seas el tipo de chica que se traga su orgullo mientras espera a que un chico se decida. Eres una mujer fuerte e independiente. Cuando te hacen daño, tu tendencia es a distanciarte.

Asentí, asimilando aquel comentario.

—Pero ¿alguna vez se te ha ocurrido que..., no sé..., seguía con Hartford porque se ajustaba bien a mi plan? Un chico en el que se podía confiar, un paso poco arriesgado...

—Chica, a eso solo puedes responder tú.

Apoyé la cabeza en el respaldo del reservado, buscando a Dax por el club.

—Sin duda estar con Dax no es un paso poco arriesgado...

Lulu arqueó las cejas.

—Puede ser el chico más sexy del mundo, pero te hizo daño, Remi. —Miró por encima del hombro y aplaudió—. Hablando de orgasmos andantes, ahí vienen los muchachos de los que te hablé.

Los dos británicos con los que Remi había hablado antes se acercaron a nosotras con unas grandes sonrisas en la cara. Iban al estilo *grunge*, con vaqueros oscuros y muchas joyas de plata. Sin duda no eran mi tipo.

«¿Qué más da? Solo quieres divertirte un poco», me recordé.

Lulu le hizo un gesto al más alto, con una cresta *mohawk*, para que se sentara a mi lado, mientras que el otro se acomodaba junto a Lulu.

En cuestión de minutos, Lulu entabló con él una conversación más íntima mientras que el de la cresta se giraba hacia mí para empezar a charlar. Se llamaba Chad y su acento era diferente al de Dax. Supuse que sería porque Dax llevaba años viviendo en Estados Unidos, o quizá porque procedían de partes distintas de Reino Unido.

Podría habérselo preguntado, pero daba igual el empeño que pusiera: no estaba interesada en él. Ya no. No después de haber visto a Dax.

Hicimos un gesto para pedir otra ronda de bebidas, aunque rechacé beber más alcohol y me incliné por agua; no quería seguir emborrachándome. Lo que se me había subido antes se me había pasado, y lo único que quería era salir del club, recostar la cabeza en las sábanas del hotel y dormir.

Chad intentó dejarme impresionada, y yo sonreí, asintiendo en los momentos adecuados, a pesar de que el aliento le olía a menta rancia.

Empezamos a hablar sobre los hitos turísticos cercanos que debía visitar, pero pronto nos centramos en quién había diseñado el vestido y las joyas que llevaba puestas. Jugueteeó con mi brazalete, lo que hizo que se me pusiera la piel de gallina.

No era nada personal. Solo que no estaba de humor.

Me alejé de él y coloqué las manos en el regazo.

Sin embargo, Chad me siguió, apoyó un brazo sobre mis hombros antes de empezar a acariciarme el pelo. Muy pronto, deslizó la mano por mi piel desnuda, hasta hundir los dedos entre la cremallera del vestido y mi espalda.

Sentí náuseas.

Tenía el estómago revuelto desde que había subido las escaleras, pero ahora

parecía que no podía contenerme más. Necesitaba aire.

Me puse en pie.

—Tengo que ir al cuarto de baño.

—¿No quieres los zapatos?! —gritó Lulu con expresión de preocupación cuando salí de la cabina y me dirigí hacia las escaleras.

—No. No pienso volver a usar esos zancos.

—Pero te vas a manchar los pies.

Me encogí de hombros. En un día normal podría importarme, pero había tomado suficientes copas como para que me diera igual el estado del suelo.

—¡Oye, espera, voy contigo! —me gritó. Me dio alcance cuando llegué al final de las escaleras y enlazó su brazo con el mío—. No has comido tacos, ¿verdad?

Forcé una sonrisa.

—No es necesario que me acompañes, ¿sabes? Quédate con esos chicos.

Negó con la cabeza.

—No. Dax me ha hecho sentir culpable. No pienso quitarte los ojos de encima otra vez. —Sonrió—. Les he dicho a los muchachos que nos esperaran arriba.

Mi tobillo permaneció lo suficientemente estable como para recorrer un pasillo oscuro en la parte de atrás del club, donde una flecha de neón parpadeante indicaba el baño de mujeres.

Entramos en una sala repleta de chicas —algunas de ellas borrachas— que hacían cola para entrar en los cubículos. El perfume y la proximidad de esas mujeres me sofocó, así que me abaniqué la cara con las manos. «Por esto odio los clubs». Prefería quedarme en casa viendo películas antiguas con Malcolm.

—Cuando tomas una decisión... —Lulu apretó las piernas para contener la orina—. ¿A dónde vas? —preguntó cuando me di la vuelta para marcharme.

—Quédate. No me voy a ir, solo es que... no me siento bien y hace mucho calor. Supongo que es culpa del tequila.

—No vayas demasiado lejos —me aconsejó mientras atravesaba la puerta.

Una vez fuera del baño, me recosté contra la pared del club, e intenté controlar mi estómago revuelto. Me rodó una gota de sudor por la cara, y me puse algunos mechones de pelo detrás de las orejas.

Una ráfaga de aire fresco me abofeteó cuando alguien salió por una puerta trasera que tenía encima un rótulo que indicaba que era una salida de

emergencia.

«¡Sí! Aire».

Me moví para dirigirme hacia allí, pero me detuvo una voz masculina.

—Hola, cielo.

Miré por encima del hombro y me topé con el barman, aunque ahora parecía diferente. Se había cambiado la camisa blanca del uniforme por una camiseta negra.

—Te puse antes unos chupitos... —Se escuchó una risa brusca—. Posiblemente no te acuerdas de mí.

—Sí, claro que me acuerdo. Te llamas Mike, ¿verdad?

Me lanzó una sonrisa.

—Sí, la última vez que te vi te estaban fallando los pies y te caías.

Hice una mueca.

—Siento que hayas tenido que ver lo torpe que soy... Pero es lo que hay, me temo.

Era posible que también me hubiera visto besándome con Dax. ¡Genial!

Me dirigí hacia la puerta de salida poco a poco, esperando que se diera por aludido, pero siguió hablándome, agradeciéndome que le hubiera dejado propina.

—Bueno, ya he acabado mi turno. ¿Te apetece tomar una copa o bailar? — Se acercó más a mí. Era más alto de lo que recordaba, y olía bien.

Abrí la boca para negarme cuando, por casualidad, miré a uno de los balcones que daban a la pista de baile y que ofrecían a los ocupantes una vista panorámica de todo el club. Uno de los focos aterrizó sobre el rostro de Dax cuando se inclinó por encima de la barandilla para echar un vistazo.

Mientras lo observaba, la sexy pelirroja de antes se le acercó y se apoyó en su brazo.

Noté un golpe en el estómago.

Nunca me había resultado fácil verlo con otras chicas, aunque, con los años, había aprendido a ocultar mis celos.

Fue como si hubiera sentido mi presencia, porque se volvió hacia el lugar donde yo me hallaba, y nuestros ojos se encontraron por encima de los cuerpos que se movían en la pista de baile. Se había vuelto a poner la máscara, pero yo notaba sus ojos turbulentos clavados en los míos, hundiéndose debajo de mi piel.

«Dios, por favor... Pase lo que pase, tengo que alejarme».

—¿Eh?

Aparté la vista, parpadeé y miré a Mike.

—Lo siento. Tengo que salir. —Solté una risita—. Lo cierto es que quiero vomitar. Quizá nos veamos otro día. Nos vamos a quedar toda la semana, y estoy segura de que mi amiga querrá volver.

«Por desgracia».

Dio un rápido paso hacia atrás con una expresión de cautela.

—¡Oh, pobre! Sí, es mejor que salgas, si así te sientes mejor.

—Gracias. Voy a tomar el aire. ¿Es un sitio seguro?

—Claro. Es la puerta que usamos los empleados y hay un aparcamiento a la izquierda, así como una carretera a la derecha. Que te vaya bien. —Se despidió apresuradamente para ir en dirección a donde estaba la acción. C cogió a una rubia de la mano, y fueron hacia la pista de baile.

Era obvio que mencionar que tenías ganas de vomitar espantaba a los chicos.

Una vez fuera, me encontré en un callejón que habría estado desierto si no hubiera sido por un viejo contenedor verde y un gato escuálido que estaba comiendo de una caja de comida para llevar. El felino me lanzó un siseo y una furiosa mirada de advertencia antes de volver a hundir el hocico en el envase.

La única farola que había en la calle proporcionaba una luz considerablemente más brillante que cualquiera que hubiera en el interior del club. Suspiré y me senté en una desvencijada silla metálica que tenía alrededor una gran cantidad de colillas. Seguramente los empleados salían allí a fumar.

Después de unos minutos al aire libre, comencé a sentirme mejor.

Miré en el teléfono qué hora era. Medianoche en Londres, lo que significaba que serían las siete de la tarde en Raleigh.

«Seguramente, Hartford estará saliendo con sus amigos».

Abrí la galería de fotos del teléfono y comencé a mirar los *selfies* que me había hecho con Lulu en Londres. Después de un vuelo nocturno la noche anterior, habíamos dormido esa mañana en The Tower Hotel. Nos levantamos para asistir a un *tour* programado al Shakespeare's Globe y luego cenamos y fuimos de copas a Swan, un moderno bar de dos plantas con un restaurante con vistas panorámicas al Támesis y a la catedral de St. Paul. La vista nocturna del *skyline* había sido increíble, tal y como lo había imaginado

para nuestra luna de miel. Lástima que Hartford se lo hubiera perdido. Noté una opresión en el pecho.

Seguí pasando fotos hasta la última en la que aparecía con Hartford. Había sido hecha hacía tres semanas; estábamos de visita en la UNC Chapel Hill, donde él pensaba asistir a la escuela de Medicina el próximo otoño. Aparecíamos con animadas sonrisas y nuestros cuerpos muy cerca el uno del otro. Ese día, el aire había estado pegajoso y húmedo, respirar había sido pesado, y se me antojaron unos donuts Krispy Kreme de camino a casa.

Y a pesar de eso...

No podía recordar la emoción que sentía cuando posábamos para esa foto. ¿Dónde nos habíamos equivocado? Más importante todavía: ¿por qué no había pensado en él cuando estaba besando a Dax?

La puerta de metal del club se abrió de golpe, haciendo que me sobresaltara.

«Adiós, paz y tranquilidad».

Chad salió al exterior y echó un vistazo antes de sacar un paquete de cigarrillos de la cazadora y encenderse uno. Ahuecó la mano alrededor de la llama para que el viento no la apagara.

Se detuvo y entrecerró los ojos cuando me vio, sorprendido pero satisfecho. Luego se acercó al lugar donde yo estaba sentada.

—Hola. Pensaba que habías ido al cuarto de baño.

Bajo la luz exterior, su cuerpo era más musculoso de lo que recordaba.

—Solo necesitaba tomar un poco el aire. —Me levanté—. Ya lo he hecho.

—No es necesario que te vayas corriendo —comentó con ironía cuando pasé junto a él—. No muerdo.

Sentí que me seguía mientras avanzaba lo más rápido que pude hacia la puerta.

«Solo es un imbécil. Continúa andando».

Abrí la puerta en cuanto llegué a ella, pero él la cerró de golpe poniendo la palma contra la superficie.

—Todavía no he terminado de hablar contigo.

Me estremecí ante el hedor rancio a humo y alcohol que contenía su aliento.

—Quiero volver a entrar, me está esperando Lulu.

Me cogió por el hombro y me obligó a girarme para mirarlo. Entonces, empezó a pasarme el dedo por el brazo hasta llegar al brazalete.

—Tienes cosas muy bonitas. Me gusta mucho tu pulsera. ¿Los diamantes

son de verdad?

Traté de alejarme de él.

—No me toques.

—¿Eh? Era solo una pregunta. No es necesario que te enfades. ¿Por qué no te lo quitas y me dejas mirarlo bien? —Me puso la mano en el cuello. Fue solo un leve contacto, pero...

—¡No! Déjame marcharme. —Me giré como pude para volverme de nuevo hacia la puerta.

Él apretó la mano con más fuerza alrededor de mi cuello, hundiendo los dedos. Intenté arañarlo mientras él me mantenía prisionera con una sola mano.

—Estaba tratando de ser amable contigo, pero eres una zorra —aseguró en voz baja.

Me inundó el pánico, y hundí las uñas en su carne con más fuerza, pero eso solo sirvió para que me hiciera más daño en el cuello.

Probé a tragar, sin conseguirlo.

Inhalé hondo, para coger aire. Nada.

Llegó un ruido desde la calle que lo hizo sobresaltarse. Así que se dio la vuelta, me rodeó la cintura con un brazo y me arrastró detrás del contenedor. Comencé a dar patadas, buscando poder impulsarme desde el suelo, pero no lo conseguí. Rebusqué en mi mente para recordar los movimientos de autodefensa que me había enseñado mi padre.

De pronto, me lanzó al suelo y se sentó a horcajadas sobre mí, sujetándome las caderas con las piernas como si fueran tenazas.

—Estate quieta —escupió.

«Vale, vale...».

Asentí como pude, obligándome a aflojar los músculos y dejando caer las manos a los lados.

Quitó la mano de mi tráquea.

«¡Lucha!».

Le clavé el codo directamente en las costillas, lo que hizo que soltara un rugido. Lo golpeé de nuevo en el pecho, con el gancho de derecha más fuerte que pude darle.

Grité por si alguien estaba escuchándome, pero mi voz apenas fue audible.

Entonces me abofeteó en la cara con fuerza.

Me cogió las manos, para aprisionármelas. Logré zafarme y le propiné un

puñetazo en el estómago, pero fue un golpe muy débil.

Le arañé la cara, alcanzándole un ojo, y aulló cuando le hice sangre, que se deslizó por su mejilla.

—¡Estate quieta! —gritó mientras me arrancaba el collar. Era de plata, con un colgante en forma de corazón sostenido por unas alas. Me lo había regalado Malcolm, aunque no era demasiado valioso, solo el valor sentimental que pudiera tener para mí. Luego se lanzó a por la pulsera, y me sacudió la muñeca de tal forma que pensé que me desgarraría el brazo.

Gemí de pena, vencida por el miedo.

«¡El brazalete no!».

Respondí empujando el puño contra su garganta, en un movimiento que me había enseñado Malcolm. Cuando lo alcancé, se echó hacia atrás y se llevó las manos al cuello, jadeando.

Luego cayó sobre mí, encima de mi pecho. Sé que debería haber sentido algún tipo de dolor, pero tenía demasiado miedo, y la necesidad de sobrevivir superaba a las circunstancias. Rápido como un relámpago, me arrebató el brazalete, sin duda rompiendo el cierre.

«¡No!».

Era todo lo que me quedaba de mi padre.

—Nunca he matado a nadie por una joya estúpida, pero me estás dando ganas.

Tenía el rostro lívido por la rabia.

—No —jadeé—. Por favor...

Me di cuenta de que todo lo que me había estado consumiendo durante las dos últimas semanas —la decepción que había sentido con mi madre, el abandono de Hartford, la universidad—, todo, eran estupideces intrascendentes.

«Esto». Eso era lo que importaba. La vida.

Debemos saborear cada segundo, porque no sabemos cuándo será el último.

Tener en cuenta y muy presentes las cosas pequeñas; el color del cielo, una margarita, la nieve cayendo...

«No quiero morir», recé.

Quería probar más tipos de donuts.

Hacerme un tatuaje.

Bailar.

Enamorarme.

En un abrir y cerrar de ojos, Chad desapareció, y vi cómo chocaba contra el

contenedor metálico, como si fuera una bolsa llena de tierra.

Volví la cabeza hacia la puerta.

«¡Santo dios! Dax».

Corrió hacia Chad para empujarlo al suelo de hormigón, donde se enredaron en una pelea, los dos gruñendo y golpeándose. Oí sus puñetazos e intenté moverme, levantarme para ayudarlo. Para hacer algo.

Me puse a cuatro patas y me acerqué a ellos.

«Por favor, que Dax no salga herido».

Siendo más ancho y musculoso, Dax comenzó a propinarle golpes directos, pero Chad se recuperó, nervioso, fibroso y ágil, y se alejó unos pasos.

Luego voló hacia Dax y saltó sobre él. Le dio un fuerte puñetazo en un ojo, lo que hizo que la cabeza de Dax fuera hacia atrás, hasta tropezar contra la fachada de ladrillo del edificio vecino. Soltó un rugido con el pecho agitado mientras Chad se inclinaba, cogía una piedra del suelo y avanzaba con ella en la mano.

«¡No!».

Me volví hacia los lados jadeando, buscando ayuda de cualquiera que pudiera estar en las inmediaciones, en la calle, y al no ver a nadie, fui hacia ellos, con la grava clavándoseme en las rodillas y en las palmas de las manos.

Dax soltó el aire y se lanzó a por él, pero Chad lo esquivó antes de intentar darle con la piedra en la cabeza. Falló y tuvo que retroceder para evitar el puñetazo de Dax.

Pasó un coche por la calle y me volví para llamarlos, pero no me salió la voz. Así que seguí aproximándome a ellos.

«Más cerca... Más cerca...».

Chad estaba de espaldas a mí, y si podía llegar hasta él...

Mis ojos se encontraron con los de Dax durante un segundo en el que él me hizo un leve gesto con la cabeza casi imperceptible. Lo ignoré. De ninguna forma iba a dejarlo solo.

Chad, que obviamente había renunciado a golpear a Dax con la piedra, se la lanzó, y le alcanzó en el brazo.

Noté que Dax se tensaba, que cerraba los puños mientras corría de nuevo hacia Chad, solo que esta vez, en lugar de usar las manos, dio un par de patadas rápidas en el pecho del otro chico.

«¡Zas! ¡Zas!».

Chad se dobló por la cintura y jadeó en busca de aire.

Dax se acercó más, acorralándolo, con una expresión de rabia acumulada en la cara y una alocada mirada en los ojos que no le había visto nunca.

De repente, Chad dio un salto, se giró y corrió hacia la calle.

Aunque Dax se dio la vuelta y logró agarrarlo por la camisa, Chad se salió de ella mientras los botones salían volando. Nos maldijo a los dos antes de desaparecer por el otro lado de la calle, en la oscuridad del siguiente callejón.

No recuerdo haber oído un sonido más agradable que el desvanecimiento de sus pasos.

Me levanté como pude y me apoyé en la fachada mientras Dax corría hacia mí. Me estremecía, intentando tragar grandes bocanadas de aire.

Él se detuvo a unos centímetros para estudiarme como un halcón, con la cara rígida por la furia. Tenía los puños cerrados, y su cuerpo se había convertido en una sólida pared de músculos.

—Dios, Remi, ¿estás bien?

Solo relajó los hombros cuando asentí moviendo la cabeza. Se inclinó para levantarme la barbilla en dirección a la luz de la farola.

—Tienes la garganta magullada —dijo con los dientes apretados.

—Estoy bien —logré articular, aunque mi voz salía áspera como el papel de lija.

—¿Qué demonios ha pasado? Te he visto salir, pero no he observado que te siguiera. Me empecé a poner nervioso al pensar que estabas sola... —Se interrumpió para pasarse una mano por el pelo—. ¡Joder, lo siento! Tenía que haber salido antes.

—No... No es culpa tuya... —Cogí más aire para poder seguir hablando mientras cerraba los dedos alrededor de mi muñeca—. Me... ha robado. Se... ha... llevado... mis... joyas.

Me rodeó con sus brazos muy despacio y me sostuvo como si fuera una pieza de porcelana.

—Estás temblando de pies a cabeza, Remi. Lo siento mucho, cariño. Estoy aquí. Estás bien. Yo me ocuparé de todo. No pasa nada.

Fue como si me envolviera una cálida capa de acero templado, y me disolví en la seguridad que me ofrecían sus brazos con la cara hundida en su pecho.

—He pensado que iba a matarme... —expliqué con un hilo de voz temblorosa. Cerré los ojos, permitiendo que cayeran las lágrimas que me anegaban los ojos, incapaz por una vez de contener la marea—. Odio llorar delante de la gente. Es una estupidez.

—Shhh... Deja que salga todo. Todavía estás en *shock*. Pero yo estoy aquí, no voy a marcharme, te lo prometo.

Una sucesión de imágenes fragmentadas del ataque atravesaron mi mente.

—Se... Se ha llevado el brazalete que me dio mi padre el día que murió. No... No puedo imaginarme sin él. Lo necesito, me ayuda a mantener la calma... —Me interrumpí, incapaz de decir nada más sin deshacerme en llanto.

Dax dio un paso atrás para mirarme a los ojos al tiempo que ahuecaba las manos sobre mis hombros.

—Pero estás viva. Eso es lo más importante, ¿verdad? Si te hubiera pasado algo... —Apretó los labios mientras respiraba hondo, lo que hinchó su pecho—. Quería ir detrás de ese capullo, pero no podía dejarte aquí sola, en el suelo...

Asentí, limpiándome la cara.

—Lo has asustado, creo. Has hecho unos movimientos que no le había visto a nadie.

Miré de nuevo por encima de su hombro, todavía presa de la paranoia.

Me acarició la mejilla.

—No va a volver —aseguró en un tono suave pero letal—, pero si se atreviera, lo mataré.

Asentí moviendo la cabeza; me sentía tan sedienta de sangre como él.

«Mi precioso y amado brazalete ha desaparecido...».

Me colocó el escote del vestido, y bajé la vista: parte del corpiño y del hombro estaban desgarrados, y apenas me cubrían. Las lentejuelas colgaban de los hilos. Dax cogió los extremos y los anudó con ternura, colocándolos de forma que no se me viera el sujetador.

—Genial. Más dinero que se ha ido a la mierda —suspiré mientras me frotaba los brazos—. De todas formas, no habría estado bien que lo devolviera después de usarlo.

Hizo una pausa para mirarme con expresión de preocupación.

—Remi... Quizá no sea el momento más adecuado, pero si necesitas dinero, puedo prestártelo.

Lo contemplé boquiabierto.

Él seguía sorprendiéndome. El engreído Dax que conocía de Whitman me estaba mostrando una faceta totalmente diferente.

—Es... es un gesto muy amable que me digas eso, pero no quería insinuar

que necesitaba ayuda. Estoy bien.

Apareció una profunda línea en su frente.

—Soy lo suficientemente perceptivo como para saber que cuando una chica dice que está bien por lo general está mintiendo. ¿Por qué te preocupa no poder devolver el vestido? Y quiero que me digas la verdad...

Negué con la cabeza.

—Es solo que... He perdido la fianza del salón de bodas, un dinero que llevaba meses ahorrando con mi trabajo en el *diner* de Minnie. Lulu se ha pagado el billete, y se ha ofrecido a hacerse cargo de mis facturas, pero no se lo pienso permitir. Y, cuando vuelva a Whitman, tengo que buscar un lugar para vivir, pagar el alquiler, todas las facturas... Son muchos gastos que no tenía planeados.

Me mordí el labio inferior.

—Pero, bueno, obviamente hay cosas más importantes, como que me has salvado la vida, y que, gracias a eso, tienes un ojo a la funerala. —Me fijé en más detalles al tiempo que le pasaba los dedos con suavidad por la barbilla—. Bueno..., al menos no sangras.

—Por ti no me importaría. Sería como ganar una medalla al honor. —Su mirada se fijó en la mía.

Noté que se me revolvía el estómago.

«¿Qué quería decir?».

—Gracias —susurré.

Apoyó la frente contra la mía.

—De nada. He oído que el trabajo como guardaespaldas está muy bien pagado. ¿Crees que debería dedicarme a eso después de graduarme? —Me apartó el cabello de la cara, peinándome las largas hebras con los dedos.

Aquel contacto era justo lo que necesitaba.

Sin medir las consecuencias, sin fijarme en otra cosa que en sentirme reconfortada, me apreté instintivamente contra él; encajé en sus brazos con facilidad, como si estuviera respirando. Él se apoyó contra la fachada de ladrillo del edificio y me abrazó, percibiendo mi necesidad de estar conectada a algo.

Me sentía a salvo. Segura. Como si allí, entre sus brazos, nada pudiera hacerme daño otra vez.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, quizá un minuto, o tal vez cinco, pero nuestras respiraciones se sincronizaron muy pronto; la subida y bajada de su

pecho estaba en perfecta sintonía con la mía. Me trazó la columna vertebral con los dedos, arriba y abajo... Me esbozó los omóplatos justo después, antes de llevar las manos a mis caderas. Luego me acarició el pelo, masajeándome el cuero cabelludo. Me dieron ganas de ronronear y, si hubiera sido posible, me habría hundido más en él. Entre nosotros no habría cabido ni un alfiler.

Pero lo que había comenzado como un inocente abrazo cambió. El fuego dibujaba un rastro ardiente en mi piel en cada parte que me tocaba. Mis manos se deslizaron solas hacia abajo, hasta su cintura, jugando con la línea donde los vaqueros cubrían las caderas. Me dejé llevar, empezando a dibujar con los dedos la V de sus oblicuos, y sentí que se endurecía contra mí.

Entre nosotros siempre había habido esa química. Febril. Preparados al instante.

Aquel largo fin de semana que habíamos estado juntos no habíamos podido quitarnos las manos de encima. Una mirada, y se había arrodillado delante de mí, preguntándome qué quería, qué necesitaba. Yo había actuado igual, sin tener suficiente de él. Incluso cuando lo que quería era atarme, dominarme.

Juntos éramos un sol brillante y ardiente, y habíamos explotado.

Me rozó la coronilla con los labios.

—Remi..., mírame... —dijo con la voz ronca.

«Si levantas la vista, acabarás besándolo...».

Moví la cabeza hacia arriba, y nuestras bocas se fundieron al instante.

Con insistencia.

Con salvaje ferocidad.

Con ardor.

«¡Sí! Esto es lo que necesito».

El deseo que había flotado entre nosotros desde que nos besamos en la barra me atravesó, llenando cada una de mis células. Gemí mientras posaba las manos en sus hombros y le clavaba las uñas en la carne.

Sabía que era un error, un error terrible, pero me gustaba. Me hacía sentir bien.

Me sentía maravillosamente viva, acelerada, como si pudiera aplastar un coche entre mis manos, o empujar a Dax contra la pared para follarlo hasta quedarnos sin sentido. Reconocí aquella sensación como lo que era: había rozado la muerte y ahora quería experimentar la vida.

—Espera —jadeó cuando deslicé la mano por debajo de su camiseta—. Esto es por la adrenalina. Acabas de tener un trauma. No es esto lo que

quieres de verdad...

—Shh... —Le levanté la camiseta para besarle el pecho, deslizando la lengua por su pezón—. Sabes a todo lo que me gusta en el mundo.

Su tenso control se evaporó, y se inclinó hacia mí.

—¡Dios! No puedo decirte que no...

—Entonces, no lo hagas. —Le puse la mano sobre la bragueta de los vaqueros, notando la dura longitud que contenían—. Me acuerdo de lo caliente que fue contigo, cómo te encantaba que dijera tu nombre. ¿No quieres eso otra vez?

Sus ojos echaron fuego.

—Sí —gruñó, antes de volver a apoderarse de mi boca, devorándomela mientras yo le bajaba la cremallera de los pantalones para meter la mano dentro. Por supuesto..., no llevaba ropa interior.

Los dos estábamos frenéticos; nuestros dedos no tenían pausa, tocaban todo aquello que llevábamos años añorando. Lo queríamos todo, la presión de las manos, los besos...

«Por fin —parecía decir mi cuerpo—. Es el destino. Lo que debe ocurrir».

Me deslizó la mano por el escote del vestido, ahuecando la mano por encima del encaje del sujetador, haciendo que se me endureciera el pezón. Me arqueé hacia él. Solo tenía que tocarme una vez en el lugar correcto y explotaría.

Acuné su polla, la acaricié desde la base a la punta, pasando los dedos por el glande, pues sabía perfectamente dónde le gustaba que lo tocara.

—Remi, me matas —jadeó, apoyando la cabeza contra los ladrillos—. He pensado en esto muchas veces...

—¿Remi? —resonó una voz chillona justo detrás de nosotros—. ¿Qué diablos estás haciendo? Los macizos británicos han desaparecido, y ahora te encuentro aquí, ¿con Dax? Me dejas flipada.

«Lulu».

—Sí, suscribo lo que ha dicho ella —intervino Spider en tono seco—. Aunque para mí, vosotros dos estáis intercambiando fluidos.

Y ahora estaba aquí todo el mundo.

«¡Tierra, trágame...!».

Temblé de pies a cabeza por culpa de la necesidad que no iba a poder saciar, y apoyé la cabeza en el pecho de Dax, tratando de controlar la respiración mientras él se abrochaba los pantalones discretamente y me

colocaba el vestido.

Me ardieron las mejillas por la mortificación.

«Primero le digo que no podemos ser amigos y, al instante siguiente, le hundo la lengua en la boca».

¡Dios!, cuando estaba con él me transformaba.

Dax me encerró la cara entre las manos, buscando mis ojos con una expresión preocupada.

—Es la adrenalina, cariño. No te arrepientas, no te culpes a ti misma.

Cerré los ojos. ¿Por qué poseía la habilidad de leerme la mente?

Asentí con la cabeza, y nos giramos para enfrentarnos a ellos.

6

DAX

Puse a Spider y a Lulu al tanto de los detalles de lo que había ocurrido, describiéndoles cómo había encontrado a Remi luchando contra Chad en el suelo.

Debería haber salido antes.

«No es responsabilidad tuya», me dijo mi cerebro.

Cogí la mano de Remi y entrelacé nuestros dedos. Ella me los apretó con fuerza, por lo que la atraje contra mí mientras respondíamos a las preguntas de su amiga y mi primo. Remi hablaba en voz baja, pero mostraba una calmada compostura que no esperaba en alguien que acababa de ser atacada.

Aunque, claro, ella siempre había parecido ser una persona muy controlada.

Durante años, había intentado enterarme de cosas sobre ella, solo para saber qué tal le iba. Nos habíamos encontrado frente a frente en algunas fiestas del campus, pero nadie habría imaginado que nos conocíamos, dado que ella solía mirarme con una sonrisa fingida antes de seguir su camino.

Como si yo no fuera más que un puto mueble.

Por supuesto, yo acostumbraba a pasearme con un par de chicas colgadas del brazo.

Quizá la había observado con más intensidad de la que debía, considerando que era la novia de uno de mis rivales. Existía una regla no escrita que decía que no les birlábamos las chicas a los Omega, y viceversa, a menos que quisiéramos acabar provocando una batalla en el campus. Tampoco era que eso me hubiera importado. Si deseaba a una chica, iba a por ella, aunque nunca había perseguido a ninguna que tuviera novio, ni a ninguna que fuera amiga de Remi y Hartford.

Además, ya había tenido una oportunidad con ella... «que no aproveché».

Regresé al presente con el sonido de las sirenas en la distancia.

Alguien había llamado a la policía, menos mal.

Dos tipos robustos —que yo sabía que eran vigilantes en el club— atravesaron la puerta metálica, estudiaron el área y luego se detuvieron junto a nosotros cuatro, al lado del contenedor.

—¿Todo bien por aquí? —nos preguntó uno de ellos.

Volví a sentirme furioso y apreté los puños.

—Ahora sí —repuse de forma lacónica mientras me incorporaba en toda mi altura para mirarlos—. Si el local tiene una puerta trasera, no sería mala idea mantener la seguridad en la zona, en especial si está cerca de un callejón. Mi amiga se ha visto atacada por uno de sus clientes. Casi la mata.

—Estoy bien —intervino Remi, suavizando la situación—. Gracias a ti.

La miré a la cara. Ella esbozó una sonrisa algo débil que me hizo sentir cierta paz. Sin embargo, no era capaz de relajarme por completo.

Unos minutos después, hicimos una declaración completa sobre el accidente a los policías y les aseguramos que nos pondríamos en contacto con ellos si recordábamos algo más. Al parecer, había una oleada de asaltos similares por esa zona: un par de hombres blancos que golpeaban a sus víctimas, que habían conocido previamente en bares y clubs. Los dos tipos con los que Lulu había intimado se ajustaban a la descripción. Solían robar joyas, dinero, teléfonos y hasta ropa. La policía había alertado a las casas de empeño cercanas para que estuvieran pendientes por si llegaban productos robados, pero hasta el momento no habían tenido suerte. Remi pareció destrozada cuando le dijeron que no tenían ninguna pista.

Después de que se fuera la policía, Spider y Lulu fueron a buscar unas botellas de agua al bar mientras nosotros dos íbamos al cuarto de baño para el personal que nos había ofrecido generosamente el gerente de Masquerade, así como una invitación para entrar y consumir gratis lo que quisiéramos durante el resto de la semana.

Remi se había hecho algunos pequeños cortes en las manos con la grava y le habían aparecido varios moratones con forma de huellas dactilares en el cuello, aunque ella insistió en que podía ocultárselos con maquillaje. Por suerte, en el club había un pequeño botiquín de primeros auxilios donde encontramos toallitas húmedas con alcohol y hamamelis. Aunque la policía la había examinado y le había hecho varias fotos, Remi se había negado por completo a ir a un hospital.

Se sentó en un taburete, y le limpié los pies, intentando eliminar todos los rastros de suciedad. Parecía que habíamos superado un obstáculo: nos habíamos convertido en una especie de amigos.

En realidad no lo habíamos dicho en voz alta, pero sentía la conexión entre nosotros.

Más tarde, me apoyé en el lavabo mientras ella me ponía en el ojo hinchado

una compresa de agua fría que alguien había traído de la cocina. Uno de los camareros se pasó por el vestuario de los empleados y encontró unas chanclas viejas y una camiseta *oversize* con las palabras «I LOVE NIGHTS AT MASQUERADE», que Remi se puso encima del vestido.

—Menuda ironía —comenté, riéndome entre dientes al leer aquella declaración sobre las fantásticas veladas en el club.

Ella curvó los labios.

—Al menos parece que hemos hecho las paces. —Hizo una pausa—. Me alegro de haberte visto.

—Y yo.

Me hizo un gesto.

—Lo que ha pasado... Cuando te he metido mano... —Noté que le subía el rubor por el cuello hasta la frente—. Me he vuelto loca —se rio—, sin doble intención.

—Está bien. No es necesario que me des ninguna explicación. Corramos un tupido velo. —Deseé poder hacer desaparecer el bulto que tenía en los pantalones.

—¿Ojos que no ven, corazón que no siente?

—Algo así. Ahora somos amigos.

—Mmm... —murmuró, esbozando una sonrisa mientras me miraba con los ojos brillantes de emoción—. Sin duda eres mi héroe. Te debo una.

Contuve el aliento ante la imagen que presentaba; era la primera vez que veía una expresión realmente feliz en su cara esa noche, y por un momento vislumbré cómo podría haber sido mi futuro si me hubiera atrevido...

«No sigas por ahí, Dax».

Durante unos minutos, ella me palpó en busca de otras lesiones; llegó a hacer que me quitara la camiseta por si tenía moratones. Insistí en que Chad no me había dado con tanta fuerza, pero ella siguió pasando los dedos por cada centímetro de mi piel, allí por donde le indicaba que aquel me había golpeado. Quería comprobarlo por sí misma, y sabía que no era por nada sexual, sino que era verdadera preocupación. Se formó en su frente un pequeño surco mientras me estudiaba las costillas para asegurarse de que no estaban rotas, pero su gesto hizo que echara la cabeza hacia atrás y soltara una carcajada.

—Me había olvidado de lo sensible que eres aquí —comentó dando un paso atrás.

Empujé sus manos entre risas.

Ella sonrió mientras me ponía los dedos en el bíceps, trazando el contorno de las alas de la libélula con un gesto distraído.

—Me encanta. Los colores, el diseño... Transmite emociones puras. Este tatuaje significa algo para ti —afirmó—. ¿De qué se trata? —Me miró a los ojos—. Siento tristeza al mirarlo. ¿No te parece raro que ver algo provoque una sensación, como si tuviéramos un sexto sentido? —Sonrió—. No me tengas en cuenta, solo divago. Aunque me gustaría hacerme un tatuaje.

No alejó la mano de mi brazo, sino que siguió trazando el contorno de la libélula, dibujando los mismos remolinos y marcas que aparecían en el diseño. Sentí un hormigueo en la piel. No, en realidad no era un hormigueo: eran chispas.

«No es nada sexual, Dax», me advertí a mí mismo.

Se trataba de la verdadera Remi, del verdadero yo.

Estábamos hablando. Compartiendo emociones. Disfrutando de un momento en el que ella estaba asomándose a mi alma.

«¿La dejarás entrar?».

«Ni hablar».

Yo no era lo suficientemente bueno para ella, no la necesitaba en mi vida. Debía reprimir mis emociones para no desear algo que no podría tener nunca.

Pero su caricia...

«Entonces, ¡aléjate de ella, gilipollas!».

Me balanceé al tiempo que me inclinaba hacia ella.

Me resultaba hipnótica.

Estaba hipnotizado.

Remi era tan jodidamente perfecta que quería acurrucarme con ella en una cama mullida, acariciarle el pelo y contarle el significado oculto del tatuaje...

Pero no podía.

No compartía eso.

A la gente le parecía un tipo superficial, engreído y divertido, pero en realidad reprimía un montón de sentimientos, en especial porque acababa de ser el aniversario de la muerte de mi madre, y no importaba lo mucho que quisiera explicar lo que significaba mi libélula, no podía hacerlo. No podría enfrentarme a esa dura experiencia sin que se me pusiera un nudo en la garganta.

Así que recurrí a lo que mejor se me daba: ignorar las emociones.

Retrocedí, dejando espacio entre nosotros, y permití que su mano cayera a un lado antes de cambiar de tema.

—Oye, pues quiero estar presente cuando te hagas un tatuaje.

Parpadeó; sus ojos perdieron aquel brillo al notar que me había replegado.

—Oh, vale. Claro. Tendremos que quedar. —Me lanzó la camiseta—. Es mejor que te la pongas de nuevo.

Me la pasé por la cabeza.

—¿Preparada para ir a casa? —pregunté, acercándome a la puerta y abriéndola.

Sus ojos azul cobalto buscaron los míos.

—En realidad no. Todavía estoy nerviosa, será cosa de la adrenalina. ¿Vamos a algún sitio?

—¿Quieres volver al club? —pregunté lleno de incredulidad.

—Dios, no... —Se mordisqueó la uña. Parecía indecisa y muy perdida—. Me gustaría comer algo, aunque no sé si podré tragar. Pero, bueno, al menos tomar un refresco.

—Remi, quizá fuera mejor que volvieras al hotel y descansaras un poco.

—¿A una habitación vacía? No, gracias. —En sus ojos apareció una mirada desafiante, pero se desinfló con rapidez—. Es que... Es que no quiero estar sola, ¿vale?

Contuve el ramalazo de deseo que me atravesó al escuchar sus palabras.

—Vale, cariño. Entonces, vamos. Conozco el lugar perfecto.

Los cuatro fuimos a Tucks, un pequeño local donde servían *kebabs*, al otro lado de la calle, uno de los pocos restaurantes de la zona que permanecían abiertos después de las doce. Por lo general, atendían pedidos de comida a domicilio, pero también había algunas mesitas en la parte de atrás. Spider cogió una mientras yo hacía un pedido con Remi y Lulu.

Remi hizo muchas preguntas sobre el *kebab doner*, que es un montón de carne marinada que se cocina girando junto al calor. Es considerada la mejor «comida para borrachos» de Londres.

Eligió uno de cordero envuelto en un pan de pita con col, tomate y salsa picante. Después de unos mordiscos, soltó la comida con un suspiro.

Reprimí una maldición; debía de tener la garganta demasiado dolorida para comer.

Sin decirle nada, me excusé, me acerqué al mostrador y le pedí un batido de

vainilla. No era nada del otro mundo, solo una bebida preenvasada, pero estaba fría y era fácil de tragar.

Cuando le puse el batido delante, se detuvo en mitad de la frase que estaba diciéndole a Lulu.

—¿Qué es esto? —Levantó la mirada hacia la mía.

—He notado que no puedes tragar bien, quizá esto te ayude.

Su expresión se suavizó.

—Oh. ¿Es un batido?

—Sí. Aquí son diferentes que en Estados Unidos. Tienen menos azúcar, y son más ligeros. Quizá no sea lo que acostumbras a tomar, pero llevan algo de proteínas y te llenan si tienes hambre.

Me miró boquiabierta.

—Qué detalle por tu parte... Gracias por pensar en mí.

Lo abrió y dio un sorbo mientras me observaba con las mejillas ruborizadas.

Asentí al tiempo que volvía a sentarme. Spider me miró con una expresión interrogante antes de clavar los ojos en Remi y luego otra vez en mí.

Lo ignoré.

—No puedo olvidarme del capullo de Chad —comentó Lulu más tarde, mientras jugueteaba con las patatas fritas que había pedido. Se había mostrado apesadumbrada desde que le habíamos contado lo ocurrido.

—Lulu —dijo Remi con un suspiro—, no es culpa tuya. ¿Veis? Ya tengo mejor la voz. —En efecto, sus palabras eran más claras, pero temía que mañana se sintiera peor. Declan participaba en la liga UFC de artes marciales mixtas, y los peores dolores y moratones los tenía unos días después de los combates.

—Me siento fatal. He logrado dar con los dos únicos cabrones de Londres y presentártelos. Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad —murmuró Lulu—. Ese acento... y esa cresta tan chula...

—Lo has dicho ya un millón de veces —dijo Spider—. Lo sientes mucho. Eres una mala amiga y te mereces una patada en el coño...

Sonrió al ver la mirada que le dirigió Lulu.

—¿Qué pasa? ¿No se puede decir esa palabra? Tiene que resbalarte...

—Oh, y eso lo dice Spider, el famoso guitarrista que oculta su identidad. Ni siquiera me gustan los Vital Rejects —escupió ella—. Chúpate esa.

Me reí. En cuanto nos quitamos las máscaras, había quedado claro quién era

Spider. Aunque las chicas se habían sorprendido al principio, no habían parecido demasiado impresionadas.

Era algo que me había hecho mucha gracia.

Al parecer, Remi y Lulu no eran seguidoras de grupos alternativos.

Remi me miró.

—¿Vas a seguir en la residencia de la fraternidad durante el semestre de otoño?

Negué con la cabeza.

—Actualmente no tengo casa.

—Yo tampoco. Hartford se quedó con el apartamento y Lulu ya tiene compañera de habitación. Estoy segura de que ahora mismo solo quedan antros para alquilar.

Estaba de acuerdo.

—Sí. Yo me pondré a buscar un apartamento cuando vuelva.

—Quizá si encuentras algo, o si lo encuentro yo, podríamos compartirlo...

Me quedé paralizado con el *kebab* a medio camino de la boca mientras tres pares de ojos me miraban con expectación. Tragué saliva y luego bebí un sorbo de agua.

—No sé si será una buena idea.

Remi resopló.

—Tienes razón. ¡Dios! Vaya locura... No me hagas caso: es evidente que sigo en estado de *shock*.

Sonreí al imaginarnos viviendo juntos.

—Nos pelearíamos como el perro y el gato, ¿no? ¿Una hermanita de Omega y un Tau?

Ella se encogió de hombros.

—Mmm..., puede que sí... o puede que no. En realidad no me importa nada la rivalidad entre Omega y Tau.

—A Hartford sí —intervino Lulu con una risita—. Se pondría como una fiera.

—De todas formas, era una mala idea —insistió Remi—. Al parecer, no soy responsable de nada de lo que hago o digo esta noche.

Dejé morir el tema.

Cuando terminamos y llevamos a la basura los restos, Lulu y Spider se fueron a fumar al exterior, dejándome solo con Remi. La vi pasarse los dedos por la muñeca con una expresión de nostalgia.

—Remi, ¿qué le pasó a tu padre? —pregunté en voz baja.

Palideció.

—Si no quieres responderme, no pasa nada —añadí.

Ella respiró hondo.

—No, no me importa. Es que no esperaba que me lo preguntaras. No llegamos a profundizar demasiado el fin de semana que estuvimos juntos.

Cierto.

—Sé lo que se siente al perder a alguien —murmuré—. He pasado por ello.

Me estudió la cara y luego, como si hubiera tomado una decisión, asintió con firmeza.

—Tuvo... Tuvo un accidente de coche el día que yo cumplía dieciséis años. Pisó un trozo de hielo con una rueda, el SUV cruzó la mediana y acabó chocando contra un tractor... Según dijo el forense, su muerte fue instantánea. Iba... Iba a recogerme a clases de piano. Se suponía que esa noche íbamos a ir a cenar a mi restaurante japonés favorito.

La vi cerrar el puño encima de la mesa.

—Bueno, estuve esperándolo un rato y luego llamé a una amiga. Al llegar a casa, estaba la policía. Mi padre me había regalado el brazalete esa misma mañana. Me sentía muy emocionada, porque había pertenecido a mi madre.

—Se mordió el labio—. La vida no volvió a ser igual.

Sentí una profunda emoción en el pecho que me hizo agitar como un animal inquieto. Remi había pasado un infierno... «Igual que yo».

Deslicé la mano por encima de la mesa y le abrí el puño, dedo a dedo, hasta que quedó expuesta la palma de su mano. La apreté contra la mía para que se tocaran.

—Jamás he hablado de esto con nadie, salvo con Declan, pero mi madre falleció cuando teníamos diez años, por un cáncer de pulmón en estado avanzado. Murió en apenas dos meses. No conocíamos demasiado a nuestro padre, pero Declan y yo tuvimos que dejar atrás todo lo que conocíamos y mudarnos a Raleigh para vivir con él. La vida no volvió a ser la misma —agregué con ternura.

Me lanzó una mirada de comprensión.

—¿Y cómo... cómo lo superaste?

—Era todavía un niño, así que lloré mucho. A veces un simple olor provocaba mi llanto, otras una risa parecida a la de ella, su comida favorita... Durante un año, fue como tener un trozo de roca en el estómago. Imaginaba

que era víctima de una broma horrible, que de repente volvía a estar viva y me venía a buscar al colegio. Que lo filmaba una cadena de televisión y luego nos subíamos a un avión para regresar a Londres, donde todo volvía a la normalidad, solo que esta vez sería un niño obediente: recogería la ropa sucia y le diría muchas más veces que la quería.

Le temblaron los labios.

—Sí, yo fantaseaba con algo parecido. Que mi padre entraba por la puerta, me abrazaba y nos sentábamos a cenar, como si tal cosa. Él contaba unos chistes horribles, pero los echo de menos.

Nos quedamos en silencio, cada uno mirando al otro, procesando su dolor.

De repente me miró como si entendiera un acertijo.

—¿La muerte de tu madre es la razón por la que alejas a todas las chicas?

Me quedé paralizado.

—¿Por qué dices eso?

—Tiene sentido. Amar duele, y perder a alguien al que amas te transforma... Te cambia.

En el aire flotó algo que no había sentido nunca con una chica.

La cuestión era que la gente a la que amaba desaparecía. Como mi padre cuando era pequeño y mi madre cuando murió.

No quería volver a sentir ese dolor.

Me negaba a darle a nadie ese tipo de poder sobre mí.

Pero ella estaba examinando atentamente mi corazón roto, y yo la estaba dejando.

Cogí aire.

—Sí. Y tener el control de todo es como te las arreglas tú —agregué poco después, interpretando también su comportamiento.

Levantó hacia mí sus claros ojos azules. Asintió con una mirada seria y preciosa.

—Sí. Planificar todas las situaciones me hace sentir segura.

Y esas pocas palabras eran todo lo que necesitábamos para entendernos el uno al otro a la perfección. Porque estábamos igual de hechos polvo.

Pasaron unos momentos y, finalmente, resultó raro que nuestras manos estuvieran tocándose, porque en realidad no estábamos cogiéndonos de la mano. Apartó la suya, y volvió a pasarse los dedos por la muñeca.

Soltó un profundo suspiro.

—No quiero verte tan triste por lo de la pulsera. No puedo soportarlo.

Me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué te preocupas tanto?

«Joder, ¡no lo sé!».

Me encogí de hombros.

—Es que me gusta verte bien.

—Sé lo afortunada que soy —aseguró—, y tendré más cuidado, pero también pienso disfrutar de cada momento de este viaje. Mañana podría estar muerta. —Sonrió—. Pienso hacerme un tatuaje y pedirle a Lulu que me enseñe a bailar.

Asentí.

—Ya que estás haciendo cambios en tu vida, mi oferta de amistad sigue en pie, pero solo si estás dispuesta a comer conmigo en Panera.

—Vale —concedió un momento después, inclinándose sobre la mesa con los ojos brillantes—. Pero tendremos que tener una reglas. Un plan.

Resoplé ante su evidente entusiasmo.

—¿Por qué no me sorprende?

Sacó un bolígrafo del bolso, cogió una servilleta limpia y se puso a escribir. De vez en cuando, se detenía y me miraba con aquellos profundos ojos azules.

—Casi me da miedo preguntar qué estás haciendo —comenté, tratando de leer lo que ponía en la servilleta desde el otro lado.

—Estoy formulando unas reglas, o en realidad solo será una, porque solo es necesaria una regla para ser amiga de Dax Blay.

Me reí.

—¿Cuál?

Clavó los ojos en mis labios.

—Nada de besos. Nunca. Ni en la boca ni en ninguna otra parte que pueda hacer hormigear mis partes más femeninas. Punto. —Dejó el boli a un lado y me miró con una sonrisa—. Me ayudaría mucho que no tuvieras el culo más perfecto del mundo, pero supongo que eso no lo puedes cambiar.

Arqueé una ceja.

—¿Soy demasiado sexy para ti?

Puso los ojos en blanco.

—Cállate, Romeo.

—Eres irrepitible —dije con una sonrisa.

—Crees que soy idiota.

—No, en absoluto. Me parece un buen plan. Estoy de acuerdo —aseguré con una cara seria.

—¿Estás seguro de que podrás no besarme?

—Me parece recordar que hace muy poco eran tus manos las que estaban dentro de mis pantalones.

—Vale, vale... No era necesario hacer sangre, Rey del sexo.

—Eh... Eh...

Deslizó la servilleta hacia mí.

—¿Puedes firmarla, por favor?

—Mira que eres friki. ¿Quieres que hagamos también un pacto de sangre? —pregunté. Sin embargo, cogí la servilleta y miré lo que había escrito.

—Gracias por el cumplido. Ahora cállate y firma en la línea... Y también ahí —explicó, señalando las rayas que había dibujado de forma apresurada—. Yo ya lo he hecho.

Negué con la cabeza, pero si esto era lo que necesitaba para ser amigo de una chica que había logrado meterse debajo de mi piel hacía tres años y permanecer allí, entonces, sí, estaba interesado.

Lo firmé y se lo devolví.

—No, no, esa es tu copia —dijo sin coger el papel. Sacó otra servilleta y volvió a escribirlo todo para guardar la segunda copia en el bolso.

Parecía que esto era algo que ella estaba tomándose muy en serio. Sonreí.

Después de guardar todas las copias, levantó el batido en el aire.

—Brindemos por la amistad... Aunque sea con un chico con el que una vez tuve una aventura de tres noches.

—Que las posibilidades se inclinen a nuestro favor. —Sonreí.

Ella se rio, y nos tomamos una copa.

No pude evitar mirar sus voluptuosos labios mientras rodeaba con ellos la pajita.

«¿En qué me había metido?».

7

REMI

Después de que Dax y Spider nos acompañaran a coger un taxi, Lulu y yo fuimos a The Tower Hotel. A pocas manzanas de nuestro destino, pudimos ver la espléndida Torre de Londres iluminada y, como todavía estaba algo nerviosa, detuvimos el vehículo para hacer a pie el resto del camino hacia el hotel. Me sentía a salvo, pues había más gente paseando por la calle y observando el resplandor del edificio iluminado. Me palpitaba un poco el pie, pero sabía por experiencia que no estaba mal. Así que ignoré el dolor con determinación.

Media hora después, alrededor de las tres de la madrugada, atravesamos el vestíbulo del hotel. Por suerte, la mayoría de los clientes estaban durmiendo. Las marcas de los golpes seguían oscureciéndose a medida que avanzaba la noche, y no quería ni imaginar lo que pensarían si me vieran con una camiseta gigante y chanclas.

«No son más que unas americanas salvajes...».

Lulu arrastró los pies a mi lado cuando entramos en el ascensor para ir a su habitación en el duodécimo piso. Yo ocupaba la *suite* «Luna de miel» en el decimoquinto. Era un coñazo que estuviéramos tan lejos, pero el hotel tenía pocas habitaciones disponibles cuando habíamos hecho su reserva en el último minuto. Fue Lulu la que insistió en que tuviéramos habitaciones separadas, sobre todo porque quería que yo tuviera «suerte». Y ella disponía de mucho dinero, ya que sus padres eran estrellas de la música *country* en Nashville.

La miré mientras se apoyaba en la pared del ascensor. Estaba revisando las redes sociales en el teléfono, pero su aspecto era el de una persona exhausta. Tenía los labios apretados, un gesto inusual en ella.

—¿Qué coño...? —soltó, enderezándose de repente.

—¿Qué pasa? —Estiré el cuello para ver qué estaba mirando, pero hizo desaparecer la foto del Instagram—. ¿Era Hartford? —pregunté con una creciente sensación de vacío en el estómago.

—Mierda. Sí.

—¿Está con alguien?

Movió la cabeza.

—No lo sé. Ya sabes lo que me cuesta interpretar lo que veo en las redes sociales. Todo parece filtrado y preparado. No te puedes creer ni la mitad.

Fruncí el ceño.

—Enséñame la foto o la buscaré en mi propio móvil.

Se acercó a mí, suspirando, y volvió a cargar la fotografía en la pantalla. Era de Hartford, en Cadillac's, uno de los *pubs* universitarios de moda en Whitman. Junto a él —o más bien encima—, con una sonrisa muy brillante, había una rubia con los dientes superblancos.

—Es Katrina algo... Asiste a la mayoría de las clases de grado de Medicina —expliqué, haciendo clic en la imagen, observando cada píxel de forma individual en busca de granos u otra clase de defecto en su rostro perfecto.

¿Era más guapa que yo? ¿Más inteligente? ¿Más divertida?

La mesa estaba cubierta de botellas de cerveza, y aparecían varias personas al fondo de la foto.

«¿Está saliendo con ella? ¿Están juntos?».

Busqué una pista en la sonrisa de Hartford, en sus ojos. Se había cortado recientemente el pelo, de color arena, y estaba recién afeitado. Llevaba una camisa a cuadros que no le había visto nunca, e irradiaba confianza en sí mismo. No veía en él ningún indicio del tipo en conflicto que me había dicho que necesitaba pensar en nosotros antes de comprometerse por completo.

Lulu se encogió de hombros.

—Él ha puesto varios *hashtags*: «colegasdeestudio», «buenosratos».

Apreté los labios mientras estudiaba la forma en la que Katrina cerraba los dedos en torno al brazo de Hartford al tiempo que inclinaba la cabeza hacia él.

Miré la fecha de publicación. Era la del día que teníamos que habernos casado.

Una fría sensación hizo que se me congelara la respiración. Me obligué a coger aire y me apoyé contra la pared del ascensor.

«Vale, vale... Solo se trata de que el tipo con el que has estado dos años y medio está saliendo con otra persona».

Tenía ganas de vomitar.

—Remi, lo siento —dijo Lulu con una expresión de pesar—. Te estoy fastidiando toda la noche, ¿verdad?

—Estoy bien. —Solté el aire mientras le devolvía el teléfono.

Al menos no me dedicaba a golpear las paredes con los puños ni a llorar. Definitivamente era un progreso.

—Estás demasiado tranquila. Me asustas un poco. —Me apretó el hombro—. Tratas de entender esa foto y darle un significado, pero lo más probable es que sea una imagen al azar.

—Él parece feliz. Ella también. Creo que están juntos. Quizá yo no era la chica más indicada para él y se dio cuenta. —Me mordí el labio con fuerza al tiempo que parpadeaba.

—Si ese capullo te ha engañado —dijo con la cara roja de ira—, lo mataré cuando lo vea... ¡Maldito sea! ¡Cabrón asqueroso! Seguramente asiste todos los años a una asamblea de capullos.

—Dime lo que piensas de verdad. —Le brindé una débil sonrisa.

Ella señaló la pantalla del móvil con la cabeza.

—Él es blanco y negro y tú color digital, nena. Puedes aspirar a algo mejor.

—¿Alguien como quién?

—Puede que haya tomado más martinis de los que debía esta noche, pero he notado que entre Dax y tú saltaban chispas. Me ha resultado muy raro. Empiezo a verlo de otra forma... Es solo que esta noche en el restaurante, al fijarme en cómo lo mirabas y cómo te miraba él... Me gustaría que alguien me mirara así.

—Eso es lujuria. Y es todo lo que Dax puede ofrecer. Solo quiere divertirse. No se movió cuando la puerta del ascensor se abrió en su piso.

—Puedo acompañarte a tu habitación y charlar un rato si todavía estás despierta —se ofreció.

—No. Duerme un poco. No te preocupes por mí.

Se alejó a regañadientes. Esperé hasta que entró en su habitación y luego, ya a solas en el ascensor, saqué el móvil, que había tenido apagado hasta ese momento. Volví a encenderlo, pero en lugar de acceder a Instagram para ver el perfil de Hartford, fui a los contactos y miré el número que había agregado Dax antes de que saliéramos del restaurante. Resoplé cuando vi que se había apuntado como «Rey del sexo», pero con un signo de interrogación. ¿Era esa la forma que tenía Dax de mostrarse humilde?

Pulsé el botón de llamada.

«¿Qué vas a decirle?».

Salí cuando el ascensor se detuvo en mi piso. Con un profundo suspiro, interrumpí la llamada y puse el móvil en el bolso al tiempo que buscaba la

tarjeta de acceso a la habitación.

—¿Dónde coño está? —murmuré, hurgando en los bolsillos laterales.

Tuve la sensación de que no estaba sola en aquel estrecho pasillo, y escudriñé los rincones a mi alrededor. Nadie entraba ni salía de su habitación, pero había una figura masculina muy familiar sentada en el suelo, junto a la puerta de mi habitación, con la cabeza hundida en el pecho, como si estuviera durmiendo.

«¿Qué está haciendo aquí?».

Me acerqué y me incliné para sacudirle el hombro con suavidad.

—Dax, despierta... ¿Hola?

Vi cómo revoloteaban los párpados antes de que entornara los ojos.

—¿Remi?

—¿Quién más podría ser? —Me senté en el suelo enmoquetado junto a él —. La pregunta es: ¿qué haces sentado delante de mi habitación?

Tenía los ojos inyectados en sangre cuando recorrió mi rostro hasta aterrizar en mis labios.

—Después de que te fueras, he tenido una sensación extraña. Me puse paranoico... No sabía si le habías dicho a Chad en qué hotel estabas, o tu nombre completo. Te he llamado un montón de veces, pero no me respondías, así que he venido a comprobar que estabas bien. Le he dado una propina al recepcionista para que me dijera el número de tu habitación.

—Puse el móvil en silencio desde que hablamos con la policía. Acabo de activar el sonido. Lo siento.

—¿Dónde te has metido? —preguntó; parecía más despierto. Se rascó la mandíbula sin afeitarse.

—Hemos venido paseando desde la Torre de Londres. Supongo que todavía estaba demasiado nerviosa.

Entrecerró los ojos.

—Deberías haber venido directamente.

Arqueé una ceja de una forma que le hizo sonreír.

—¿Desde cuándo eres mi guardaespaldas?

Soltó un suspiro de exasperación al tiempo que se levantaba. Me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie.

—Quizá he decidido que necesitas un guardaespaldas las veinticuatro horas del día para asegurarme de que estás a salvo.

—¿Quieres el puesto? —Nos quedamos a apenas unos centímetros.

—No quieres que ocupe ese puesto, y los dos lo sabemos. —Soltó un suspiro—. Venga, saca la tarjeta y entra.

Busqué la llave, la deslicé por la ranura y abrí la puerta. Dax entró delante y me sostuvo la puerta para que pasara.

—Gracias —dije.

—Dame un segundo —pidió—. Quiero revisar la habitación.

«¿Qué?». Bueno.

No había nadie más que él en la habitación, justo con quien no tenía que estar.

Recorrió el espacio, revisó el cuarto de baño, miró debajo de la cama, dentro del armario e incluso examinó el pequeño balcón desde la ventana.

—Solo un *ninja* podría escalar hasta aquí —comenté mientras lo observaba desconcertada.

—Parece que sí —repuso. Se tambaleó al acercarse a mí.

—Dax, estás agotado. Venga, por favor, siéntate. —Señalé una silla—. ¿Por qué no tomas un café antes de regresar?

—No, no pasa nada. Me subí a un taxi justo después de vosotras.

—Pues yo estoy muy cansada. —Dejé el *clutch* en cualquier parte, me quité los zapatos, me acerqué a la cama y me dejé caer hacia atrás, justo en el centro del lujoso edredón. Los pétalos de rosa, que había puesto allí la camarera de planta, volaron por el aire.

Subí los brazos por encima de la cabeza y me estiré al tiempo que cerraba los ojos.

—Nunca pensé que diría esto, pero me alegro de tener una cama tan grande esta noche, incluso aunque no vaya a tener sexo. Aunque la noche aún es joven... —Me reí mientras abría los ojos, y le guiñé uno.

Lo dije en broma, claro está, pero su expresión se oscureció, y me puse rígida de inmediato.

La atmósfera cambió, al llenarse de tensión.

Me senté y me bajé la camiseta.

Sus ojos se posaron en mis labios. Bajó la vista..., aunque volvió a mirarlos al instante.

Se pasó la mano por el pelo, que volvió a caer en un desorden perfecto.

—Mmm... Será mejor que me vaya a casa.

Se dio la vuelta.

—Espera...

«¿Qué estás haciendo, Remi?».

Me levanté, de repente sin aliento, y busqué su intensa mirada. Era guapísimo, incluso cuando estaba cansado. Lo recorrí de arriba abajo, observando sus ojos color acero, la tensión que aparecía en sus anchos hombros, la forma en la que cerraba los puños, el evidente bulto en los vaqueros...

«¡Oh!».

Tragué saliva y señalé la cómoda otomana que había en una parte de la habitación, junto a la ventana.

—¿No quieres... dormir aquí?

—No.

Me crucé de brazos y me obligué a soltar una risita.

—No seas tonto. Quédate, insisto. Podemos tomar un café por la mañana y hablar. Venga, déjame coger unas mantas y una almohada del armario. Las vi antes, cuando deshice la maleta.

Pasé junto a él, rozándolo, pero él me agarró la mano para que me detuviera.

—No, Remi.

—Sí, Dax. Así actúan los amigos: se ayudan mutuamente.

—No es una buena idea. —Su voz se había vuelto ronca, y todavía no me había soltado la mano.

—¿Por qué? —Le acaricié la palma con el pulgar como si hubiera una parte de mi cerebro que no tenía control. La parte que más lo deseaba.

—Porque si me quedo en esta habitación, contigo, será en esa cama, y no dormiremos mucho. —Me miró con intensidad, antes de detenerse en mis labios.

—¿Por qué siempre me miras la boca?

Su mirada se hizo más oscura.

—¿Dax?

Me contempló con los párpados entornados.

—Porque la quiero sobre la mía, besándome. En mi piel, lamiéndome. En todas partes. —Me rozó el labio inferior y tiró de él con suavidad, hacia abajo.

Me estremecí ante la imagen que dibujó en mi mente.

Luego dejó caer la mano y soltó el aire.

—Acabamos de acordar que seríamos amigos, pero cuando te tengo tan

cerca, lo único en lo que puedo pensar es en quitarte la camiseta, tenderte en la cama y follarte hasta que grites mi nombre cien veces antes del mediodía.

—¿Solo cien? —pregunté.

«¡Ya basta, Remi!».

Cerró los ojos.

—Estás adentrándote en un terreno peligroso, Remi. Ve con cuidado...

—Déjame... déjame tocarte. Solo eso. —Alargué la mano y la apoyé sobre su corazón, sintiendo cómo subía y bajaba su pecho.

Nos miramos el uno al otro con un millón de «¿Qué pasaría si...?» cruzando por mi cabeza.

¿Qué pasaría si tuviéramos sexo? ¿Destrozaría eso nuestra frágil amistad?

¿Qué pasaría si se mudara a vivir con una chica en otoño? ¿Eso haría que cayera en el pozo de desesperación en el que había estado hacía tres años?

¿Qué pasaría si me olvidara del pasado y me limitara a hacer lo que mi cuerpo me pedía a gritos?

«Que tendría un orgasmo de cine esta noche».

Él entrecerró los ojos, y noté que le palpitaba un músculo en la mejilla.

—No puedo con esto. Apenas soy capaz de controlarme —susurró.

—Lo mismo me pasa a mí.

Inclinó la cabeza hasta que su boca quedó a unos centímetros de la mía.

—Olvídate de eso de ser amigos. Quiero follar contigo.

Sus palabras me envolvieron.

Me humedecí los labios con la lengua.

—Hartford... —Me interrumpí bruscamente ante la ira que ardía en sus ojos. Dios... No había sido mi intención decir su nombre. Ni siquiera estaba pensando en él.

—Exactamente... —Me soltó la mano con el pulso palpitando en la sien—. Buenas noches, *amiga*.

Me lanzó una última mirada, se dio la vuelta y salió por la puerta.

8

DAX

Me desperté a la una de la tarde con el olor a beicon frito y el timbre del teléfono que anunciaba una llamada de Spider. Salí de la cama frotándome la cara y me senté en el borde mientras recordaba algunos fragmentos de lo ocurrido la noche anterior en la habitación de Remi. Gruñí por lo bajo. Realmente lo había jodido todo con ella anoche, y ni siquiera podía echarle la culpa al alcohol.

Estaba claro que mi polla había pensado por mí, en especial cuando tenía a la vista aquellas piernas mientras Remi daba vueltas por la habitación, ofreciéndome que durmiera en el mismo espacio que ella. Sin duda, si nos juntabas a nosotros dos en una habitación de hotel, el resultado era un desastre.

Me puse furioso de nuevo al recordar que ella había dicho el nombre de Hartford y no el mío.

«¡Joder!».

Intenté no pensar en ella y miré a mi alrededor. Volvería a Estados Unidos la semana próxima, recordé mirando la decoración en color blanco de la casa de Spider. Era un apartamento muy bonito, amplio y con muchos muebles minimalistas, del que mi primo estaba muy orgulloso. Había contratado a un decorador, aunque también había participado activamente en la selección de alfombras y otros artículos. Se lo había tomado en serio porque era suyo, a pesar de que acostumbraba a ser un tipo muy desordenado, algo que antaño le echaba en cara.

Me entró un mensaje de texto. «Declan». Las dos personas a las que más había echado de menos ese verano eran él y Elizabeth. Se habían enamorado el pasado otoño, y se habían convertido en la pareja más afortunada que conocía. El simple hecho de verlos juntos me hacía sentir envidia, y una parte de mí quería disfrutar de la misma magia que ellos tenían. Sin embargo, era algo que me asustaba demasiado.

Cogí el móvil. Lo había llamado el día anterior para ver si podía buscarme él algún sitio para vivir en el campus, y reservármelo hasta que regresara para alquilarlo.

«Nada para alquilar cerca de Whitman, pero he encontrado una casa más antigua: tres habitaciones, dos baños, casi doscientos cincuenta metros cuadrados. Incluso hay un patio en la parte de atrás. Setenta mil dólares y es tuya. ¡Un chollo!».

¿Qué coño...?

No quería comprar una casa. Solo necesitaba un lugar al que ir a dormir hasta que me graduara.

Lo llamé por Facetime.

—Hola, hermanito, ¿qué tal? —dije en cuanto respondió. Tenía el pelo mojado, como si acabara de salir de la ducha. Allí eran las ocho de la mañana.

—Hola, colega, ¿qué te ha pasado en el ojo? —Hubo otros sonidos cuando fue hacia la cocina.

Me toqué la cara al ver en la pantalla el feo moratón que tenía debajo del ojo.

—Ya me conoces, siempre metido en líos.

Me miró de reajo.

—Ten cuidado. Todavía no te he enseñado todos mis trucos. —Sonrió—. Aunque nunca podrás ser tan bueno como yo. Soy el mejor luchador de los dos.

—Y yo soy el mejor en todo lo demás. —Me reí entre dientes.

—Lo que tú digas, capullo. Dime, ¿cómo estás?

—Créeme, te vas a quedar impresionado. Voy a correr todos los días, hago ejercicio y, siéntate, no vayas a caerte, he leído algunos libros. Estoy empezando uno que a lo mejor te suena: *Orgullo y prejuicio*. Lo encuentro un poco lento y no hay sexo. Un coñazo.

Se rio.

Vi a Elizabeth en el fondo, con el cabello recogido de cualquier manera. Me saludó con entusiasmo.

—Hola, cariño —le dije después de lanzarle un beso—. Te echo de menos.

Ella me devolvió el gesto desde el otro lado de la habitación.

—Yo a ti más. Vuelve a casa pronto, por favor. Necesito a alguien que me acompañe de compras. Declan se niega a ayudarme a elegir bolsos, no como tú.

En la pantalla, vi que Declan sonreía mientras miraba a Elizabeth sirviéndose una taza de café. Se rio y se volvió para mirarme.

—Has visto mi mensaje, ¿no?

—Sí, pero no quiero comprar una casa. Podría irme a vivir con vosotros, aunque entonces Elizabeth se enamoraría de mí... —Me reí.

—Apenas tenemos sitio para nosotros y nuestras cosas.

—Ya. —De todas formas, estaba de broma.

—He ido a la secretaría de vivienda del campus para ver si había alguna habitación libre, pero no hay nada. Imagino que eso cambiará cuando empiecen las clases, pero supondría que tendrías que irte a vivir con papá hasta que hubiera algo disponible.

«Aggg... Habitaciones...».

Sin embargo, vivir con mi padre era todavía peor.

Gemí, recordando la mansión de mi padre: tres plantas llenas de muebles elegantes, llaves y mi hermanastra de cinco años.

—Ni de coña.

Declan sonrió.

—Hombre, estaría guay. Ahorrarías dinero, saldrías a dar paseos a caballo, tendrías la piscina para ti solo, asistirías a cenas familiares...

—No volvería a tener sexo...

—Cierto. —Se rio.

—Pareces contento. Va todo bien con el gimnasio, ¿no?

—Gracias a papá —confesó—. Y a Elizabeth.

Vi cómo sonreía a su novia, que había aparecido para besarle en la mejilla.

—De todas formas, invertir en una casa antigua, vivir allí mientras la remodelas un poco y luego revenderla es un buen negocio. O puedes alquilar habitaciones a otros estudiantes. El mercado inmobiliario está en alza, y a ti se te daría bien.

Sonreí.

—¿A mí?

—¿Por qué no? Eres hablador y guapo, así que ¿por qué no sacar partido de ello? Si lo necesitas, te ayudaré en la parte empresarial, aunque creo que no te irá mal.

—Mmm... ¿Estás insinuando que no soy lo suficientemente inteligente para graduarme y que esto podría ser una salida?

—No, imbécil, lo que digo es que esa casa es un chollo. Tienes esa cantidad y mucho más en el banco. Incluso puedes no venderla después: quizá sería bueno para ti echar raíces en algún sitio. Eso es todo. —Me frunció el ceño de forma fraternal a través de la pantalla.

Interesante...

—Ah...

Cambiamos de tema, y nos pusimos a hablar sobre el próximo juicio al chico que había irrumpido en el apartamento de Elizabeth para atacarla y tratar de matarla el noviembre pasado. En la refriega, mi hermano había resultado herido, pues le había cortado la arteria femoral, y habíamos pasado un mal rato hasta que nos dijeron que la operación quirúrgica había salido bien.

—No ha pagado la fianza, gracias a Dios, por lo que estará en la cárcel hasta el día del juicio, en enero —me informó.

—¿Alguna posibilidad de que salga antes? —pregunté. El padre del atacante era senador por Carolina del Norte, pero también nuestro padre poseía buenos contactos en la política.

—No lo sé. El tiempo lo dirá.

Eso no sonaba bien, y me di cuenta de que no quería profundizar en más explicaciones con Elizabeth presente, así que seguimos hablando durante unos minutos más, hasta que tuvo que marcharse al gimnasio, y luego continué charlando con su novia. La conversación se prolongó media hora más, hasta que por fin se fue a la ducha.

Luego me dejé caer sobre la cama, mirando al techo. Reflexionando sobre lo ocurrido. Meditando.

El verano había sido como una terapia, y me había ayudado a dar un paso adelante en mi vida; quizá había sido el día en el que fui a buscar a Spider al Centro de Rehabilitación de Hampstead para llevarlo a casa. Cuando lo vi salir por la puerta, parecía una versión marchita de sí mismo, con la cara demacrada y arrugas alrededor de la boca. Las drogas y la carretera lo habían convertido en un hombre flaco. Incluso bajo la tutela de sus compañeros de grupo, no había podido salir de esa mierda.

Y lo que más me había impactado había sido su soledad.

No había *groupies*, ni novias ni padres que lo quisieran.

Conocía lo doloroso que resultaba estar solo, cuando la gente quiere algo de ti por codicia, porque eres hijo de un hombre rico o porque eres popular.

Remi nunca había sido de esa clase de personas. No me había besado el culo cuando la traté con indiferencia. No, joder, ella había salido de mi dormitorio como si fuera la dueña del lugar, con el jersey en la mano y todo. La mayoría de las chicas habrían aceptado cualquier cosa para seguir cerca de

mí, pero ella no era de esas.

Quería una versión de mí que no habría podido conseguir cuando yo tenía diecinueve años.

Ella quería amor, aunque nunca lo dijera en voz alta.

Me puse unos vaqueros y entré en el cuarto de baño anexo a la habitación. Me lavé la cara y luego me peiné con los dedos. Mi mente iba en todas direcciones, sobre todo pensaba en lo que podía hacer después de graduarme. No demandaban demasiados graduados en psicología si luego no hacías el curso de posgrado.

¿Dónde me dejaba eso?

«¿Trabajando de barman?». Quizá. Tenía cuatro años de experiencia en fiestas en la residencia de la fraternidad Tau y había aprendido mucho sobre combinados. Billy, el dueño de Cadillac's, me había ofrecido el puesto más de una vez. Aseguraba que atraía a la clientela.

«¿Trabajar en el gimnasio de Declan?». Me había pasado toda la primavera entrenando con él en el gimnasio, y me había hecho a la rutina del ejercicio, pero ¿trabajar para mi hermano? Mezclar familia y negocios solía dar mal resultado.

«¿Invertir en una casa?». Mmm... No sabía nada del negocio inmobiliario.

«Puedes aprender...». Quizá. La idea estaba arraigando en mí.

Me acerqué al armario sin pensármelo dos veces y cogí una carta del estante de arriba. Me la había escrito mi madre antes de morir, y la llevaba conmigo a todas partes. Mi padre nos había entregado una a cada uno hacía tres años: una para mí y otra distinta para Declan.

Con el papel en la mano, me senté en la cama.

Querido Dax:

Esta carta es un adiós, pero, por favor, quiero que sepas que la estoy escribiendo con una sonrisa, no con lágrimas. Me alegro porque algún día, cuando llegue el momento adecuado, la leerás, y existirá una conexión, como un hilo de telaraña que nos una, tú en la Tierra y yo en el cielo. Quizá una estrella brille con más fuerza o un cometa atraviere el cielo. Quizá se pose en tu hombro una libélula o veas un arcoiris desde el patio. Seré yo, convirtiéndome en parte del universo infinito mientras te veo crecer.

Me estoy muriendo de cáncer. Existe la pequeña posibilidad de que pueda vivir unos meses más con medicamentos, pero eso me dejaría agotada y tendría malos efectos secundarios. No quiero apagarme delante de ti. Quiero que me recuerdes como una madre divertida, y pasar cada segundo que me queda jugando al Monopoly, haciendo salchichas y puré, cantando Hey, Jude y Here comes the sun.

¿Temo que se acerque la hora de mi muerte? Sí. Me duele el corazón al saber que no estaré aquí, porque pasarás el dolor de perderme, porque no viviré contigo los tumultuosos años de

adolescencia, porque no veré cómo te enamoras y cómo te enfrentas a la sensación de tener tus propios hijos.

Sin embargo, puedo darte un consejo. Ahora eres joven, aunque quizá algún día es posible que te resulte reconfortante saber que yo también me he encontrado en el mismo punto que tú y que estaba lejos de ser perfecta.

Me quedé embarazada de vosotros inesperadamente y me casé con un hombre del que me había enamorado locamente, pero al que apenas conocía. Cuando nacisteis, me di cuenta de que él jamás me había amado. Quería volver a su hogar, en Estados Unidos. No fue culpa suya. Por favor, tenlo en cuenta. Ten compasión por él aunque apenas lo conozcas. No puedes obligar a nadie a amarte, igual que no puedes hacer que nadie se quede contigo. Sin embargo, mira qué bendiciones recibí: vosotros. Si pudiera volver atrás y cambiar algo relacionado con todo lo que me ocurrió con vuestro padre, no lo haría, pues Declan y tú me esperabais al final del camino.

Recuerdo el momento en el que viste la playa por primera vez, en unas vacaciones en Italia. Me cogiste de la mano y nos fuimos tan lejos como pudimos. Jugaste durante horas, y cuando el sol se puso por fin en el horizonte, volviste a cogerme la mano. «Es como un cuadro, mamá», susurraste, y entonces supe que tu corazón era especial. Te dabas cuenta de que solo somos partículas de polvo en la Tierra y que hay algo más grande que nosotros.

Cuando eras un bebé, rara vez llorabas, y a menudo me preocupaba eso, pero al ver que te convertías en un niño testarudo y tierno, me di cuenta de que Dios me había dado un hijo igual que yo: impulsivo y divertido. Lleno de alegría. Él sabía que te necesitaba. Que tu naturaleza traviesa y tus risas me ayudarían a superar mis días de lágrimas, aunque tú no fueras consciente de ello.

«Extiende las alas... Lo único que tienes que hacer es volar».

Mi querido muchacho, esa cita no es mía, pero te la he dicho desde que estabas en mi barriga. Es nuestro mantra, y cada vez que me la dices, tengo la certeza de saber que te dejaré albergando la esperanza y la creencia de que puedes ser y hacer lo que quieras.

Te quiero.

Margaret (mamá)

Me invadió la misma emoción que siempre que leía sus palabras. Ella pensaba que yo podía hacer cualquier cosa. Que yo era como ella, había dicho.

Tragué saliva. ¡Dios!, quería ser mejor por ella. Quería tener éxito en algo.

Oí que se rompía un vaso en la cocina.

«¿Qué coño...?».

Salí corriendo de la habitación. Spider podía ser un arrogante sonriente, pero sentía la oscuridad que lo inundaba por debajo. Nunca había dado señales de hacerse daño a sí mismo, pero estaba preocupado y, ¡maldito fuera!, le había cogido cariño.

Al llegar a la cocina, lo vi vestido solo con unos *boxers* con la bandera de la *Union Jack*. Se inclinaba con un recogedor en la mano para limpiar los cristales rotos.

—¿Qué ha pasado?

—Vaya..., la princesa se ha levantado por fin —dijo, incorporándose para enfrentarse a mí. Señaló la vitrocerámica con la cabeza—. He hecho beicon, y en nada estarán listos los huevos —añadió con la vista clavada en el recipiente con líquido amarillo que había en la encimera—. ¿No te parece un momento muy hogareño?

Desde que vivía allí, él no se había acercado a la cocina.

—Er... sí... —Hice una pausa y me rasqué la barbilla sin dejar de mirarlo—. ¿Todo va bien? ¿Tienes alguna inquietud?

—Que te den. —Me miró y luego volvió los ojos hacia la sartén, cuyo contenido removía. Necesitaba algo sano. Demasiado vodka anoche.

Le revolví el pelo azul.

—Entonces, vale, *chef* Spider. Voy a hacer café.

Terminó de batir los huevos mientras yo preparaba la cafetera. Luego rebusqué en la nevera hasta dar con el zumo de naranja, la mermelada y la mantequilla.

—¿Quieres tostadas? —pregunté mientras miraba el pan que habíamos comprado unos días antes.

—Claro. —Se encogió de hombros. Todavía los tenía huesudos, pero menos que cuando lo recogí en el centro de rehabilitación hacía tres meses. También había ganado músculo, unos cinco kilos. Era un buen comienzo. Y ayudarlo a descubrir qué series y repeticiones debía hacer para obtener mejores resultados había sido bueno para los dos. Por supuesto, al principio se había resistido, alegando que jamás sería una rata de gimnasio... Pero le había dado un ultimátum: si quería que siguiera haciendo apuestas con él, tenía que mostrar interés en cuidar su cuerpo.

Poco después, nos sentamos a desayunar. Los huevos estaban un poco crudos, el beicon demasiado grasiento y las tostadas frías, pero devoramos todo lo que había sobre la mesa.

—Spider...

—¿Sí, princesa?

—He estado pensando que... —dije, alejándome, tratando de centrarme en lo que me decía el instinto.

—Oh, oh... Te has puesto pálido, ¿necesitas una copa primero?

—No... —Sonreí—. ¿Qué te parecería que comprara una casa?

Se le cayó el beicon de la boca.

—¿Me estás pidiendo consejo? —dijo parpadeando.

—¿Por qué no? Tú tienes una casa, ¿por qué no iba a preguntarte?

—Me halagas. ¿La quieres comprar aquí? Es decir..., ¿quieres establecerte en Londres?

—No, tío. Voy a volver a casa para terminar la carrera.

Noté que una sombra cruzaba por su cara y sentí su decepción, pero luego esbozó una sonrisa, aunque de medio lado.

—Oh, claro... Eso tiene más sentido. Es decir, tienes tu propia vida y no es necesario que te dediques a cuidarme todo el tiempo.

—Jo, tío. Llevas limpio de toda esa mierda más de tres meses, y no tiene nada que ver con mi presencia aquí. Seguirás estando bien cuando yo me largue y vuelvas a la gira.

Asintió mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—Lo sé. Lo sé. Es solo que mi madre, sabe Dios dónde, está con un *playboy* italiano y mi padre anda por Nueva York. Joder, la única familia a la que veo sois Declan y tú.

—Siempre puedes venir a verme a Raleigh.

—Sí.

—Sabes que tengo que irme pronto, ¿verdad? —Lo dije de forma casual, pero observé con mucho cuidado su reacción.

Se encogió de hombros.

Cambié de tercio.

—Mira, eres mayor que yo, me encantaría que me aconsejaras. ¿Crees que comprar una casa es una buena inversión?

Se frotó la viuda negra que tenía tatuada en el cuello.

—Cuando no puedo tomar una decisión racional, me fío de mi instinto. ¿Qué te dice el tuyo?

Solté el aire.

—¿Sinceramente? No se me había ocurrido hasta que Declan lo ha mencionado. No me gusta estudiar, pero sí trabajar con las manos, y la idea de tener mi propio hogar y ocuparme de él como haces tú me gusta.

—Me parece que ya has tomado una decisión.

—Sí. —Quizá debería volver a llamar a Declan—. Bueno, ¿cuál es la agenda de hoy?

Tomó un sorbo de café.

—Me ha llamado Lulu.

—¿Sí? —Supuse que se habían intercambiado los números de teléfono.

Spider podía ser tonto del culo, pero a las mujeres les gustaba su forma de ser —. ¿Te interesa?

—No —dijo, negando con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué has hablado con ella?

Se encogió de hombros.

—Mencionó por casualidad que hoy irían a ver algunos lugares turísticos, y se me ocurrió que podíamos ir con ellas. Ya sabes, como guías.

—Necesito un descanso de Remi.

—Si solo sois amigos, ¿qué tiene de malo quedar con ellas?

Apreté los labios.

—Nada. Solo necesito algo de espacio.

—Esa chica te gusta mucho. —En su rostro apareció una sonrisa de complicidad.

—No más que cualquier otra.

—Er..., vale, vale. Les mandaré un mensaje de texto diciéndoles que estamos ocupados.

Me levanté para meter el plato en el lavavajillas.

—Bien.

—Por cierto, ¿no te estás olvidando de algo esta mañana?

Me encogí de hombros.

—No. ¿Por qué?

Soltó una carcajada al tiempo que me tendía la mano.

—Oh..., qué fácil es olvidarse de... pagar, amigo mío. Anoche perdiste una apuesta, y quiero que me pagues.

—Mira que eres capullo. De acuerdo... —Puse los ojos en blanco, me metí la mano en el bolsillo de los vaqueros, encontré un libra y la dejé sobre la mesa.

Él la cogió. La examinó como si fuera un doblón de oro de un tesoro español.

—No me jodas el mejor día de mi vida.

Le enseñé el dedo corazón sin darme la vuelta mientras regresaba a mi habitación para ducharme.

9

REMI

Me desperté a la hora del almuerzo, y me sentía fatal. Me palpitaba la cabeza, me dolía la garganta y parecía que una familia de ratones se había instalado en mi pelo. Encendí el teléfono y puse una canción de Sia, tomé un par de Almax y me di un baño de media hora.

Hoy era mi día.

Y quería conquistar Londres, incluso aunque me pareciera estar al borde de la muerte.

Porque seguía respirando, y eso significaba algo.

Después de un copioso desayuno a base de bollos con mermelada, me encontré mucho mejor. Meses atrás había contratado una visita guiada a pie para la luna de miel, así que había mantenido la reserva para hacerla con Lulu. Acompañadas de otros turistas, comenzamos la ruta por el icónico Big Ben y el Parlamento. Inhalé el cálido aire de agosto mientras miraba el famoso reloj. Era un día precioso, y estaba un poco abrumada por la historia que vibraba en los lugares que me rodeaban.

Por fin, atravesamos las pintorescas tiendas de la zona para llegar a la abadía de Westminster, el espacio donde habían tenido lugar coronaciones, entierros y matrimonios reales a lo largo de más de setecientos años de monarquía británica. Estuvimos allí dos horas, explorando las tumbas reales, la nave y el rincón de los poetas. Aunque Shakespeare estaba enterrado en Stratford-on-Avon, en la abadía había una estatua en su honor. Me aseguré de que Lulu me hiciera una foto en aquel sitio, que envié a Malcolm sin pensármelo dos veces, pues él adoraba al poeta.

Una vez que terminamos el recorrido, cogimos el metro hasta el London Eye para subir a una de aquellas lujosas cápsulas, otra de las actividades que había previsto. Comimos chocolate y bebimos vino mientras admirábamos el famoso *skyline* de Londres. Nos reímos mucho, y, aunque no me di cuenta hasta más tarde, por una vez no pensé en Hartford: era Dax quien siempre estaba en mi mente.

Después, paramos en un *pub* llamado Hops, un acogedor lugar con paneles y reservados de madera oscura. El aire olía a cerveza, sidra y fritanga;

perfecto. Ocupamos una mesa para tomar *fish and chips* y cerveza típica en una jarra helada. Aunque todavía me dolía la garganta, la bebida fría y ligera me sentó bien. Ya relajadas y contentas, permanecimos allí durante más de una hora, charlando sobre el buen día que habíamos pasado haciendo turismo.

Cuando salíamos de la taberna, me sonó el móvil.

Al ver quién me llamaba, solté una larga exhalación. En el momento en que le mostré el número a Lulu, puso los ojos en blanco.

—Lo siento —articuló.

—Hola, mamá —dije al responder a la llamada.

Era la tercera vez que intentaba ponerse en contacto conmigo.

—¡Cariño! Llevo horas tratando de hablar contigo. ¿Cómo estás? —Noté la ansiedad que reprimía en la voz.

—En realidad, bien.

—¡Ah! —Una pausa—. ¿Has sabido algo de Hartford?

—No —repuse secamente al sentir una opresión en el pecho.

—Remi, ¿por qué no hablas con él? Has sido tú la que se ha marchado.

Apreté el móvil con fuerza.

«Respira hondo, Remi».

—¿Qué tal está Malcolm?

—Está bien —suspiró—. Mira, sé que estás irritada, pero deberías solucionar ese tema con Hart...

—Lo siento, tengo que dejarte. Dile a Malcolm que estoy deseando verlo.

Puse fin a la llamada con su voz todavía en mi oído.

Lulu me rodeó con un brazo al tiempo que me miraba con una expresión de ánimo. Ella sabía tan bien como yo lo exasperante que podía resultar mi madre.

—¿Y ahora qué?

Mi mirada quedó apresada por un lujoso salón de belleza al otro lado de la calle, e hice un cálculo del dinero que llevaba encima.

—Me voy a cortar el pelo.

—Bien —dijo con una sonrisa—. Mejor el pelo que la cabeza.

Dos horas y media después, mi pelo tenía veinte centímetros menos y lucía un corte arriesgado y anguloso que dejaba mi nuca al descubierto, aunque era algo más largo por delante. El flequillo recto me cubría la frente hasta encima de las cejas oscuras.

Había abandonado mi tono natural, y su lugar había sido tomado por un vivo color entre cobre y rojizo.

No hacía falta mencionar que había resultado catártico.

Me toqué los mechones.

—Parezco un colibrí magenta.

Lulu arqueó una ceja.

—No tengo ni idea de qué es eso.

—Un pájaro de pequeño tamaño pero de gran valor, natural de Costa Rica.

—Es imposible compararte con pájaros, tía. Pareces..., ¡Oh, Dios!, pareces una loca, una *stripper* pero elegante. Como Uma Thurman en *Pulp Fiction*, aunque con el pelo lila.

Giré la cabeza con fuerza; me encantó la sensación de descaro.

—A tu madre se le van a caer las bragas —aseguró Lulu.

—Aquí no se menciona a nadie de Raleigh —dije sonriente—. Venga, vamos a prepararnos para salir. Todavía me queda un vestido que destrozarse antes de que terminen las vacaciones.

Sonrió con expresión traviesa.

—¿A Masquerade? Dax y Spider estarán allí, pues les he mencionado que nos dejaríamos caer, por supuesto.

Arqueé las cejas.

«¿En serio?».

Levantó un dedo en plan de advertencia.

—Conozco esa mirada, pero la chica pobre que eres apreciará el hecho de que allí tenemos consumición y entrada gratis. Echa cuentas... Nos ahorraremos cien euros con facilidad. Ya sé que te atacaron allí y que odias el ambiente, pero al menos puedes estar segura de que los chicos malos no volverán. Y ahora que tienes un pacto de amistad con Dax, no deberías preocuparte. ¿Vale?

Tres horas después, entrábamos en Masquerade. Habíamos pasado por el hotel para arreglarnos; Lulu se había puesto un vestido con cuello *halter* plateado combinado con los *stiletos* que había usado el año pasado para asistir una fiesta formal de la fraternidad, y yo un modelo de seda color crema con flecos de cuentas y la falda de finas tiras que ondulaban siguiendo mis movimientos. En el extremo de cada fleco había un diamante de imitación, y el forro de seda color *nude* ocultaba todo a la vista..., aunque fuera por poco... Era el vestido más corto y sexy que hubiera usado nunca. No era

necesario utilizar sujetador, ya que el corpiño estaba pensado para sostener y elevar los pechos hacia el escote. En los pies me puse unas Converse blancas, a pesar de que Lulu me rogó que no lo hiciera, incluso llegó a amenazarme con llorar. Me mantuve inflexible. No quería volver a tropezarme.

Me puse una buena capa de maquillaje, así como delineador de ojos negro, una dramática sombra ahumada y toneladas de rímel. Lulu también había insistido en definirme las cejas con unas pinzas. El toque final fue un pálido brillo de labios que centraba toda la atención en mi pelo.

Encontramos entradas a nuestro nombre en la taquilla, algo que provocó que Lulu aplaudiera con entusiasmo, y que repitió con más ahínco cuando el chico de la puerta nos permitió elegir unas máscaras de la selección del mostrador. Por supuesto, nos inclinamos por las más caras, con terciopelo, espectaculares plumas y joyas que rodeaban el hueco para los ojos. Cuando nos las pusimos, nos miramos riéndonos. Lulu hizo algunos *selfies* antes de ir a la barra, donde nos sentamos en dos taburetes que había libres.

Ella pidió unos martinis mientras yo observaba a la multitud, buscando los anchos hombros de Dax o el revelador pelo azul de Spider.

—¿Los has visto? —le pregunté.

Tomó un sorbo de la bebida mientras escudriñaba el lugar.

—No, pero Spider me ha dicho que hoy tenían que hacer algunos recados. Estoy segura de que Dax habrá llegado a casa cansado. —Volvió la vista hacia mí para mirarme con complicidad—. Seguro que sigue enfadado contigo. ¿Qué plan tienes hoy, Remi?

Suspiré. En el desayuno la había puesto al tanto de la visita nocturna de Dax, así como de la tensión sexual que era tangible entre nosotros, y de que había soltado el nombre de Hartford en el peor momento.

—No lo sé. Yo solo me dejo llevar. —Y estaba muerta de miedo. No sabía cómo definir lo que sentía por él.

—¿Algún día le contarás lo que pasó, Remi?

Me estremecí.

—¿Por qué iba a hacerlo?

La vi mientras pasaba el dedo por el borde del vaso.

—Quizá te haría sentir mejor...

—No. —Mi voz fue tan firme que cortó el aire.

—Dax ha cambiado —suspiró Lulu—. O quizá no y siempre ha sido amable, pero no lo supimos ver. Es arrogante y se cree muy sexy, y lo es,

pero debajo de su hermosa fachada late un buen corazón.

Mi sonrisa desapareció al recordar el pasado, los días oscuros.

Tomé un sorbo de la bebida y la dejé al lado de la suya cuando me arrastró a la pista de baile.

—Venga, no más conversación. Después de lo de Chad, me dijiste que querías bailar, y estoy deseando ver cómo lo haces.

Solté un gruñido. Hoy ya no estaba en plan «solo se vive una vez» y «no desperdicias ni un minuto».

—¡Vamos a un sitio de la pista donde nadie nos pueda ver! —grité por encima de la música, una mezcla de rock, *techno* y clásica, mientras la seguía entre la multitud que estaba bailando.

—Lo único que necesitas es creer un poco más en ti misma. A él le gustas, ¿sabes? —Le dio un codazo a un chico que me comió con los ojos cuando pasamos a su lado.

Me reí, con un poco más de confianza en mí misma. Podía hacerlo, ¿verdad? Solo consistía en ondular las caderas siguiendo el ritmo.

Encontramos un claro, y ella me indicó que me moviera. Asentí con la cabeza antes de deslizar los pies de un lado a otro al tiempo que chasqueaba los dedos.

—¡Balancea los brazos un poco más, que pareces un robot! —me gritó Lulu.

«Muy bien. Busca tu propio ritmo, Remi».

Levanté los brazos y dibujé círculos en el aire con los codos mientras sacudía las caderas, algo que le había visto hacer a Malcolm cuando se emocionaba después de ganarme a la Xbox.

Lulu hizo una mueca.

—No. No sé de dónde has sacado eso. Mejor así... Mueve las manos como si estuvieras lavándote el pelo en la ducha, pero con un ritmo sexy. Mueve las caderas de una forma más lenta, como si fueras una serpiente y quisieras hipnotizar a alguien.

Puse los ojos en blanco.

—Eso no lo pienso hacer.

—Mira... —Dejó caer los hombros y se balanceó al tiempo que se hundía los dedos en el cuero cabelludo.

¡Maldición! Todo lo que hacía Lulu quedaba bien.

¡Genial! Moví las caderas y me masajé el pelo con las yemas de los dedos.

«Oscila. Frótate el pelo. Vuelve a empezar».

Lulu se rio.

Me detuve de golpe y dejé caer las manos.

—¿Qué pasa? ¿Parezco ridícula?

—¡No, no seas idiota! —Me cogió las manos y me hizo girar por la pista de baile como si fuéramos niñas—. Eres sexy como una diablesa... Casi me excitas a mí. Ese movimiento es perfecto para ti.

—¿De verdad?

Asintió.

Bailamos varias canciones y, muy pronto, saltaba y me movía como si bailar fuera lo único en el mundo. Además, a nadie parecía importarle que siguiera mal el ritmo.

Lulu me gritó que tenía sed y que se iba a tomar un poco de agua cuando comenzó a sonar una de mis canciones favoritas de The Goo Goo Dolls en una selección lenta del DJ, así que le indiqué que fuera sin mí.

Cerré los ojos al tiempo que subía los brazos por encima de la cabeza para moverme con los compases, y luego me bajé las manos por el cuello y los pechos, acariciando mis curvas.

Me imaginé haciendo un lento *striptease* muy sexy...

Desde atrás, me pusieron unas manos de acero en las caderas y un cuerpo masculino se apretó contra el mío, sincronizando su ritmo con el mío.

Me quedé paralizada.

—No te detengas —me susurró al oído—. Eres jodidamente preciosa y quiero bailar contigo.

Un segundo después, levanté de nuevo los brazos y empecé a balancearme, y sus dedos me siguieron, trazando la longitud desde mis hombros a mis manos. Apoyé la cabeza en su hombro para recrearme en su duro pecho, en su olor embriagador.

Me rozó el hombro desnudo con la nariz y llevé los brazos más atrás para hundirle los dedos en el pelo y tirar de él. Lo oí gemir.

Cuando la canción terminó, empezó a sonar una más rápida, pero ignoramos el cambio de ritmo para seguir balanceándonos el uno contra el otro.

Me levantó el pelo y me acarició la nuca con los labios, lamiendo a continuación el sudor de mi piel.

Me estremecí de deseo.

—¿Estás excitada? —me preguntó en un ronco e íntimo susurro. Como si hubiéramos hecho eso un millón de veces.

—Sí —gemí al notar que me mordía el hombro con suavidad.

Me quitó la mano derecha de la cadera para poder pasármela por la espalda.

Me desabrochó el vestido centímetro a centímetro.

La música se hizo más fuerte en ese momento, armonizándose con el latido de mi corazón.

Una parte de mí gritaba que lo detuviera, mientras que por otro lado recordaba lo bien que me sentía cuando me tocaba un hombre. Me dejé llevar, ignorando la voz de mi cabeza.

Desde atrás, deslizó una mano dentro del corpiño y me palpó un pecho, que masajé antes de pellizcarme el pezón.

Gemí ante la oleada de calor que hacía palpitar mi cuerpo.

—Sostén el vestido para que no se caiga. Baila para mí —me ordenó, e hice lo que dijo, haciendo que mi cuerpo se frotara contra el suyo al tiempo que aferraba el vestido. La otra mano siguió a la primera para acariciarme.

A nuestro alrededor bailaba todo el mundo, como si el volumen de la música los hubiera encandilado. Las luces estroboscópicas caían sobre algunas caras y luego se apagaban. Nadie nos miraba. No llamábamos la atención, y me sentí como si estuviera a solas con él a pesar de que, evidentemente, no lo estaba. Era algo surrealista.

«Es por él».

—¿Quieres más? —preguntó con la voz ronca, áspera, espesa por la lujuria.

—Sí —jadeé con la respiración entrecortada.

Deslizó una mano más abajo y jugueteó con el borde de mis bragas antes de sumergir los dedos para rozar mi sexo. Una vez, luego otra... Después se alejó. Y sentí su distancia como un dolor.

—Más —rogué—. Tócame...

Me agarró entonces con más firmeza. El gesto de posesión de sus manos parecía reclamarme como si fuera de su propiedad.

—¿Te gusta así? —me susurró al oído al tiempo que deslizaba un dedo en mi interior.

—Sí. —Me temblaba la voz.

Él gimió con los labios apretados contra mi cuello mientras seguía jugando conmigo.

—¿Dejarías que te follara aquí?

Hice una pausa, deteniendo las caderas contra él.

—No dudes —me ordenó con un tono ominoso.

Me estremecí, deseando que me diera más placer con los dedos, con la boca... Con todo.

—Sí..., sí...

Entonces, todo se detuvo.

Me cerró el vestido y me obligó a girarme para enfrentarme a él.

La expresión de ira que leí en su rostro me hizo sentir confusa, pero no pude evitar bebérmelo con los ojos: la mandíbula, tensa como la de una estrella de cine; los hombros, tan anchos como para apoyarme en ellos; aquellos bíceps que me protegerían y la fascinante libélula. El tatuaje que quería lamer.

Suspiré.

«Hola, señor Macizo».

Actué por puro instinto —y evidentemente sin pizca de sentido común— y le dibujé con la mano libre una V desde su pecho a sus caderas. Le toqué la dura entrepierna...

—Hola, Rey del sexo.

Me miró con una emoción ilegible.

—Detente.

—Has empezado tú. —Le rodeé el cuello con los brazos y se lo chupé igual que él había hecho con mi hombro. Sabía a sudor, a hombre, y quise tragármelo entero. Estaba coqueteando con el peligro, y esta vez no podía echarles la culpa al tequila, a la adrenalina o al agotamiento.

«Quiero trepar por él como si fuera una enredadera y él un árbol».

Apretó los dientes mientras se alejaba de mí.

—Para empezar, he venido aquí porque..., ¡maldición...! Tú, con ese minivestido... Y para seguir, no sabías a quién tenías detrás. Podía ser incluso Chad, ¿en qué coño estabas pensando?

—¿Que estaba teniendo suerte?

Mi respuesta no le satisfizo. Entrelazó los dedos con los míos y tiró de mí, obligándome a seguirlo mientras se abría paso entre la multitud que llenaba la pista. Bueno, quizá, si había venido para protegerme, la situación hubiera dado un giro.

Era obvio que me tentaba, pero jamás me había hecho daño. Incluso cuando me arrastraba entre la multitud, como ahora, miraba hacia atrás para

asegurarse de que estaba bien.

Se detuvo brevemente en la barra, donde Spider y Lulu mantenían una profunda conversación. Ellos levantaron la vista cuando nos vieron y abrieron mucho los ojos, a pesar de que Dax no les dijo ni una palabra. Luego cogió lo que supuse que era su consumición y fuimos hacia el fondo del club.

—Solo para que te hagas una idea, la única razón por la que te permito arrastrarme como si fueras un hombre de las cavernas es la curiosidad que siento ante tanta irritación. ¿A dónde vamos?

—Ya lo verás —gruñó.

Vale...

Fue por el pasillo hacia los cuartos de baño.

¡Mierda!, no quería entrar en aquella habitación sofocante llena de chicas borrachas.

Me frené.

—Gracias, pero mi vejiga está bien. Además, allí hace mucho calor, y la última vez que entré me dieron ganas de vomitar...

Él atravesó el umbral del cuarto de baño de señoras como si nada.

Tres chicas se giraron para mirarnos, y sus ojos se iluminaron al ver a aquel macizo en la puerta. Él enderezó los hombros fibrosos, y sonrió de forma encantadora, aunque yo noté que era una sonrisa forzada.

—Señoras, lamento irrumpir aquí, pero, si nos disculpan, necesito estar un momento a solas... —me lanzó una mirada con los ojos entrecerrados— con esta chica.

Ellas parpadearon, mirándose unas a otras.

—Er..., es el baño de mujeres.

—¿Por qué no la llevas fuera? —gruñó otra mientras se inclinaba sobre el lavabo para aplicarse el lápiz de labios.

Dax se aclaró la garganta y sonrió otra vez.

—El guitarrista de los Vital Rejects está en la barra. Lleva el pelo azul, y me ha dicho que invitará a copas a todas las chicas que se le acerquen.

—¿De verdad?! —chilló la chica del pintalabios antes de ponerse a alisarse el pelo rubio—. ¡Oh, Dios mío! Me encanta.... Me chifla cómo canta y también cuando se pelea, como ese día en Las Vegas...

—Sí, es el mejor chico malo. Lo sabemos todos. Por cierto —agregó—, la oferta de las copas gratis termina dentro de cinco segundos. Cinco..., cuatro..., tres..., dos...

Nos lanzaron una última mirada y salieron del baño.

En cuanto se cerró la puerta, me soltó la mano, echó el pestillo y recorrió con la vista aquella pequeña estancia con una actitud demasiado posesiva y muy sexy. Era como un león enjaulado, preparado para desgarrar a cualquiera que se acercara demasiado. Lo observé, fascinada por su respuesta emocional. ¿Por qué estaba tan irritado? ¿Qué le pasaba?

Se detuvo de golpe, como si hubiera tomado una decisión, y se acercó a mí. Retrocedí hasta que mis caderas chocaron con la encimera del lavabo que se alineaba contra el muro de hormigón. Me recorrió con unos ojos brillantes que hicieron que me estremeciera con ardor ante el persistente deseo que leí en su rostro.

¡Dios! Lo deseaba y me gustaba su actitud dominante. Pero era una idiotez. Era de locos.

«¿Es que no has aprendido ya la lección con él?».

Apoyó la palma de la mano contra la pared al tiempo que inclinaba la cara sobre la mía.

—Dime si sabías que era yo el que te estaba manoseando ahí fuera.

Solté el aire. Así que se trataba de eso.

—En cuanto me pusiste las manos encima, supe que eras tú. —«Solo tú»—. No se me ocurriría dejarme llevar así con un extraño, Dax. No soy así, y deberías saberlo.

La única locura que había cometido había sido con él.

Percibí su expresión de alivio cuando soltó un suspiro reprimido.

Fruncí el ceño.

—Estás actuando como si fueras una especie de..., ¿qué sé yo...?, un gato en celo marcando territorio. No te pertenezco, solo somos amigos.

—Que se han estado metiendo mano a la vista de todo el maldito club —me recordó bruscamente.

—Pues estaba dispuesta a dejarte llegar al final. —Me mordí el labio.

«¿Es que te has olvidado del contrato, Remi? Oh, qué rápido...».

Cogió aire bruscamente, posó los ojos en el corpiño del vestido y luego desvió la vista al tiempo que daba un paso atrás y se cruzaba de brazos.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta mi vestido? Mira... —Levanté un pie para mostrarle mi calzado—. Lo he combinado con unas deportivas, para no caerme.

—El vestido es demasiado corto.

—No, lo que pasa es que tengo las piernas muy largas.

—Lo sé. Me has envuelto con ellas varias veces.

Oh, se acordaba... Me crucé de brazos. Este era un juego al que podíamos jugar los dos.

—¿Qué ropa quieres que use? ¿Un hábito de monja?

Algo, quizá un recuerdo, atravesó su rostro e hizo que se le suavizara la mirada.

—No sé, ¿por qué no te vistes como lo haces en Whitman?

Lo miré boquiabierto.

—¿Te fijas en lo que me pongo?

Clavó en mí los ojos.

—Más de lo que debería. Pero esos pantalones tan ceñidos que llevas se te pegan al culo, y el jersey blanco que tanto te gusta es un poco *delator* cuando tienes frío..., por no hablar de las perlas. He pensado mucho en esas perlas y lo que me gustaría hacerte con ellas.

Sentí mariposas en el estómago.

«¿Se ha fijado en las perlas?».

—¿Tampoco te gusta mi pelo?

Entornó los ojos para mirarme y tragó saliva.

—Me encanta tu pelo salvaje, pero ahora no sé... ¡Joder! Todo está mal. Ha sido un día... muy extraño. En cuanto vi que Spider hacía el desayuno, debería haberme dado cuenta de que todo iba a torcerse. Demonios, y cuando te he visto aquí, debería haber sabido que el destino quería joderme. —Se pasó una mano por el pelo con evidente frustración.

—¿Qué más te ha pasado hoy? —Le puse la mano en el hombro, olvidando cualquier enfado.

Se inclinó hacia mí.

—Es una larga historia, pero Declan me habló de una casa que está a la venta en Raleigh. Me he estado pensando si debía invertir en ella, he hablado por teléfono con mi padre y con mi hermano para conocer más detalles. Puedo comprarla. Es algo muy impulsivo, pero tan prometedor que me da miedo esperar hasta regresar a casa. Además, entonces ya habrá empezado el curso.

—Espero que te salga bien. —Le apreté el bíceps.

Me recorrió con los ojos.

—Después, Spider me dijo que ibais a venir aquí esta noche, y solo podía

pensar en que a Chad podía ocurrírsele repetir escenario. Así que tenía que venir. ¡Joder! —Soltó el aire—. Todos los chicos que hay ahí fuera estaban comiéndote con los ojos, y yo también. ¡No quería llegar tan lejos mientras estábamos bailando!

Nos habíamos desfasado bailando, sí. En cuanto me tocó, lo último que se me pasó por la cabeza fue reprimirme.

Suspiré.

—Dax, se necesitan dos para bailar el tango. También ha sido culpa mía. Digamos que ese baile tan sexy, el vestido, la música, los martinis o lo que sea ha tomado el control. —Respiré profundamente—. Pero podemos ser amigos. Tenemos el contrato. Quiero que estemos juntos de esa manera.

Levantó la cara para buscar mis ojos con los suyos.

—¡Dios! Yo también.

Sonreí de forma vacilante, y él me ahuecó las manos sobre la cara al tiempo que me pasaba el pulgar por el labio inferior.

—Somos amigos —aseguré con la voz algo temblorosa.

Asintió, y dejó caer los brazos.

10

DAX

Después de estar un rato en la pista de baile, los cuatro pasamos el resto del tiempo en los reservados de la parte de arriba de Masquerade. Había aclarado las cosas con Remi y me sentía bien por ello... Al menos, un poco más que antes.

Me sentí todavía mejor cuando Spider le dejó a Remi la cazadora de cuero y ella se la ató alrededor de la cintura. Menos mal que, como buen rockero, llevaba cuero en verano.

Lulu y Remi estaban sentadas enfrente, riéndose mientras contaban historias sobre la tendencia de Remi a los accidentes y a la infancia de Lulu en plena industria musical en Nashville. Hice algunas preguntas, guardándome fragmentos de información sobre Remi. Spider se reclinó en el asiento y nos observó, más interesado en beber vodka que en charlar. Conociéndolo, seguro que estaba pensando alguna apuesta nueva que hacerme.

—Cuando conocí a Remi, en la residencia, tropezó con un montón de libros y aterrizó encima de la basura —comentó Lulu, riéndose.

Remi sonrió, aunque luego puso los ojos en blanco.

—Por favor... Llevo casi veinticuatro horas sin haber sufrido ningún accidente.

Sonreí mientras la estudiaba por encima de la botella de cerveza. Cerré el puño debajo de la mesa, imaginando que hundía los dedos en el cabello cobrizo, que tiraba hacia atrás para besarla hasta que ella me rogara que la...

«¡Guau, Romeo! Baja la velocidad... Acabáis de decir que vais a ser amigos. A ver si esta vez dura un poco más».

La pesqué mirándome también, con una placidez en sus ojos que decía que confiaba en mí.

«Que confía en ti... En ti».

Suspiré. Tenía que detener esos pensamientos, que frenar mis manos.

Pasaba de medianoche cuando salimos juntos del club. Detuvimos un taxi para las chicas y nosotros regresamos al apartamento.

Remi me llamó cuando llegó al hotel, y la hice registrar la habitación

mientras yo seguía al aparato.

«¿Estoy volviéndome un poco paranoico con su atacante?».

Quizá.

Cada vez que me la imaginaba siendo estrangulada por ese capullo, cerraba los puños con fuerza. Era posible que se hubiera cubierto los moratones con maquillaje, pero sabía que estaban allí, y eso me volvía loco.

Estuvimos hablando por teléfono durante dos horas. Pusimos el altavoz mientras nos cambiábamos de ropa, nos lavábamos los dientes y usábamos el hilo dental. Más tarde, nos metimos en la cama y hablamos de todo un poco: películas, libros, la vida...

Permanecí tendido sobre la colcha blanca cuando me abrió su corazón y me habló de su hermano, Malcolm, que era autista. Y luego, más tarde, le comenté que mi madre me había escrito una carta.

—¿El tatuaje de la libélula es por tu madre? —me preguntó.

—Sí.

—¿Qué significado tiene?

Solté el aire. Estábamos internándonos en aguas profundas.

—El día de su funeral, apareció una libélula que siguió al coche cuando nos marchamos. Me estaba alejando de mi casa, de mis amigos, de todo lo que conocía. Ese día, tanto Declan como yo sentimos que era ella, y eso fue antes de que leyéramos la carta. Mi madre siempre había sentido fascinación por ellas, tenía millones en amuletos, libretas o collares. Mi hermano tiene un tatuaje de una libélula, algo más pequeño, en el cuello. No supe que yo también quería uno hasta este verano.

—Este ha sido el verano de los cambios. Hartford y yo hemos roto. Tú y yo somos amigos... —Suspiró—. ¿Quién lo iba a imaginar?

«Sí».

Un poco después, estaba contándole una historia de mi infancia cuando la oí roncar.

—¿Remi?

Silencio.

—¿Hola? Despierta, dormilona...

La única respuesta que obtuve fue su pesada respiración.

Sonreí. Ni siquiera sabía por qué oírla dormir me hacía feliz, pero así era.

—Buenas noches, cielo. —Y puse fin a la llamada.

Al día siguiente, volví a hablar con Declan por Facetime para saber más

cosas sobre la casa. Sin interrumpir la conversación, fue hasta el lugar y me mostró las habitaciones una a una. Era una casa antigua, de estilo rústico; la cocina necesitaba una reforma, pero la madera del suelo estaba en buen estado; con un simple pulido quedaría como nuevo.

Respiré hondo y decidí intentarlo. Llamé a mi padre —que estuvo a punto de morir de la emoción—, y se ofreció a ayudarme a acelerar el proceso de compra con sus abogados. Acepté.

Dado que la edificación llevaba un tiempo en el mercado, logramos que el vendedor aceptara reunirse conmigo al cabo de tres días, lo que significaba que tendría que marcharme de Londres dentro de dos.

Así que me conecté a internet, reservé el pasaje y, ¡zas!, comencé a comportarme como un verdadero adulto.

—¿Esta tienda de tatuajes era una antigua iglesia medieval? —preguntó Remi cuando accedimos al vestíbulo de la tienda de tatuajes «La iglesia del fraile» y se fijó en las vidrieras y los contrafuertes—. Posee una arquitectura increíble.

Me iría de Londres al día siguiente, y quería pasar el último día completo con Spider, Remi y Lulu. Así que, después de concretar algunos detalles con Declan, llamé a las chicas y me ofrecí a llevarlas a ver algunos lugares típicos antes de ir a hacerme el tatuaje que había mencionado varias veces durante la conversación telefónica de la noche anterior.

Sonreí ante su entusiasmo.

—La han reconstruido por completo, salvo algunas de las piedras de la base. Fray Laurence reprodujo todos los detalles que pudo de la construcción original, incluidas las vidrieras donde aparecen leones y corderos... Y se ha convertido en la mejor tienda de tatuajes de Londres. No se me pasaría por la cabeza ir a otro sitio. Además, tienes que ver el santuario. —Moví la mano para señalar las pesadas puertas de madera que había a un lado.

Remi se detuvo para lanzarme una mirada burlona.

—Te encanta este lugar, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—¿Y por qué es? ¿Por el edificio en sí o porque es una tienda de tatuajes?

Estuve pensando la respuesta durante un buen rato.

—Creo que un poco de todo.

—¿Y si tuvieras tu propia tienda de tatuajes, del estilo de «La iglesia del

fraile», en Raleigh?

—¿Piensas que podría abrir una? ¿Yo? —Me reí.

Ella sonrió.

—Colega, vas a tener una casa. La vas a pagar. Puedes hacer lo que quieras. —Se interrumpió para ponerme la mano en el brazo—. Eres una persona increíble, Dax. No le permitas a nadie que te diga lo contrario.

—Espera, ¿he oído la palabra «fraile»? —preguntó Lulu con el ceño fruncido.

Asentí.

—El propietario y los empleados se visten como monjes, así que no te dediques a provocar al personal, Lulu.

Ella puso los ojos en blanco.

—No me gustan los hombres con faldas.

Entramos en el santuario, donde estaba la acción. A un lado había varios artistas en sus *boxes* que vestían unas túnicas marrones hasta el suelo y atadas a la cintura con una cuerda. Al otro lado se veían un montón de asientos, una biblioteca con diseños artísticos y un pequeño bar.

Remi tenía los ojos muy abiertos mientras se fijaba en todo, desde los candelabros y velas doradas que se alineaban por la pared hasta el suelo de piedra.

—Me siento como si estuviera dentro de una función de teatro. O perdida en el tiempo.

El fraile de la recepción se acercó, vestido también con el hábito de rigor, y nos llevó a una zona donde había pesadas sillas de madera colocadas en círculo. Spider se dirigió a la cafetería que había al fondo, mientras que Remi y Lulu se pusieron cómodas para hojear los catálogos con modelos de tatuajes.

Fray Laurence, un hombre regordete y calvo de unos cuarenta años, se acercó a nosotros unos minutos después. Parecía contento de que Spider y yo hubiéramos regresado y lleváramos nuevas clientas.

Después de las presentaciones, lo informamos de que Remi quería hacerse su primer tatuaje.

Él asintió con una sonrisa en la cara.

—Por supuesto. Dentro de más o menos una hora abriremos más *boxes*.

Remi asintió, aunque tenía una expresión extraña en la cara.

—Eh... ¿Te da miedo? —le pregunté.

—No, puedo manejar el dolor. Solo imaginaba lo que pensaría Hartford...
—Se le apagó la voz.

—¿A quién coño le importa lo que él opine? No te merece —solté.

Me estudió la cara con unos asustados ojos azules.

—Me parece que sientes por él algo más que una simple rivalidad de fraternidades. No te cae nada bien, ¿verdad?

Apreté los labios para contener la ira.

—Es simplemente tolerable.

«Odio a ese cabrón por lo que te hizo».

—Oh, por el amor de Dios, ¿vais a follar de una vez? Todas estas vueltas que dais me están provocando dolor de cabeza —aseguró Lulu desde su asiento.

Resultaba evidente que estaba oyendo nuestra conversación. Resopló al ver nuestras expresiones—. Dios..., solo era una broma, chicos. Podéis cerrar la boca. —Suspiró—. De todas formas, es cierto que me duele un montón la cabeza, así que voy a volver al hotel.

—Te acompaño. Podemos ir en metro y dejarles el coche a ellos —sugirió Spider, que se acababa de reunir con nosotros con una bebida en la mano. La levantó en mi dirección—. ¿Te parece bien?

«¿Remi y yo a solas? Mantén los pantalones abrochados, Rey del sexo».

Por supuesto, intentamos convencerlos de que se quedaran, pero el día había sido muy largo, nos habíamos estado moviendo de un lugar a otro de Londres y ninguno de los dos quería hacerse un tatuaje.

Después de que se marcharan, nos tomamos el tequila que quedaba en la botella que Remi había dejado en el Mercedes de Spider en el aparcamiento y luego volvimos a la tienda. Cuando estábamos de camino, oímos el estruendo de un trueno. Miré al cielo y luego sonreí a Remi.

—¿Estás preparada para una típica ducha sorpresa londinense?

Asintió. La lluvia comenzó a caer suavemente al principio, solo una gota aquí y allí, pero al cabo de unos segundos pareció que se abría el cielo.

—Súbete a caballito —le propuse, inclinándome para que pudiera apoyarse en mis hombros.

Se empezó a reír mientras cogía mejor la botella de tequila, y luego saltó sobre mi espalda. La sujeté, agarrándole los muslos con las manos.

—¡Espero que sepas lo que estás haciendo! —me gritó por encima del ruido de la lluvia.

Apreté el paso hacia la iglesia, esquivando los charcos recién formados y algunos coches mientras avanzaba.

Llegamos hasta el edificio y entramos en el vestíbulo, donde la dejé de pie sobre el suelo de baldosas de mármol para que se secase antes de acceder al santuario.

—Ha sido increíble, lo mejor que me ha pasado en Londres —aseguró, retirándose el pelo mojado de la cara—. Sin embargo, he pensado que acabaríamos cayéndonos. No soy precisamente un peso ligero.

La recorrí con los ojos, que permanecieron más tiempo en sus pechos llenos antes de bajar a las curvas de sus caderas. Era perfecta. Mi mirada se detuvo finalmente en sus labios húmedos.

«¡Ya basta, Dax!».

—Espera un minuto... —Dio una vuelta sobre sí misma en aquella área pequeña—. Me acabo de dar cuenta de que el nombre del dueño es fray Laurence... —Se rio—. Eso es de Shakespeare. De *Romeo y Julieta*.

—No te sigo... —dije, secándome el agua de los antebrazos.

—¿Es que no lo ves? Romeo y Julieta se enamoraron en una fiesta de disfraces y los casó un fraile, fray Laurence, al día siguiente, en secreto, en una antigua iglesia. Por supuesto, la acción transcurría en Verona, pero, aun así..., es raro, ¿verdad?

Entendí la idea, y me gustó. Sonriente, enlacé mi brazo con el de ella.

—Entonces, vamos a casarnos aquí. Ahora mismo. Obtienes regalos de boda, y puedo decirle a Spider que nos hemos casado... Se meará en los pantalones de la risa.

—¿Qué? —Se quedó lívida.

—Remi, era una broma.

—Oh... —parpadeó—. Sí, por supuesto. Claro.

—¡Joder! Sin embargo, necesitamos anillos —dije, pensativo, mientras recorría la entrada del vestíbulo con la mirada. No había nada que sirviera... Saqué la billetera y cogí un billete de cinco dólares—. Puedo enrollarlos para hacerlos.

Torció los labios.

—Tengo en la bolsa un par de cintas para el pelo. Podemos usarlas.

Sacó un fajo de bandas de colores, y seleccionamos nuestras «alianzas». Escogí una marrón y ella otra azul, y las envolvimos alrededor de los dedos índices para hacerlas más pequeñas.

Me apoyé en una rodilla y levanté el anillo de «zafiro».

—Remi, ¿quieres casarte conmigo?

Un lento rubor comenzó por su cuello y le cubrió las mejillas. Noté que se mordía el labio.

—¿Me vas a rechazar, amor? —Apreté las manos contra el pecho, utilizando todas mis habilidades dramáticas, que no eran muchas—. ¿No soy suficiente para ti?

Soltó una carcajada y luego se puso seria.

—Lo eres desde el momento en que nos conocimos —musitó bajito, mirándome con un azul más oscuro en los ojos de lo habitual.

Puse los ojos en blanco.

—Eres muy buena... —Sonrió—. ¿Te quieres casar conmigo?

—Sí —murmuró.

Le deslicé la banda en el dedo y me levanté. Se miró la mano fijamente, con las cejas arqueadas y muchas arruguitas alrededor de los ojos.

De repente caí en la cuenta.

—Remi... ¡Joder!, lo siento. Podemos dejar esto si no te divierte...

—No, no —dijo, tragando saliva—. Dame un minuto.

—¿Estás pensando en Hartford? —pregunté—. He sido muy insensible. Por supuesto...

—No, en realidad no pienso en él. —Me miró con una expresión pensativa. Nuestros ojos se encontraron antes de que esbozara una leve sonrisa, como si acabara de tomar una decisión—. Venga, novio mío... Ahora estamos comprometidos. Vamos a hablar con fray Laurence.

Cogí la botella de tequila del suelo, donde la había puesto al entrar, y fuimos de nuevo al interior del santuario.

11

REMI

Noté una opresión en el corazón cuando Dax se apoyó en una rodilla, y, durante medio segundo, me pareció real.

«Pero no lo es».

Las chicas eran un juego para Dax, y tenía que mantenerme centrada y firme.

Entramos en el santuario y nos acercamos a fray Laurence. Sonrió cuando Dax le explicó lo que queríamos, y se sintió más que feliz de colaborar en una boda falsa.

Al parecer, no era lo más raro que le habían pedido en aquel lugar.

Nos detuvimos junto a uno de los *boxes*, y con el sonido de fondo de las máquinas y los gritos de una chica que acababa de hacerse un *piercing* en el pezón, nos preparamos a intercambiar los votos.

No era exactamente la iglesia metodista de Raleigh.

Le puse a Dax la banda de «topacio» en el dedo mientras nuestros ojos se encontraban.

—No necesito decirte ningún voto para meterme en esto —dijo con una sonrisa maliciosa—. Tú primero.

Me reí, dispuesta, para mi sorpresa, a aceptar su actitud despreocupada. Dax siempre había tenido la extraña habilidad de hacerme sentir feliz con cualquier cosa, salvo cuando me rompió el corazón.

—Muy bien. Te acepto, Dax, amigo mío, como mi pretendiente y esposo. Prometo beber tequila siempre contigo, y, si lo necesitas, planificaré objetivos para ti y los plasmaré en hojas de cálculo, diagramas de flujo y contratos. —Sonreí—. Y si insistes, también comeré contigo en Panera.

Me miró fijamente, con aquellos ojos de color niebla.

—¿Y bien?

Se aclaró la garganta, con una expresión de repente muy seria mientras me ponía la banda azul.

—Mi querida Remi, te tomo como esposa ficticia. Prometo ser tu protector y no dejar nunca levantada la tapa del inodoro. Mataré arañas por ti, e intentaré no asustarme cuando compares partes de mi cuerpo con algunas

aves o me obligues a firmar contratos. —Me lanzó una mirada acalorada—. Prometo amarte hasta mi último aliento.

Abrí la boca, y solté el aire.

«Este chico merece un premio de la academia de cine».

—Yo os declaro marido y mujer —intervino fray Laurence con una solemnidad que me puso los pelos de punta.

—Espera... Esto no es de verdad, ¿no? —pregunté al fraile.

Él se rio y se encogió de hombros.

—Estoy ordenado.

—Está de coña —me aseguró Dax, atrayendo mi atención.

Ah...

—¿Y ahora qué? —me interesé mientras los miraba, primero a uno y luego al otro—. ¿No nos besamos o algo?

El fraile sonrió, aunque su expresión era de duda.

—Haced lo que queráis. Yo ya he realizado mi trabajo, y tengo un cliente esperando. —Señaló un *box* en el que había un tipo desgarrado tatuando a un cliente—. Ese es Zack. Os hará el tatuaje dentro de un rato; os avisará cuando os toque.

Se alejó. Nosotros nos volvimos el uno hacia el otro.

Dax me cogió la mano para entrelazar nuestros dedos.

«¿Nos íbamos a besar?».

Clavé los ojos en su boca, observando la curva llena de su labio inferior, que parecía esculpido.

—Estás mirándome como si quisieras besarme —dijo con una risita.

—Quizá. Es el paso final de una boda.

—Pues te voy a dar un consejo: no te enamores de mí —bromeó.

—Pfff... ¿De dónde sacas esa idea? Además, pensaré en Inglaterra todo el rato.

—Pensarás solo en mí porque beso muy bien.

—Eres un creído —le aseguré sonriendo.

Otra risita.

—Es cierto. ¿Es necesario que rompamos el contrato?

Lo pensé un segundo y luego me encogí de hombros.

—No, todo esto es de mentira.

Hubo un brillo cómplice en sus ojos.

—Admítelo, soy irresistible.

—No, si *algo* sí eres...

Pero las pullas que nos lanzábamos se detuvieron en cuanto me levantó la barbilla y bajó la vista a mis labios. El aire pareció volverse más espeso entre nosotros.

—Remi, lo voy a hacer, de verdad.

«¿Qué?».

Me zafé de su mano.

—¿Qué quieres decir? Se supone que va a ser un beso de mentira, pero de repente dices que será de verdad, y el Dax que conozco nunca habla en serio del todo. Da la casualidad de que se muestra indiferente con las mujeres, que juega con ellas... Como un pájaro con los gusanos. Eres un donjuán.

—¿Quieres decir un ligón?

—Me gustas demasiado para usar esa palabra.

—De hecho... —murmuró, mordiéndose el labio—, tú también me gustas, ángel.

Sentí un dolor en el corazón, y bajé los ojos para que él no pudiera ver lo devastada que estaba por su indiferencia. Él no quería decir eso. No de verdad. Llamaba así a muchas chicas, «ángel». Lo había oído.

Vinieron a mi cabeza todas las viejas emociones y la oscuridad contra la que había luchado durante tres años, así que di un paso atrás.

—No... no puedo besarte —suspiré, apretando los puños.

—Es fácil. Te pones de puntillas y pones los labios contra los míos. No veo el problema. Lo hemos hecho ya mil veces —agregó, estrechándome contra él—. Bésame, Remi.

Me estremecí al sentir aquella innegable atracción que flotaba entre nosotros.

—Me vuelves loca, quiero gritar.

—¿Aleluya?

Negué con la cabeza.

—No. Es que tengo... miedo.

«Me aterra entregarte mi corazón y que te vayas. Otra vez».

—Bésame. Por favor.

Contuve el aliento al ver cómo me lo rogaba.

—Podemos fingir que ya nos hemos besado.

Soltó un largo suspiro.

—¡Joder, Remi! Bésame de una vez. —Su voz sonaba ronca, al parecer de

deseo.

Separé los labios, y, al instante, me los cubrió con los suyos. Nuestras bocas se fusionaron. Nuestras lenguas se encontraron, y, aunque traté de no profundizar el beso, él no me lo permitió. Me hundió los dedos en el pelo mientras gemía, lo que intensificó las sensaciones. Noté que el calor me lamía la espalda.

«¡Dios!», pensé, retirándome.

—Déjate llevar, Remi —susurró—. Siente lo que hay entre nosotros. Solo será un beso. Te lo prometo.

Pero...

«No será solo uno».

Su olor, como a lluvia y sol del verano, inundó mis fosas nasales, y le rodeé la cintura con los brazos. Deslicé los dedos por debajo de su camisa para clavárselos en los músculos de la espalda.

Me besó, apoderándose de mis labios con lujuria y pasión, lenta, suavemente, y me dejé llevar por él a ese lugar donde todo me susurraba que sí, que era él.

Se retiró demasiado pronto, y lo perseguí con los labios. Gemí para que volviera a besarme, ahora con más suavidad, más despacio. Me apresó el pelo con las manos y tiró, haciéndome jadear.

—Esto es una locura —suspiró—. No... no quiero hacerte daño, pero no puedo detenerme...

El corazón me palpitaba con las alas de una polilla, fino como el papel. Yo jadeaba, como si pudiera desintegrarme.

—Dax —tragué saliva—, esto es...

—¿Bueno?

—Sí.

—¿El mejor beso del mundo? —Me lamió el labio superior con la lengua, lo que provocó que me atravesara una oleada de calor.

—Sí... —gemí con la voz ahogada.

—No pienso dejar que te tenga —murmuró.

No era necesario que le preguntara a quién se refería.

Sus labios volvieron a apoderarse de los míos, exigentes, dominantes...

Todo mi cuerpo tronó de necesidad. Lo deseaba más que a los donuts y a los pájaros, más de lo que había deseado nunca a Hartford. Quería que me poseyera con rapidez e intensidad, y luego con reposada ternura. Quería

decirle la carga que pesaba en mí, eso tan horrible que le había ocultado.

«Podría destruirte».

Me solté de él y me froté los brazos, tratando de entrar en calor ante aquel repentino escalofrío.

Me observó mientras yo cogía la botella de tequila y la abría para tomar un enorme sorbo. Se la pasé con los dedos entumecidos.

—Bebe.

Dio un trago y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Si eso es lo que quieres... Pero sabes que no lo es. Me deseas a mí.

«¡Basta!».

—No, no me lo pongas más difícil —supliqué.

Movió el cuello, que le crujió mientras atravesaba su rostro una intensa emoción. Pero era algo imposible de definir. Sus ojos, que unos segundos antes mostraban una expresión tierna, me miraban con dureza.

—Genial. ¿Qué quieres hacer ahora?

—¿Ahora? Quiero hacerme un tatuaje. Lo de después todavía está en el aire.

Lo vi tomar otro sorbo.

—Vale, pues así sea —murmuró antes de empezar a andar hacia el lado derecho del santuario, donde estaban los *boxes* de los tatuadores.

La luz del sol colándose entre las persianas del hotel fue lo primero que percibí cuando abrí los ojos.

Lo segundo fue el martillo neumático que repicaba dentro de mi cabeza.

«No volveré a tomar tequila. Nunca», me prometí a mí misma.

Gemí y me giré hacia el otro lado cerrando los ojos. Era demasiado pronto para levantarse.

Pero...

Algo comenzó a dar vueltas en mi cabeza.

Abrí los ojos de golpe y estudié con cautela la mesilla de noche, el montón de ropa que había en el suelo, mis zapatos... Todo parecía ir bien hasta que sentí que un antebrazo musculoso me rodeaba la cintura y me abrazaba la cadera.

«Por todos los dioses británicos, ¿qué pasó anoche?».

Primero: estaba desnuda.

Segundo: la persona que tenía detrás también lo estaba.

Tercero: al clavar los ojos en la mesilla, no veía el envoltorio de ningún condón.

Me quedé paralizada.

Me llegó un fuerte ronquido desde la otra almohada. Miré con rapidez por encima del hombro y distinguí un pelo oscuro contra las sábanas blancas del hotel.

¡Claro que era Dax! Era la última persona que recordaba haber visto.

Y de repente me iluminé.

«¡Dax Blay está desnudo en mi cama!».

Me temblaban las manos. Vale, vale..., puedo con esto. Solo tenía que pensar qué había pasado la noche pasada. Averiguar dónde coño había estado y si había tenido sexo con la única persona con la que había dicho que no volvería a acostarme.

Tomamos tequila.

Corrimos bajo la lluvia.

Hablamos de *Romeo y Julieta*. Nos casamos de mentira en la «iglesia» de los tatuajes.

Bien, hasta ese momento iba todo bien.

Llegó el momento del tatuaje. Estudiamos algunos diseños mientras seguíamos bebiendo tequila. Me senté en el sillón para que me lo hicieran y... los recuerdos se difuminaban.

«Más tequila».

«Fuimos cogidos de la mano».

«Se reía de mi tatuaje».

«Volvimos en taxi al hotel, nos desnudamos y luego él...».

Nada.

Muy lentamente, me apoyé en la almohada y retiré la venda de gasa blanca que me cubría el pecho. Jadeé. Allí estaba la bandera roja, blanca y azul de la *Union Jack*, con forma de corazón y del tamaño de una moneda de medio dólar. En el medio, aparecía «DAX» escrito con tinta negra. Debía de haberlo leído mal. ¿Por qué demonios me iba a tatuar el nombre de Dax en mi cuerpo?

Lo leí de nuevo. ¡Mierda! ¿Sería un tatuaje de esos de quita y pon?

Me rasqué la piel sensible de la zona.

—¡Ay! —gemí por lo bajo al rozar con la punta de los dedos la superficie enrojecida.

Se me quedó la boca seca. Esto no era un sueño.

«Tengo un recuerdo de Inglaterra para toda la vida».

Cogí una gran bocanada de aire y me volví hacia la cabeza de la persona que dormía a mi lado.

—¡Dax!

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado? —dijo Dax, adormilado, con los ojos medio abiertos y sus largas pestañas negras revoloteando. Y eso me irritó más. ¿Por qué tenía unas pestañas más extravagantes y bonitas que las mías? Agg... Se sentó en la cama y me miró, con el pelo cayéndole sobre la frente. Noté que tenía una marca de la almohada en la mejilla, y me obligué a cerrar los puños para no acariciársela. Sus carnosos labios se curvaron en una sonrisa de complicidad. Una sonrisa que parecía gritar: «Acabamos de follar».

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

Le di un golpe en la pierna con la almohada.

—Antes de nada, no hay derecho a que tengas tan buen aspecto por la mañana, y, segundo: ¿por qué me has dejado tatuarme una *Union Jack* en una teta?

—Yo no te dejé hacer nada. —Se frotó las sienes y se estremeció—. ¡Joder! Es muy temprano para iniciar una pelea de almohadas. Necesito agua y una ducha caliente. —Me recorrió la forma de los pechos por encima de la sábana—. ¿Quieres acompañarme, *esposa*?

—No me llames así —protesté, cubriéndome mejor—. Y tenemos que hablar sobre el sexo que no recuerdo haber tenido contigo.

—¿No lo recuerdas? —Se capturó el labio inferior entre los dientes—. Menuda vergüenza... —Entrelazó los dedos a la altura de la nuca y me miró con una expresión de diversión—. La última vez que dormimos juntos no eras tan gruñona por la mañana.

Fruncí el ceño.

—Eso fue hace tres años. Las cosas cambian. Venga, dime qué ha pasado...

Sonrió, tomándose su tiempo, y luego se incorporó muy despacio hasta quedar sentado y ahuecó la almohada para apoyarse en ella contra el cabecero.

Me estaba torturando. «A propósito».

Por fin, cuando pareció encontrarse cómodo, me sostuvo la mirada, pero no parecía feliz.

—¿Te molestaría que hubiéramos follado?

—Sí.

Su expresión se volvió más tensa, y apareció una sombra en sus ojos.

—Vale. Pues no lo hemos hecho.

«Oh...». Me sentí desinflada, como si la energía hubiera desaparecido de la habitación.

—Además, ¿no crees que recordarías una noche conmigo?

—¿Quieres decir que hemos dormido en la misma cama toda la noche sin que trataras de follar conmigo? ¿A pesar de que los dos estábamos desnudos?

Apretó los labios.

—Eso no va conmigo, Remi. No soy así. Además, fuiste tú quien me desnudó, no al revés.

«¿Qué?».

—Sí. Insististe en que durmiéramos con nuestra piel en contacto.

Noté que me ruborizaba. ¿Qué había provocado?

«Venga ya, Remi. No puede sorprenderte tanto. Él es como una droga. Siempre lo ha sido».

Ignoré esos pensamientos.

—¿Es algo que hagas a menudo? ¿Dormir con una chica sin tener sexo?

—No —alegó secamente—. Es la primera vez. Deberías sentirte especial.

—Pues no es así —espeté—. De hecho, me siento confusa... —«¿Y también decepcionada?».

Lo miré mientras se deslizaba hacia su lado de la cama para levantarse. Las sábanas prístinas resbalaron por su piel bronceada para revelar los duros músculos de su espalda y un culo tan espléndido que alguien debería escribir un poema sobre él. *Oda al trasero de Dax* sería el título perfecto.

Rodeó la cama con mis ojos clavados en su cuerpo; dejé que revolotearan por su pecho, que bajaran por el *six pack* y la profunda V de sus oblicuos antes de subirlos a los suyos mientras... su polla crecía justo delante de mí.

—Veo que te has dado cuenta de que mi señor Pato Argentino ha despertado.

Miré sus ojos con más intensidad y los mantuve allí.

«No bajas la vista bajo ningún concepto», me dije a mí misma.

—Parece feliz, sí.

Se encogió de hombros.

—Es una erección matutina. Le ocurre a todo el mundo. No te lo tomes como algo personal.

—Gracias —respondí—. Aunque no es necesario que me recuerdes que te empalmas con todas las chicas.

—De nada. —Noté que tensaba la mandíbula.

¿Por qué se mostraba tan intenso?

Por primera vez, vi el parche blanco que tenía en el pecho.

—Déjame ver tu tatuaje. —Era mucho más grande que el mío.

Retiró la gasa hasta que fue claramente visible el diseño —del tamaño de mi mano— sobre su piel.

—¿Qué es? —Entrecerré los ojos tratando de verlo.

Se quedó mirando su torso.

—Pues parece una bandera americana y un águila con tu nombre. Como no te acuerdas, te informo de que nos hicimos tatuajes a juego, o, como los llamaste, «*tattoos* de la amistad». Fue idea tuya, y, a juzgar por el horror que acaba de aparecer en tu expresión, lo lamentas.

Lo miré boquiabierta.

—¡Todavía no he tenido tiempo de procesarlo! —gemí, y me dejé caer contra las almohadas—. Es decir, ¿cómo le voy a explicar a la gente que tengo tu nombre en mi piel?

Se examinó las uñas, pasando olímpicamente de mi angustia.

—Cariño, yo no le veo el problema. A la mayoría de las mujeres les gustaría llevarme grabado en la piel.

Temblé de ira contenida.

—¡El problema es que tú eres Dax y yo soy yo! No somos pareja.

Su expresión se oscureció, y casi creí que parecía dolido. Pero no, eso no podía ser.

Noté cómo subía su pecho al respirar.

—Muy bien, pues dile a quien sea que estabas borracha y que fue un impulso. Además, sería la verdad, ¿no? —Se giró para ir hacia la ventana y abrir las persianas. Parpadeé cuando se tendió en el suelo y se puso a hacer flexiones, contando con la voz entrecortada hasta cien.

Por supuesto, lo miré. Porque era evidente que seguía borracha. No, en realidad no era así, pero verlo desnudo y tan cerca me hacía sentir mareada.

Aquellos músculos esculpidos entrenaban sin esfuerzo aparente, subiendo y bajando del suelo con los hombros y los tendones en tensión.

Aparté la vista como pude.

Debía estar enfadada con él por ser tan maleducado, pero no lo estaba.

Quizá fuera porque su Pato Argentino estaba muy duro y parecía mirarme directamente.

Se levantó y, como si estuviera harto de mí, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Bien.

Hacía gala de un mal humor peor que el que mostraría una adolescente con la regla, pero en ese momento no podía preocuparme por él.

«Necesito ropa».

Salté de la cama y corrí hacia el armario, donde agarré lo primero que vi: una blusa blanca de encaje y un pantalón corto de color rojo. Por culpa del tatuaje, no podía usar sujetador.

La siguiente parada la hice delante del espejo. Cuando vi mi imagen, solté un jadeo. Vaya vergüenza... Mi pelo parecía un matojo por un lado y por el otro lo tenía pegado a la cabeza. Se me había corrido el rímel y el lápiz de ojos por debajo de los ojos. Con un gemido, cogí un cepillo de mi neceser y me puse a desenredarme el pelo.

«¡Mierda! ¡No debería haber bebido tequila! ¡No debería haberme hecho un tatuaje! Por lo menos no he tenido sexo sin condón...».

Resoplé.

Me sonó el teléfono. Volqué el contenido del bolso sobre la cama y cogí el móvil para responder.

—¿Qué? —ladré.

—¿Remington? —dijo una familiar voz masculina por el aparato.

La habitación comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Solo una persona en el mundo usaba mi nombre completo.

—¿Hartford? —Apreté el móvil en la mano como si fuera un salvavidas.

Una larga pausa.

—Sí. —Su voz era tan profunda como siempre, y se oía un susurro de fondo, como si estuviera en el exterior e hiciera viento. Me lo imaginé en Raleigh, después de su carrera matutina, mientras regresaba al apartamento.

Me recorrió una oleada de furia, pero mantuve la voz tranquila.

—¿Qué quieres?

—Verte. —Un largo suspiro—. Mira..., lo siento.

Me invadió una gran euforia, y cerré los ojos, aliviada.

«Quiere verme. Está arrepentido».

Me mordí el labio para evitar que se me escapara la risa.

—¿Remington? ¿Estás ahí?

—Sí, aquí estoy. —Hice una pausa—. ¿Qué es lo que sientes?

—No lo sé. Supongo que todo.

«¿No lo sabe?».

Me apoyé en el borde de la mesilla de noche con la mano libre.

—¿Remington? ¿Estás ahí?

Respiré hondo.

—Aquí estoy, sí. ¿Lo sientes por el vestido de novia que no voy a usar nunca? ¿Por los regalos que tuve que devolver? ¿Por los correos electrónicos que me vi obligada a escribir, las llamadas que tuve que hacer? ¿Por hacerme daño?

—Remington...

—¿Sabes qué? Métete el «descanso» por donde te quepa. Y saluda a tu compañera de estudio de mi parte, y que se vaya a la mierda. —Apreté la pantalla para colgar.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero las contuve como pude.

«No llores. No llores».

—¿Remi? —Dax había salido del cuarto de baño con una toalla alrededor de la cintura. Tenía el pelo mojado por la ducha, y varios riachuelos de agua bajaban por su pecho hasta las caderas. Frunció el ceño al observarme. Debí de leer algo en mi expresión, porque se acercó a mí con tres zancadas—. ¿Con quién estabas hablando por teléfono?

Me froté la cara.

—Con Hartford —murmuré, tratando de no derrumbarme.

Él soltó el aire y se sentó en la cama, a mi lado, para darme un abrazo.

—Mierda... Lo siento. ¿Estás bien? ¿Quieres hablar sobre ello? Sé que parece que estoy todo el día de coña, pero la gente dice que sé escuchar.

Miré el teléfono y de nuevo a él. Quería hablar y, de alguna manera, sabía que Dax no contaría nada de lo que dijera.

—Nuestra relación era muy sencilla, ¿sabes? Nunca me engañó ni miró a otra chica, y estoy segura de que habrá tenido oportunidades. Me quería..., yo pensaba que me quería para siempre, pero... —Me acaricié la muñeca, notando la falta del brazalete—. Es que..., después de que mi padre muriera, quería a alguien como él. Incluso tenía una lista. Quería a alguien amable. Responsable, inteligente. Alguien que me ayudaría a cuidar de Malcolm cuando fuera necesario y a quien no le importaría que mi hermano formara

parte del paquete. Pero a veces... A veces creo que echo de menos más la idea idealizada de Hartford que a él.

Me apartó un mechón de pelo de los ojos.

—¿Amas a Hartford?

Cerré los ojos.

—Sí, pero éramos demasiado perfectos, y, por raro que te pueda sonar, una parte de mí se pregunta si quizá el amor verdadero, o el amor con tu alma gemela, no pueda ser perfecto ni fácil, sino salvaje, intenso y alocado. —Aspiré aire—. No lo sé. Me siento confusa y enfadada, pero aun así me gustaría verlo.

Me levantó la barbilla para buscar mis ojos con los suyos. En ellos leí compasión mezclada con otra emoción que no era capaz de definir. ¿Tristeza, quizá?

—Estoy aquí para ti, para lo que necesites. Nunca me he enamorado..., pero es evidente que estás sufriendo, y eso me hace... —Se interrumpió.

—¿Qué? —pregunté.

Soltó el aire con la cara tensa.

—Es que no me gusta verte mal. Y si Hartford estuviera aquí en este momento, le pegaría una paliza.

Lo estudié, asimilando la ira acumulada que ardía en su interior por mí.

—Te creo —dije con una sonrisa—, y gracias por la empatía, pero esta es una batalla que tengo que luchar por mi cuenta.

Extendió la mano y rozó el lazo para el pelo que seguía llevando en el dedo.

—Eres el tipo de chica que no estará sola mucho tiempo. Eres demasiado guapa, por no hablar de que nadie besa como tú.

—No soy guapa.

—De hecho, sí lo eres. —En su voz había una clara nota de sinceridad—. Lo pensé desde el momento en el que entraste en la fiesta de Tau, con aquella chaqueta abrochada hasta el cuello. En ti hay algo que no veo en las demás chicas.

Lo miré boquiabierta.

—¿Como qué?

—Cojones. Has perdido a tu padre, sí, pero eso, de alguna forma, te ha hecho más fuerte.

En mi interior, se agrietó algo... O cambió, no sé. Miré sus atormentados ojos grises y vi que me devolvía la mirada con comprensión. Y con deseo.

Quizá fuera porque por fin había hablado con Hartford después de semanas de silencio, o quizá fue el hecho de que tenía el nombre de otro hombre grabado sobre el corazón, o tal vez era solo el hecho de que Dax me encandilaba.

Pero de repente, quise olvidarme de Hartford, y la única forma de hacerlo era tener un polvo salvaje con el único chico que nunca había podido sacarme de la cabeza.

12

REMI

Me levanté de la cama y me enfrenté a él, haciendo que se echara atrás con mi brusquedad.

—Llevas demasiada ropa encima —aseguré al tiempo que le soltaba la toalla que le rodeaba las caderas.

Cogió aire mientras lo miraba; su polla erecta era como un tubo de plomo descansando sobre los muslos. Gruesa. Grande.

Alcé los ojos buscando su mirada. Parecía confuso; su pecho subía y bajaba. La lujuria me recorrió como una ola.

—Llevas duro toda la mañana por mí.

—¿Remi? —jadeó. Lo vi morderse el labio—. Yo...

Le puse la mano sobre la boca y me arrodillé delante de él.

—Shhh... Solo quiero que... —Tragué saliva tratando de encontrar las palabras—. Quiero... que me desarmes y me vuelvas a unir.

Él cogió una enorme bocanada de aire.

—Piénsalo bien, Remi, porque no soy capaz de decirte que no.

—Ya lo he pensado. Un millón de veces.

Bajé la mano lentamente por su pecho, recreándome en sus pectorales, en sus abdominales definidos. Su cuerpo era perfecto, la piel estaba bronceada y era suave. Gimió ante mi contacto y echó la cabeza atrás, tenso por lo que veía claramente en mis ojos. Lo deseaba. Lo necesitaba con ferocidad, con ese tipo de pasión que no creía que hubieran experimentado muchas personas.

Me incliné, lo capturé con la boca y succioné. Luego deslicé la lengua por la longitud, desde la base a la punta. Rodeé la dureza con la mano y apreté al tiempo que lo devoraba.

—¡Joder! —Me hundió las manos en el pelo y tiró con fuerza.

Subí y bajé la mano por aquella piel aterciopelada mientras me lo metía todo lo que podía en la boca.

Lo oí jadear mi nombre antes de moverme la cabeza, comunicándome silenciosamente lo que quería.

Pero yo ya lo sabía. Jamás lo había olvidado.

Lo exploré con la lengua, lo saboreé, busqué los lugares sensibles que recordaba y encontré otros nuevos.

Tiró de mí para intentar levantarme.

—Remi —dijo con la voz ronca.

Alcé la cara hacia él.

—¿Quieres que me detenga?

—No. —Tomó aire profundamente—. No, no puedo respirar. ¿Qué... qué me estás haciendo?

—Lo que he querido hacerte desde que te besé en Masquerade.

Me pasó el pulgar por los labios.

—Esto va a cambiar las cosas. No sé cómo terminará. No puedo prometerte nada, esto es todo lo que puedo darte.

Asentí moviendo la cabeza.

«Quiero probar la fruta prohibida, aunque solo sea una vez».

Hizo que me levantara acunando mi cara entre las manos.

—Pero no te quiero de rodillas ante mí, esta vez no. Te deseo.

Entendí perfectamente qué quería decir, así que me puse de pie, me desabroché los pantalones y los dejé caer al suelo. Me pasé la blusa por la cabeza con manos temblorosas. Mis bragas fue lo siguiente, me las bajé hasta los tobillos y las dejé en el suelo. Me acerqué al armario con los ojos de él clavados en mí, haciendo arder mi piel. Una vez allí, saqué mi collar de perlas y me lo puse al cuello. Las bolitas de color crema colgaban más abajo de mis pechos.

—¿Te gusta? —indagué con suavidad al tiempo que me giraba para enfrentarme a él mientras hacía rodar las perlas entre los dedos.

Se acercó a mí, un hombre majestuoso en todo su esplendor, con una mirada ardiente clavada en mis ojos.

—Sí.

—¿Quieres que me ponga uno de mis tops más ceñidos? —pregunté, sonriendo con picardía.

—No —dijo con los ojos entornados—. Te deseo así.

—Espera... —le pedí.

Se detuvo con los dientes apretados.

—No me tomes el pelo.

—No es mi intención. Es que el... contrato. Si no nos damos besos en la boca, podremos seguir siendo amigos, ¿verdad? —Hice una pausa,

mordisqueándome el labio inferior—. Tu amistad es importante para mí, Dax.

Cuando terminé de hablar, él ya estaba a mi lado. Me puso la mano alrededor del cuello, rozando los moratones con ternura.

—En este momento, podrías decir lo que quisieras y estaría de acuerdo. — Me frotó la nariz desde el cuello a la oreja—. Y será mejor que te agarres bien la primera vez.

Me tensé al oír sus palabras. «La primera vez...».

Se pegó a mí y me alzó para que lo rodeara con las piernas. Noté sus bíceps abultados cuando me puso las manos debajo del culo. Le envolví las caderas en el momento en el que se dio la vuelta para acomodarme en el borde de la cama.

Luego me llevó los brazos a los costados y los mantuvo inmóviles con la ternura feroz de un guerrero. Respiré hondo, esperándolo..., anticipando las sensaciones.

—¿Te gusta tener el control? —susurré, alzando la barbilla hacia él mientras lo provocaba con una mirada desafiante, pues sabía que le gustaba que presentara resistencia.

—¿Te estás quejando? —Me acarició los labios con los ojos, lo que hizo que me mordiera el superior. Era consciente de que le fascinaba mi boca.

—No.

Mientras bajaba la cabeza hacia la mía, pensé que me iba a besar, pero se desvió en el último momento para capturarme el pezón.

Un simple contacto y grité, arqueándome hacia él.

«¡Sí!».

Se puso a jugar con la lengua en mis pechos, moviéndola de uno a otro sin soltarme las manos, que seguía manteniendo prisioneras.

En el fondo de mi mente, sabía que esto había sido inevitable desde el momento en el que nos besamos en el club. Era cosa del destino, que había tejido su red para hacernos formar parte de su intrincado plan.

Me rozó el pecho con la mandíbula —sorteando el tatuaje para no hacerme daño— y bajó hasta mi cadera, recorriendo cada centímetro con la nariz. Justo cuando pensaba que se había olvidado de mis pechos, regresó y me los lamió otro poco. Me los mordisqueó de forma juguetona.

Gemí por lo bajo. Era una tortura.

Quería que fuera más rápido. Con más intensidad. Y luego quería que empezara de nuevo. Una y otra vez.

—Di mi nombre —me dijo pegándome la boca al hombro y luego bajando por mi brazo, lo que hizo que sintiera un hormigueo por todas partes.

—Dax..., Dax..., Dax...

Gruñó con los labios en mi muñeca, besándome el lugar donde habría estado el brazalete. Al girar la cabeza, vi que me besaba la palma de la mano con ternura.

«No, espera...».

Luché por zafarme de su control, y nuestros ojos se encontraron.

—No seas... no seas tan tierno —pedí.

Cerró los ojos, como si quisiera proteger una parte de él, y luego asintió con la cabeza.

—Vale.

Me soltó los brazos, y lo rodeé con ellos, estrechando nuestros cuerpos. Le clavé las uñas en la espalda. Me recreé en los músculos, que se habían hecho más grandes desde la última vez que lo toqué así.

Me dobló las rodillas, me colocó las piernas en los hombros y me besó los pechos. Siguió con la lengua el recorrido que hacía la luz al entrar en la habitación, lamiéndome la piel sin apartar los ojos de mi cara.

Cuando llegó a las caderas, dibujó con la lengua la marca de nacimiento que tenía allí y luego la besó. Grité cuando por fin cubrió mi sexo con la boca. Me arqueé sin control bajo aquellos besos húmedos y largos. Movié los labios con suavidad sobre mi piel. Me sentí avergonzada cuando gemí en voz alta, y ahogué la voz con el puño como pude.

Un escalofrío de ardor me recorrió la columna, enviando corrientes nerviosas a cada átomo de mi ser. Se me puso la piel de gallina, y se me erizó el pelo de la nuca mientras me acercaba al borde de algo maravilloso.

—Di mi nombre cuando te corras. —Su voz era firme, casi torturada, y supe que estaba controlándose a duras penas.

Deslizó un dedo en mi interior y frotó la punta sobre el núcleo de nervios más sensible de mi vagina. Al mismo tiempo, me chupó el clítoris, sin dejar intacta ninguna parte de mí. Me arqueé para ver cómo lo hacía, con el corazón en la garganta, y entonces me puso la otra mano en la cadera para acercarme.

Más cerca... Más...

Sus ojos se encontraron con los míos y...

Volé.

Las chispas salieron disparadas en un millón de direcciones cuando me corrí, jadeando su nombre, convulsionando bajo sus dedos.

De repente, comenzaron a arderme las lágrimas en los ojos, mientras el arrepentimiento y el amor la lujuria luchaban en mi cabeza.

¿Por qué no me había deseado nunca de la manera en la que yo lo deseaba a él, cuando era evidente que existía esto entre nosotros?

No solo era sexo. Yo lo sabía perfectamente, y sospechaba que él también.

Pero parecía que eso no era suficiente para que él me eligiera a mí y no a las demás.

Detuve aquellos pensamientos como pude y me recosté, físicamente agotada, con las piernas temblorosas.

Se incorporó, con los hombros agitados y una expresión ominosa. Le palpitaba un músculo en la mandíbula y eso lo hacía parecer más peligroso, amargado, caliente como el infierno.

Juntos éramos una puta bomba de sentimientos.

Fue al lugar donde estaban tirados sus vaqueros y sacó de la billetera un pequeño cuadrado metálico. Lo abrió con los dientes, sacó el condón y lo deslizó por aquella tensa longitud.

Gemí cuando el deseo renació de nuevo y me inundó.

Se acercó a mí en silencio, aunque sus ojos hambrientos lo decían todo.

—Te deseo más de lo que he deseado nunca a una chica —admitió con dureza, mirándome, tendida en la cama.

—Parece que eso te irrita —comenté mientras me ponía de rodillas y le tocaba el hombro para bajar con el dedo por encima de su pecho, sobre mi nombre escrito en su piel.

Noté que se estremecía, que todo su cuerpo vibraba.

—Remi..., ha pasado mucho tiempo...

«¿Desde la última vez que tuvo sexo o desde la última vez que tuvo sexo conmigo?».

Le besé el pezón y lo succioné con fuerza al tiempo que bajaba la mano hacia su eje. Él gruñó y echó la cabeza hacia atrás, moviéndose para que pudiera cogérselo mejor. Lo acaricié de arriba abajo; me encantaba verlo así. Era un Tau total, un conquistador, pero mi contacto podía debilitarlo. Estaba listo para explotar en cualquier momento.

Necesitaba arañarlo, provocarlo por completo.

—Quiero que te corras por mí —dije.

Me miró fijamente.

—Antes dime algo: ¿hago que te corras con más intensidad que Hartford?

No respondí, pero le acaricié el cuello con la nariz.

—Ponte detrás de mí —le susurré al oído.

Sin pronunciar una palabra, me empujó sobre la cama, me hizo dar la vuelta como si solo fuera una muñeca de trapo y me levantó las caderas.

Me recorrió despacio la espalda con las manos mientras seguía de pie junto a la cama.

Empezó a jugar con la punta de la polla en mi entrada, sumergiéndose en mi humedad hasta que se alejó.

—No —gruñó, volviendo a girarme y colocándose entre mis piernas—. Quiero verte la cara.

«Sí».

El corazón me retumbaba en el pecho mientras pensaba que haría lo que él quisiera. Fuera lo que fuera.

Se sumergió en mi interior unos centímetros y luego se retiró.

—Remi —jadeó mientras me acariciaba los labios con el pulgar. Le mordí el dedo y luego se lo besé con suavidad.

Se inclinó sobre mí con una mirada oscura y llena de dolor al tiempo que se deslizaba dentro y fuera, hundiéndose cada vez más, pero dejando que me acostumbrara a su grosor. Me retorció, permitiendo que mi cuerpo se ajustara a su tamaño. Siguió clavándose en mí con un ritmo lento, hasta que por fin estuvo totalmente dentro.

Gemí.

«¡Así! ¡Sí!».

—Más —rogué, arqueando las caderas hacia él. Sin embargo, Dax me ignoró y siguió penetrándome con ese ritmo lento y tortuoso. Agarró las perlas, las envolvió alrededor de su mano y tiró, obligándome a arquear mis pechos hacia él para que no se rompiera. Enterró la cara en mi cuello al tiempo que yo le clavaba los dedos en la espalda.

—Quiero estar tan profundamente dentro de ti que no haya nada que nos separe —dijo.

Le agarré las nalgas y lo atraje hacia mí con fuerza.

—Remi, por favor, estoy a punto de perder el control —confesó con la voz rota.

—Yo también.

Noté su cálida lengua subiendo por mi cuello mientras seguía embistiendo con la misma cadencia intensa y firme, pero con una dedicación que yo no entendía. Giró las caderas en un nuevo ángulo para profundizar todavía más y apretó los dientes. Yo me retorcí debajo de él, al borde del orgasmo.

«Estaba a punto, muy cerca».

Me frotó el clítoris con los dedos, esparciendo la humedad que había alrededor, jugando conmigo. Me provocaba... Su sudor goteaba sobre mi cara mientras se convertía en el dueño de mi ser. Podría hacer conmigo lo que quisiera. Era como una droga; su cuerpo era el antídoto perfecto para combatir mi tristeza.

Me miró fijamente; sus ojos se oscurecieron cuando abrió la boca para decir algo, pero luego no lo hizo.

El fuego se encendió de nuevo, y vibré al tiempo que me aferraba a las sábanas para enfrentarme al orgasmo. Se me contrajeron todos los músculos.

«¡Sí!».

Se quedó inmóvil, mirando cómo palpitaba a su alrededor. Se me puso un nudo en la garganta al leer el tormento de su cara. Había tanta emoción, por parte de los dos, que no pude decir ni una maldita palabra.

Luego, fue como si hubiera accionado un interruptor; se había acabado lo de ser amable: me dobló las rodillas contra el pecho y me juntó las piernas. Me tensé, preparándome para lo que venía a continuación. Quería poner su sello en mí, poseerme. Comenzó a clavarse en mí, con fuerza, hundiéndose por completo dentro y fuera, una y otra vez. Nos deslizamos por la cama hasta la cabecera. Se cayó el reloj de la mesilla de noche con la fuerza de nuestros envites. La lámpara se tambaleó también cuando me empujó hacia la esquina, llevándome más y más alto.

Le rogué pidiéndole más. Siempre más.

Se entregó con una palma contra la pared y otra entre mis piernas. Entonces, arqueó la espalda con fuerza, rugiendo al sentir la liberación, que hizo vibrar su polla en mi interior.

Luego se derrumbó a mi lado, me besó la mejilla y se acomodó conmigo sobre las almohadas. Me acomodó delante de él, con mi espalda contra su pecho.

—Remi... —Su voz ronca se interrumpió.

Me limité a asentir al notar su tensión; era incapaz de mirarlo.

No podía hacerlo, no quería llorar.

Lo que acabábamos de experimentar había sido demasiado intenso.

Demasiado increíble.

«Te va a romper el corazón».

Me besó los hombros mientras trazaba algunas líneas en mi espalda, dibujando delicados remolinos en mi piel, un mero contacto que me mantenía a su merced.

«¿Está escribiendo mi nombre? ¿El suyo?».

Dax era increíblemente tierno y cariñoso en los momentos posteriores al sexo, justo como lo recordaba.

No quería que dejara de tocarme.

Pero finalmente retiraría las manos.

Se olvidaría de mí y trazaría líneas en la espalda de otra chica. Y luego de otra. Al mismo tiempo que pensaba eso, tenía que fingir que nadie estaba obligando a mi corazón a saltar desde un rascacielos, gritando durante todo el descenso.

«¿Qué esperabas, Remi? ¿Que te regalara flores y que te jurara amor eterno?».

Me gruñó el estómago, y él detuvo la mano.

—Ah... Debes de tener hambre —dijo en voz baja—. ¿Qué tal si voy a buscar un café y algo para desayunar?

Asentí con la cabeza; me sentía incómoda.

«¿Qué debía responder? ¿Gracias? Er... ¿Ha sido un rollo de una sola vez?».

—¿Donuts? —me las arreglé para decir.

Asintió y se apartó de mí poco a poco, deslizando la mano por mi piel hasta que se levantó de la cama. De repente, se inclinó y me besó la muñeca en la que solía llevar el brazalete con una mirada llena de cariño.

Lo observé mientras se vestía. Se puso los pantalones; lo siguiente fue la camiseta gris, que estiró sobre su pecho y abdominales. Se pasó la mano por el pelo casi seco, que al momento volvió a caer con aquel despeinado *casual* y perfecto. Me sonrió al ver que lo miraba, y contuve la respiración, consciente de lo mucho que quería que se quedara en la habitación, que no se fuera nunca.

Algo me impulsaba a impedir que se marchara. Una especie de sexto sentido, como si esta fuera la última vez que estaría con él.

Estuve a punto de rogarle que no saliera, que pidiéramos algo al servicio de

habitaciones y que tuviéramos una segunda ronda.

Lo habría hecho de haber sabido lo que ocurriría a continuación, pero no lo hice.

Lo miré atarse las Converse mientras él me lanzaba una última mirada muy intensa, y salió por la puerta.

Diez minutos después, cuando me estaba secando después de darme una ducha rápida, escuché que llamaba a la puerta. Debería haberle dado una llave. Me envolví una toalla alrededor de la cabeza, como si fuera un turbante, y me puse un albornoz, gentileza del hotel. Luego salí del cuarto de baño lleno de vapor con los pies mojados y abrí la puerta.

«Venga, Remi. Dile lo que sientes...».

Esboqué una sonrisa para ocultar mi nerviosismo.

—Eh, tío, espero que hayas traído chocolate...

Unos cálidos ojos color avellana con motitas doradas se encontraron con los míos. Unos hombros, robustos y familiares, estaban apoyados en la pared, junto a la puerta. Me miró fijamente con una expresión de duda. Luego soltó el aire y se enderezó.

—Hola, Remington.

13

DAX

Me había sentido tan aturdido que no había podido decirle nada más antes de salir del hotel. Peor todavía, había vagado durante unos diez minutos como un cachorro perdido hasta que había recobrado un poco el sentido y me había puesto a buscar en el teléfono si había alguna pastelería en las cercanías. Había encontrado una a varias manzanas, así que me dirigí hacia allí a paso ligero. Una vez dentro, ojeé el menú y pedí dos *lattes* grandes y un surtido de bollos. Lo malo era que aunque fuera consciente de que había abierto la boca para hablar, no sabía lo que había dicho.

Me sentía adormecido; solo quería recuperarme de lo que me acababa de ocurrir con Remi, pero mi cerebro estaba tan agotado como mi cuerpo.

Me pasé los dedos por la camisa, justo encima de donde estaba escrito su nombre. No me arrepentía.

Pero algo no iba bien. Me invadía una gran inquietud, como si algo hubiera cambiado de forma irrevocable y yo no pudiera volver a ser el mismo.

Como si estuviera a punto de suceder algo horrible.

Quizá debería haberme quedado en el hotel con ella, besarla en los labios y después decirle que se olvidara de ese estúpido contrato.

Pero no lo había hecho.

Porque me daba un miedo cerval el poder que ella tenía sobre mí. Me hacía sentir vulnerable.

La cajera me lanzó una mirada burlona mientras me entregaba lo que le había pedido. Le pagué antes de mirar lo que había dentro de la bolsa: donuts, galletas y panecillos.

Bueno, al menos había comprado algo coherente.

Durante el trayecto de vuelta, consideré y rechacé varias veces qué podía decirle a Remi cuando la tuviera delante.

¿Qué iba a decirle? «¡Joder! ¿Qué voy a decirle?».

¿Que nuestra relación era imposible? ¿Que no valía la pena perder el tiempo? ¿Que se cansaría de mis incoherencias? Es decir, ni siquiera sabía cómo se comportaba un verdadero novio. ¡Joder! Ni siquiera sabía lo que iba a hacer cuando acabara la universidad.

Unos minutos después, todavía no lo había decidido, pero era claramente consciente de que entre nosotros había cambiado la situación, y que teníamos que sentarnos para hablar al respecto. Luego haríamos de nuevo el amor.

Entré en el hotel, me metí en el ascensor y presioné el botón de su piso. La puerta se abrió de golpe; ya en el pasillo, saludé con la cabeza a un huésped que pasaba mientras me dirigía a la habitación de Remi.

Me detuve de golpe, alarmado: la puerta estaba abierta. «¿Chad?». Eché a correr, haciendo malabarismos con la bolsa y los cafés que llevaba en una bandeja de cartón.

Pero me quedé paralizado al llegar a su umbral.

Me quedé sin aire, como si me hubieran lanzado un ladrillo al pecho.

«¿Qué coño...?».

Hartford estaba de espaldas a mí, con una sudadera de Whitman, y le rodeaba la cintura a Remi mientras se besaban. Ella tenía el pelo mojado, y no le podía ver la cara, pero había envuelto los hombros de Hartford con los brazos, y lo abrazaba.

Respiré hondo; mi primer impulso fue apartarlos y golpearlo contra la pared.

«Remi es mía. Nunca sería suya».

—Remington, cielo, te necesito —oí que murmuraba Hartford mientras deslizaba las manos debajo del albornoz que cubría a Remi.

Ella dijo su puto nombre, lo que hizo que el dolor fuera tan intenso como si me hubieran clavado un hacha en el corazón.

Me di la vuelta y corrí por el pasillo hasta las escaleras. Al llegar allí, abrí la puerta de golpe y bajé los escalones de dos en dos. Cuando llegué abajo, estaba sin aliento y sudoroso. Tiré todo lo que había comprado en la pastelería en el primer contenedor que encontré.

Durante medio segundo, me había permitido creer que... «¡A la mierda todo!». Había terminado con ella.

—Joder, estás fatal —murmuró Spider mientras intentaba llevarme al apartamento. Perdí el equilibrio y me di contra la pared del vestíbulo; en la caída me llevé conmigo el paraguas y un marco con una foto de Spider con el grupo. Maldije mientras me caía sobre los azulejos de mármol. El sonido del cristal del marco al romperse rebotó en mi cabeza.

—Te compraré otro —dije arrastrando las palabras—. Te compraré cien

más.

Soltó el aire mientras me sostenía como podía.

—No son necesarias esas extravagancias, primo. Solo tienes que poner un pie delante del otro hasta llegar al estudio.

Se las arregló para llevarme hasta el sofá, donde me dejé caer, mientras toda la habitación giraba como una peonza. Miré de reojo la lámpara de estilo rústico que brillaba sobre mí; las luces se habían convertido en una mancha enorme. Parpadeé intentando aclararme la visión.

Quizá no debía haber bebido ese último vodka.

Había estado en Knights, uno de los *pubs* del West End que visitábamos de forma regular, donde había una sala vip para clientes que preferían estar alejados de la multitud. También proporcionaban cualquier entretenimiento extra que se deseara. Justo lo que yo quería.

El local tenía una iluminación tenue que creaba un ambiente íntimo, con paneles oscuros y clientes elegantes. Cuando entré allí, solo tenía un objetivo en la mente: borrar a Remi de mi cabeza. Había lanzado el nombre de Spider como si fuera un balón de fútbol y, como el dueño me recordaba, había terminado en una habitación privada con dos prostitutas muy bien vestidas. Quizá habían podido ser *strippers* baratas del bareto del otro lado de la calle. Ese punto era algo que no me importaba demasiado.

—¿Qué haces? —murmuré, levantando la cabeza del brazo del sofá.

—Te estoy quitando estos zapatos tan horribles. —Parecía irritado mientras me desataba los cordones.

Me reí.

—Todo esto es muy gracioso. Tú estás cuidándome a mí...

Me lanzó una mirada ominosa, supuse: era difícil juzgar las emociones de una persona cuando llevas tres horas bebiendo sin parar.

Lanzó mis zapatos por encima del hombro, y unos minutos después sentí que me ponía una almohada debajo de la cabeza.

—¿Te encuentras muy mal?

—Joder, no. Trae la botella de Grey Goose de la alacena.

Pero cuando volví la cabeza hacia la cocina, sentí náuseas.

—Er... Creo que has tenido suficiente por una noche.

—... dijo Spider... —Me reí.

Desapareció y regresó al cabo de un rato con un pequeño cubo de basura de acero inoxidable.

—Por si acaso. No quiero me jodas el suelo. —Sonrió, y su expresión se suavizó mientras me miraba—. Remi me ha llamado una docena de veces; está buscándote, y a cada mensaje que deja en el buzón de voz te pone peor. Será mejor que te inventes una buena explicación para que yo sea tu secretario.

—Remi y yo... Hemos terminado.

—No sabía que habíais empezado.

Yo tampoco.

—¿Has puesto fin a tu celibato londinense esta noche? —preguntó.

Lo miré fijamente.

—¿Qué?

—¿Has follado en el club? Cuando entré, tenías dos tías encima —explicó muy despacio.

—No creo...

—Ah... —Se volvió a marchar, y regresó con una botella de Gatorade y dos pastillas de ibuprofeno—. Venga, tómate esta medicina o mañana vas a sentirte hecho una mierda de camino a casa.

Me senté, di un sorbo a la botella y me tragué las pastillas. Cuando me estiré en el sofá, Spider cogió una manta del armario del vestíbulo y me tapó con ella. Luego se sentó en la recia mesita metálica y me contempló con expresión satisfecha.

—¿Qué pasa? —gruñí.

Arqueó una ceja con ironía.

—Jamás te había considerado un borracho caprichoso, eso es todo. No sé si me podré acostumbrar. Me gustaba más el Dax divertido, no este tipo tan hosco.

—No soy hosco —gruñí de nuevo. Hice una pausa—. Gracias por haberme traído a casa, tío.

—Vale.

Asentí muy despacio, ya que la habitación seguía dando vueltas.

Se puso en pie para marcharse.

—¿Qué... qué te ha dicho Remi? —Abrió la boca, pero levanté la mano—. No. No me lo digas. No importa. He visto todo lo que necesitaba. —Las manos de Hartford sobre su piel desnuda, Remi rodeándole el cuello con los brazos...—. Solo es preciso que pille el vuelo de mañana. Tengo que volver a Whitman.

—Hecho. Duerme bien, princesa. —Apagó la luz y salió de la habitación.
Cerré los ojos y caí en un oscuro olvido.

14

DAX

Me dejé caer en el sofá a cuadros que Elizabeth había comprado el día anterior en una tienda de segunda mano de Raleigh y miré a mi alrededor. Era mi casa.

«Mi casa». Doscientos cincuenta metros cuadrados. Quería gritarlo desde la terraza. ¡Joder!, quizá luego subiría allí para tomarme una cerveza. Porque era mía y la había pagado.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Declan mientras entraba por la puerta principal cargado con una caja llena de platos.

—Es que todavía no me lo creo. —Me levanté y le cogí la caja, aunque estaba claro que no necesitaba mi ayuda. Yo no era el único que había sacado más músculo durante el verano.

—Has trabajado mucho durante los últimos días —aseguró, mirando a su alrededor—. Te hace sentir bien, ¿eh?

Asentí con la cabeza.

Elizabeth se asomó desde la barandilla del piso de arriba.

—Ya están limpios el cuarto de baño y la habitación de invitados. Todo está listo para que elijas un inquilino, si encuentras alguno. —Esbozó una amplia sonrisa y trotó por las escaleras, con el pelo recogido en una coleta y una mancha en la mejilla. Era una chica de expresión dulce, con dramáticas cejas oscuras y el pelo rubio platino. No era de extrañar que Declan hubiera caído ante ella con todo el equipo.

—Alguien picará —dije sonriente—. He publicado un anuncio en Craigslist, en el periódico local y en la web de Whitman.

—Tío, espero que no acabes con un psicópata —resopló Declan.

—No quiero tener en casa a uno de mis hermanos de la fraternidad —repuse—. A juzgar por lo que vi en la residencia de los Tau, no son nada cuidadosos, y no quiero que se celebren aquí muchas fiestas. Acabarían destrozando la capa de pintura que hemos dado a las paredes. —Con la ayuda de Declan y Elizabeth, había pintado todo el interior de color crema. O «color alubia blanca», como lo llamó Elizabeth.

Declan se rio entre dientes.

—Nunca había imaginado que te oiría decir esas palabras.

Elizabeth se plantó en el pie de las escaleras y Declan se volvió hacia ella. Cuando se encontraron sus ojos, se acercaron el uno al otro como si fueran imanes. Él se inclinó para besarla, sin otra razón más que la de no poder tener las manos alejadas de ella. Elizabeth le rodeó el cuello con los brazos, devolviéndole el beso con la misma intensidad.

Carraspeé, pero estaba acostumbrado a sus muestras públicas de afecto.

—Podéis *bautizar* las habitaciones libres —los invité mientras me dirigía a la cocina—, pero la mía es terreno prohibido.

Me puse a transportar cajas a la cocina, a elegir alacenas y a guardar en ellas los platos y las tazas. Como siempre ocurría, mis pensamientos se centraron invariablemente en Remi. Había estado pensando en ella desde que salí de Londres hacía más de una semana, pero, por suerte, podía mantenerme ocupado con la casa.

Me había enviado varios mensajes de texto después de que saliera del hotel, pero no le respondí. Era evidente que no se imaginaba que la había visto con Hartford.

Saqué el móvil del bolsillo y repasé todos los mensajes que me había enviado durante cuatro días.

Día 1: «¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no has regresado? He intentado ponerte en contacto contigo al menos diez veces, y ahora me ha dicho Spider que te has emborrachado. Ha venido Hartford y no sé qué hacer. Te necesito, Dax. Me dijiste que siempre estarías para mí. Por favor».

Día 2: «Spider me ha dicho que te has marchado a Raleigh esta mañana. Sé que estás leyendo mis mensajes. Pensaba que nuestra amistad significaba algo para ti. Supongo que estaba equivocada...».

Día 3: «No me puedo creer que me dejara engañar por ti para acostarme contigo. Si eso era lo único que querías, ¿por qué no me lo dijiste en vez de fingir ser mi amigo? Eres un gilipollas. Te odio».

Día 4: «No te odio, pero espero que se te caiga la polla».

Y ese había sido el último mensaje.

Suspiré. Al final había sido bueno que apareciera Hartford.

Las chicas como Remi no estaban hechas para mí, y era mejor que me convenciera de ello antes de que intentáramos algo que no iba a llegar a buen puerto.

«El amor duele, Dax».

No, no era amor, era lujuria. Y ahora que me había sacado la espinita, podía

seguir adelante.

Había otra caja más sobre la mesa de la cocina y, cuando la abrí, vi que era la cristalería nueva que me habían regalado mi padre y mi madrastra, Clara, por la inauguración de la casa. Los vasos y copas todavía tenían las etiquetas de la tienda en la parte de abajo, así que llené el fregadero con agua caliente y jabón para lavarlas, al tiempo que tomaba nota mental para comprarme un lavaplatos. Sin saber muy bien por qué, cogí el delantal rojo y blanco del gancho que había junto a la puerta trasera. Era un regalo de Declan y tenía escrita la frase: «EL MACIZO BUENORRO ESTÁ COCINANDO».

No sabía cuándo me pondría a cocinar de verdad, pero la emoción me había hecho reír.

Sonó el timbre un poco después.

—¡Voy yo! —gritó Elizabeth desde el salón.

—¡Vale! —repose con las manos metidas en el agua jabonosa. Probablemente sería Axel, que se había ofrecido a traer la pizza del día de la mudanza. Era uno de mis colegas de la fraternidad, y además formaba parte del equipo de fútbol americano de Whitman. Me llevaba mejor con él que con cualquiera de los otros chicos.

Unos minutos después, percibí un movimiento a mi espalda y me quedé paralizado. Incluso noté un hormigueo en la piel. No podía decir por qué, salvo que debía deberse a un sexto sentido o a una sensación de alarma.

«¡Joder!».

—Oye, Dax, ha venido alguien preguntando por la habitación —explicó Elizabeth.

—¿Dax? —preguntó una voz vacilante.

«¡Mierda ! ¡Mierda! ¡Mierda!».

Esa voz...

Era Remi.

Y cuando decía mi nombre así, como si le doliera decirlo, el pecho se me encogía.

Solo me di la vuelta después de componer una máscara inexpresiva sobre mi cara. La miré de arriba abajo, bebiendo su pelo ardiente y la mirada dolida que había en sus ojos. Sonreí, una sonrisa llena de suficiencia.

—Hola, ángel.

Un lento rubor se deslizó desde su cuello a su cara, y bajó la vista, negándose a enfrentarse a mi intensa mirada, y no me pareció mal; mis ojos

estaba clavados en el capullo que tenía al lado.

15

REMI

Cuando llamé al timbre, me abrió la puerta una chica rubia vestida con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes gris que llevaba escrito «FRONT STREET GYM». Me resultó vagamente familiar, pero no logré precisar de qué.

Desde que había regresado de Londres, me había pasado los días recorriendo todos los apartamentos, dúplex y remolques en alquiler en los alrededores de Whitman. Todo lo que valía la pena ya estaba alquilado o en una mala zona. Si podía conseguir una habitación en esa casa, sería como si me hubiera tocado la lotería. Crucé los dedos, esperando que mi compañera de piso fuera tan agradable como el lugar.

Era mi última esperanza: si esto no resultaba, me vería obligada a vivir con mi madre y recorrer más de noventa kilómetros de ida y vuelta todos los días para ir a clase. Por no hablar de que mi madre se pasaría el día regañándome porque, según ella, me sobraban kilos y no hacía nada para perderlos, por la ropa que me ponía, la hora a la que me levantaba y con quién salía.

Apreté el anuncio que había imprimido desde la web de Whitman y solté un suspiro, reprimiendo la necesidad de vomitar.

—¿En qué puedo ayudarte? —me preguntó la belleza que me había abierto la puerta.

—Mmm... Has puesto un anuncio buscando una compañera de piso, y vengo a rellenar la solicitud. Incluso traigo el alquiler del primer mes y un depósito, es decir, si todavía no has encontrado a nadie. —Le lancé una mirada llena de esperanza.

«Las clases empiezan dentro de dos días...».

Parpadeó antes de mirar a mis dos acompañantes: Malcolm y Hartford, y luego volvió a posar en mí los ojos, observando mi corte de pelo, mi vestido de tela vaquera y los zapatos planos de color amarillo.

—Este es Hartford, estudiante de Whitman —presenté con una sonrisa—, y este mi hermano, Malcolm. Han decidido venir conmigo para asegurarse de que era un buen lugar.

Hartford, vestido con un polo azul claro y unos pantalones cortos de color caqui, asintió y sonrió.

—Hola, creo que hemos coincidido en un par de clases.

Sí. Ese era él. Mi exprometido, que se había presentado en mi hotel hacía seis días, haciendo que cayera en picado emocionalmente.

Había llamado a la puerta y se había puesto de rodillas para rogarme que volviera con él. Casi al borde de las lágrimas.

«Siempre serás mi chica...», me había prometido, asegurándome que la única razón por la que le habían entrado dudas había sido que nos consideraba demasiado jóvenes para un compromiso de esa clase.

«¿Y la rubia que aparecía contigo en Instagram?», le había preguntado. Al parecer, era una joven con la que había coincidido en Cadillac's, y no había pasado nada entre ellos.

Resumiendo, cuando me largué a Londres, el chico perfecto había decidido que no podía vivir sin mí.

Así, todo lo que deseaba volvía a estar al alcance de mi mano.

Y «todo el mundo se merece una segunda oportunidad», como decía siempre mi madre.

Por supuesto, no íbamos a casarnos todavía, pero tampoco podía desechar sin más nuestra relación. Habíamos pasado dos años juntos y teníamos buenos recuerdos. Muy buenos.

Regresé al presente cuando noté que Malcolm chasqueaba los dedos, uno de los tics repetitivos que usaba para aliviar el estrés. Conocer gente nueva lo ponía nervioso, aunque normalmente era la otra persona la que acababa sintiéndose intimidada. Con dieciséis años ya medía más de uno noventa y poseía una constitución musculosa y una fuerte inclinación a decir cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. Los ojos azules de mi hermano rebotaron de Hartford a la rubia antes de clavarse en mí. Luego asintió, haciendo que su rizado pelo castaño saltara sobre su frente.

—Sí, soy Malcolm, y quiero ver el lugar en el que va a vivir Remi.

—El lugar en el que tal vez viva —lo corregí con suavidad—. Antes tenemos que echar un vistazo, a ver si me gusta. Y alguien puede haberseme adelantado.

La joven sonrió, lo que tuvo como resultado que fuera todavía más guapa.

—No, no se te ha adelantado nadie. Entra, por favor. Yo no vivo aquí, pero te presentaré ahora al propietario del lugar. Se ha mudado hace un par de días, por lo que todo está un poco desordenado. —Dio un paso atrás para dejarnos entrar—. Por cierto, yo soy Elizabeth.

—Remi —respondí con un gesto de cabeza. Al parecer, estaba tan dispersa que ni siquiera le había dicho mi nombre.

Todos nos quedamos quietos en el interior del pequeño vestíbulo con azulejos de cerámica que se abría a un salón espacioso, con una vieja chimenea de ladrillos, suelos de madera recién encerados y un ventanal con los cristales divididos en forma de pequeños diamantes. Un sofá descolorido, un sillón reclinable de color azul marino y un mueble para la televisión con una pantalla enorme ocupaban la mayor parte de la superficie. Con excepción del sofá, los demás muebles parecían nuevos. La casa olía a limón, quizá de algún producto de limpieza, y pintura fresca. Aquel lugar era el orgullo de su propietario.

«Bien, Remi; hasta ahora, todo bien».

Un hombre alto y musculoso, con una gorra de béisbol negra, estaba subido a una escalera de mano en el centro del espacio colocando un ventilador en el techo, pero se bajó cuando entramos en el salón. Nos saludó de forma calurosa, pero no fue eso lo que me llamó la atención. No: mis ojos se quedaron clavados en el pequeño tatuaje en forma de libélula que tenía en el cuello.

«Y en la línea cincelada de la mandíbula, la nariz recta y los penetrantes ojos grises...».

Noté una bola de temor en el estómago.

—Hola —saludó el chico al tiempo que me tendía la mano—. Soy Declan.

Su familiar acento británico me puso la piel de gallina, y me aferré a las correas del bolso como si fuera un salvavidas.

«¡Dios mío, ayuda!».

Resistiendo el impulso de correr hasta el coche, le estreché la mano con fuerza.

—Yo soy Remi Montague. Estoy aquí por lo del anuncio, creo que buscas un compañero de piso. —Cuando nos soltamos las manos, noté que la mía todavía me temblaba.

Hartford me lanzó una sonrisa burlona, e intenté sonreír como respuesta.

Declan estrechó también la mano de Hartford; no era necesario señalar que todo el mundo en el campus conocía a Declan y a Dax.

—¿Esta casa es tuya? —preguntó Hartford con el ceño fruncido, sin duda porque, aunque Declan no había sido nunca miembro de la fraternidad Tau, sabía que su hermano había estado durante mucho tiempo al frente de ella.

—No —respondió Declan, pero no dio más explicaciones, y se limitó a mirar a Hartford a los ojos. Al parecer, la rivalidad se extendía a otros miembros de la familia.

La rubia me puso la mano en el hombro con suavidad, y fui consciente de que había dicho varias veces mi nombre.

—¿... seguirme?

Me sentía entumecida y emocionada de una manera extraña, pero asentí. Nos llevó por un pasillo corto, dobló una esquina y entramos en la cocina.

Era una mezcla de antigüedad y modernidad, con descoloridas alacenas de roble que habían visto días mejores, una mesa redonda con sillas de metal cubiertas de vinilo color naranja y una nevera nueva de acero inoxidable.

Pero lo único que me llamó realmente la atención fue Dax, que estaba de espaldas a nosotros, con las piernas algo separadas mientras lavaba los platos en el fregadero. Llevaba los vaqueros caídos hasta las caderas; noté cómo se tensaban sus nalgas mientras se movía, y me pareció que sus hombros eran más anchos de lo que recordaba.

Me sentía tan volátil que habría podido alejarme flotando, y me latía tan fuerte el corazón que estaba segura de que lo oía todo el mundo. La última vez que lo vi, estaba entre mis piernas, con la cara perlada de sudor mientras me clavaba en la cama.

—Ha llegado alguien que está interesado en la casa —dijo Elizabeth.

—¿D-Dax? —tartamudeé.

Sin girarse, se secó las manos y se inclinó para bajar el volumen de la música *rap* que sonaba en su teléfono. Se giró para mirarnos, y todo aquello contra lo que había estado luchando desde que salí de Londres volvió a la superficie: ira y angustia iban en cabeza, seguidas de todos los recuerdos de Londres que pasaron por mi mente. Me mordí la lengua para reprimirme y mantenerlos dentro.

En Inglaterra me había jodido —literalmente— y yo me había enamorado de sus juegos. ¿Cuándo aprendería?

Su helada mirada gris piedra recorrió a Hartford y a Malcolm, y luego aterrizó sobre mí, para examinarme de pies a cabeza.

—Hola, ángel.

Al oír el sonido de su voz, me golpeó una lluvia de emociones, y quise que me tragara la tierra. No estaba preparada para verlo. Era demasiado pronto.

Me descartó antes de mirar de nuevo a Hartford. Ambos se estudiaron con

desconfianza, dos especímenes masculinos muy diferentes: uno corpulento y moreno, el otro esbelto y rubio. La tensión se estiró como una banda de goma, y si hubieran llevado espadas, las habrían sacado.

Gracias a Dios, jamás le había contado nada a Hartford sobre lo que pasé con Dax el primer curso.

Fue Hartford el que rompió el hielo con una mirada inexpresiva.

—No sabía que esta casa era tuya, Blay...

—¿No habríais venido de ser así? —se burló Dax.

—Exacto —repuso Hartford, que se encogió de hombros sin la más mínima intención de disculparse por ello.

—Dax me rescató de aquel tipo que me asaltó en Londres —le recordé, poniéndole la mano en el brazo.

—Por supuesto —corroboró con suavidad, tocándome la cara. Volvió a mirar a Dax antes de asentir con la cabeza—. Remington me llevó al club donde ocurrió. Me alegro de que estuvieras allí y pudieras ayudarla. —Me puso un brazo sobre los hombros y me apretó—. Todavía me echo la culpa de todo por haberle permitido marcharse; si le hubiera ocurrido algo, no sé si habría podido soportarlo. —Sus ojos color avellana buscaron los míos. Forcé una sonrisa.

—Sí, la *ayudé*. ¿No es así, Remington? —repuso Dax con firmeza, mirándome fijamente. Noté que le palpitaba un músculo en la mejilla cuando nuestras pupilas se encontraron y que tenía el cuerpo rígido como un trozo de acero. También había cerrado los puños, y parecía que quería romper algo.

Me sentía confundida... ¿Qué había hecho yo?

Me mordí el labio, esperando que Hartford no se diera cuenta de nada. Porque eso... eso no era solo culpa de la fraternidad.

Noté que Malcolm, que me estaba estudiando con los ojos muy abiertos, lanzaba una mirada inquisitiva a Dax. Le sonreí para hacerle saber que todo estaba bien. Las comunicaciones sociales eran su punto débil, pero cuando yo estaba en el medio del asunto, no se perdía nada.

Pero entonces fue como si a Dax le diera un aire, porque su comportamiento cambió por completo. Se quitó el delantal con movimientos lentos, lo colgó de un gancho y se apoyó contra la encimera como si el mundo le importara una mierda. Soltó un largo suspiro al tiempo que cruzaba las piernas a la altura de los tobillos.

—Y bien, ¿estás aquí por la habitación? —murmuró él mirando el papel

que yo llevaba en la mano.

—No puede vivir contigo —intervino Hartford con voz firme.

Dax echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse.

—Colega, relájate. Le salvé el culo a tu chica. Además, le estaba preguntando a ella, no a ti. —Giró la cabeza hacia mí—. ¿Remi?

—Sí, estaba aquí por la habitación, pero obviamente no es adecuado...

Cerró los ojos y los volvió a abrir.

—¿Por qué? ¿Acaso no somos amigos?

Me moví, indecisa.

—Temo que... que podríamos no encajar.

—No quiere vivir con un chico —intervino Hartford—. Eso es todo, Blay. —Aunque no lo dijo en voz alta, las palabras «Y menos con un Tau» flotaron en el aire—. Te agradezco lo que hiciste en Londres, pero andamos buscando una compañera de piso.

Dax se cruzó de brazos.

—Las clases comienzan dentro de dos días, así que buena suerte. Entiendo que te preocupe que me interese por tu chica, dado de dónde vienes, pero las tías comprometidas no son lo mío. Además, pienso estudiar mucho, tengo que graduarme este año, ya sabes, y también debo ayudar a mi hermano con el gimnasio. ¿Quién sabe? Seguramente acabe durmiendo la mayoría de los días en la residencia de los Tau.

—Estoy seguro de que allí habrá suficientes chicas para mantenerte entretenido —repuse con elegancia.

Hartford no pareció darse cuenta de mis palabras o quizá las consideró un producto de la típica rivalidad entre fraternidades, aunque nunca había sido una de esas que se metía en disputas de chicos.

—Sin duda —corroboró Dax en voz baja.

Elizabeth, que había estado secando los platos desde que comenzó la conversación, se dio la vuelta.

—Si queréis referencias sobre Dax, respondo por él. No se puede encontrar un compañero de piso más atento. —Sonriendo, dejó caer el trapo en el fregadero—. Si me disculpáis, creo que Declan me llama desde el salón.

Que ella saliera le dio a Hartford la oportunidad de apartarme a un lado.

—Ven a vivir conmigo —propuso en voz baja—. Al menos hasta que encuentres un sitio decente.

Habíamos tenido esa conversación cientos de veces. Sí, estábamos

resolviendo nuestros problemas, pero volver a encontrarnos en el mismo lugar en el que habíamos estado antes sería un desastre.

—No es una buena idea —repliqué tan bajo como pude, aunque estaba claro que Dax nos escuchaba atentamente con la cabeza inclinada hacia un lado.

—No puedes vivir con... Dax —afirmó Hartford con una larga exhalación—. Prefería que te quedaras con tu madre. Sin duda estaría menos preocupado.

Negué con la cabeza.

—La casa de mi madre está demasiado lejos del campus para ir y venir todos los días. Acabaría agotada. Además, me vuelve loca.

Hartford suspiró con las cejas arqueadas.

—Entonces tenemos que seguir buscando. Ya surgirá algo.

—Llevamos días sin encontrar nada —gemí—. No queda nada, salvo ese antro encima de la tintorería.

Dax se enderezó.

—Lamento interrumpiros, pero, sinceramente, mañana viene otra persona a ver la casa, así que si quieres la habitación, tenemos que concretar todo hoy. De lo contrario... —Agitó las manos señalando la cocina, en pleno desorden—. Tengo que ocuparme de todo esto.

«Está tratando de deshacerse de mí».

Aquella idea fue como una puñalada en el corazón.

Solté el aire mientras me frotaba los ojos. Sentía las piernas flojas, como si fueran de goma, y me dolían los huesos de la misma forma que cuando tenía gripe. Desde que me había dado cuenta de que Dax me había abandonado, me había sentido indiferente, perdida. Tenía los pensamientos tan dispersos que no era capaz de tomar ninguna decisión sobre nada. Me sentía fatal.

Pero...

¿Qué iba a hacer? No podía vivir aquí ni con Hartford ni con mi madre. Quizá pudiera irme a un hotel barato durante unos días, hasta que me surgiera algo...

—¿Remi? —me preguntó Malcolm. Lo miré parpadeando, y me di cuenta de que había apoyado el hombro en él.

—¿Estás bien? —preguntó Hartford, mirándome con preocupación. Me tocó el hombro.

Asentí al tiempo que me enderezaba.

—Lo siento. Ha sido un día muy largo.

—Antes de que decidas nada, vamos a sentarnos y os pondré al tanto de los detalles —dijo Dax al tiempo que señalaba la mesa y las cuatro sillas.

Levanté la vista para encontrarme sus ojos clavados en mi cara. Tenía una expresión más suave.

—Voy a tomar un refresco. ¿Qué te apetece, Remi?

De repente, estaba sentada en una de las sillas y le pedía una Coca-Cola. Hartford vaciló, pero compuso una expresión de resignación, aunque rechazó la bebida. Malcolm, sin embargo, pareció complacido con el refresco que le entregó Dax, que se sentó a mi derecha. Como era una mesa redonda, su silla quedaba tan cerca como para que la calidez de su cuerpo fuera algo tangible. Su aroma masculino me inundó las fosas nasales, llenando mi cabeza con recuerdos de lo que habíamos hecho en el hotel de Londres. Escondí las manos debajo de la mesa y entrelacé los dedos con fuerza. Malcolm se sentó a mi izquierda y Hartford, enfrente de mí.

Cuando Dax nos dio los detalles del alquiler —cuatrocientos dólares cada primero de mes que cubrirían todos los gastos—, me sentí aturdida. Era una oferta muy generosa; si aceptaba, pagaría mucho menos de lo que esperaba.

«Pero ¡no puedes vivir aquí!».

Revisé la fianza —cien dólares— y una pequeña lista de normas que acompañaba al contrato de arrendamiento. Sería responsable de mi comida y me correspondería el dormitorio más pequeño, que tenía cuarto de baño propio y un pequeño despacho, donde podría poner un escritorio o cualquier otra cosa. Algo que sería perfecto para Malcolm, que se quedaba a veces conmigo.

—Básicamente, el piso de arriba sería tuyo y el de abajo, mío. Compartiríamos la cocina, el salón y el patio exterior. —Dejó el bolígrafo sobre la mesa, lo que hizo que flexionara el bíceps y que mi atención recayera sobre su tatuaje.

«El señor macizo está nervioso», me dije, riéndome mentalmente.

También noté que llevaba varios días sin afeitarse y que tenía ojeras, como si llevara algunas noches sin dormir bien.

«¡Deja de mirarlo!».

Malcolm debía de estar observándolo también, porque entrecerró los ojos.

—Eres lo que las chicas consideran un tío bueno. Apuesto que tienes mucho sexo.

—Malcolm, no puedes hablar de sexo con alguien que acabas de conocer —lo reñí con una mueca—. Debes dejar que pasen al menos unos días.

—Gracias, supongo. —Dax se rio al tiempo que le tendía la mano—. Lo siento, no te he saludado todavía. Imagino que ando distraído. Eres Malcolm, ¿verdad? El hermano de Remi. Me ha hablado mucho de ti.

Hartford se puso rígido al oírlo.

Malcolm le estrechó la mano.

—Sí, y como aclaración, si llegáis a un acuerdo, a veces me quedaré a dormir. Mi madre trabaja algunas noches en una fábrica de patatas fritas. Pringles. Eso hace que huela muy raro, pero tuvo que ponerse a trabajar después de que mi padre muriera. Teníamos más dinero antes. A Remi le gusta tenerme controlado por si me alejo. Aunque nunca voy muy lejos, solo me acerco a la tienda y vuelvo, pero eso la vuelve loca. También me gusta comer pepinillos y beber limonada. Me gusta tu casa. Es más grande que el apartamento que vimos encima de la tintorería de la Quinta Avenida. Allí había cucarachas, y la gente estaba fumando porros al lado del contenedor. Hartford ha dicho que Remi no podía quedarse allí. Remi y él se iban a casar, pero la abandonó, aunque ahora quiere volver con ella. Remi está triste. Y yo hablo. Hablo mucho. ¿Te molesta que sea autista? —Estaba claro que el desarrollo del lenguaje nunca había sido una de las debilidades de Malcolm. Es cierto que los autistas tienen un don especial, y el suyo eran las parrafadas.

Dax sonrió. Era la primera sonrisa de verdad que le veía hoy.

—Para nada. Me encantará tener a otro chico cerca. ¿Te gusta jugar a la Xbox?

—Te daré una puta paliza al *Halo*.

—Ese lenguaje —le recliné, aunque nadie pareció notarlo.

—Podrás intentarlo —gruñó Dax—. Y, por cierto, me encantan los pepinillos. Ahora mismo tengo un bote de pepinillos con eneldo que me ha traído mi madrastra, Clara. Los ha hecho ella misma.

Malcolm sonrió de oreja a oreja. Luego se subió las gafas y me miró.

—Es guay. Remi, deberías vivir aquí,

—Sí, él lo ha dicho. —Dax me miró al tiempo que sacaba la lengua para humedecerse el labio inferior, que luego se mordió. Aparté la vista.

«Dios..., ¿qué está haciéndome?».

Como si no tuviera control sobre una parte de mi cerebro, y fuera esta la que dirigía mis acciones, me puse a jugar con el pequeño collar de perlas con

la mano derecha.

Dax soltó el aire bruscamente al tiempo que dejaba caer al suelo los papeles que sostenía en la mano. Cuando se inclinó para recogerlos, aprovechó para mirarme las piernas. Las crucé y noté que se estremecía. Se incorporó con las mejillas algo ruborizadas y dejó el documento sobre la mesa.

Solté las perlas y me apreté la muñeca.

«¿Qué coño me pasaba? ¿Por qué lo provocaba?».

Cuando lo miré, tenía la cara pálida. Seguí la dirección de sus ojos, y me di cuenta de que los tenía clavados en el anillo de compromiso que lucía en el dedo índice.

Me quedé mirando la piedra preciosa que simbolizaba lo que quería. Hartford me había pedido que me lo volviera a poner, y había aceptado usarlo de nuevo el día que tomamos tierra en Raleigh. Una parte de mí quería hacer feliz a mi madre, y de paso evitaba que Malcolm se preocupara por mí. El resto se sentía bastante indiferente al respecto.

Me trajo de vuelta la impaciente voz de Hartford.

—Remington, estamos perdiendo el tiempo aquí en lugar de buscar un apartamento.

En lugar de responderle, me concentré en Dax. Nuestros ojos se encontraron y, poco a poco, todos los demás presentes en la estancia desaparecieron.

—Me quedo aquí —dije, volviéndome hacia Hartford, que se puso rojo.

—No puedes estar diciéndolo en...

—Pues sí. El alquiler es fabuloso, tengo sitio para Malcolm y estoy a unos minutos del campus. Es lo que quiero.

—Claro, todo es perfecto, salvo que estás considerando vivir con un chico —me recordó en tono agudo.

—No me queda otra opción, Hartford.

«Y es culpa tuya que me encuentre en esta situación», le telegrafíé con los ojos.

¿Acaso se había olvidado de ese detalle?

—Elegir dónde voy a vivir es cosa mía —añadí con firmeza.

Hartford miró a Dax y luego a mí con una expresión de disgusto, como si hubiera olido algo podrido.

—Er... Puedo dejaros un rato a solas —ofreció Dax, aclarándose la garganta.

—No, no es necesario. Quiero ese dormitorio. ¿Verdad, Hartford? —Apreté los labios. Si no estaba de acuerdo...

Pasaron unos minutos muy tensos hasta que por fin solté el aire. Hartford se inclinó y puso una mano sobre la mía.

—Lamento ser tan capullo, nena. Solo quiero lo mejor para ti, y este sitio no lo es. Dicho eso, apoyaré todas tus decisiones. —Le lanzó una mirada ominosa a Dax—. De todas formas, vivo en la misma calle y siempre puedes quedarte conmigo.

—Claro —dije, con evidente alivio, feliz de que se pusiera de mi lado.

Dax me tendió los papeles para que los firmara.

Los miré fijamente.

Él. Yo. A solas en una casa.

«¿Qué puede salir mal?».

16

DAX

Cuando Remi y su séquito salieron de casa con la intención de volver con sus muebles y el resto de sus pertenencias a eso de las siete, regresé al salón y me hundí en el sillón reclinable.

Joder, estaba como una cabra.

¿Cómo se me había ocurrido que podría vivir en la misma casa que Remi?

¿Cómo iba a mantener las manos alejadas de ella?

«Como sea, porque lleva un anillo de compromiso y lo quiere a él. Hartford es quien cumple los requisitos de su lista, ¿recuerdas?».

Mientras Elizabeth salía a hablar por teléfono con su amiga Shelley, Declan cogió dos cervezas en la cocina y me tendió una.

—Así que tienes compañera de piso, ¿no? Eso significa que habrá ingresos, hermanito. No está nada mal.

Tomé un trago y luego me puse a jugar con la etiqueta de la botella.

—Eso parece, sí.

—Esa chica lleva un diamante en el dedo. —A Declan no se le escapaba nada—. ¿Es la prometida de Hartford?

Asentí con la cabeza.

—¿Y crees que es una buena idea compartir casa con ella? —preguntó, mirándome fijamente.

—Sé mantener la bragueta cerrada.

Bebió un sorbo de cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Mmm...

—¿Qué insinúas? —me burlé—. ¿Con ella? ¿Sabes que es la reina de los planes y que no se acojona ante los desafíos? —Abrí los brazos—. Además, está saliendo con un Omega.

—Ya.

—Además es una patosa. Anda cayéndose continuamente. En Londres se torció un pie y cayó justo en mi regazo. Deberías haberla visto.

—¡No me digas!

Bebí de la botella.

—Tiene la cabeza a pájaros, literalmente: está estudiando ornitología. Creo

que quiere doctorarse y todo. ¿No te parece raro?

—Quizá.

—Por no hablar de su pelo. Lo tenía largo y se lo ha cortado. Es decir, me gustan las pelirrojas, no me malinterpretes, pero no es lo suficientemente largo como para envolverme la mano con él y... —Me interrumpí.

—En eso no había pensado —soltó Declan secamente.

—Nos hicimos tatuajes a juego en «La iglesia del Fraile».

—Ya veo. —Hasta ese momento, Declan había estado de pie, pero se sentó frente a mí en el sofá, y, aunque no lo estaba mirando a la cara, sentí el peso de sus ojos.

—¿Quieres contarme algo más sobre ella?

Solté el aire que contenía.

—Su padre murió hace unos años, así que sabe lo que es... perder a alguien. Le he hablado de mamá y de la libélula. Y lo entendió.

—Mmm...

—Fingimos que nos casábamos.

—No sé muy bien qué significa eso —balbuceó mi hermano—, pero has captado toda mi atención. ¿Por qué no me lo explicas?

Me levanté y me puse a dar vueltas por el salón; eché un vistazo por la ventana para ver si ella se había ido. Ya no estaba, pero volvería muy pronto. Miré la pantalla del móvil. Sí, volvería dentro de tres horas. Genial... Me froté la mandíbula, cubierta por la barba incipiente. Necesitaba una ducha, y la última vez que me había afeitado había sido en Londres.

—Te la has tirado, ¿verdad? —La voz de Declan procedía de detrás de mí.

Suspiré sin apartar la vista de la ventana,

—Sí.

—¿En Londres?

Me di la vuelta para mirarlo.

—No fue así. En Londres fue ella la que me folló a mí.

Atravesó su rostro una expresión de sorpresa que se vio sustituida poco a poco por una lenta comprensión.

—¿Y ahora está otra vez con Hartford?

Solté un suspiro.

—Estaban tomándose un descanso.

—Oh, hermanito —susurró mientras me evaluaba con la mirada—. Me da que hay algo más en todo esto. ¿Quieres hablar sobre ello?

—No —repuse con una mueca, bloqueando las emociones—. Solo quiero olvidar lo que ocurrió.

Se levantó del sofá y me dio unas palmadas en la espalda.

—Ya veo, Dax. Creo que para eso vamos a necesitar mucha más cerveza.

A las seis apareció Axel con una botella de Patrón, varias pizzas y un par de chicas de la fraternidad. A pesar de que las clases no empezaban hasta el lunes, la parte femenina de la hermandad no había estado inactiva y, como de costumbre, algunas chicas habían estado revoloteando por la residencia de los Tau.

Había pasado algunas veces para ver cómo iban las cosas, pero como este curso no era presidente, no tenía obligaciones urgentes. Había recorrido la residencia con un aire nostálgico. Me resultaba un tanto extraño; es decir, había vivido en ese lugar durante cuatro años, había organizado fiestas... Con mi encanto irresistible había atraído a las chicas sin apenas esfuerzos. Me gustaban todas y, durante el noventa y nueve por ciento del tiempo, no significaban nada. Solo eran una forma de pasar el tiempo. Puede que hubiera suspendido, pero mi lista de amigos era interminable.

Y aun así...

Algo en mi interior me decía que haber pasado el verano ayudando a Spider me había hecho superar la etapa de Tau, o quizá mi madurez había comenzado antes. Después de que Declan conociera a Elizabeth, había presenciado de primera mano lo que tenían: amor, unicornios y toda esa mierda de los arcoíris.

Una parte de mí anhelaba eso: tener una chica para siempre.

Axel, las dos chicas, Declan, Elizabeth y yo terminábamos de comer la pizza cuando sonó el timbre. Miré el reloj; eran las siete en punto. Por supuesto, Remi tenía que ser jodidamente puntual.

Declan arqueó una ceja mirándome.

—Ya está aquí...

—Va a ser interesante verte vivir con una chica —murmuró Elizabeth—. ¿Quieres que le abra la puerta?

—Ya voy yo. —Me limpié la boca con una servilleta y me levanté. Me llevé la cerveza en la mano; había llegado el momento de enfrentarme a la realidad.

Cuando abrí la puerta, me topé con Remi, Hartford y varias cajas. El sol se

había puesto ya y era casi de noche, pero me di cuenta de que venían en una *pickup* Toyota, que seguía llena de muebles. El Lexus SUV plateado de Hartford estaba aparcado detrás, y todavía quedaban varias cajas dentro.

—Hola —me saludó ella, siguiendo la dirección de mi mirada—. Le he pedido prestada la camioneta a Lulu.

—Es la única chica que puedo imaginar conduciendo una *pickup* —dije con una sonrisa forzada.

Curvó los labios.

—Sí, debajo de toda esa locura no es más que una chica de campo.

Asentí. «Muy bien, mira, podemos ser civilizados». Contuve el aliento y me propuse relajarme. La mejor manera de conseguirlo era no mirarla, así que dirigí mi atención a Hartford.

—Aviso a Axel y a Declan y te echaremos una mano.

—No es necesario —intervino ella.

—No es molestia.

Se quedó callada un momento, mirando al suelo, y luego subió los ojos hacia mí.

—Bueno.

Hartford frunció el ceño mientras nos observaba.

Después de llamar a mi hermano y a Axel, nos acercamos a la *pickup* con Hartford y bajamos una cama de hierro forjado, la mesilla de noche, el tocador y algunas cajas con ropa. A pesar de que tuvimos que subirlo todo por las escaleras, no nos llevó ni una hora dejar todas las pertenencias de Remi en la habitación para que ella pudiera empezar a instalarse.

Hartford bajó para coger la última caja del SUV mientras Axel y Declan montaban la cama. Por mi parte, alcé la caja que ponía «BAÑO» para llevarla al cuarto de baño. Eché un vistazo al interior lleno de curiosidad. Había algunos productos para el pelo, un cepillo redondo, un neceser con útiles de maquillaje y un champú genérico. Si lo comparaba con la larga lista de productos que usaba para mi arreglo personal, podría decirse que ella apenas tenía nada. Abrí el desodorante y olfateé el aire, buscando su aroma. No era ese. Rebuscando en el fondo, saqué un pequeño frasco de perfume, pero tampoco olía como ella.

«¡Joder! Estás obsesionado».

Se abrió la puerta, así que me di la vuelta al tiempo que lanzaba el frasco a la caja.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Remi.
—Nada. Ayudándote.
—¿Oliendo mi perfume?
—No, qué idiotez —espeté.
—Estabas mirando mis cosas. —Cerró la puerta y se apoyó contra ella. Era la primera vez que la veía con buena luz desde que había llegado. Tenía los ojos rojos.
—¿Has estado llorando? —pregunté con el ceño fruncido.
—No —repuso después de una larga pausa—. Solo estoy cansada.
No me importaba. Apoyé el hombro contra la pared y bajé la mirada por ella, comiéndomela con los ojos.
—No regresaste al hotel —me recriminó en voz baja.
Apreté los dientes, notando que me ponía rojo.
Percibí la arruga que apareció en su frente mientras me miraba con expresión confusa.
—Espera un momento —dijo ella—, ¿estás cabreado conmigo?
—¿Has follado con él?
—No te atrevas a preguntarme eso —me dijo poniéndose pálida.
—Lo has hecho —afirmé. Tensé la mandíbula para contener la rabia que bullía a fuego lento en mi interior.
—Esa pregunta no tiene sentido... —se interrumpió, frunciendo los labios—. No tengo que darte ninguna explicación. Ni hablar. Eres tú quien actúa raro, cuando eres tú el que nunca apareció. Conseguiste lo que querías y te largaste. Ha sido una repetición de lo que ocurrió en primero, solo que esta vez has sido tú el que se marchó... —Le falló la voz—. Imagino que lo has planeado todo, ¿no? —Sus luminosos ojos azules buscaron los míos.
—No piensas mucho en mí, ¿verdad? —Negué con la cabeza.
—Sí lo hago.
—Estás usando el anillo de compromiso que él te dio —reproché mirándole la mano izquierda.
—Quiere arreglar las cosas.
—¿Y tú no eres capaz de elegir por ti misma? —me burlé.
—No es...
—¿No es qué? —Di un paso hacia ella—. ¿Se supone que ahora debo borrarte de mi memoria?
«Joder... Quisiera hacerlo...».

—¿Qué más te da? —preguntó ella con la voz temblorosa—. Soy como el resto de las chicas. Lo que fácil viene fácil se va, ¿no?

La fulminé con la mirada.

Apretó el picaporte hasta que se le pusieron blancos los nudillos.

—Esto... esto es un error. Es evidente que tienes algún problema conmigo y que no podemos llevarnos bien...

—Pues es una lástima que hayas firmado ya el contrato de alquiler. —No pensaba dejar que saliera por la puerta.

—Demándame —espetó con los ojos brillantes alzando la barbilla.

Apoyé la mano contra la puerta, detrás de ella, y me incliné hacia ella para deslizar la nariz por su cuello. Ahí estaba el olor por el que me estaba muriendo. «Tan dulce...». Quería lamerla de pies a cabeza. En lugar de eso, me limité a coger aire, estremeciéndome, al tiempo que me ponía duro contra ella.

—No me intimidas —susurró.

—¿No? Estás temblando, Remi —suspiré en su oído—. ¿Estás pensando en nosotros dos y lo que hicimos en Londres, en tu hotel? ¿En que follo mucho mejor que Hartford?

Se apretó todavía más contra la puerta, con el pecho subiendo y bajando.

—¿Qué...?

—Es así, ¿verdad?

Se mordió el labio, lo que provocó que quisiera besárselo.

Se cubrió la cara con las manos.

—Basta...

—¿Sabes por qué sé que lo hago mejor? Porque cualquier tipo que te deje plantada en el altar, cualquiera que te permita vivir conmigo, no puede ser considerado un hombre. Es una maldita nenaza.

La vi tragar saliva.

—Por favor...

Curvé los labios con una sonrisa maliciosa.

—Todavía mejor: terminemos lo que dejamos a medias allí... ¿Por qué no te arrodillas delante de mí y rodeas mi polla con esos labios tan jodidamente exuberantes...?

Me dio una torta que me hizo retroceder, y aterricé encima del inodoro. ¡Dios!, sabía que me lo merecía, pero no podía parar.

Sonreí.

—Maldición, si querías que me sentara, solo tenías que pedírmelo, ángel.

—No me llames así —me espetó—. Así es como llamas a todas, y lo odio.

Me encogí de hombros y me puse en pie de nuevo. Me miré en el espejo para revisar mi aspecto mientras ella, escupiendo fuego por los ojos, me observaba a mí. Fingí sentirme aburrido al tiempo que me pasaba los dedos por el pelo, pero noté que me temblaba la mano, y la dejé caer a un lado.

No tenía buen aspecto. En el reflejo eran evidentes mis ojeras y las bolsas que tenía debajo de los ojos.

Me dolía la cabeza.

Necesitaba una puta lobotomía.

Tenía el estómago revuelto. Me sentía confuso, cabreado.

—Ni siquiera sé si te conozco —murmuró ella, negando con la cabeza.

Bienvenida a mi mundo. Desde que había vuelto de Londres, tampoco yo me conocía a mí mismo.

La vi abrir la puerta, y la voz de la cordura impregnó mi mente.

—Remi... —La cogí del brazo, pero se lo solté de inmediato al ver la mirada mordaz que me dirigía.

—¿Qué? —dijo, cruzando los brazos.

Me froté la frente al tiempo que soltaba el aire.

—Quédate, por favor. Sé que necesitas un lugar para ti y para Malcolm. Te prometo que apenas estaré en casa. Pasaré muchas noches en la residencia de los Tau y quizá en casa de Declan. Las clases empiezan el lunes, y quiero que esto se resuelva. Y sé que tú también lo deseas. Si... si no funciona, te devolveré el dinero del alquiler para que busques otro sitio.

—¿No viene alguien mañana a ver la casa?

Cerré los ojos.

—Te he mentado.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué —dije.

Llamaron a la puerta en ese momento.

—¿Remington? —Era la voz de Hartford—. ¿Va todo bien?

17

REMI

Dax salió delante de mí.

—He tenido que poner algunas cosas en el estante de arriba porque *Remington* no llegaba —dijo en tono airado. Luego se detuvo para mirarnos—. Me voy abajo para tomar una copa. ¿Alguno quiere beber algo?

Hartford me lanzó una mirada inquisitiva, y negué con la cabeza.

—No, voy a terminar de arreglar la habitación —dije. Estaba decidida. Iba a alojarme allí.

—Vale. —Dax se despidió con la mano y bajó las escaleras de dos en dos. Axel ya había bajado mientras estábamos en el cuarto de baño, y, por encima de la barandilla, observé cómo interactuaban los dos con las dos chicas que esperaban en la cocina. Me sonaban de vista porque eran de la hermandad Tau de chicas, pero no sabía cómo se llamaban. Dax les puso los brazos sobre los hombros.

Y así daba comienzo el espectáculo: Dax con otras chicas.

«¡Dios!».

¿Cómo coño iba a conseguir que verlo con alguien no me importara?

«Tienes que hacerlo. Ya fuiste capaz antes».

Pero... pero... esta vez era diferente. Los dos éramos distintos.

«No. Y todavía tienes a Hartford», me recordó mi parte más racional.

—Entre Dax y tú hay cierta tensión, ¿verdad? —Hartford había seguido la dirección de mi mirada.

—No, qué va... Es por el comienzo de las clases. Ya sabes lo nerviosa que estoy. —Sonreí—. Ni siquiera he terminado de plasmar todos mis planes en la agenda.

Él asintió con un aire bastante inseguro.

—Vale, pero cuéntame cualquier cosa...

—Me ha asegurado que no pasará demasiado tiempo aquí. Y estoy bien. — Mi voz se hizo más aguda al final, y me sentí culpable al instante.

Me giré para no tener que mirar a Dax y entré en mi habitación con Hartford pisándome los talones. Declan y Axel habían montado la estructura de la cama y colocado el colchón encima. La cómoda estaba contra la ventana

y alguien había colocado el despertador sobre la mesilla de noche.

Hartford se puso detrás de mí y me abrazó con fuerza. Me recosté contra él, consciente de que necesitaba que me dieran consuelo después de la confrontación con Dax.

Permanecemos así durante un rato, hasta que fue él quien rompió el silencio.

—No me gusta que vivas aquí, pero haré lo que sea necesario para que vuelvas conmigo. Esto es solo un bache en el camino. Nos casaremos tan pronto como quieras. ¿Quizá después de que nos graduemos?

Me giré para mirarlo.

—Quizá...

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Quieres que me quede esta noche?

—Por ahora no. —Sonreí.

Bajó la cabeza y sus labios se apoderaron de los míos con suavidad. Le devolví el beso, abriendo la boca mientras deslizaba un brazo a mi alrededor para estrecharme contra él. Se recostó en la cama conmigo encima y ahuecó las manos sobre mi trasero.

—Dios, cómo te he echado de menos, nena...

—Y yo a ti.

Me besó con más intensidad, deslizándome la mano por la espalda hasta desabrocharme el sujetador por debajo de la camiseta. Me acarició el pecho al tiempo que me metía la lengua entre los labios, pero me puse rígida.

Se apartó y me miró mientras soltaba un suspiro de exasperación. Dejó caer los brazos a los lados.

—¿Qué te pasa? No me has permitido acercarme a ti desde que nos tomamos el descanso.

—Hartford, Roma no se construyó en un día. —Me levanté para sentarme en el borde de la cama y me abroché el sujetador—. Hoy tengo mucho que hacer. —Era cierto. Habíamos llevado a Malcolm de vuelta a casa de mi madre antes de recoger todos los muebles. En ese momento, lo único que quería era acurrucarme en la cama y dormir. Me froté los ojos.

Me lanzó una mirada llena de decepción, pero se levantó. Luego se inclinó para rozarme la frente con sus cálidos labios.

—Me iré para que puedas dormir un poco.

Asentí con la cabeza.

Salimos por la puerta y bajamos las escaleras hacia el salón vacío. Al pasar

por la cocina, vimos que Dax y sus amigos estaban en la terraza cubierta.

—Vamos a ver qué están haciendo —me dijo Hartford, cogiéndome de la mano.

Me puse rígida.

—¿Por qué? Si ni siquiera te caen bien.

Entrecerró los ojos.

—Si vas a vivir aquí, es mejor que tenga una relación amistosa con el propietario de la casa.

No me lo creí ni por un minuto, pero lo seguí.

Salimos al patio por la puerta trasera. Declan y Elizabeth no estaban por ningún lado, por lo que supuse que ya se habían marchado, pero Axel, Dax y las dos chicas estaban allí, sentados en una sección donde había un juego de muebles de mimbre con cojines azules. En el medio de los sofás, había una mesita con una botella de Patrón encima. Cuando nos acercamos, vi que Dax se servía un chupito y se lo bebía de golpe.

La morena estaba a lado de Axel, que también era miembro de los Tau, mientras que la rubia había encontrado su hueco entre las piernas de Dax y mostraba una sonrisa de satisfacción. Era la típica chica que le iba a Dax: rubia, menuda y con pinta de guarra.

Nos saludamos, y Axel nos presentó a las chicas; la morena era Bettina y la rubia respondía al nombre de Alexandria.

—¿Hartford te ha ayudado a instalarte? —preguntó Axel con una sonrisa. Era jugador del equipo de fútbol americano, y un chico muy popular. No lo conocía bien, pero tenía fama en el campus de ser muy amable con todos.

Le devolví la sonrisa.

—Sí, y gracias por ayudarme.

Dax no me miraba; tenía los ojos clavados en la etiqueta del tequila que bebía. La otra mano la tenía apoyada en el interior del muslo de Alexandria.

Aparté la vista.

—Todavía tengo que desempaquetar todo, pero es un alivio tener ya lo más gordo hecho —comenté, aunque parecía que solo me escuchaban Axel y las chicas—. Esta casa es una pasada. Me encanta el estilo rústico y el porche... tan grande. Pero mi parte favorita es la chimenea de piedra... —Me interrumpí con un suspiro. Me había puesto a divagar.

—Sí, está muy bien —convino Axel mirando a Dax con cierta vacilación—. Mmm..., ¿os apetece tomar un chupito con nosotros? Estamos brindando

precisamente por la casa.

—Hemos brindado ya varias veces —intervino Bettina, dándole a Axel un beso en la mejilla.

—No, pero gracias, Axel —repuse, lanzándole a Dax dagas con los ojos. ¿Cómo podía ignorarnos de esa manera? Si esa era una indicación de cómo pensaba tratarme, no duraría allí ni una semana.

—Pensaba que te gustaba el tequila —dijo Dax en voz baja, sin mirarme. Me estremecí.

—Er..., sí, me gusta...

Hartford me miró de una forma inquisitiva.

—En el club de Londres, cuando estaba tan irritada por todo lo que había ocurrido aquí... —hice una pausa: no era necesario anunciar a los cuatro vientos que Hartford me había dejado—, Dax..., mmm, me vio tomando tequila.

—Ah —repuso, apretándome la mano con fuerza—. Lo siento —dijo en voz baja.

Sonreí.

Axel echó un vistazo a mi anillo de compromiso.

—¿Habéis fijado la fecha?

Gemí para mis adentros. Probablemente no sabía que habíamos estado prometidos y habíamos cancelado la boda. Solo estaba charlando.

—Pronto —repuso Hartford, con los ojos clavados en Dax—. Remington es el amor de mi vida.

Dax apretó los dedos sobre la botella de Patrón. Puede que no me hubiera dado cuenta en otro momento, pero no podía apartar los ojos de él. Me obligué a hacerlo.

Axel sonrió de buen humor, sin saber de qué iba aquello.

—Joder, tío, ¡es genial! —Miró a Dax—. Colega, quizá tengamos que buscarnos una chica como Remi para sentar la cabeza, ¿no crees?

La chica que tenía al lado le dio un codazo.

—Eh... ¡Que estoy aquí!

Él se rio y le besó la punta de la nariz. Ella soltó una risita.

Dax alzó la vista para taladrarme con los ojos.

—Bah... Prefiero mi vida tal y como es. Sin complicaciones.

Me dolió el corazón.

«Ya lo sabías», me dije a mí misma.

—Quien bebe y sale de fiesta no se hace viejo, ¿verdad? —convino Axel con una sonrisa.

—De hecho, no —corroboró Dax, clavándome otra daga.

Necesitaba poner espacio entre nosotros.

Me aclaré la garganta.

—Claro. Bien, ha llegado el momento de irnos. Hartford se va y yo necesito dormir. Ha sido un día... duro.

—Eso es lo que ella dice —se burló Dax lanzando una mirada taimada a las otras chicas para que se rieran. Luego desvió la vista a Hartford—. Imagino que tendréis que aplazarlo, colega...

Hartford frunció el ceño.

—Voy a pasar por alto ese comentario. Mañana viene familia de fuera para celebrar el cumpleaños de mi hermana. Cumple dieciocho. Tenemos mucho que hacer en casa.

—Qué tierno... —murmuró Dax al tiempo que me miraba—. ¿Vas a ir?

Parpadeé ante la pregunta.

—Er..., no. Tengo planes y no puedo cambiarlos.

Hartford suspiró mientras me observaba con los ojos llenos de decepción.

Me estremecí. Hartford me había invitado a esa reunión familiar, pero le había dicho que no podía porque al día siguiente me tocaba estar con Malcolm. Eran días que no me perdía por nada del mundo. Desde que había muerto mi padre, había hecho lo posible para ser una figura de referencia para mi hermano.

Alexandria, que estaba escuchando el intercambio sin decir nada, se volvió para acercar su cara a Dax.

—Estás ignorándome, y necesito un poco de atención. Tanta charla me está dando sueño.

—No podemos consentir eso —dijo él sonriendo. Ella se inclinó para besarle, y apretó la boca contra la suya mientras le acunaba la mejilla con la mano. Fue un beso profundamente apasionado que duró mucho tiempo, pero me obligué a mirar.

«¿Ves, Remi? Dax trata igual a todas las chicas. Las besa..., se las tira...».

Hartford se despidió de ellos, y seguimos el resplandor de las farolas para rodear la casa y acercarnos al Lexus, que él había aparcado junto a la acera.

Se apoyó contra la puerta del copiloto mientras me estrechaba contra su pecho. El viento le revolvía el pelo color arena, y se lo peiné con los dedos.

Con la luz urbana iluminando su cara, sus ojos eran más dorados que nunca. Su mirada estaba llena de ardor.

Me acercó a él todavía más.

—Dios, no sabes cuánto me alegra que hayas regresado a Raleigh.

—Ya... —me interrumpí.

Noté que apretaba los labios.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Soltó una larga exhalación.

—No lo sé. Noto algo negativo entre nosotros... —Volvió la vista hacia la casa—. Y Dax emite vibraciones extrañas.

—No puedes esperar chasquear los dedos y que todo vuelva a ser como antes entre nosotros, y no puedo darte ninguna explicación sobre Dax, salvo que me parece que no os caéis bien mutuamente.

—Bueno..., pero dime algo...

—¿El qué?

Me encerró la cara entre las manos con una mirada muy seria.

—Dime que me amas. No lo has hecho desde que nos tomamos el descanso.

Porque no estaba preparada para hacerlo. Pero ¿a qué esperaba?

Solté un suspiro.

—Te amo. De verdad. Pero no voy a ninguna parte, y tú tampoco.

Apretó la frente contra la mía con una expresión desgarrada.

—En este momento, deberíamos estar casados y viviendo en casa. Quiero que vuelvas, que nos casemos, te quiero en mi cama. ¿No deseas lo mismo?

Jugueteé con el diamante que llevaba en el dedo, haciendo que diera vueltas mientras sentía un peso en el corazón.

Me besó en la nariz.

—¿Estoy presionándote demasiado?

Asentí con la cabeza.

Satisfecho con la respuesta, apretó de nuevo los labios contra los míos y me dijo que me enviaría más tarde un mensaje de texto. Luego se subió al coche y se fue.

Cuando vi desaparecer las luces traseras de su coche, volví a entrar y, como todos seguían fuera, recorrí con rapidez la planta baja. Había dos dormitorios más, un baño, la cocina y un pequeño cuarto para hacer la colada en el vestíbulo. De los dos dormitorios, el más grande estaba justo al lado del

salón; era una habitación grande con una cama de dos por dos con un edredón blanco de plumas. Por supuesto, estaba deshecha, con las sábanas arrugadas a los pies. La mesilla de noche estaba abarrotada de papeles, libros de estudio y una fotografía que no pude distinguir a pesar de que entrecerrara mucho los ojos. Sabía que estaba mal, pero no me importó entrar de puntillas en la habitación.

Una vez junto a la cama, pasé los dedos por encima de la colcha. Las sábanas eran blancas y suaves como la seda. Sonreí; no me extrañaba que Dax tuviera la mejor ropa de cama posible.

Me acerqué a la mesilla de noche. La imagen era una fotografía en la que aparecían Dax y Declan cuando eran pequeños; calculé que tenían unos nueve o diez años. Entre ellos había una mujer alta de pelo oscuro con una brillante sonrisa. Tenía que ser su madre, porque había cierto parecido. Estaban sentados debajo de un árbol y Dax apoyaba la cabeza en su hombro, como si quisiera estar todavía más cerca. Percibí la sonrisa traviesa que había en su cara.

Sentí una oleada de dolor al notar la forma en la que ella los aferraba, como si supiera que estaba muriéndose. Era evidente que los había adorado, pero la muerte nos llega a todos, sin importar lo buena que sea nuestra vida.

Y jamás te acostumbras a que se vayan tus seres queridos.

Dax no lo había conseguido. Y yo tampoco. Solo nos enfrentábamos a ello de formas diferentes: yo buscaba seguridad, mientras que él quería mantener su corazón a buen recaudo.

Puse la foto de nuevo en la mesilla con un suspiro y pisé un montón de videojuegos y películas cuando me acerqué al vestidor. Estaba abierto, y vi que tenía la ropa muy bien organizada. Una larga colección de vaqueros en la parte inferior, y las camisas y camisetas estaban colgadas por colores.

Parecía que no era la única que tenía un problema obsesivo-compulsivo con el orden.

Se abrió la puerta de la casa, y luego se cerró.

Me quedé helada. «¡Ay...!». Recorrí los pocos lugares en desorden de puntillas, corrí hacia el pasillo y atravesé la cocina lo más rápido que pude.

Dax estaba de espaldas a mí, ante la nevera. Sostenía la puerta abierta mientras echaba un vistazo al interior.

Permaneció inmóvil unos segundos, con las piernas algo separadas.

«¿Debo decirle algo?».

Soltó el aire mientras se frotaba la frente con la mano libre.

Pasaron cinco segundos más. Luego diez.

—¡Joder! —dijo poco después, cerrando la puerta de golpe, y salió al patio sin darse cuenta siquiera de que yo estaba allí.

A la mañana siguiente, me desperté con un gorrión piando junto a mi ventana, feliz a pesar de lo entrecortado que sonaba su canto.

El pequeño pájaro parecía molesto, y yo sabía muy bien cómo se sentía.

Me levanté de la cama para acercarme a la ventana. Miré a través de las persianas y vi que el Range Rover negro de Dax no estaba aparcado en el camino de acceso, a la derecha de la casa. Durante los últimos años había tenido un Beamer, pero lo había cambiado en el semestre pasado por el todoterreno. En la calle, junto a la acera, estaba mi antiguo Toyota Highlander.

Me vibró el teléfono y bajé la vista, a tiempo de ver una imagen de Malcolm comiendo unos pepinillos en vinagre acompañados de una taza de cereales Captain Crunch.

Me reí. Los sábados eran nuestros y, en ocasiones, también los domingos, dependiendo de los planes de mi madre, que solía pasarse los fines de semana haciendo las tareas domésticas, lavando ropa o simplemente yendo a la compra.

«Estoy listo para que me recojas», me dijo con un mensaje.

«Estaré ahí dentro de una hora», respondí.

«¿A dónde vamos a ir?».

«¿A dónde quieres ir?».

«Quiero ir a tu casa. Me gusta Dax. Es genial».

«Sí, es guay», repuse con ironía.

«¿Verdad?».

Me reí en voz alta. ¡Dios!, adoraba a mi hermano, en especial cuando no pillaba mis dobles sentidos.

Me duché con rapidez, me puse unos pantalones cortos, una camiseta de Whitman y unas chanclas. Tenía el pelo demasiado corto para poder recogérmelo, así que me lo sequé y me lo alisé con las puntas para adentro a la altura de los hombros.

Me metí en la cocina para desayunar lo que había guardado en la alacena, pero me detuve en seco. Para mi sorpresa, sobre la mesa había un sobre, una bolsa de papel con la parte de arriba doblada y una bandeja portavasos con dos cafés grandes de Starbucks con las tapas puestas.

Cogí el sobre con cuidado, lo giré entre las manos y vi que tenía mi nombre escrito con una letra que no conocía. Lo abrí al instante.

Remi:

Siento mucho lo que ocurrió anoche. Tienes razón, soy un capullo. Por favor, perdóname. Lo que dije no fue correcto, y no te lo merecías. Te prometo que no volverá a ocurrir. Todavía no tengo cafetera y no sabía lo que te gustaba, así que te he cogido un café americano y uno latte. Es posible que estén fríos cuando veas esto. Hay leche y azúcar en la bolsa de papel, así como algo para desayunar.

Dax.

P. D.: Te he metido una llave de cada puerta debajo del felpudo.

P. D. 2: Para tu información, esta noche llegaré tarde.

Me dejé caer en la silla más cercana sin dejar de mirar el papel, recorriendo su firma con los dedos. Al igual que él, era muy expresiva, con uno de los rabos de la X muy prolongado.

Consideré responderle por la parte de atrás, pero al final no lo hice.

No sabía qué poner.

Al abrir la bolsa, encontré tres donuts de chocolate y una galleta de mantequilla gigante. Se me hizo la boca agua, y me di cuenta de que no había cenado la noche anterior. Después de calentar el *latte* en el microondas, sostuve un donut con la boca, cogí las llaves y me marché para ir a ver a mi madre y a Malcolm.

Ya me preocuparía por Dax más tarde.

18

DAX

A la mañana siguiente de que Remi se mudara, me levanté a las siete para ir a reunirme con Declan en el gimnasio. Estaba preparándose para acudir a Charlotte a un programa de MMA que emitía la cadena ESPN2 sobre artes marciales mixtas, y me había elegido como compañero de entrenamiento. O más bien como saco de boxeo. Sonreí mientras arrancaba el Range Rover y me alejaba de casa. De camino, me detuve en Starbucks y cogí unos cafés y unos bollos y se los llevé a Remi. Luego me senté para escribirle una nota.

La noche pasada, después de que ella subiera a acostarse, y de que Axel y las chicas se hubieran ido, me detuve delante de su puerta. Me moría por hablar con ella, y no sabía por qué. No lo entendía. Había apoyado la mano en la puerta y había permanecido allí durante casi diez minutos, sopesando si debía llamar o no.

Había llegado a tocar el pomo de la puerta, con un hormigueo en los dedos por las ganas que había tenido de girar la manilla y entrar. Tenía que disculparme con ella, rogarle que perdonara las gilipolleces que le había dicho en el cuarto de baño.

Pero...

No tenía derecho a considerar siquiera llamar a su puerta mientras estaba dormida. De hecho, incluso me había comportado como un acosador por el hecho de haber estado parado frente a su dormitorio, porque ella no significaba nada para mí. Ni siquiera éramos amigos.

Solo compañeros de piso.

Era la única chica con la que había hablado sobre mi madre, la única con la que había fingido que me casaba, la única con la que había hecho el amor...

Me había alejado de ella, poniendo más distancia con la puerta que había entre nosotros.

Hartford también se interponía entre nosotros.

Lo mejor que podía hacer era seguir adelante: ser el Dax de siempre y olvidarme de lo que había ocurrido en Londres.

Apreté los dientes y me obligué a dejar de pensar en ella.

Menos mal que iba al gimnasio, porque necesitaba golpear algo.

Entré en Front Street Gym. La mujer que había en recepción, María, me saludó con rapidez y sonrió. Declan la había contratado en mayo, cuando tuvo lugar una gran inauguración.

—¡Hola! ¿Qué tal la casa nueva? —preguntó.

—Ya he dado una nueva capa de pintura —repuse con una sonrisa—, y tengo compañera de piso. Todo marcha.

Inclinó la cabeza a un lado mientras me observaba.

—Mmm... Declan me ha dicho que vas a dedicarte a la venta de casas.

—Pues sí. ¿Andas buscando una? —Me dirigí hacia donde estaba Declan, pero al verlo con un cliente, retrocedí. Parecía un tipo con pasta.

—No, mi hermana. Está buscando casa desde el divorcio. Imagino que se ha cansado de vivir en un apartamento pequeño. —Puso un bolígrafo sobre el escritorio.

Me apoyé en el mostrador y le presté toda mi atención.

—¿Qué está buscando exactamente? —Aunque sabía lo que me gustaba a mí, si quería dedicarme a la compraventa de casas, tenía que pensar en los clientes.

—Le gusta cocinar —dijo, pensativa—, así que es fundamental una cocina grande. —Se le iluminaron los ojos—. Y tiene tres nietos, por lo que le vendría bien un patio grande y habitaciones de invitados.

Asentí con la cabeza.

—Mmm... Dame un par de meses para encontrar lo que necesita y se lo enseñaré. —Saqué una tarjeta de visita de la bolsa de entrenamiento. Declan me había sugerido que hiciera algunas en una imprenta local. Había imprimido mi nombre en letras negras sobre fondo blanco, así como la dirección de mi casa y el número de teléfono. Simple pero correcta. Se la entregué con una sonrisa.

Me despedí y me dirigí al interior del gimnasio. Front Street ya estaba abarrotado, y ante mis ojos se extendía un caos organizado. Me situé entre las esteras y el *ring* de entrenamiento de la sala central. Había visto que Declan estaba trabajando con uno de sus alumnos en la parte de atrás: era uno de los que lo había contratado como *personal training*, así que me puse a entrenar mientras esperaba que terminara. Me subí a la elíptica y empecé a moverme sin parar hasta hacer ocho kilómetros. Con las endorfinas y la adrenalina a tope, me sentí mucho mejor que la noche pasada.

Declan se acercó poco después con idea de posponer nuestra reunión, pues,

al parecer, Elizabeth quería quedar con él para comer. La sonrisa con la que me lo dijo me comunicó que su «comida» se desarrollaría en el pequeño apartamento que había anexo al gimnasio. Intercambiamos algunas palabras más, sobre todo me dio algunos consejos para las clases. Aunque lo escuché, me resultó difícil de asimilar; a fin de cuentas, a él todo le había resultado muy fácil.

Después de que se fuera, me puse a hacer piernas. Empecé a levantar el peso lentamente con los talones y luego lo dejé caer. Había hecho más de veinte repeticiones cuando vi que entraba por la puerta una chica vestida con ropa de entrenamiento de color rosa chicle.

«Eva Maria». La *hermanita* que había acosado a Remi.

Dejé caer el peso, me levanté y me sequé la cara con una toalla mientras me acercaba a ella.

Estaba inclinada hablando con una chica que estaba sentada en una de las máquinas para hacer pecho cuando me detuve tras ella.

—Eva Maria —la llamé desde un par de metros de distancia.

Ella echó un vistazo por encima del hombro y luego se dio la vuelta con una sonrisa enorme.

—¡Oh, Dios! ¡Si es Dax Blay! Te he echado de menos en la residencia de la fraternidad. ¿Por qué no me dejas organizar una fiesta en tu honor?

La estudié con atención. Podría decirse que era bastante guapa, con el pelo platino y curvas marcadas, pero aunque fuera mi vida en ello, no podía recordar nada en concreto por debajo de su ropa. No sabía si su piel era suave, o sus pezones grandes o pequeños. O si realmente era rubia natural. En el mejor de los casos, era una chica del montón, y me había acostado con ella más veces de las que podía recordar durante el segundo curso.

Eva Maria nunca se había preocupado por mí.

«Y eso era justo lo que habías querido entonces».

«Porque amar significaba sufrir».

—¿Dax? ¿Estás escuchándome? Te estaba hablando del lío que están montando en la fraternidad.

Le hice un gesto con la mano para que parara. Claro que sabía eso, pero no quería hablar sobre ese tema.

—Conoces a Remi Montague, ¿verdad?

Arqueó las cejas.

—Sí, la he visto por ahí. Lleva un siglo saliendo con Hartford, aunque se

comenta que ya no están comprometidos. —Se rio.

—Están comprometidos —escupí.

—Vaaaale.

—¿No te acuerdas de haber entrado en su dormitorio ni de haber puesto notas adhesivas en su coche con la palabra «puta» escrita en ellas? Tal vez recuerdes al menos las mentiras que has contado sobre ella a todas tus amigas.

Alzó la barbilla con una mirada altiva.

—Vale. Puede que hiciera todo eso, pero no mentía. Era verdad. La pillé desnuda en tu cama y acabó embaraz...

—¿Qué? —Me dio un vuelco el corazón.

Frunció el ceño y miró su alrededor como si todo el mundo estuviera escuchándonos. Me sentí inquieto.

—Mmm... Supuse que te lo había dicho...

Me empezó a doler la cabeza y me froté la sien.

—No me dijo nada. ¿Por qué estás tan segura de eso? No creo que te lo contara ella.

—Su compañera de habitación me dijo que estaba enferma, y que vomitaba todas las mañanas. Poco después, encontramos una prueba de embarazo positiva en el cubo de la basura del cuarto de baño, y Remi fue la última en usarlo. Todas las chicas de la planta sabían que le pasaba algo, porque faltó a clase un montón durante ese mes y no salía nunca de su habitación. Lulu nos dijo que estaba en cuarentena, pero todas supusimos que era una excusa. —Hizo una mueca—. Quizá no era tuyo. Pensé que lo era porque... porque os había pillado juntos.

La habitación comenzó a girar a mi alrededor. Me acerqué a la sala de espera y me senté lo más lejos que pude de la recepción.

«Remi.se.había.quedado.embarazada».

«¿Sería verdad?». Cerré los ojos. ¡Joder! Eso explicaría muchas cosas, como por qué me había odiado por salir con otras chicas después de estar con ella. Por qué no me había sostenido nunca la mirada.

Eva Maria se sentó a mi lado.

—¿Estás bien?

—¿Qué le pasó al bebé? —pregunté, jadeante.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, pero poco después empezó a salir con Hartford.

Apoyé la cabeza en la pared, tratando de controlarme.

—Lamento que te hayas enterado por mí —dijo—, aunque al menos no tienes que cargar con Remi y el bebé durante el resto de tu vida. ¿Te imaginas? —Se rio.

Abrí los ojos de golpe.

—No vuelvas a decir su nombre. Cada vez que te la encuentres, date la vuelta y vete. Déjala en paz.

Se le pusieron rojas las mejillas.

—No sabía que te importaba tanto —sonrió con incertidumbre—. Es evidente que estás dolido. Entre las chicas de la fraternidad se dice que no estás muy complaciente últimamente. —Clavó los ojos en mi entrepierna.

Me palpitó un músculo cerca del ojo y apreté los labios.

—Estoy a punto de convocar una junta y hacer que te echen de la residencia. Ahora, largo de mi vista, y no vuelvas a pisar el gimnasio de mi hermano.

Se quedó pálida.

—Dax, lo siento...

—Vete.

Se humedeció los labios, me miró una última vez y luego se dio la vuelta para irse.

Me quedé allí sentado durante media hora, recordando mentalmente diferentes escenas ocurridas tres años antes. Cada uno de los instantes en que la había visto.

Pero nada, nada insinuaba que se hubiera quedado embarazada.

Era obvio que no había tenido el bebé, salvo que hubiera ocultado el embarazo debajo de ropa muy holgada y lo hubiera tenido en mayo, lo que tendría sentido si se hubiera quedado embarazada en septiembre.

¡Dios!

Me froté la cara.

¿Se habría quedado su madre el bebé?

¿Lo habría dado en adopción? ¿Habría abortado?

¿Y Hartford? No habría salido con ella si estuviera embarazada.

¿O sí habría salido? ¿Tanto la amaba?

«¿Por qué no? Tú lo habrías hecho aunque el bebé no fuera tuyo. Amas a Remi».

Me bajó un escalofrío por la espalda y me pasé las manos por el pelo. Se

me puso piel de gallina.

«Eso no es cierto».

Sin embargo, ¿qué otra cosa explicaría mi reacción al verla con Hartford en el hotel? ¿Por qué me importaba tanto que estuviera otra vez con él? ¿Por qué había querido que viviera en mi casa?

Y allí mismo, en el vestíbulo del Front Street Gym, mi vida dio un vuelco y dejó a la vista lo que nunca había dejado que viera nadie, ni siquiera Declan.

Había sido un ligón durante cuatro años, más si contabas el instituto. Había sido un experto entrando y saliendo de las camas y las vidas de las chicas; cada paso adelante daba dos atrás. Me había alejado de las relaciones reales sin mirar atrás. Sin embargo, cuando Remi me cerró aquella puerta en la cara hacía tres años —me estremecí de nuevo—, porque el niño ingenuo que había en mí había creído en el amor, la había anhelado. Mi instinto había visto algo en ella ese fin de semana, nuestra conexión era algo vivo y vibrante como un cable de alta tensión, y sabía que si lo apretaba, me freiría.

Aquel día, mentalmente, había querido perseguirla por la residencia Tau y arrastrarla hasta mi habitación como si fuera un cavernícola. Había querido decirle que era muy rara, pero que eso era bueno y que me ponía cachondo.

«Deberías haberlo hecho», me dijo mi corazón.

Pero no lo había hecho.

Había actuado por instinto, protegiéndome de aquello que podría destruirme. Quizá ella se había dado cuenta de lo superficial que era entonces o de que apenas había entendido una clase de geometría. Tal vez me había dejado por alguien más listo. Como Hartford.

Quizá Remi podía morir, como mi madre.

Cerré los puños.

«A la mierda...».

No importaba, nunca había querido volver a sentir esa horrible emoción que te invade cuando quieres a alguien, como si un camión se cayera desde un rascacielos a tu pecho.

«Pero... ¿un bebé?».

Tenía que llegar al fondo de esa cuestión. Tenía que saber lo que había pasado; por lo que había pasado ella.

¿Y si hubiera sido mío...?

«Joder, sabes que era tuyo —me dijo mi corazón—. Remi no era el tipo de chica que se acostaba con un chico tras otro. Tú has sido una excepción para

ella».

19

REMI

Cuando Malcolm y yo salimos de casa de mi madre para dirigirnos al coche, ella nos siguió. En general, era buena madre y quería lo mejor para mí, pero su forma de meterse en mi vida había creado un muro entre nosotras a lo largo de los años.

Se detuvo justo detrás de mí.

—Parece que tienes llamas en el pelo, ¿qué van a pensar tus profesores? No te olvides de que aún necesitas recomendaciones para ir a la universidad de Duke el año que viene.

Suspiré; había estado recriminándome cosas desde que había llegado para recoger a Malcolm.

«¿Chanclas? ¿En serio?».

«Estás engordando».

«No me puedo creer que estés viviendo con un chico al que casi no conoces».

Oh, lo conocía... Definitivamente.

Me pregunté qué pensaría si le enseñara mi tatuaje de la *Union Jack*. Lo más probable era que le diera un infarto; luego me arrastraría a la consulta del médico más cercano para que me lo borrarán.

Sin embargo, había hecho algo maravilloso por mí, e intentaba tenerlo en cuenta sin considerar sus burlas.

Mientras yo estaba en Londres, había exigido una reunión con el director del hotel en el que había planeado celebrar la boda, y, todavía no sabía cómo, lo había convencido para que me devolviera el depósito de diez mil dólares. ¡Bien por mi madre! Era una mujer tenaz —tanto como yo—, y una vez que se proponía algo, podías estar segura de que no iba a rendirse ante nada.

Me había comunicado las buenas noticias en cuanto regresé de Londres, por lo que le había dado un abrazo largo y fuerte. Como tenía la mayor parte de la matrícula pagada con la beca, ese dinero me serviría para cubrir los gastos de manutención. Hartford se había ofrecido para pagar las cuentas durante el semestre de otoño, en especial porque era en parte culpable de que tuviera esos problemas. Pero no quería aceptar su ayuda; quería resolverlo por mi

cuenta, y recuperar el dinero que había ahorrado trabajando significaba mucho para mí.

En Londres había cambiado algo en mi interior, y disponer de dinero lo hacía más evidente. Quizá se debiera a que Hartford me había pedido un descanso, quizá fuera por el ataque que había sufrido, pero por primera vez en mi vida estaba tirando adelante sin tener un plan preconcebido. Solo sabía que quería hacer un curso de posgrado y cuidar de Malcolm. Siendo yo, era como haber renunciado a mis principios.

En mi lista ya no estaba casarme con el chico perfecto.

Ni tener una casita con una valla blanca perfecta.

Ni tener hijos.

En la lista solo estaba yo.

Y ¿quién demonios sabía lo que me traería el mañana?

Quizá el pelo teñido con todos los colores del arcoíris... O algún *piercing*...

Mi madre se puso las manos en las caderas mientras yo lanzaba la bolsa de Malcolm al asiento trasero. La vi colocarse un mechón de pelo castaño detrás de las orejas mientras me evaluaba con una mirada penetrante desde la coronilla hasta las chanclas que llevaba puestas. Era tan alta como yo, con rasgos clásicos y ondulado cabello castaño. Este año había cumplido cincuenta y tres, pero jamás lo hubieras pensado por lo mucho que se cuidaba y lo bien conservada que estaba. Incluso hoy, que era su día libre como encargada del turno de noche de la fábrica de Pringles, iba vestida con pantalones de *sport*, una blusa de cuello redondo y un jersey ligero. Sin embargo, cuando la mirabas más de cerca, notabas la fragilidad que escondía en sus ojos: la tristeza que permanecía en su alma desde la muerte de mi padre. Nos había dejado un seguro de vida, pero nunca habíamos sido ricos. Al menos no como Hartford o Dax. La mayor parte del dinero lo habíamos destinado a pagar las letras de la casa, una construcción de estilo colonial de dos plantas.

—Dile a Hartford que quiero que venga a cenar pronto —dijo con un suspiro—. Me alegro de que le des una segunda oportunidad. Estoy segura de que siempre cuidará de ti.

Lo que realmente quería decir era: «Es rico y te ama. No lo dejes escapar».

Abrí la puerta del coche y me senté tras el volante.

—Puedo cuidarme sola, mamá.

Se inclinó hacia la ventanilla abierta con una expresión confusa por mi

comentario.

—Sencilla y claramente: es el chico perfecto para ti. No como ese otro con el que te liaste en el primer curso...

—No digas eso —la interrumpí en tono acerado mientras agarraba el volante con fuerza. No quería que Malcolm conociera más detalles.

—Solo quería decir que la vida te sería más fácil si...

—Basta —la corté—. Es mi vida, mamá. Me gusta tener el pelo de este color y llevar chanclas. Soy la que dirige mi existencia, y no dependo de Hartford para nada. Y ¿sabes qué? Puedo hacer lo que me dé la gana. Quizá no me case nunca. Tal vez me suba a un avión y me mude a Londres. Quizá acabe ardiendo en llamas... —Suavicé el tono de voz—. Mamá, tienes que dejarme volar.

Malcolm se había puesto rígido a mi lado, en perfecta sintonía conmigo por la relación explosiva que tenía con ella. Así que alargó la mano y me cubrió la mía, que estaba sobre el cambio de marchas.

—Vámonos, Remi —me dijo—. Quiero tomar un helado.

Sonreí. Era evidente que yo lo necesitaba mucho más que él a mí.

Puse en marcha el motor y moví los ojos con rapidez a mi madre.

—Gracias de nuevo por recuperar mi dinero. Te quiero.

Soltó un suspiro al tiempo que daba un paso atrás.

—Y yo os quiero a los dos. Os veo mañana.

Tras arrancar, me alejé de nuestra casa y puse rumbo a Raleigh.

Después de una parada rápida en un supermercado y en Sonic, para tomar un helado, fuimos a casa de Dax. Una vez allí, rebusqué hasta encontrar los juegos de mesa y jugamos algunas partidas de Scrabble. Luego subimos a mi habitación, donde Malcolm me ayudó a organizar el armario y la cómoda. Le prometí que a cambio elegiría él la cena.

A eso de las seis de la tarde, mi hermano estaba sentado en la mesa de la cocina montando un puzle de The Globe Theatre que le había comprado en Londres, mientras yo revolvía la salsa carbonara para los espaguetis que estaban cocándose en la vitrocerámica, cuando se abrió la puerta principal. Me puse tensa; sabía que se trataba de Dax. Le había enviado un mensaje de texto dándole las gracias por el desayuno, y él me había respondido quitando importancia al hecho.

Me di la vuelta mientras se acercaba a la cocina, intentando mantener la

mirada alejada de su cuerpo, cubierto tan solo con unos pantalones de deporte cortos y una camiseta de deporte ceñida que mostraba cada músculo de su abdomen. Noté que tenía una expresión más suave que la noche pasada, y que había una pregunta en su mirada, casi vacilante.

—Huele genial —murmuró mientras me miraba de arriba abajo hasta detenerse en mi pelo... Y en mis labios.

El corazón me dolía con solo verlo.

«¡Estúpido corazón...!».

—Gracias.

Noté que hundía los hombros.

—Mira, Remi..., lamento lo que ocurrió ayer en el cuarto de baño.

—Vale.

—Así que voy a dejar que me pegues si quieres, aquí, justo en el estómago.

—Sonrió y se dio unas palmadas en las abdominales, con lo que desapareció parte de la tensión que había entre nosotros desde la noche anterior.

Malcolm nos miró a los dos parpadeando.

—Quizá sea mejor que lo pienses bien. Mi hermana tiene un buen gancho de derecha; se lo enseñó nuestro padre.

—Gracias por la advertencia, colega —repuso Dax, chocando el puño con él—. De hecho, he visto a tu hermana en acción, y tienes razón. —Me sonrió, pero la sonrisa se desvaneció mientras cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—No hay necesidad alguna de golpear a nadie —dije finalmente—. Y si quieres quedarte, he hecho espaguetis de más.

—No estarás tratando de envenenarme, ¿verdad? —se burló sonriente.

—Es posible que no se me dé bien la cocina y que te mate de todas formas.

Se acercó a los fogones, y se detuvo a mi lado para examinar la pasta que había puesto a cocer antes.

«No lo mires...».

—¿Salsa casera? —Sentí que clavaba en mí los ojos.

—Sí, tomate triturado, especias y carne picada.

—¡Genial! ¿Hago algo? —Se acercó más, y noté el calor de su brazo en el mío.

—Er..., quizá podrías poner la mesa y servir las bebidas.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó.

Tragué saliva.

—Tengo Coca-Cola y Newcastle en la nevera, lo he comprado hoy. A Malcolm le gusta la limonada.

—¿Qué quieres tú? —Estaba todavía más cerca, lo que hizo que captara su embriagador olor a sudor masculino.

—¿De qué?

—De beber —respondió con una voz muy risueña.

—Cerveza.

—Tomaré lo mismo. —Cuando pasó junto a mí, me rozó el lateral de la pierna con los dedos.

Respiré hondo mientras seguía revolviendo la salsa. Había sido totalmente accidental; estábamos en una cocina pequeña.

Dejó mi cerveza, ya abierta, en la encimera, antes de apoyar las caderas en ella para seguir observándome.

«¿Es que tengo una espinilla?».

—¿Puedes poner el pan de ajo en el horno? —le pregunté un poco después, mientras escurría los espaguetis.

Se quedó quieto, con una extraña expresión en la cara.

—¿Quieres que te ponga el bollo en el horno?

Entendí el doble sentido, por supuesto, pero me parecía fuera de lugar. Algo raro.

—Sí.

—Vale.

—Gracias. —Eché los espaguetis de nuevo en una olla para que no se enfriaran—. Debería haberlo puesto antes —dije encogiéndome de hombros—. Ahora se enfriará la pasta.

—Cuando estoy contigo, nada se enfría —murmuró él mientras se inclinaba para meter el pan.

Malcolm nos miró con curiosidad, y se detuvo con una pieza del puzle en la mano.

Me estaba empezando a mosquear. Dax estaba muy raro esta noche.

Unos minutos después, llevamos el puzle al salón con todo el cuidado posible para dejar sitio en la mesa.

—Es la primera comida que se cocina en esta casa —comentó Dax en voz baja, con los ojos clavados en mí—. Gracias.

Me estremecí de pies a cabeza bajo su mirada.

«Dios, ¿dejaré de desearlo algún día?».

Nos sentamos a cenar mientras Dax seguía observándome de forma furtiva. Su intensa atención me hacía sentir tímida. Una vez, incluso me excusé para subir al cuarto de baño y comprobar mi aspecto. Tenía el pelo un poco revuelto, pero nada preocupante. Mi cara estaba normal. Me olí también las axilas, pero nada.

Más tarde, después de terminar de cenar y de que Dax hubiera fregado, fui a la cocina para hacer unas galletas de chocolate mientras Dax iba a ducharse. Supuse que tenía planes para la noche.

Malcolm se dejó caer en el sillón reclinable y empezó a hacer *zapping*. Quería ver una película, así que puse las galletas recién hechas en un plato y las llevé al salón.

Dax estaba sentado en medio del sofá con el pelo mojado, con una sudadera de cremallera abierta y una camiseta de la fraternidad Tau.

—Es sábado por la noche, ¿no vas a salir? —pregunté.

Apoyó los pies en la mesa de centro y extendió los brazos por el respaldo del sofá.

—No. —Dio una palmadita en el asiento—. Venga, siéntate. Has trabajado muy duro para hacernos la cena. Malcolm ya ha elegido una película: *Cuatro bodas y un funeral*.

—Le encantan las películas británicas —comenté mientras me sentaba a apenas unos centímetros de él, sintiéndome como si volviera a estar en el instituto, nerviosa y atenazada por lo que podía ocurrir a continuación.

Me sonó el móvil. Era un mensaje de texto de Hartford; quería saber cuáles eran mis planes para el día siguiente. Respondí antes de apagar el teléfono y meterlo debajo de un cojín.

—¿Hartford te está controlando? —preguntó Dax.

Asentí, viendo que apretaba los labios.

Una hora y una cerveza después, me quedé dormida y noté que se me caía la cabeza sobre el pecho. Me acomodé mejor y soñé que Dax era en realidad Aquaman, solo que resultaba mucho más atractivo que el héroe del cómic. Tenía el pelo despeinado de una forma muy sexy y el uniforme azul ceñido de superhéroe estaba lleno de libélulas. Yo era una hermosa sirena, solo que tenía piernas. Con las olas rompiendo a nuestro alrededor, me persiguió por la arena hasta que me atrapó y me arrastró a su cueva. Allí me besó...

Me desperté de repente: la única luz del salón provenía del brillo de la pantalla, donde estaba emitiéndose otra película distinta. Malcolm dormía

también en el sillón reclinable, y roncaba con la boca abierta.

Dax me miró fijamente.

—Hola, dormilona.

Bostecé.

—¿Me he quedado dormida mucho tiempo?

—No mucho. —Me pasó los dedos por el pelo, demorándose un poco más en las puntas.

Apenas consciente de lo que hacía, suspiré y apoyé la cabeza en su mano.

—¿Qué estabas soñando? —me preguntó con suavidad—. Estabas gimiendo —explicó ante mi mirada inquisitiva.

Noté que se me calentaba la cara.

—¿Recuerdas ese sueño tuyo que me contaste en Londres, en el que yo era una sirena, y me perseguías por la playa para llevarme a una cueva...? —Me interrumpí.

—Sueño contigo a todas horas, Remi.

Se me detuvo el corazón.

—Mi sueño era... —me humedecí los labios— ese —confesé.

Me sentía más valiente y giré la cabeza para mirar su reacción, con miles de preguntas dando vueltas en mi mente. Una idea había echado raíces en ella ese mismo día, una que me había dado tiempo a analizar: por qué Dax podía mostrarse tan amargado al verme con Hartford.

—Se me ha ocurrido una cosa y quería preguntártela...

—Mmm... —Hundió los dedos en mi pelo y empezó a masajearme el cuero cabelludo por toda la cabeza, hasta llegar a la nuca. ¡Oh, Dios! Era tan placentero que tuve que contener un gemido.

—Me resulta difícil pensar cuando haces eso —dije.

—¿Quieres que me detenga?

—No —susurré.

—Bien. —Bajó la mano más abajo, trabajando los nudos que tenía en el hombro—. ¿Qué es lo que te ha estado molestando, Remi?

Respiré hondo.

—Se me ha ocurrido... una teoría sobre lo que ocurrió en Londres. Y por qué no respondiste a mis mensajes de texto.

—¿Sí? —Detuvo los dedos.

Tragué saliva. Me miré las manos, el anillo...

—Es porque cuando regresaste con el desayuno... me viste con Hartford; la

puerta estaba abierta o quizá solo nos oíste. Te marchaste porque te sentiste herido. —Se me quebró la voz al final.

«¿Por qué estaba arriesgándome de esa forma? ¿Y si me equivocaba?».

Levanté la mirada para leer su rostro.

—¿Tengo razón?

—Sí.

La bolsa de arena que había sentido alrededor del cuello desde entonces se soltó.

—¿Por qué no me lo has dicho? Podíamos haber hablado.

—Te vi metiéndole la lengua en la boca. No creo que haya mucho que decir al respecto. Yo era tu clavo. Lo amas. Es bueno para ti, y yo no. —Lo dijo en voz baja, como un hecho inmutable. Punto.

Me mordí el labio. Asentí con la cabeza. Todo eso era cierto.

Cerró los ojos; cuando los abrió, estaban vacíos.

—No, no es así exactamente. —Me deslicé hacia él, y me rodeó con los brazos. Hundí la cara en su pecho mientras permanecíamos así durante un tiempo. Por alguna razón, me aterraba mirarlo, y quizá él también tenía miedo, porque si hubiera notado un simple avance en él, mi nombre apenas susurrado, habría estado dispuesta a saltar un precipicio. A sumergirme a fondo.

Entonces me puso la mano en el estómago y me miró a los ojos.

—Yo también tengo una pregunta para ti. Remi, ¿qué le pasó a nuestro bebé?

20

REMI

—Espera —me dijo Dax, cogiéndome la mano cuando me levanté del sofá. Tropecé en mi prisa por alejarme de él, y fue el brazo del sillón lo que impidió que me cayera. Contuve el aliento; me estremecí de pies a cabeza, allí hacía tanto frío como si hubiera entrado un viento siberiano en la habitación.

No.

No.

«¡Esto no!».

Su pregunta había provocado un páramo de recuerdos que no quería revivir de nuevo.

Salí corriendo a través de la cocina mientras negaba frenéticamente con la cabeza. Crucé la puerta trasera y recibí con agrado el aire nocturno cuando me incliné sobre la barandilla que rodeaba el porche.

«No vomites. No vomites».

Estaba perdida, necesitaba retomar el control de nuevo.

Respiré hondo, inhalando y soltando el aire.

«¿Cómo lo ha sabido?».

—¿Remi?

—Vete. —Noté lágrimas en mis mejillas—. Déjame sola, por favor. —Mi voz estaba rota y sonaba desgarradora.

Me puso los dedos en la espalda, y me la rozó con la delicadeza de un pincel mientras subía hasta mis hombros.

—No puedo, cariño. Necesito respuestas.

—¡Basta! —grité retrocediendo. No podía pensar cuando me tocaba como si yo le importara.

Bajé corriendo los escalones hasta el jardín trasero, pero estaba oscuro y apenas veía nada. Me di la vuelta, trazando círculos erráticamente.

¡Dios!

No tenía a dónde ir, a dónde huir.

Los pecados de mi pasado me habían alcanzado finalmente.

Él me persiguió por la hierba y me cogió por el brazo cuando me detuve

delante del enorme roble. Me hizo darme la vuelta para mirarme. Cuando la luz de la luna incidió en su rostro, se acentuaron su belleza, las líneas afiladas de su rostro, la forma de su boca...

Cerré los ojos para no verlo.

«Este hombre será tu ruina», me dijo la razón.

Me retiró el pelo de la cara.

—Shhh..., vale, vale. No te enfades, Remi. Por favor. Solo necesito que me lo cuentes todo.

Me estremecí, y temblé contra él.

Soltó el aire antes de rodearme con sus brazos.

—Por favor, Remi, perdóname por preguntártelo, pero tengo que saberlo.

Cedí y me apoyé en él, con el pecho agitado.

—¿Cómo te has...?

Me frotó la espalda.

—Me lo ha dicho Eva Maria. La he visto hoy y le he dicho que se mantuviera alejada de ti. Luego, simplemente, salió en la conversación. Ella pensaba que yo ya lo sabía. —Hizo una pausa—. Te habría ayudado. Hubiera hecho algo. No sé el qué... Por favor, cuéntamelo.

Me eché hacia atrás para ver su cara, para buscar sus ojos.

—¿Quieres saber cómo superé lo peor que me ha pasado? ¿Mi momento más negro? ¿Quieres saber qué sentí al estar embarazada de un chico que, casi con certeza, se estaba tirando a otra al día siguiente?

—Sí.

Noté un nudo en la garganta.

«Dile la verdad, Remi. Deja que vea el vacío que todo esto ha provocado en tu interior».

Me incorporé entre sus brazos, y retrocedí hasta apoyar la espalda en el árbol.

—Cuando no me bajó la regla, dos semanas después —dije, después de tragar saliva—, descubrí que estaba embarazada. La clínica del campus me confirmó lo que ya me había dicho el test que compré en la farmacia. Yo... estaba tomando la píldora, y usaste condón, aunque algunas veces no lo hiciste. ¡Qué estúpida era! Pensaba... pensaba que tú sentías lo mismo por mí. Estuve acostándome contigo durante tres días porque ¡creía que tú sentías lo mismo! Que era amor a primera vista. Almas gemelas... Era tan ridículo...

—Se me escapó una risita amarga—. Lo que hice contigo fue lo único que no

formaba parte de mi plan, y ha terminado arruinándome la vida.

—Lo siento. —Incluso en la oscuridad, percibí su expresión torturada.

—Saber que iba a tener un bebé lo cambió todo. Todos mis planes. Sin embargo, desde el momento en que vi esas dos líneas, quise a ese bebé. Así que hice unos planes diferentes: si podía terminar el semestre de otoño, pospondría el resto de la carrera, tendría el bebé y ya estudiaría más tarde. De alguna forma lo arreglaría todo, aunque tuviera que irme a vivir con mi madre.

—¿Y qué pasó?

Solté una carcajada ronca.

—¿Qué pasó? Cuando estaba de once semanas, un día que había ido a hablar con mi tutor, me empezó a... doler. Me levanté y vi sangre en la silla, en los pantalones... Llamaron a una ambulancia. Vino mi madre..., que ni siquiera sabía que estaba embarazada hasta que se presentó en el hospital.

Me abracé, frotándome los brazos.

—Dijeron que no había latido. Que se había ido. Alguien a quien amaba había muerto... Otra vez. E igual que me pasó con mi padre, no pude despedirme. Jamás pude abrazar a mi bebé. Estuve deprimida durante semanas. Me repetí a mí misma que me olvidaría de ti, que me olvidaría del bebé. —Me sequé las lágrimas, furiosa—. Era una zombi andante, y cada vez que te veía por el campus con otra chica, volvía a romperme en un millón de pedazos.

Soltó el aire y dejó caer la cabeza al tiempo que apretaba las manos contra los muslos.

—¡Dios! Me estás matando. —Su voz sonaba áspera, entrecortada.

—Fui descuidada y me comporté con despreocupación. Cometí un error, aunque me juré a mí misma que no me volvería a ocurrir. Mi madre me dijo que era lo mejor, que era la forma que tenía Dios de darme una segunda oportunidad. Tenía que concentrarme en lo que necesitaba, no en lo que quería. Y luego... conocí a Hartford. Y él me amaba.

Dax soltó el aliento de forma estremecedora.

—¡Joder! No puedo asimilarlo.

El silencio creció entre nosotros y se extendió hasta las estrellas.

Parecía que incluso el aire, pesado y denso por las emociones, contenía la respiración. Yo no podía sentir más pena, y él lamentaba todo lo ocurrido. Lo leí en su rostro cuando nos miramos bajo la luz de la luna. Ninguno de los

dos se movió, ninguno habló.

Quería correr a sus brazos y dejar que me consolara.

Quería que me abrazara, que me dijera que me amaba, pero no lo hizo.

«Porque nunca me había amado».

Gemí... Necesitaba su apoyo, ahora.

Me moví con rapidez, pasando junto a él, corriendo sobre la hierba mojada con los pies descalzos. Él se había quedado petrificado como una estatua; no se movió para detenerme.

Me deslicé dentro de la casa y regresé al salón. Con dedos temblorosos, eché sobre Malcolm, que seguía durmiendo, una manta que cogí del armario del vestíbulo y subí las escaleras. No me lavé la cara ni los dientes, ni me puse el pijama. Me dejé caer en la cama, me abracé a la almohada, la estreché contra el pecho, cerré los ojos y empecé a llorar.

Mucho más tarde, cuando me hube calmado un poco, se abrió la puerta y entró Dax. Aunque yo estaba de espaldas a la entrada del dormitorio, supe que era Dax porque todo mi cuerpo cobró vida y sentí la piel sensible, ansiosa de su contacto.

Levantó las sábanas, se metió en la cama y se amoldó contra mí. Me apretó la nariz contra la nuca al tiempo que me rodeaba la cintura con un brazo, con fuerza, como si no quisiera soltarme nunca. Deslizó la mano hasta la mía y entrelazó nuestros dedos.

—No puedo saber por lo que pasaste, pero ahora estoy aquí —susurró.

Contuve la respiración al notar que me entraban ganas de llorar otra vez, pero me tragué las lágrimas como pude.

Me besó el pelo.

Y, finalmente, nos quedamos dormidos.

Cuando me desperté el domingo, alrededor de las nueve, Dax ya no estaba en mi cama. Una parte de mí estaba contenta, otra no sabía qué estaba pasando.

Bajé después de ducharme y vi que ya había salido de casa. Había traído una cafetera y filtros, así como una bolsa de papel de Starbucks con cafés. Había otra bolsa con bollos sobre la mesa. Debía de haberse despertado temprano. Cogí un donuts de chocolate y me lo comí mientras miraba el jardín trasero.

Dax ya lo sabía. Le había contado lo del bebé. Le había confesado que había creído que estaba enamorada de él después de pasar tres días juntos, y,

por alguna razón que no podía explicar, me sentía aliviada. Ese secreto había sido mío durante mucho tiempo, por lo que habérselo dicho, aunque luego me resultara difícil volver a mirarlo, me hacía sentir más ligera.

Más tarde fui con Malcolm a la residencia de Lulu, donde la sacamos de la cama. Mientras mi hermano se iba al coche en busca de unas cajas para llevarlas a la habitación, yo le había contado a Lulu todo lo que me había ocurrido con Dax.

—Si te resulta muy difícil vivir con él, siempre puedes solicitar ser mi compañera de habitación el semestre próximo —dijo mientras abríamos las cajas y guardábamos la ropa en el armario.

—Carla no me lo perdonaría si la abandonaras por mí antes de que termine el curso. —Carla era su compañera de habitación, y también llevaban un tiempo siendo amigas.

Suspiró.

—Sí. Sigo esperando que decida mudarse con su novio, pero, por ahora, nada. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Pero, la verdad, dejando a un lado tus noticias, tienes buen aspecto.

—Malcolm está conmigo, tú estás a mi lado, me graduaré este curso y tengo algo de dinero ahorrado.

—También tienes a Hartford.

—Sí. —Como necesitaba cambiar de tema, cogí una camiseta con calaveras blancas y agujeros por todas partes—. ¿De verdad te pones esto para ir a clase?

Sonrió.

—Claro. ¡Y esta noche... pienso usar esto! —Me enseñó un minivestido con escote palabra de honor. Era negro, con rosas rojas y *pin-ups* bordadas en la tela. Era muy..., mmm..., llamativo.

—Muy bonito. ¿A dónde vas a ir?

Hizo un mohín.

—Querrás decir a dónde *vamos* a ir, ¿recuerdas? Mañana empiezan las clases, y es la noche de las chicas en Cadillac's. Se podría decir que ir se ha convertido prácticamente en una tradición.

—Solo fuimos una vez, en segundo —repuse en tono seco.

Chasqueó la lengua.

—Y también asistiremos esta noche, así que es mejor que busques un modelito que deje boquiabierto a todo el mundo y que me acompañes.

Prometo invitar a las copas.

—Er..., son gratis.

Resopló.

—Vale, pues seré quien las pida mientras tú charlas y bailas.

—No es un baile.

—¿No quieres ser la más guarra de Cadillac's? —preguntó con una mueca.

Le lancé una almohada.

—¡No puedo pensar en nada mejor!

—Tendrás buen aspecto —dijo entre risas—. Te lo prometo.

—Mentirosa. —Sonreí—. De todas formas, iré con Hartford; quiere quedar esta noche. Tiene rollos familiares durante todo el fin de semana.

Gimió.

—Vale, ve con el peludo de Hartford. De todas formas, me muero de ganas de salir y ver a todo el mundo, ¿sabes?

Arqueé una ceja, pensativa.

—No tengo nada que ponerme.

—Tienes el vestido de seda que usaste en Londres, el que conseguí que a Dax casi se le salieran los ojos de las órbitas; aunque esta vez lo combinaría con unos *stiletto*s.

—No, nada de tacones. Nunca más. —Hice una pausa—. Además, ¿no crees que es demasiado elegante para Cadillac's?

—No. Y menos cuando estará un chico británico de pelo azul que vendrá especialmente para vernos... —Soltó un chillido mientras agitaba las manos en el aire—. ¡Oh, Dios mío! No podía decírtelo. ¡Mierda! Spider lleva días enviándome mensajes de texto para que sea una sorpresa para Dax.

—¿De qué hablas?

Se rio y se acomodó en la cama, cruzando las piernas.

—Spider está a punto de llegar, y vamos a celebrar que Dax tiene una casa nueva. Se supone que Declan tiene que llevar a su hermano a Cadillac's, y que yo tengo que llevarte a ti.

—¿A mí? No lo entiendo. ¿Y por qué de repente te mensajeas con una estrella del rock? ¿Me estás ocultando algo?

Por su cara se extendió una sonrisa pícaro.

—Solo hemos intercambiado algún que otro mensaje.

—¿Cuántos exactamente?

Se encogió de hombros.

—Algunos... —dijo sonriente.

—Yo creo que tienes algunas cositas que contarme —dije con una mueca.

—Lo que tú digas, pero no es nada. Solo somos amigos. Él sigue enamorado de otra chica.

—Mmm...

—No pienses nada raro... —Sus mejillas se encendieron.

—Vale..., vale... Pero ahora no puedo dejar de preguntarme qué tramasteis vosotros dos mientras Dax y yo nos hacíamos los tatuajes... ¡Oh, mierda..., el tatuaje! Lleve el vestido que lleve, tiene que cubrirlo. —Hice un mohín.

Ella corrió a su armario y sacó un vestido corto de color verde lima con cuello *Mao*.

—Demasiado «brilli-brilli» para mí —dije, levantando las manos para protegerme los ojos.

—No, es elegante aunque parezca de putón, y el corpiño es lo suficientemente alto como para cubrir el tatuaje. —Lo sostuvo delante de mí para que lo estudiara. Era muy corto.

—Sabes que peso diez kilos más que tú, ¿verdad?

Me lo puso en las manos.

—Ten. Llévatelo a casa y pruébatelo con calma, y si te lo pones, que sea con algo de tacón.

21

DAX

—¿Qué demonios te está agobiando tanto, hermanito? Ni siquiera me estás mirando las manos —dijo Declan. Me había distraído por tercera vez y no había logrado protegerme de la patada lateral que me había dado en el pecho, lo que me había hecho terminar caído de culo en la esterilla de entrenamiento.

Me sacudí la ropa al ponerme en pie. Subí los puños para protegerme.

—Nada. Venga, inténtalo de nuevo, idiota. A ver si logras volver a darme.
—Estuve allí una hora, ayudándolo a entrenar. No era tan bueno como él, ni mucho menos, pero el que lo acompañaba de forma habitual estaba de vacaciones, y a Declan no le cabía en la cabeza perderse un día de entrenamiento, así que había recurrido a la segunda mejor opción: yo.

Se quitó los guantes.

—No, hemos acabado. Venga, vamos a tomar algo en la cocina.

—Vale —repuse, pero por dentro no sabía si soportaría algo más. Tenía las entrañas revueltas desde la noche anterior, y solo podía pensar en lo que Remi me había confesado.

Fuimos hasta la puerta trasera del gimnasio —que estaba repleto— y recorrimos un estrecho pasillo para entrar en su apartamento.

Elizabeth nos recibió en la cocina, donde nos ofreció un vaso de agua fría.

—¿Qué tal te va todo con tu compañera de piso? —preguntó mientras sacábamos de la nevera lo necesario para hacer sándwiches.

—Como la seda.

Hizo una pausa para lanzarme una mirada llena de extrañeza.

—Ah...

—¿Qué significa «ah»? —pregunté.

—Es solo que es una chica muy guapa y tú, un chico, y quizá me equivoque, pero noté algo de tensión entre vosotros. —Sonrió y me tendía una bolsa de patatas fritas—. O quizá fuera solo por esa enemistad que existe entre su prometido y tú por lo de las fraternidades.

—Se acostó con ella en Londres —murmuró Declan—. Y también se casó con ella de broma.

Elizabeth miró a mi hermano boquiabierta antes de darle un coscorrón en la

cabeza.

—¡Y me lo dices ahora! ¿Qué te pasa?

—Mierda, lo siento, se me ha olvidado. Cuando llegamos a casa nos entretuvimos y luego nos pusimos a ducharnos... Imagino que no he vuelto a acordarme. —Tomó un trago de agua—. Un hombre no sabe dónde tiene la cabeza cuando tú estás dando vueltas a su alrededor.

—Mmm..., supongo que sí. —Se inclinó y lo besó en la mejilla mientras él le rodeaba la cintura con un brazo para estrecharla con fuerza.

Miré mi sándwich. Es decir, me sentía feliz por ellos, como siempre, pero precisamente hoy...

Después del almuerzo, me convencieron para ir a Cadillac's esa noche y acepté, consciente de que necesitaba una buena dosis de diversión tras una semana muy dura. Fui a casa a eso de las cinco para ducharme y vestirme. El coche de Remi no estaba, y supuse que habría llevado a Malcolm a casa de su madre. Aparqué en la calle en vez de en el camino de entrada, que era el lugar habitual, pensando que resultaría más seguro que ella tuviera el aparcamiento que quedaba más cerca de la casa.

A las seis, me duché, me afeité y me puse unos vaqueros con una camiseta negra de los Vital Rejects que Spider me había regalado en Londres. Hice tiempo en casa, esperando a ver si llegaba Remi, pero no lo hizo. Se me ocurrió llamarla para invitarla a venir conmigo, pero al final pasé. No sabía muy bien en qué punto nos encontrábamos.

A las siete, fui a Cadillac's. Era un lugar de moda entre los universitarios, y pensaba que estaría hasta arriba de gente, celebrando que al día siguiente comenzaba el curso. Pero cuando traspasé el umbral, no estaban allí los clientes habituales.

—¡Sorpresa! —gritó todo el mundo desde cada rincón del local.

Casi me caí de culo. Las risas y los gritos resonaron a mi alrededor cuando la gente se agolpó para darme palmadas en la espalda y felicitarme por la casa nueva.

Todos estaban allí; Axel y algunos de los miembros de la fraternidad, algunas de las chicas, Declan y Elizabeth, mi padre, mi madrastra, muchas otras jóvenes que conocía de Whitman y... Spider, al que miré con los ojos como platos mientras avanzaba hacia mí, con una gorra de béisbol, unos vaqueros pitillo negros y la chupa de cuero gris.

Declan me puso un brazo sobre los hombros.

—Hermanito, todo esto es cosa de Spider. Quería agradecerte que lo hubieras cuidado tan bien durante el verano. Por cierto, cada persona ha traído un regalo de inauguración. Es una fiesta de verdad —añadió con una sonrisa.

Spider me la había jugado...

—Joder, tío —le dije—, ¿cómo coño se te ha ocurrido esto? —Lo miré fijamente con una sonrisa—. ¿Lo has hecho tú solo? No sé ni qué decir, y es difícil que me quede sin palabras.

Se encogió de hombros.

—Has sido mi sombra este verano, y Declan y tú sois mi única familia... Y, joder, quería volver a verte antes de comenzar la gira. —Sacó un grueso sobre del bolsillo—. Además, no había tenido oportunidad de darte esto.

Lo abrí y volví a mirarlo.

—No puedo aceptar este dinero. Esa apuesta la perdí; además, la pagué.

—No se trata de que hayas ganado o perdido... Bueno, quizá en parte sí, pero ¿por qué no? Considéralo un regalo de inauguración. Ahora tienes más capital para invertir donde quieras. —Se puso la mano sobre el corazón—. Además, herirás los pocos sentimientos que tengo si lo rechazas.

—Joder... Pues muchas gracias, tío. —Lo abracé con rapidez. Era demasiado, pero también era evidente que significaba mucho para él.

Seguí su mirada hasta la puerta. Allí estaban Lulu, Remi y Hartford, justo en la entrada. Los celos me recorrieron como un rayo, y me cambió el humor. Maldije por lo bajo mientras apartaba la mirada de ellos.

—¿Estás bien, Dax? —me preguntó Spider, mirando a Hartford con una expresión crítica. Luego curvó los labios—. ¿Es su novio?

—Prometido... —murmuré.

Arqueó las cejas.

—Si quieres, le doy una patada en ese culo flaco. Te apuesto algo a que con ese sí que puedo.

Me reí. Dios, lo había echado de menos.

—Estás loco...

—Ya... —convino con una triste sonrisa. Lo miré mientras sacaba una caja pequeña del bolsillo—. Bueno, hay algo más...

—¿Qué? No quiero más regalos, ¿vale?

Negó con la cabeza.

—Es para Remi.

Lo miré intensamente mientras las piezas encajaban en mi cabeza.

—¿Lo has encontrado? —Me había quedado boquiabierto.

El día después de que le robaran a Remi el brazalete, había llamado a todas las casas de empeño de Londres y de las localidades limítrofes buscándolo. No había tenido suerte, pero eso no me había impedido seguir intentándolo hasta que me hube marchado de allí.

Me lo puso en las manos.

—Joder, tío... Me dejaste instrucciones estrictas: «Llama todos los días». Y lo he hecho. Además, así tenía algo que hacer. Una de las casas de empeños me llamó ayer. Incluso han arreglado el cierre, que estaba roto. Debería habértelo dicho, pero quería sorprenderte... —Hizo una pausa—. ¿Está bien? Tienes una cara muy rara.

—No, es que sé lo mucho que le gusta. —Abrí el paquete y allí estaba el brazalete de Remi, rodeado de un montón de papel de seda.

Lo miré de nuevo.

—Es muy importante para ella. Gracias.

—Fuiste tú el que tuvo la idea. Ahora vuelvo. —Asentí moviendo la cabeza y él pasó a mi lado para acercarse a Lulu, que le estaba haciendo señas con entusiasmo.

Alguien me puso una cerveza en las manos, por lo que empecé a hacer brindis mientras saludaba a todo el mundo. Antes de nada, saludé a mi padre y a mi madrastra, ya que supuse que esta no era una de esas reuniones de la *jet set* a las que estaban acostumbrados y querrían marcharse lo antes posible. Me felicitaron, y mi padre incluso parecía complacido, aunque también me sometió a cientos de preguntas con respecto a cómo pensaba encarar el nuevo curso, si ya había comprado los libros necesarios y otras cuestiones de ese tipo.

Una hora más tarde, después de varias cervezas más, terminé sentado en un taburete charlando con Axel y Alexandria. Tomé un trago, aunque el alcohol estaba consiguiendo que me sintiera inquieto, en vez de relajado.

—¿Tienes algún plan para después? —me preguntó Alexandria con una sonrisa coqueta.

«¿Lo tenía?».

Dependía de Remi, en realidad. Quería hablar con ella sin que Hartford estuviera en los alrededores, pero no se había apartado de él ni un segundo.

Los busqué con la vista y los encontré cogidos de la mano al final de la

barra. Remi sobresalía de entre las demás chicas, preciosa con una especie de vestido verde y el pelo balanceándose contra su cuello.

Traté de llamar su atención, pero no miró en mi dirección; era como si estuviera evitándome. Supuse que estaba haciéndolo a propósito, y la ira me invadió de nuevo. Por supuesto..., ella era la chica que se protegía teniendo el mando sobre todas las cosas, y yo escapaba a su control.

Hartford me observó a su vez; sin embargo, entrecerró los ojos al notar que estudiaba a Remi. «¡Que se joda! Como si me importara...». Sonreí y levanté la botella.

«Puede que la tengas ahora, Omega, pero quién sabe lo que pasará mañana...».

Me ofreció una sonrisa altiva al tiempo que se inclinaba para besar a Remi en la cabeza. Apreté los puños. «Gilipollas...». Quería cargármelo.

—¿Eh? ¿Dax? —preguntó Alexandria.

Aparté la mirada de Remi.

—¿Qué?

Se rió y cerró los labios rosados alrededor de la pajita.

—Estaba diciéndoos que Bettina y yo iremos después a la residencia Tau, pero si no vas a estar tú, paso.

Le deslicé un dedo por el brazo.

—Quizá prefieras venir a mi casa.

«Es obvio que Remi está con Hartford, así que ¿a qué espero?».

Poco después, vi por el rabillo del ojo que Remi y Hartford se habían añadido al círculo de gente que estaba cerca de nosotros.

«No la mires así...», me advertí. Dios, odiaba verlos juntos. En ese momento, deseaba más que nada una reacción por parte de ella, algo que me dijera que era consciente de que yo estaba allí.

Lo que fuera.

Es decir, ¿cómo podía estar con él y fingir que no me había abierto el corazón la noche pasada?

Pidió una bebida y el camarero la puso en la barra delante de mí. La miré mientras se inclinaba para cogerla; su brazo rozó el mío.

Me estremecí.

—Perdón, lo siento. —La vi parpadear con rapidez, paralizada.

—Puedes tocarme todo lo que quieras, ángel —repuse con una sonrisa.

Cuando volvió al lado de Hartford, que estaba hablando con alguien, se giró

para mirarme con el corazón en los ojos.

—Ahhh... Es una mala costumbre. —Sonreí mientras miraba a la rubia que tenía al lado—. Remi, ¿te acuerdas de...? —Me interrumpí. ¿Cómo se llamaba? Joder, lo sabía hacía un minuto.

—Alexandria —dijo Remi secamente.

Me incliné para coger la mano de la rubia, y se la besé.

—Lo siento mucho. Demasiadas cervezas, pero te prometo que después solo diré tu nombre.

Ella se rio, y yo bajé la cabeza para besarla en los labios y deslizar la lengua en su boca. Gimió, y, justo cuando me rodeaba el cuello con los brazos, yo retrocedí, mirando a Remi.

«Va por ti», le dije con los ojos.

«Eres un cabrón», repuso de la misma forma.

Me mordí el labio inferior mientras recorría su vestido con la mirada hasta detenerme en las piernas. Luego alcé los ojos hacia los de ella. Arqueé una ceja.

«Como digas una palabra, te voy a besar a ti también», añadí con mi expresión.

Tenía la cara al rojo vivo y le temblaban las manos.

Pero ya no me importaba que le hiciera daño verme con una chica. Era ella la que me estaba matando.

Por un lado, quería hacer sangrar las heridas que sabía que teníamos los dos, porque, ¡joder!, quería algo más de ella que fingir que solo éramos conocidos.

No quería volver a ese juego de mierda que nos traíamos.

Lo rechazaba. ¡Por completo!

Quería que reconociéramos que el pasado había sido una mierda: solo entonces podríamos seguir adelante.

Metí la mano en el bolsillo y encontré la servilleta que me había guardado antes. Me levanté del taburete.

—Si me perdonáis, tengo que ir al cuarto de baño —dije.

Al hacerlo, tuve que pasar junto a Remi, y cuando nuestras manos se rozaron, le apreté la servilleta contra la palma.

—Esto es tuyo, ángel. Este contrato queda anulado, sin efecto. La próxima vez que te caigas en el regazo de alguien, recuerda: «No se puede ser solo amigos».

Sin mirar atrás, seguí hacia el estrecho pasillo que llevaba a los baños. Al entrar en la enorme estancia, vi que estaba vacía. ¡Gracias a Dios! Necesitaba recomponerme.

Di una patada a la pared de hormigón y luego me apoyé en ella mientras me frotaba la cara.

«Esos impulsos tuyos siempre acaban dándote problemas, Dax».

Y, en efecto, mi «problema» entró detrás de mí como yo quería, con los ojos azules brillantes por la ira.

Estábamos a punto de chocar con todas nuestras fuerzas.

Se aproximó a mí, y al andar se le movió el borde del vestido contra las piernas. Tenía la cara blanca, en gran contraste con el pintalabios, de un tono rojo y brillante. ¡Dios!, me moría por esos labios.

Mantuve la mirada baja. Esperando.

Se detuvo delante de mí y me tiró la servilleta a la cara. La vi flotar hasta el suelo, hasta que quedó a la vista la enorme X que había escrito en ella.

—Esto significaba algo para mí, aunque ya veo que para ti no.

Eché la cabeza atrás y me reí.

—¿Por qué? ¿Tiene valor sentimental? No tiene sentido, Remi. No necesitamos un contrato que diga que no podemos besarnos más. Tú estás con él, y yo voy a tirarme a esa rubia esta noche.

La vi tragar.

—Para.

—Para tú. Deja de meterte en mi cabeza. Deja de hacer que desee algo que no puedo tener. Deja de mirarme como si me quisieras. Deja de romperme el corazón por el bebé... —Me di un golpe en la sien antes de apoyar la frente sobre la de ella.

Tenía los labios apretados.

—Dax, me lo preguntaste. ¡Joder! Has sido tú el que me ha presionado.

Dejé caer la cabeza, recordando la emoción, el jodido aluvión de sentimientos de la noche pasada.

—Lo sé, lo sé... Y siento que hayas pasado por eso sin mí, lamento haber sido tan imbécil. Lo siento. No se me dan bien las relaciones. Lo siento, no puedo ser como quieres. Siento haberte pisoteado el corazón, haberte hecho llorar. Lo siento muchísimo. Perdóname, ¿vale?

Gimió al oírme, y me puso una mano sobre el corazón.

—Ya lo he hecho.

Puse a mi vez una mano sobre la de ella, por irónico que fuera, justo encima de donde tenía su nombre tatuado. Con la otra le acaricié el pelo, enredando los dedos entre los mechones.

—Estás temblando —comentó.

—Porque te deseo tanto que no puedo respirar.

—Yo tampoco puedo respirar —susurró.

Le tiré del pelo hacia atrás, haciendo que abriera la boca. Me incliné para pasarle la lengua por el cuello expuesto. Se lo chupé, gimiendo ante su sabor.

—Esto es lo que necesito —susurré con un hilo de voz.

Se apoyó en mí; sus tetas se apretaron contra mi pecho.

Capturé su boca con la mía. Con intensidad.

Nuestras lenguas se encontraron, y nos besamos como si estuviéramos muertos de hambre. Pegamos nuestros labios mientras dejábamos que nuestras manos vagaran por todas partes.

Me alejé de su boca y lamí su cuello, su clavícula. Le desabroché el vestido y se lo bajé por los hombros hasta que pude ver mi nombre en su piel. Besé su tatuaje.

—Ojalá recordaras cómo te reías cuando te lo hicieron.

Apretó la cara contra mi pecho.

—Creo que sí que me acuerdo. Y no me arrepiento nada.

Levanté su cara y la volví a besar. Esta vez con más lentitud, sin querer dejarla ir.

Llegaron voces desde el pasillo cuando pasó alguien.

—La puerta... —dijo entre besos—. ¿Y si entra alguien?

—Me importa un carajo.

Le bajé la cremallera que el vestido tenía en un costado y tiré de él hasta que cayó al suelo. Le apreté los pechos, sacándoselos del sujetador de encaje, aunque no se lo desabroché. Concentré mis labios en uno mientras le acariciaba el otro con los dedos. Cuando enderecé el cuello, la apoyé contra la pared, me puse de rodillas y le bajé las bragas. Inhalé su aroma al tiempo que le acunaba la cintura con las manos.

Noté que se estremecía cuando encontré su clítoris con la lengua.

—Dax —suspiró.

La necesitaba. La deseaba. Era lujuria... Amor. Todo junto. Quería que fuera mía.

Era mía. No de él.

—Por favor... —gimió mientras le cogía las piernas por detrás para acercarla más a mí y le recorría los muslos con la nariz para regresar luego a su coño. Me apoyó una pierna en el hombro para que llegara mejor.

—Mírame —ordené.

Entreabrió los ojos; ahora ardía en ellos un fuego diferente.

Mientras la miraba, reemplacé la lengua por la mano y extendí su humedad con los dedos, con lentitud, con ternura.

—Aquí. Aquí es donde quiero estar ahora mismo.

Hizo girar sus caderas para frotarse contra mis dedos.

—¿Quieres más? —pregunté—. ¿Más fuerte?

Asintió al tiempo que ponía la mano sobre la mía y apretaba.

Siseé, dándole lo que pedía.

—Esta eres tú de verdad, Remi. Caliente, preparada, ansiosa de mí... Deseando que haga que te corras. ¿Alguna vez has tenido esto antes? ¿Lo tienes?

—No —gimió mientras su pecho se elevaba.

—Buena respuesta. —Me levanté y la besé. Nuestras lenguas se acariciaron. Con la otra mano, me quité la camiseta y la lancé encima de su vestido.

—Te necesito —susurró, frotándome el pecho con la mano y bajando hasta las caderas—. Fóllame.

—Di mi nombre. —Cerré los ojos ante la necesidad que había en su voz y volví a acariciar su sexo, frotando el clítoris con el pulgar.

Noté que se estremecía.

—Dax. Tú, siempre tú. Siempre...

Apoyé la frente en la pared, sin aire ante sus palabras.

Me tiró del pelo hacia atrás hasta que nuestras caras quedaron al mismo nivel.

—¿Qué voy a hacer? No puedo detener lo que siento por ti —dijo.

Nos miramos a los ojos profundamente, pensando los dos en el pasado que compartíamos.

Había sido un fracaso la primera vez; ¿tendría ahora lo que ella deseaba?

«¿Lo que necesitaba?».

Hice lo único que sabía: la toqué, la poseí, moviendo los dedos hasta que abrió la boca entre convulsiones, arqueando la espalda.

—Sí, cariño, sí —susurré contra su boca.

Se corrió, tensó los músculos. Sus jadeos me parecían música, y no me perdí ni un instante; grabé esa imagen en mi mente. Sus ojos brillaron mientras susurraba mi nombre. Una vez, otra, otra más.

Luego, algo aturdida, se apoyó en la pared.

Me puse la camiseta, recogí el vestido y la ayudé a ponérselo. Cuando se lo abroché, le apoyé las manos en los hombros. Me sentía dolorido. Todavía necesitaba algo, y no era solo correrme.

Se atusó el pelo, mirándose en el espejo, mientras yo me peinaba con los dedos a su lado.

Recogió el bolso del suelo con manos temblorosas, lo abrió y sacó el lápiz de labios. Vi que se pintaba con los ojos vidriosos.

Luego se volvió hacia mí con una mirada apagada.

—No podemos volver a hacer esto. No sé enfrentarme al dolor que viene después.

—Lo sé.

Se le humedecieron los ojos. ¡Joder!

«¡No puedes ser lo que ella quiere!».

Metí la mano en el bolsillo para sacar la caja donde estaba el brazalete. Ella se quedó sin aliento cuando la abrió y me miró.

—¿Cómo...? ¿Cuándo...?

Permanecí en silencio mientras se lo ponía en la muñeca y le abrochaba el cierre.

Le sequé una de las lágrimas.

Ella me cogió la mano y me besó ese dedo.

—Vete —susurré.

Cerré los ojos y conté hasta cinco. Cuando los abrí, ella se había marchado.

22

REMI

Saber que él iba a acostarse con Alexandria, saber que él me deseaba pero que no quería desearme hizo que tuviera ganas de arrastrarme a un rincón a llorar, pero mi mente no me lo permitió.

«Usa ese dolor para ser más fuerte. Usa esa angustia para hacerte más sabia».

Con ese mantra en la mente, atravesé el *pub* y me obligué a pararme a hablar con algunas personas que no había visto en todo el verano. Me preguntaron sobre mi relación con Hartford, y yo cambié de tema, o me disculpaba diciendo que había visto a alguien.

Dax apareció por fin en el pasillo, pero su expresión era gélida como un bloque de hielo.

Sus ojos se encontraron con los míos, pero apartó la vista con rapidez. Lo observé mientras se abría camino entre la multitud; su cabeza sobresalía por encima de la mayoría de las demás. Se detuvo a unos metros de mí y se quedó inmóvil, como si estuviera debatiendo consigo mismo, y luego se dirigió a las mesas de billar que había en la parte de atrás. Le rodeó a Alexandria la cintura con un brazo cuando estaba a punto de darle a la bola con el taco, lo que la hizo chillar. Luego ella se giró y se rio mientras él se inclinaba para enseñarle a apuntar mejor.

Me puse rígida cuando me miró de nuevo. Como si estuviera acechándome.

Lulu se acercó a mí y clavó los ojos en el tequila que había pedido en un impulso.

—Mmm..., las dos sabemos que no deberías beber eso.

—Sin embargo, estoy haciéndolo —dije en tono seco—. Torturándome a mí misma. En más de una forma, por lo que veo. Menos mal que aquí no hay tacos.

—¿Dax?

Asentí mientras desviaba la mirada de nuevo a la pareja. Alexandria había lanzado y se había acercado al panel de madera que revestía la pared. Estaba delante a él, y apretaba la espalda contra su pecho. La imaginé fundiéndose con él, como siempre que pensaba en que estaba con otras chicas.

«No los imagines juntos».

Contuve el aliento, deseando no mirarlos, pero no podía detenerme. Quería acercarme a Alexandria y arrancarle los ojos. Y quizá también tirarle del pelo.

Lulu, evidentemente, los había visto también. Me apretó la mano.

—Bah, es Alexandria... Ya sabes: las chicas con nombres de cinco sílabas son todas unas zorras. No falla. Comprobamos la teoría en primero, cuando conocimos a Eva Maria.

Esboqué una sonrisa.

—El mío tiene tres sílabas.

—Porque solo eres una zorrita —aseguró.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Brindamos con las bebidas, y yo vacié la mía. Levanté el vaso en el aire.

—Parece que necesito más.

Hartford me encontró cerca del final de la barra con otro tequila en la mano. Al ver que se acercaba, forcé una sonrisa. Me fijé en que llevaba una camisa azul pálido que hacía resaltar su pelo rubio y unos pantalones cortos de cuadros muy elegantes cuando se sentó en un taburete a mi lado. Parecía tenso. Ir a una fiesta en honor a Dax no era su idea de pasarlo bien. Solo estaba allí porque yo se lo había pedido.

—Hola, has estado desaparecida bastante tiempo —dijo.

—Sí. He ido al baño y luego me he pedido algo. —Acabé lo que quedaba de chupito.

—No parece muy propio de ti. —Antes le había dicho que no pensaba beber porque las clases empezaban al día siguiente y quería estar despejada. Me retiró el pelo de la cara para poder verme con más claridad. Cuando me rozó la cara con los dedos, suspiré; el calor que emanaba su cuerpo me resultaba agradable, seguro y familiar. Me deslizó las puntas de los dedos hasta los labios—. Lo cierto es que, si me lo preguntaran ahora, Remington, no sé si podría decir que te conozco.

Había una extraña tristeza en sus ojos.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Eché una mirada al pasillo donde se encontraban los baños.

«¿Nos ha visto?».

—¿Te refieres a que he cambiado desde que nos tomamos un descanso o a

que nunca me has conocido?

Apretó la cerveza que sostenía, luego tomó un buen trago y la dejó con cuidado, como si estuviera pensando cada movimiento.

—En realidad las dos cosas. No lo sé. Es decir, vuelves de Londres con ese peinado salvaje y una actitud diferente. No eres la chica femenina y suave que conocía, es como si fueras un polvorín a punto de estallar. —Hizo una pausa—. No me miras de la misma manera.

Me puse delante de él, colocando mis rodillas entre las suyas, pues no quería que nadie pudiera escucharnos.

—Entre nosotros hay un abismo, en algún sitio... Y tú te has dado cuenta. Pero de repente, quieres que lo repare.

Me puso la mano en la nuca.

—Dime: ¿quieres volver conmigo?

«Quiero al chico que puede hacerme feliz».

—Han cambiado muchas cosas.

—Yo no. —Me apresó el pelo con la mano y, por un momento, me miró fijamente, buscando mis ojos—. Todavía te amo, Remi, me da igual lo que hayas hecho.

«¿Qué quiere decir con eso?».

Me besó. Sus labios estaban fríos, y su lengua, amarga por la cerveza.

—Termina eso y vayámonos de aquí —me dijo cuando nos separamos—. De todas formas, casi nadie me cae bien. —Lanzó un billete a la barra para pagar mi tequila.

Parpadeé ante su prisa, y recorrí la estancia en busca de Dax.

—¿No te parece una grosería irnos tan pronto?

—Quiero estar a solas contigo.

Ahora no. No podría después de estar con Dax. No podía.

—Hartford... —Mi voz era vacilante. Me toqué el brazalete, y él abrió mucho los ojos al verlo.

—¡Remi! ¿Dónde lo has encontrado?

Bajé la vista. Me dolía el corazón. Dios..., aquel momento en el cuarto de baño.

—Dax...

Frunció el ceño.

—¿Cómo ha recuperado tu brazalete?

—Er... Me lo ha dado esta noche... No lo sé.

—¿En serio? —Clavó los ojos en mis labios.
Me los lamí, sabiendo que estaban hinchados.

—No me lo ha contado.

—¿Te lo ha dado sin más?

Me encogí de hombros.

—¿Cuándo? —insistió.

—Antes. En el pasillo.

«Estás mintiendo...».

Esto no estaba bien. No podía hacerle algo así a él; yo estaba siendo una persona horrible.

Me cogió de la mano y me ayudó a bajar del taburete. Había cierta urgencia en sus movimientos mientras me llevaba a lo largo de la barra.

—Espera... —pedí cuando estábamos delante de la salida—. ¿No deberíamos despedirnos de Dax? A fin de cuentas..., es su fiesta.

Hartford apretó los labios, pero asintió y se puso a escudriñar la habitación hasta que detuvo los ojos en las mesas de billar. Nos dirigimos hacia allí cogidos de la mano. Noté que a cada paso que nos acercábamos a Dax, Hartford estaba más tenso, como si algo estuviera bullendo en su interior. Burbujeando...

Dax nos miró con los párpados entornados.

—Hemos venido a despedirnos —dijo Hartford, deteniéndose delante de él—, aunque es probable que nos veamos muy pronto.

Dax arqueó una ceja ante el tono frío de su voz.

—¿Y eso?

—En tu casa... Allí vamos ahora. —Me rodeó con un brazo—. Sin embargo, es posible que desees darnos un poco de privacidad. Remington y yo tenemos que ponernos al día ahora que Malcolm se ha marchado a casa. Remi está muy preparada para ello esta noche... No puede apartar las manos de mí. —Me miró de reojo—. ¿Me entiendes?

—Ya veo. —Dax palideció, y sus nudillos se quedaron blancos cuando cerró los dedos con fuerza alrededor del taco de billar. Sus ojos grises se encontraron con los míos.

—Vámonos —intervine, horrorizada por las palabras de Hartford. Lo cogí del brazo—. Por favor.

Él me ignoró.

—Y gracias por recuperar el brazalete de Remi.

Dax se puso tenso, y clavó los ojos en mi muñeca.

—Es un poco extraño tomarse tantas molestias con alguien que te encuentras en Londres de forma casual. Me refiero a que tienes que haber estado en contacto con la policía, ¿no? ¿Con las casas de empeños?

El rostro de Dax era una máscara, y se controlaba con firmeza.

—Noté lo mucho que lo echaba de menos. En Londres estaba muy triste...
—Hizo una pausa. Un rubor le cubrió los pómulos— por ti, gilipollas.

Hartford torció los labios.

—Creo que tienes un problema con mi chica. Mantente alejado de ella.

—No es tuya. Solo está contigo —repuso Dax con suavidad.

Hartford dio un paso adelante entrando en el espacio de Dax.

—Sabía que dejar que se mudara contigo era una mala idea —dijo en tono brusco—. Se irá de esa casa. Esta misma noche.

Me sentí mareada. Hartford estaba perdiendo el control.

Dax tampoco se quedaba atrás, y miraba a Hartford con una expresión de advertencia.

—Estás entrando en un terreno peligroso, Omega. Detente o acabaré haciéndote daño. Tienes suerte de que no te haya machacado ya.

—Hartford —lo llamé con un hilo de voz—. Me voy contigo o sin ti. —Me di la vuelta y avancé a grandes zancadas hacia la puerta. Si él no venía, iría andando, llamaría a un taxi o volvería a buscar a Lulu.

Oí que le murmuraba algo más a Dax, pero luego me siguió al coche.

Me puse el cinturón de seguridad mientras él se sentaba detrás del volante.

—Reming...

—No digas nada. Llévame a casa. Ahora.

Clavó los ojos en el parabrisas delantero.

—Te he visto seguirlo al cuarto de baño. Tenías el vestido arrugado cuando has vuelto a salir. No soy estúpido.

Me puse lívida.

—Er... Lo siento.

Apretó los dientes.

—¿Qué fue lo que pasó en Londres?

Tomé aire de forma entrecortada.

—Me acosté con Dax.

—¡Joder! —Lo vi golpear el volante con el puño varias veces y me estremecí. Cuando se detuvo, su pecho subía y bajaba—. Mierda, supe que

pasaba algo cuando estuvimos en su casa. No te puedo creer, y él... —Se frotó la cara—. Tengo que salir de aquí.

Puso en marcha el motor y salió del aparcamiento haciendo chirriar las ruedas.

Ninguno de los dos dijo una palabra durante el viaje. La tensión era casi tangible. Notaba la cara caliente y apretaba los reposabrazos con las manos mientras miraba por la ventana. En cuanto el coche se detuvo delante de la acera, me desabroché el cinturón de seguridad y salí.

Él me imitó con rapidez, siguiéndome con largas zancadas mientras casi corría hacia la puerta principal.

—No te vayas así. Tenemos que hablar —dijo con la voz tensa.

Negué con la cabeza al tiempo que buscaba las llaves a tientas.

—No. No... puedo. Los dos estamos demasiado enfadados. Vete a tu casa.

—¡Has estado con él! —gritó—. Siempre habías actuado como si apenas lo toleraras. Me has estado mintiendo desde que regresaste de Londres. ¡Te lo has estado tirando desde que te mudaste!

Me di la vuelta para enfrentarme a él.

—¡Hartford, me dejaste! ¡Querías que nos tomáramos un descanso, y accedí! No sabía que tuviera que cumplir ninguna regla. —Negué con la cabeza mientras daba un paso atrás, intentando calmarme. Seguramente nos estaban oyendo los vecinos—. Por no decir que publicaste en Instagram una foto en la que aparecías con una chica en la que debía ser nuestra noche de bodas. ¿Cómo crees que me sentí cuando la vi?

—No estaba con ella. ¡Solo podía pensar en ti! Me sentía confuso, asustado... —gimió—. He cometido un error.

Lo creía, pero daba igual.

—¿Estás... estás enamorada de él?

Respiré hondo.

—No puedo explicarte qué es, pero entre nosotros... hay algo.

«Dios mío, me estaba callando tantas cosas...».

En su rostro apareció una expresión de angustia.

—Basta... —gimió, mesándose el pelo—. Esta mierda me está destrozando.

—Lo siento.

Se apartó de mí y recorrió el patio.

—Se supone que debemos estar juntos. Somos perfectos, tú misma lo has dicho un millón de veces. —Se detuvo para mirarme—. ¿Ya no me amas?

—Sí —susurré. Pero ¿era de la forma correcta?

Pasó un buen rato. La respiración se me aceleró al notar el creciente dolor en sus ojos.

—Lo siento mucho, Hartford. Debería haberte hablado de Dax en cuanto nos vimos en Londres.

Se acercó con una actitud vulnerable.

—Todo esto es culpa mía. No debería haber roto contigo. Te aparté de mí sin pensar en lo que harías... —Se interrumpió y me miró fijamente durante un buen rato, y luego ahuecó sus cálidas manos alrededor de mi cara—. Sigo amándote, Remington. Tenemos algo bueno. —Me besó con dulzura, con urgencia, como si quisiera hacérmelo entender.

Cuando nos separamos, su mirada era febril.

—Yo te he puesto en esta situación. Ha sido culpa mía.

Fruncí el ceño.

—Hartford, siento algo por él...

—No es un buen chico. Lo sabes.

Cerré los ojos y volví a abrirlos.

—Tengo que decirte algo más. No lo sabes todo. —El dolor se había apoderado de mí—. Dax y yo nos acostamos antes de que te conociera. En primero. Y... y me quedé embarazada. Perdí al bebé.

Pareció sorprendido, pero me rodeó con sus brazos.

—Dios —jadeó—. No sé qué decir. Debió de ser algo horrible.

Asentí antes de enterrar la cabeza en su pecho. Me abrazó con más fuerza al tiempo que me acariciaba el pelo. Parecía que su ira se disipaba a medida que pasaban los segundos.

—Estás confusa —dijo más tarde—. Acompáñame a casa. Dormiré en el sofá y hablaremos de todo cuando nos hayamos calmado. —Me apretó el hombro para tranquilizarme.

—No puedo ir a tu casa contigo —susurré, pero una parte de mí no quería estar aquí si Dax iba a llevar a Alexandria.

Asintió.

—Vale, entonces vámonos al *diner* de Minnie's y tomemos un café, como solíamos hacer cuando nos conocimos. Podemos hablar, como amigos, y aclarar todo esto.

Solté un largo suspiro. Eso sonaba bien. Le debía mucho, la verdad.

—Vale —me rendí.

23

DAX

Estaba dentro del coche, que había aparcado en la calle, cuando salieron. Los observé con la misma atención que en el momento que se alejaron de mí en Cadillac's. Estudié el rostro de Remi a través del parabrisas, preocupado por si le había hecho daño. No debería haber perdido la paciencia con él, pero se trataba de Remi...

Me había despedido de mis amigos apresuradamente, les había agradecido su presencia y me había marchado, conduciendo hasta mi casa como un loco.

Me había dado igual que la fiesta fuera en mi honor..., ya habría otras.

Cuando vi que se abrazaban, me pareció que estaba viviendo una película de terror, y noté que se me revolvía el estómago. ¡Joder! Verlos en un momento tierno hacía que me sintiera como si me estuvieran partiendo por la mitad.

No sabía qué estaban diciéndose, pero era evidente, por su lenguaje corporal, que se preocupaban el uno por el otro. Y, luego, ella se fue con él, cogida de su mano. Apreté el volante al ver que Hartford abría la puerta de su coche y la ayudaba a entrar.

Cuando desaparecieron las luces traseras, aparqué el coche en el camino y salí. Entré y encendí la luz del salón antes de recorrer la casa, que me parecía un infierno. Luego me dejé caer en el sofá y puse la tele, aunque empecé a hacer *zapping* sin saber realmente qué quería ver.

Mi cabeza seguía dando vueltas.

Lleno de ansiedad, me levanté bruscamente, fui a la cocina, llené un vaso de agua y lo apuré de un trago. Luego me limpié la boca, mientras sopesaba qué debía hacer.

¡A la mierda! Quizá debía presentarme en casa de Hartford.

«¡Ni se te ocurra! Ese comportamiento sería propio de un acosador», me dije.

¡Joder!, pero cuando se trataba de Remi, no me importaba. Esa chica hacía que me comportara de una forma que no era propia de mí. Me convertía en alguien que no reconocía. Me hacía sentir jodidamente ridículo.

Me puse a jugar con las llaves. Sería muy fácil encontrar su dirección en

Google.

«Pero Remi no es tu novia. Deja de meterte en su vida».

Me di otra ducha, una muy larga. Cuando salí, me estaba sonando el móvil. Miré la pantalla; era Alexandria. Lancé el teléfono de nuevo sobre la cama. Esa no era la chica que me interesaba.

Regresé al salón, apagué todas las luces y me dejé caer en el sofá para ver lo que fuera.

A medianoche, empezó *Romeo y Julieta*, la versión de Baz Luhrmann. Menuda película más estúpida. Tenía que haber algo mejor; incluso prefería ver las noticias.

Pero seguí viéndola, recordando lo ocurrido en Londres.

Entonces, Remi abrió la puerta y entró en el vestíbulo. Se detuvo bruscamente cuando me vio. Se frotó los ojos, dejándose unas rayas negras de rímel en las mejillas, mientras miraba a su alrededor. Parecía aturdida.

—La luz estaba apagada. He supuesto que estabas durmiendo.

Asentí y le quité el sonido a la televisión.

—¿Dónde has dejado a Hartford? —Clavé los ojos en su mano, buscando el puto anillo de compromiso. Allí seguía.

—Se ha ido a casa.

Me enderecé.

—No te habrá hecho daño, ¿verdad?

Negó con la cabeza con expresión compungida.

—¿Dónde está Alexandria?

—No lo sé. Conmigo no.

Pasó un buen rato.

—¿Vas a mudarte? —pregunté.

—No —repuso.

Asentí. Quería preguntarle qué más había pasado con Hartford, pero me daban miedo las respuestas.

Se acercó y rodeó el sofá para sentarse a cierta distancia.

—¿Quieres ver la tele conmigo? —pregunté, notando la esperanza que se me filtraba en la voz. No me importaba.

—Sí —dijo con un suspiro.

—Ven aquí. —Hice un gesto con la mano y ella se deslizó hasta mi lado. Se acomodó poniendo las piernas debajo del cuerpo.

—He visto cien veces esta película con Malcolm —comentó, apoyando la

cabeza en mi hombro mientras veíamos cómo Romeo besaba a Julieta en la fiesta de disfraces—. El principio es mi parte favorita. Cuando él la ve y quiere saber quién es.

Le acaricié el pelo, jugando con sus mechones.

—Se van a enamorar locamente —dije, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Y van a casarse en secreto en una iglesia... —añadió ella en voz baja, concentrándose en la película.

—Pero no se dan cuenta de lo que está a punto de venirles encima.

—¿El qué?

—Ella se va... y muere. Luego, él también muere porque no puede vivir sin ella. El amor es una mierda.

—Lo sé. —Cerró los ojos y se dejó llevar por mis caricias. Hacía un rato ya que yo no veía la película; la necesidad de observarla a ella era demasiado intensa.

Se acurrucó más, poniéndome la mano sobre el corazón, trazando las líneas que hacía el tatuaje debajo de la camiseta. Me incliné para que nos acomodáramos mejor, de modo que los dos terminamos tumbados con las cabezas apoyadas en un cojín en el sofá, con su espalda apoyada en mi pecho. Cuando le rodeé la cintura con el brazo, ella entrelazó los dedos con los míos.

La película transcurrió lentamente, una escena tras otra, dos amantes predestinados por el universo pero separados por el mundo.

En el momento en que la película terminó, Remi se había quedado dormida hacía tiempo, y yo notaba el suave subir y bajar de su pecho contra la mano.

Le froté el hombro.

—Cariño, tienes que irte a la cama.

¡Dios!, no quería que se fuera. Podría haber seguido abrazándola para siempre.

—De acuerdo... —murmuró ella, aunque no se movió.

—Como sigas aquí, serás la que parece zombi el primer día de clase —susurré.

Su respuesta fue un suave ronquido.

Tenía una expresión serena, con las pestañas arrojando sombras oscuras en sus mejillas. Me permití besarla en los labios, solo un roce. Luego me aparté. Me incorporé sin molestarla hasta que pude levantarme.

En ese momento se movió y se dio la vuelta con una mirada de confusión.

—¿Se ha terminado?

Asentí, me incliné y, igual que en el club de Londres, la cogí entre mis brazos y la alcé desde el sofá. Ella ocultó la cabeza en el hueco de mi cuello mientras la subía por las escaleras hacia su dormitorio.

La llevé a la cama, la cubrí con las mantas y me marché.

Al día siguiente me levanté a las seis, fui a la panadería en busca de algo para Remi, regresé y me duché. Tenía a las ocho la primera clase y salí de casa a las ocho menos cuarto. La de las doce me daría unos créditos que necesitaba de ciencias, así que había optado por zoología. Como alumno de último curso, podía apuntarme de los primeros y elegir profesor, así que había escogido lo más fácil.

Me dirigí a la facultad de ciencias Fanfield. Cuando entré en el aula, Remi estaba sentada en la primera fila, escribiendo los datos que la profesora había anotado en la pizarra previamente. Todavía era temprano, y la mayoría de los asientos estaban vacíos porque la profesora todavía no había llegado.

Me senté justo detrás de ella.

—Desde la primera fila la vista es diferente, extraña.

Me miró sorprendida mientras un lento rubor inundaba sus mejillas.

Arqueé las cejas, feliz de haberla encontrado allí.

—¿Me has echado de menos?

«Vale, vale... Finge que anoche no la metiste en su cama como si fueras una nenaza cualquiera...».

—N-no... —tartamudeó—. Es decir, sí. No te he visto esta mañana. Gracias por traerme el desayuno y, de nuevo, por recuperar mi brazalete. No sé muy bien qué ha sido lo que has hecho para encontrarlo, pero simplemente saber que te has preocupado por ello significa mucho para mí. Y gracias también por haberme llevado anoche a la cama. Supongo que estaba agotada.

—De nada.

Sonrió de tal manera que parpadeé. Había en ella algo diferente.

Estiró el brazo para coger su mochila y el cálido aroma a vainilla dulce que emanaba de ella me inundó las fosas nasales. Se había puesto unos vaqueros ceñidos de color amarillo y una camiseta de flores con bastante escote. Alrededor de su cuello brillaba un hilo de perlas, que colgaba sobre el nacimiento de sus pechos. Revolvió en la mochila con la cabeza inclinada, lo que hizo que tuviera una clara vista de su sujetador blanco de encaje, y de su tatuaje... Contuve un gemido mientras intentaba acomodarme en mi silla; me

apretaban los vaqueros. Posiblemente me vendría bien una ducha fría después de la clase.

Me miró cuando se incorporó de nuevo.

—¿Qué te pasa? Pareces... muy raro.

—Se supone que deberías decir que estoy muy sexy. —Mientras siguiera bromeando con ella, todo iría bien.

Hizo un mohín.

—Oh, oh..., ¿en qué estabas pensando?

La miré con los párpados entrecerrados, sin importarme lo más mínimo si salía con Hartford.

—En sexo, en galletas de mantequilla con azúcar glas, en sexo, en un sándwich para almorzar, en sexo, en más sexo, en la mesa de la cocina, en el sofá, en el jardín... —Me humedecí los labios—. En ti...

Se le pusieron las mejillas al rojo vivo.

La profesora entró en ese momento y comenzó a pasar lista. Repartió el programa de la asignatura entre los alumnos de la primera fila para que lo pasaran; cogí varios y lo entregué a los compañeros de la fila de atrás, notando que la clase se había ido llenando lentamente, aunque no me hubiera dado cuenta.

¿Cómo iba a poder atender a esta clase con Remi a mi lado?

24

REMI

¿Cómo demonios iba a poder atender a las explicaciones de la profesora con Dax sentado detrás de mí?

Durante la hora siguiente, le eché varias miradas furtivas mientras él atendía a lo que decía la profesora. Apunté algunas cosas en el cuaderno, aunque no podía negar que estaba completamente distraída. Dax llevaba una camisa del mismo color gris que sus ojos, vaqueros y sandalias de cuero; resultaba tan atractivo como un modelo.

Una de esas veces, levantó la vista y nuestros ojos se encontraron, lo que hizo que se me acelerara el corazón. Era una situación extraña, y no sabía cómo reaccionar. Sin embargo, habíamos visto una película juntos y él me había llevado a la cama.

Cada vez estaba todo más liado.

«Es algo temporal, Remi. Dax desea tu cuerpo, pero no tu corazón».

Y... ¿eso me parecía bien?

La profesora siguió hablando mientras yo pensaba en Hartford y lo que había ocurrido la noche anterior. Habíamos ido a tomar un café y le había contado todo lo relacionado con el embarazo y con Londres, dejando a un lado, eso sí, los detalles más íntimos que podían hacerle daño de forma innecesaria. Me había escuchado con una atención que aprecié mucho.

Le había dicho que habíamos terminado, que era lo que debería haber hecho cuando se presentó en Londres. Desde el momento en el que me había dicho que quería tomarse un descanso y vi a Dax, habíamos terminado, pero no me había dado cuenta claramente hasta la noche pasada. Al final, quizá había sido bueno que nos hubiéramos peleado y aclarado las cosas. Ya no había secretos entre nosotros; él sabía cómo me sentía. Era el final.

Cuando terminó la clase, me levanté y esperé a que Dax recogiera sus cosas. Sonreí cuando me miró.

—Estaba pensando en ir a tomar un trozo de pizza al centro de estudiantes.
¿Quieres venir conmigo?

Dudó, pero asintió, con una sonrisa creciente en la cara.

—¿Lo dices en serio?

—Quiero hablar contigo. De algo importante.

Me miró con ternura.

—Claro que sí. Me encantaría.

Sonreí, sintiéndome muy tímida.

—Incluso, si no quieres pizza, podemos ir a Panera.

Se rio. Su risa fue un sonido cálido que envió un hormigueo a cada célula de mi cuerpo. ¡Dios!, quería estar a solas con él. Quizá después del almuerzo podríamos regresar a casa y...

—Remi —me llamó una voz masculina desde la puerta. Cuando me volví hacia el sonido, vi a Hartford mirándome—. Hola, solo pasaba por aquí y...

—Vio a Dax y se interrumpió con una expresión tensa—. ¿Te he pillado en un mal momento? —Me recorrió de arriba abajo, evaluándome.

Dax soltó el aire, y noté que le palpitaba un músculo en la mejilla.

—No. Yo ya me iba.

Abrí la boca para decir algo, pero no me salió ni una palabra. Estaba en un terreno inexplorado.

Dax se alejó a toda prisa, sin mirarme.

Me acerqué a Hartford, que me hizo una mueca.

—No me he dado cuenta de que estabais hablando. Solo te he visto y me he preguntado qué tal estarías. Estuvimos hablando hasta muy tarde...

Sonreí de medio lado.

—No pasa nada. ¿Qué tal todo? ¿Te gustan las clases?

Estuvimos charlando unos minutos, sin saber muy bien qué decir.

De repente recordé algo, me puse a revolver en el bolso y saqué el anillo de compromiso.

—Anoche me olvidé por completo de devolverte esto.

Parpadeó, antes de mirarme con tristeza.

—Quédatelo.

Fruncí el ceño.

—No puedo hacerlo.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—No lo quiero. Tíralo o, al menos, véndelo y recupera parte de los gastos de la boda. Estoy seguro de que no has podido devolver el vestido.

Me mordí el labio.

—No. Guárdalo y, cuando encuentres a la chica con la que debes estar, cámbialo por otro.

Porque yo no era esa chica.

Se lo apreté contra la palma de la mano, y me cogió los dedos con fuerza al apresar el anillo.

Asintió.

Lo miré alejarse. Al final, Hartford no era mío.

Dax tampoco. Me lo había dicho en el *pub*.

Pero yo seguía siendo suya.

Y no me parecía mal.

Por la noche, quedé con Lulu en el centro de estudiantes para cenar. Después, fuimos a la librería del Tiger, donde repusimos material de oficina y compramos los libros que todavía no habíamos adquirido.

—Mira, la zorra número uno de Whitman viene hacia nosotras —me advirtió Lulu dándome un codazo en el brazo mientras miraba la sección de libretas con espiral. Eva Maria pasó junto a nosotros con un grupo de incondicionales, todas vestidas con vaqueros ceñidos y camisetas de la fraternidad...

Eva Maria me recorrió con la mirada y luego la apartó; les dijo algo a sus amigas que hizo que clavaran los ojos en nosotras.

Lulu les hizo un corte de mangas.

—Para, Lu... —me reí.

Pero Eva Maria no pestañeó. Seguramente había visto cosas mucho peores de otras chicas que no la apreciaban. De pronto, se acercó a nosotras meneando las caderas y dejó atrás a sus amigas.

—Remi —me dijo antes de detenerse delante de nosotras.

—Sí, así me llamo —repuse.

—¿Qué coño quieres? —gruñó Lulu con los ojos brillantes.

Eva Maria soltó un suspiro mientras adoptaba una expresión de duda, como si no estuviera segura de cómo empezar.

—He estado recordando lo que ocurrió en primero. En realidad, he hablado con Dax, bueno, y me ha dicho que fuera sincera. De todas formas, quería que supieras que lamento lo que pasó. Dax no ha sido nunca mi novio, ni de ninguna chica, en realidad. Lo que te hice... Era una cría inmadura, me gusta pensar que ahora soy mejor persona.

—Ya, claro —murmuró Lulu.

—Shhh —intervine—, déjala hablar.

Eva Maria hizo una mueca.

—Con respecto a Dax, todo el mundo lo adora, en especial las chicas de la fraternidad. En realidad todo el campus bebe los vientos por él, pero nunca se ha comprometido con nadie. Sin embargo, el día que te fuiste, él estaba...

—¿Sí? —contuve la respiración.

—...diferente. —Suspiró, mirándome—. No volvimos a estar juntos después de aquello.

Se encogió de hombros y volvió con sus amigos.

—Zorra una vez, zorra siempre —comentó Lulu, mientras observaba al grupo de chicas que se paseaba por el campus como si fueran las dueñas del lugar.

—Guau... Eso ha sido... increíble —dije.

—No te lo habrás creído, ¿verdad? —La miré pensativa—. Fue una zorra contigo, Remi. No puedes olvidarlo.

—Y no lo olvidaré, pero aprecio sus palabras...—Me interrumpí para dar vueltas a una idea—. Es gracioso..., esa chica no importa nada, ya no. Es un grano de arena en la faz de la Tierra, y la veo como lo que es. Insegura, necesitada de apoyo. Dax nunca ha sentido nada por ella.

La mirada de Lulu se volvió más suave.

—¿Y por ti sí?

No pude responder a eso.

Llegó la noche sin que Dax regresara a casa. Lo esperé para hablar con él, pero a las dos de la madrugada me rendí, subí las escaleras y me dejé caer en la cama. Seguramente estaría en la residencia de los Tau..., con otra chica.

El martes me levanté al amanecer, esperando pillarlo antes de que se marchara, en el caso de que hubiera llegado después de que me acostara, pero no había señal de él. Me encontré el desayuno en la mesa de nuevo, lo que me indicaba que al menos había pasado por casa. Sin embargo, como estaba de mal humor, no miré qué había en la bolsa. Cogí una barrita energética y fui al coche.

Ese era el día más libre de la semana para mí, pues solo tenía dos clases, y después de terminar, me acerqué a la biblioteca con Lulu en busca de material para las clases de biología. Lulu se detuvo en la sección de moda, que estaba en la planta baja, mientras yo subía las escaleras.

Cuando había dado solo unos pasos, miré por uno de los pasillos y vi a Dax

al fondo, en una mesa de estudio con algunos compañeros. Tenían los libros abiertos y hablaban en voz baja mientras él escribía algo en la libreta con la cabeza inclinada.

No me parecía correcto molestarlo mientras estaba estudiando, pero me acerqué de todas formas.

Axel fue el primero que me vio al levantar la vista.

—Hola, Remi. ¿Qué tal? —Su tono era agradable, aunque muy alto, y tuve que contener una sonrisa; si seguía hablando a ese volumen, vendrían a reñirnos.

—Bien —repuse con los ojos clavados en Dax.

Por fin, él levantó la cabeza, lo mismo que las chicas que estaban con ellos, ambas de Tau, pero no eran de las peores. De hecho, tenía una clase con una y era bastante agradable e inteligente. Me recorrió una oleada de celos. Me puse la mochila al hombro.

Miré a Dax; estaba despeinado como si se hubiera pasado las manos por el pelo una docena de veces.

—Solo quería saludar. Anoche no te oí llegar.

Se recostó en la silla.

—Me quedé en la residencia de la fraternidad —explicó—. Ya sabes que lo bueno se cuece allí.

—¿Oh, una fiesta? —indagué, tratando de parecer despreocupada.

—Sí. Una pasada. Deberías haber ido.

Axel lo miró con rapidez, como si le sorprendiera su respuesta.

Las chicas hicieron lo mismo, pero luego se encogieron de hombros y se pusieron a escribir.

—No me invitó nadie —repuse.

Él se encogió de hombros.

—Es que solo podían asistir miembros de Tau.

Ah...

Pasaron unos segundos silenciosos, y me di cuenta de que aquello estaba pareciendo muy raro: yo allí quieta sin nadie que hablara.

—Estamos..., er... —intervino Axel—, estamos estudiando psicología: queremos llevar la materia al día para que luego no nos veamos desbordados.

—Oh, muy inteligente por vuestra parte —dije, mirando a otro lado. A donde fuera salvo a Dax. Estaba claro que él no me quería ahí.

Todos me miraron expectantes. Esperando.

«¿Tengo que decir algo yo ahora?».

No. No podía hacerlo. Ya no podía fingir con él. No ahora.

Renuncié a ello tragando saliva, me despedí con rapidez y hui.

Al llegar al final del pasillo, doblé la esquina y me apoyé contra una librería repleta de libros. Me había quedado sin aliento y no tenía ninguna razón para ello.

Dax me estaba rompiendo el corazón. El suyo tampoco estaba intacto, pero no podía ver lo mismo que yo. Y encontrarlo en una mesa con otras chicas, con las que obviamente estaba estudiando, me volvía loca. Era como volver a primero, solo que multiplicando las emociones por mil.

Me recompuse y bajé las escaleras para reunirme con Lulu. Al verla, me dejé caer a su lado en una silla con un gemido.

Me miró levantando la vista desde una revista.

—¿Qué te pasa? ¿Ya no te encanta mirar libros mohosos?

—Dax está ahí arriba.

—¿Y es un problema?

—Anoche no vino a casa a dormir, se quedó en una fiesta de Tau.

Hizo una mueca.

—Eso es lo que él hace, Remi. Lo conoces desde hace mucho tiempo.

Asentí.

—Sí.

Me puse a mirar el móvil.

—Oye, ¿nos vamos de aquí? Te invito a una cerveza en Cadillac's.

Arqueó las cejas.

—¿Un martes? Estará muerto.

—No, todavía es la primera semana de clases. Vamos, necesito oxigenarme un poco.

Cerró la revista de golpe.

—Mientras no te dé por tomar tequila, no hay problema.

El miércoles me desperté con resaca.

Me di una ducha larga, rezando para que el agua caliente hiciera magia.

Al bajar las escaleras, entré en la cocina todavía en pijama. Nada nuevo. Ningún vaso en el fregadero, ni platos en la encimera. Eché un vistazo a la habitación de Dax; la cama seguía intacta. Ninguna evidencia de que hubiera traído una compañera de cama.

Dax estuvo en clase de zoología, pero en vez de sentarse detrás de mí como el lunes, eligió un lugar junto a un par de chicas muy guapas. Me saludó de forma educada, lo que hizo que quisiera ponerme a gritar.

Salió pitando de la clase cuando el profesor se despidió, así que lo seguí hasta el pasillo.

—¿Dax?

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—Hola.

Su despreocupación no me engañó, llevaba puesta la coraza para protegerse.

—No has estado mucho en casa.

Se acercó un poco más con una expresión de preocupación.

—No te asustará estar allí sola, ¿verdad?

—No. —Me mordí la uña del pulgar.

—¿Qué te pasa? —preguntó mirándome a los ojos.

—Te echo de menos —lo dije con sinceridad, sin importarme nada más.

Él se quedó lívido.

—Por favor, no digas eso. No puedes.

Noté que se me calentaba la cara y cerré los ojos, rebuscando en mi interior un poco de fuerza para alejarme de él.

«¿Por qué sigues aquí, Remi? ¿Ya no tienes orgullo? ¿Cuánto tiempo te va a llevar pasar de él?».

La respuesta me quemó la cabeza, así de simple, como suele pasar con las cosas hermosas: lo amaba.

La vida no está compuesta de coincidencias, solo es el destino el que nos empujaba al uno hacia el otro.

Era mi imperfecta alma gemela, y cada pequeño hilo del universo había cosido mi corazón al suyo, uniéndonos, convirtiéndonos en algo que, en mi opinión, era perfecto.

Mi corazón roto lo sabía.

Mi cerebro racional lo sabía.

Y sospechaba que Dax lo sabía también.

Estaba loca por él, siempre lo había estado, y eso no iba a cambiar. Incluso mientras estaba con Hartford, una gran parte de mi corazón había sido de Dax. Sí, lo había ignorado durante tres años, empujándolo al fondo de mi mente, recordándome constantemente que me había hecho daño. Entonces

habíamos sido demasiado jóvenes; él no había estado preparado. Quizá todavía no lo estaba, pero ¿yo? Mi amor era salvaje, alocado, y tenía una malsana necesidad de él. Lo ansiaba en cuerpo, alma y mente. No querría seguir viviendo si él muriera. No podría seguir adelante si sabía que él no respiraba.

Era como si hubiera escondido en lo más profundo un pedazo de papel doblado y ahora que estaba abierto pudiera verlo todo con claridad. La verdad había estado delante de mis narices todo el tiempo.

Dax era mío. Yo era suya. Y nada podría cambiar eso.

Abrí los ojos al oír el sonido de un teléfono.

Era el de Dax.

No se había dado cuenta, pues tenía los ojos clavados en mi cara, como si lo que leyera en ella lo tuviera hipnotizado.

—Es tu teléfono —solté finalmente al notar el timbre que seguía saliendo de su mochila acompañado de una vibración.

Abrió la bolsa y miró dentro. Me observó de nuevo.

—Es Declan. Me está esperando en el gimnasio. Tengo que marcharme. — No parecía que quisiera irse, si me fiaba de la expresión desgarrada que había en su cara.

—Pues vete. —Me aparté el pelo de la cara y noté que abría mucho los ojos.

Dejó caer la mochila al suelo.

—¿Dónde está el anillo? —ladró.

—Se lo he devuelto a Hartford. Quería decírtelo..., pero no he encontrado el momento. Nunca estás en casa...

—Remi —dijo en un tono ronco y profundo—, ¿por qué no me lo has dicho, escrito... lo que fuera?

—Te lo estoy diciendo ahora. Aquí.

Respiró hondo con dificultad y tragó saliva, como si le costara formar las palabras.

—Esta noche... Esta noche iré a casa.

A eso de las dos, Malcolm me envió una foto por el móvil en la que aparecía él sosteniendo una lata de salsa de tomate.

«Quiero espaguetis. Mamá dice que me lleva si tú me traes de vuelta esta noche».

Sonreí.

«Los comimos hace unos días, ¿no te cansas?».

«Mira lo que tengo en la mano. ¿No te dice nada? Lo que me gusta me gusta».

«Lo que es seguro es que sabes cómo conseguir lo que quieres».

«Envíame una foto».

Me hice un *selfie* con los ojos bizcos y sacando la lengua.

«Te pareces a papá», aseguró.

Me reí.

«Nos vemos».

Mi madre y Malcolm llegaron a eso de las cuatro. Como ella no había visto todavía la casa, se la enseñé. Me preguntó por Dax, y le dije que rara vez estaba por allí. No sabía que Dax era el chico que me había hecho tanto daño en primero, y tampoco se lo dije. No había razón para ello.

Pero sí le hablé sobre Hartford. Soltó un suspiro al saber la noticia, pero lo aceptó cuando le prometí que podía organizarme una cita con el hijo de su jefe.

Me reí al pensarlo.

Cuando se fue a trabajar, Malcolm y yo echamos una partida rápida de Scrabble mientras se cocinaban la salsa y los espaguetis.

Dax entró poco después por la puerta trasera. Estaba sudoroso, llevaba pantalones cortos de deporte y una camiseta blanca. Era obvio que había estado haciendo ejercicio. Puso los ojos sobre mí y los clavó en mi mano izquierda sin anillo con una extraña intensidad en los ojos.

—Hola, colega —le dijo a Malcolm.

—¿Llevas el nombre de mi hermana tatuado en el pecho? —preguntó, inclinando la cabeza a un lado para mirar el torso de Dax.

Oh, no me había dado cuenta de que se podía ver parte de su tatuaje, estaba demasiado concentrada en el hecho de que estuviera allí.

«¿Habrás estado así en el gimnasio? ¿Lo habrá visto la gente?».

Me dio un vuelco el corazón.

Me puse a comprobar la pasta en la olla.

Malcolm se acercó a Dax para examinar mejor el diseño, observando la parte superior con la bandera y la inferior con mi nombre, que desaparecía

por debajo de la camiseta. A Dax no pareció importarle.

—¿Puedes quitarte la camiseta? —preguntó mi hermano.

Dax me miró antes de encogerse de hombros y quitarse la prenda.

Igual que en mi caso, la imagen rojiza del primer día se había curado, dejando una bandera de vibrantes colores y mi nombre con letras negras.

Clavé los ojos en los duros músculos de sus pectorales, en la piel bronceada de su *six pack*, en la profunda V de los oblicuos hacia las caderas. Parecía todavía más cachas que en Londres.

Malcolm me miró.

—¿Lo sabías?

—Ella también tiene uno —le dijo Dax, rodeando la isla de la cocina para coger una botella de agua de la nevera. Se la bebió con los ojos clavados en mí de tal forma que me hizo estremecerme.

Malcolm inclinó la cabeza a un lado, estudiándome, y luego examinó la cara de Dax.

—Ah, ya lo entiendo —comentó mi hermano con un destello de comprensión—. Os gustáis. Seguramente estéis teniendo sexo.

Dax escupió el agua y luego cogió un paño para limpiar el suelo de la cocina.

—Malcolm —dije con severidad—, ¿sabes cuando te digo que hay conversaciones que no son de tu incumbencia? Pues esta es una de ellas.

Dax se incorporó con el paño en la mano.

—¿Estás enfadado conmigo por decir cosas inapropiadas? —le preguntó a Dax con los hombros inclinados.

—No, colega. De eso nada.

Mi hermano asintió.

—Vale. Entonces, dime cómo se hace un tatuaje.

—Claro. —Se sentaron a la mesa mientras yo seguía frente a los fogones, escuchando la forma en que Dax describía el proceso, cuánto tardaba en curarse y si dolía. Malcolm tenía millones de preguntas, y Dax respondió a cada una de ellas, describiendo el lugar al que habíamos ido a hacer los nuestros y otros diseños que había visto en otra gente. Le reveló también su libélula, haciendo girar el bíceps para que Malcolm pudiera estudiarla a placer.

—A Remi le gustan los bichos que vuelan —lo informó, mirándome—. Trató de ganarme al Scrabble con «codornices», pero la vencí con

«yuxtaponamos».

—Buen trabajo —se rio Dax—. Una vez gané a mi hermano con «kanindeyuense». Afirmó que no era una palabra de verdad, así que fui a por el diccionario y se lo demostré. Al parecer, es el gentilicio de una tribu de Paraguay. Le gané, claro está, pero sigue sin creérselo. Ahora me niego a jugar con él, así puedo presumir de haber sido el último vencedor.

Malcolm se rio y se marchó a ver la tele mientras yo terminaba en la cocina.

—¿Te apetece comer con nosotros? —pregunté en el repentino silencio que cayó sobre nosotros.

Se acercó hasta detenerse a mi lado, y se apoyó en la encimera con los brazos cruzados. Me estudió con la misma atención de siempre.

—Deja de mirarme —le dije—. Me haces sentir paranoica, y resulta muy espeluznante.

Me di la vuelta y me arrinconó contra el mueble.

—¿Habéis terminado de verdad?

No tuve que preguntarle a qué se refería.

—Sí.

—¿Por qué? —Su voz era ronca. Le toqué los labios, deseándolos sobre los míos. Pasaron unos instantes en silencio.

—Remi, dilo —gimió—, por favor.

—Porque él no es tú. Te deseo.

Respiró bruscamente con una expresión de miedo.

—Remi, ¿no lo ves?, no me necesitas a mí. Sino a un tipo como él. No puedo ser lo que tú quieres, lo que pone tu lista. No tengo planes para después de la universidad. No soy un tipo responsable, vivo día a día, ¡joder!, ni siquiera sé si podré vender esta casa.

Lo miré con ternura.

—Para ti no tengo una lista. No necesito una, llenas todas mis expectativas, Dax.

Me soltó y recorrió la habitación moviendo las manos.

—Cada parte de mí quiere creer lo que dices. Nos he imaginado juntos un millón de veces, pero al final siempre acabas dejándome por alguien más cabal, como el puto Hartford. No puedo ver a alguien como yo... —Se interrumpió y soltó el aire—. Eres la única chica que se ha alejado de mí. La única. Te fuiste por la puerta de mi dormitorio de la residencia de la fraternidad y no volviste la vista atrás. Estabas embarazada y no me lo dijiste.

—Ya no somos esas personas —aseguré, mirándolo moverse.

Se acercó a mí con los ojos brillantes.

—La cuestión es que no creo que pueda dejar que te acerques a mí, Remi.

—Dax, por favor. —Su voz me rompía. No entendía nada.

—Desde que murió tu padre, has tenido muy claro el tipo de hombre que necesitas para ser feliz. Yo no soy así. —Hizo una pausa—. Y ahora, decides que me eliges a mí. No puedo aceptarlo. —Soltó al tiempo que recogía la camiseta de la encimera y se la volvía a poner—. Necesito un descanso de todo esto.

Me aferré al mostrador. ¿Necesitaba un *descanso*? La palabra resonó en mi cabeza. Dios, Hartford también había querido uno. Respiré hondo.

—Dax, no... —Se me quebró la voz y me interrumpí por miedo a llorar.

Su expresión mientras me miraba era desgarradora, sus ojos, vulnerables. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró de golpe.

—Tengo miedo, Remi. Estoy acojonado. Tú puedes hacerme daño.

Y se fue.

Me tuve que sujetar a la encimera mientras él salía por la puerta trasera.

Yo era libre, lo único que él debía hacer era reclamarme, pero no lo había hecho.

Malcolm entró despacio en la cocina y, por la expresión de su cara, sospeché que nos había escuchado. Me rodeó con los brazos.

—Remi, siempre me tendrás a mí. Incluso te dejaré ganar al Scrabble.

Lo abracé con fuerza.

25

REMI

No lo vi el jueves.

Lo ignoré en clase el viernes.

Aunque su aspecto era horrible, no me importó.

Me levanté de un salto para marcharme justo cuando terminaba la clase, decidida a no mirarlo. Pero lo hice, maldita sea, y tenía los ojos clavados en mí. Concentrados. Estudiando cada centímetro de mi cuerpo.

Después de clase, recibí una llamada de una Lulu emocionada, que me dijo que Carla, su compañera de habitación, había decidido irse a vivir con su novio, lo que me dejaba la opción de ponerme en contacto con el departamento de vivienda del campus y comprobar si podía ocupar su puesto. Llamé al instante, y fue coser y cantar.

Esa misma noche, Malcolm y Lulu vinieron a casa para ayudarme a recoger la ropa y otros artículos de primera necesidad. Me ocuparía de los muebles cuando tuviera más tiempo para ese trabajo pesado. Malcolm se había ofrecido para ayudar, y era fuerte, pero no estaba segura de que entre los tres pudiéramos hacerlo sin el equipo adecuado. Así que mudarse llevaría más tiempo.

—Podrías pedírselo a Hartford —sugirió Lulu, pero rechacé la idea. Habíamos roto, y pedirle favores de esa clase solo confundiría la situación.

Estaba decidida a hacerlo por mi cuenta.

—Menos mal que ya hay una cama en el dormitorio —comentó Lulu mientras agarraba el cabecero de la cama mirando a la cómoda.

—Sí. —Me limpié el sudor de la frente y me despegué la camiseta del pecho para soplarme la piel húmeda—. De todas formas, creo que podremos conseguir meter el escritorio en tu *pickup*. ¿Probamos?

La mesa estaba hecha con tableros de partículas de madera prensada, pero Malcolm insistió en que la bajaría él, así que nos apartamos de su camino cuando la levantó, y empezó a bajar las escaleras con cuidado mientras yo iba delante para que no tropezara.

Acabábamos de meter la última caja con mi ropa en la parte trasera de la *pickup* de Lulu cuando el coche de Dax se detuvo junto a la acera.

Se bajó de un salto y se acercó a nosotros.

—Oh, mierda —dijo Lulu—, ahí viene tu maldito problema británico como si fuera un obús. Y mira que es sexy, incluso cubierto de sudor. ¿Crees que es peligroso? ¿Me quedo o me voy?

—No me hará nada. Subid a la *pickup* y dadnos un minuto.

—Lástima que no tenga palomitas de maíz en la guantera. —Le hizo un gesto a Malcolm para que se sentara en el asiento del copiloto mientras ella se ponía detrás del volante. Los dos tenían los ojos fijos en mí.

—¿Qué está pasando? —Clavó los ojos en la parte trasera de la camioneta, como si tomara nota del contenido. Una vez más, acababa de salir del gimnasio: tenía una camiseta y unos pantalones cortos de deporte. El tatuaje quedaba a la vista, para que todo el mundo lo viera.

—Me mudo.

—¿A dónde?

—Dax, mira...

—¡Joder! —gritó—. Te vas con Hartford, ¿verdad?

—No. La compañera de Lulu se ha ido a vivir con su novio.

Se pasó la mano por el pelo al tiempo que cogía aire.

—Joder...

Solté un suspiro.

—Mira, Dax, apenas has pisado la casa en toda la semana. Me da la impresión de que yo soy lo único que te impide disfrutar algo de lo que deberías estar orgulloso. Acabas de comprar esta casa.

—Estoy aquí ahora.

—No como yo quiero —le dije con suavidad. Me dolía el corazón. Tomé aliento mientras él daba vueltas a mi alrededor, enfadado.

—¿Esto es todo? Sin ninguna advertencia, sin una nota ni una llamada. Ni siquiera un mensaje de texto. Huyes mientras no estoy.

Me froté la muñeca, aunque había guardado el brazalete.

—Pensaba dejarte una nota.

—¡No me importa una puta mierda una nota, Remi! Estás largándote. —Negó con la cabeza, con la voz quebrada—. Justo como dije que harías.

—No, no es así —susurré.

Lo estaba dejando para no volverme loca. Me sentía desquiciada sin él, dando vueltas por su casa mientras esperaba que apareciera, como si fuera un misterioso fantasma. Esta casa no era nada sin él. Y algún día... Algún día

vendría acompañado de una chica guapa, y yo perdería la cordura. Me quedaría destrozada.

Forcé la voz, tratando de controlar la emoción. Dios, me resultaba muy difícil alejarme de él, pero tenía que conservar algo de orgullo.

—Me aparto para que tengas un hogar. No podemos fingir que queremos cosas distintas. Algún día traerás a una chica a casa y...

—¡No he estado más que contigo desde que volví, joder! Contigo.

—¡Ni yo! —grité, clavándome las uñas en las palmas de las manos—. Solo te quiero a ti. ¿De verdad has pensado que podría acostarme con Hartford después de lo que hubo entre nosotros?

Su mirada se suavizó como la niebla por la mañana.

—Remi...

—Esto no me resulta fácil —susurré al notar que me debilitaba ante el sonido de su voz—. Me es casi imposible alejarme de ti, incluso aunque no eres mío de verdad. Y prefiero esperar a que averigües lo que necesitas saber, pero me duele, me rompe por dentro. Tengo el corazón roto. No... no puedo volver a pasar por lo mismo por lo que pasé en primero. No puedo ver cómo te vas de fiesta, cómo bebes y te tiras a chicas cuando estoy enamorada de ti. Siempre lo he estado, y tú... lo sabes —gemí. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y luché para contenerlas.

Cerró los ojos.

—Adiós, Dax. —Le toqué el brazo, y noté que se estremecía.

Abrió los ojos y me estudió, con los ojos clavados en mi cara.

—No pienso despedirme. No puedo.

Nos alejamos en silencio, mientras apretaba el puño contra la boca para no gritar.

Después de unos tensos momentos, Malcolm me cogió de la mano.

—Lamento que haya salido mal —dijo con sus grandes ojos fijos en mí.

—No pasa nada —repuse, apenas controlando mis emociones.

Me lanzó una mirada muy triste.

—Dax es un poco intenso, pero solo porque no sabe cómo decirte que te ama. No ha amado antes a una chica, creo. Así que tiene todas las ideas desordenadas. Me recuerda a los perros flacos del refugio, a los que tienen miedo de su propia sombra, pero quieren que los acaricies con todas sus fuerzas... —Hizo una pausa, pensativo—. No quiero decir que él sea un perro..., solo es una metáfora. Y creo que es muy buena. No está mal para un

tío autista como yo.

Le lancé una mirada acuosa y lo abracé.

—Eres increíble. —Me temblaba la voz.

—¿Estás bien? —preguntó Lulu.

—No lo sé, me duele haberlo dejado —susurré—. Mucho... —Me froté el pecho. Me sentía vacía, perdida... Muy perdida. Como si no supiera en qué dirección ir.

Cogí la almohada, que alguien había metido en el coche, y hundí la cara en ella.

«¿Cómo iba a vivir sin él?».

26

DAX

Remi se fue, y yo dejé que lo hiciera.

Envuelto en la bruma que provocaba mi dolor, entré en casa para darme una ducha y quitarme el sudor del gimnasio. Entre clases y antes y después de estudiar, había estado entrenando con Declan, y eso me ayudaba a centrarme. Por las noches, había dormido en un sofá plegable de la residencia Tau, tratando de controlarme. No había ido a fiestas, no había estado con otras chicas... Solo la quería a ella.

Estuve mucho tiempo en la ducha, con la espalda apoyada en la pared.

Sentía como si estuviera muriéndome.

Después de ducharme, me puse unos vaqueros, una camiseta de la hermandad y unas Converse. Nada demasiado ostentoso, ya que esa noche había una fiesta de otoño en la granja Mier, a unos cinco kilómetros de Whitman. La granja era de uno de nuestros hermanos de la fraternidad; se trataba de una celebración anual con una hoguera y un botellón bajo la luz de la luna con mucha cerveza... ¡Gracias a Dios!

Aunque no había hecho planes para ir, no pensaba quedarme en casa, llorando como una nenaza.

Una hora después, me desviaba hacia el camino de grava que llevaba al claro en medio de un campo. A un lado, cerca del arroyo, se alineaban los sauces llorones más grandes que hubiera visto nunca, y el resto del perímetro quedaba salpicado por pinos y robles.

Suspiré. Estar allí era una buena idea. Necesitaba estar rodeado de gente esta noche. De amigos.

Axel, Alexandria y Bettina estaban cerca de unos barriles, así que me dirigí hacia ellos. Cogí un vaso y lo llené.

«Y podré llenarlo muchas más veces», me dije.

Alguien subió el volumen de la música, y dio comienzo al baile, lo que me hizo recordar a Remi en Masquerade.

Bebí otra cerveza. Y otra.

Según se fue haciendo más tarde, se encendieron algunas linternas por la zona de la fiesta donde no estaba el fuego. También colocamos sillas

plegables en círculo para hacer algunos juegos de beber. Alexandria se plantó ante mí, me puso las manos en los muslos y subió los dedos por el interior de la pierna con atrevimiento.

No la aparté, pero tampoco la animé.

Me sentía vacío, no era nada sin Remi.

«Remi...».

Era lo único que tenía en la cabeza.

«¡Joder!». Me levanté. Tenía que salir de allí. Estar rodeado de gente no me estaba ayudando. Ni tampoco el alcohol. La necesitaba a ella. Remi lo era todo. Era mi vida.

Me llevé las manos a la cabeza. ¡Dios!, la iba a ir a buscar y le rogaría que volviera...

Las brillantes luces de unos faros iluminaron el claro cuando otro coche aparcó en la zona designada para tal efecto, cerca de la línea de árboles. Tenía que haber allí alrededor de cien personas, y llegarían todavía más antes de que terminara la noche.

Dos chicas más se añadieron al círculo de gente..., y no pude apartar la vista de una de ellas.

Me desequilibré, pero por suerte volví a caer en la silla.

Era Remi, con aquel vestido corto que había llevado en Masquerade y unos tacones de aguja. El modelo de color crema dejaba a la vista el tatuaje con mi nombre y parecía casi transparente con las luces desde detrás. Su pelo brillaba como si fuera de fuego, y llevaba las perlas alrededor del cuello.

Pero no se había puesto sujetador... ni bragas.

Alguien soltó un silbido.

Se me cayó la cerveza de la mano, y se derramó por el suelo.

Todos los que estaban jugando conmigo a «Yo nunca...» se quedaron callados; no supe si porque vieron que me quedaba lívido o porque estaba boquiabierto.

Me había convertido en una estatua, y ni siquiera podía moverme mientras la observaba desfilarse hacia mí. Noté que se tambaleaba un poco al pisar una piedra, pero finalmente se detuvo delante de Alexandria.

—Tú, te llames como te llames, arriba —ordenó.

—¿Perdón? No. No es tuyo. —Alexandria entrecerró los ojos al tiempo que lanzaba una risita tonta—. Espera un momento... ¿No eres su compañera de piso?

—Levántate —repitió Remi en el mismo tono autoritario—. Y sí, es mío. Y quita la mano de su pierna.

Alexandria me miró en busca de ayuda. Lo único que me salió fue encogerme de hombros, a mi manera. El corazón me latía tan fuerte que estaba volviéndome loco. Tenía la boca seca.

—Ella manda —logré decir por fin.

Alexandria se levantó con un resoplido y se pasó el pelo por encima del hombro.

—Genial. De todas formas eres un muermo.

Me eché a reír para aliviar la incomodidad; la idea de que yo fuera un muermo resultaba ridícula.

Remi se sentó entonces, cruzando las piernas para que nadie pudiera ver nada por debajo de su vestido.

—¿No crees que vas un poco desnuda? —pregunté secamente.

Sonrió, lo que hizo que viera el pequeño espacio que quedaba entre sus dientes delanteros.

—Pues tienes suerte de que me haya puesto algo.

Siseé.

—El objetivo era cabrearte.

Cerré los ojos.

—Pues está funcionando —gruñí.

Lulu se sentó al otro lado de ella, que había quedado libre cuando se había marchado Alexandria.

La conversación se avivó a nuestro alrededor, pero notaba que todo el mundo seguía pendiente de nosotros.

Sabía lo que estaban pensando.

«¡Esa chica está casi desnuda! ¿No es la prometida de Hartford? Acaba de reclamar a Dax Blay. ¿Ha llegado el fin del mundo?».

Me reí, notando que me bullía la cabeza, y no, no era por la cerveza.

Alguien les dio a las recién llegadas un vaso de cerveza, y volvimos a concentrarnos en el juego. Aparté la vista de Remi para mantenerla enfocada hacia delante. Quizá si no la miraba, todo esto tendría algo de sentido, porque en este momento, lo único que quería era levantarme y cargármela al hombro.

Nadie recordaba a quién le tocaba, así que Remi dijo que empezaría ella.

Me recosté en la silla mientras se levantaba. Era preciosa, incluso a pesar de que quisiera coger una manta y envolverse alrededor.

Levantó el vaso.

—Yo nunca... he tenido una aventura de una noche.

Todo el mundo se puso a murmurar, a reír o a tomar un sorbo de cerveza. Ella bebió, y yo también.

—¿Puedo seguir? —preguntó dulcemente. Por supuesto, todos estuvieron de acuerdo, los chicos sin poder apartar la vista de ella. Apreté los puños.

—Yo nunca... he tenido una aventura de una noche que acabó convirtiéndose en un rollo de tres días porque me enamoré de esa persona y no podía dejarla.

Alzó la copa y tomó otro sorbo. No fui consciente de quién lo hacía, porque solo tenía ojos para ella.

Bebí.

¡Dios!, la amaba. Profunda, intensa, completamente...

La vi sonreír a los presentes y hacer una pequeña reverencia.

—Gracias por dejarme participar en vuestro juego.

—A tu disposición —dijo uno de los chicos en un tono tan sugestivo que tuve que mandarlo al infierno con la mirada.

Me puse de pie.

—Es mi turno —anuncié. Estaba nervioso y me temblaban las manos.

«Es ahora o nunca, Dax. Dile lo que sientes. Aprovecha. Es tu oportunidad».

—Yo nunca... he sido consciente de que amaba tanto a alguien como para arrodillarme y rogarle que me perdonara por haber sido demasiado joven para saber que lo que teníamos era lo más hermoso del mundo y que solo tenía que olvidar mis miedos y amarla para siempre.

Me tragué el resto de la cerveza, estudiándola.

Cogió el vaso, lo levantó en un brindis mudo y tomó un sorbo.

Los presentes se callaron de nuevo y nos miraron.

¡Joder!, estábamos convirtiéndonos en un puto culebrón. Acababa de confesar mi amor por ella delante de toda la fraternidad y otras personas más que ni siquiera conocía.

Algo había estallado en mi mente, porque no, no habíamos terminado.

Miré a mi alrededor, a mis colegas de fraternidad.

—Y para que lo sepáis, esta chica —señalé a Remi— es mía. La amo, así que cuidado con los comentarios. —Me incliné hacia ella, apoyé las manos en los brazos de su silla, le levanté la barbilla y la besé. No fue un beso

frenético, pero mis labios y mi lengua le dijeron claramente que me las pagaría por haber aparecido con ese vestido.

Me senté de nuevo sin muchos aspavientos, luego subí los brazos y crucé los dedos a la altura de la nuca, relajándome. ¡Joder! Me sentía genial.

Noté que a Remi le brillaban los ojos mientras observaba cada uno de mis movimientos y clavaba los dientes en el labio inferior.

Pasaron unos minutos mientras el juego continuaba, pero yo me sentía eléctrico, preparado para estallar a la mínima. Esperando los problemas que iban a venir a continuación.

—Voy a por más cerveza, ¿quieres una? —le preguntó Remi a Lulu.

—No —repuso ella—. Mirarte a ti y a Dax ya es suficiente diversión para mí.

Remi se encogió de hombros y se internó en la oscura zona en la que estaba el barril de cerveza.

«¡Ve tras ella!».

La dejé alejarse quince metros antes de levantarme, con el pulso acelerado.

Corrí tras ella, que debió de oírme, porque se quitó los zapatos y corrió hacia el límite que marcaban los árboles.

Esquivó los coches aparcados a la velocidad del rayo, en zigzag, mientras se dirigía a los sauces llorones. Saltó un pequeño arroyo y aterrizó con un gruñido. Sus piernas quedaron ocultas por el follaje.

A ese ritmo, se mataría antes de que la alcanzara.

La luz de la hoguera y las linternas no llegaba tan lejos, por lo que cuando aparté las ramas para internarme en el bosque, me recibió la oscuridad. Lo único visible era un tenue contorno de ella al apretarse contra el tronco de un sauce. Los sonidos de las risas y la música de la fiesta quedaban ahogados, fuera del santuario que proporcionaba el árbol, pero yo solo oía su respiración.

Me acerqué a ella.

Gimió cuando le puse las manos en la clavícula y le acaricié la muñeca, tocando el brazalete.

—Pillada —dije. Le levanté las manos y las puse por encima de su cabeza, contra el árbol, con cuidado de no lastimarla.

—Pillada, sí —susurró ella, arqueándose hacia mí.

—Mmm... —Inhalé su aroma, pasándole la nariz por la garganta hasta la oreja—. Pueda verte o no, siempre buscaré tu olor. Cada vez que entro en una

panadería y me viene una bocanada de olor a azúcar, a donuts o a galletas, me pongo duro.

—Por eso me traes el desayuno.

La besé. Fue el mejor beso de mi vida. Mis labios jugaron con los de ella con lenta ternura, primero con pequeños roces y luego con caricias más profundas.

Mis besos bajaron por el cuello hasta la clavícula y el nacimiento de sus pechos. Dibujé su tatuaje con la lengua, trazando las líneas que formaban mi nombre mientras ella se retorció, intentando liberarse a medias cuando se sintió atrapada. Le mordí la tela del vestido, directo hacia sus pezones, y empapé el tejido hasta que pude percibir las puntas rosadas a través de él.

—Dax... —Se frotó contra mí—. Déjame tocarte —gimió con la voz llena de pasión.

—No. —Quería castigarla hasta que me rogara que le dejara hacer lo que quería.

Le retuve las muñecas con una mano y con la otra busqué la cremallera, para bajarla. El vestido cayó al suelo. Se había quedado desnuda, y caí sobre sus pechos frenéticamente, devorándolos con la lengua, los dientes, los labios...

—Ese puto vestido me ha puesto a cien —confesé contra su cuello antes de morderle el hombro.

Ella gritó de placer, y regresé a su boca.

—¿Es que quieres que nos oiga todo el mundo? —siseé entre besos.

—Me da igual —reconoció, y me chupó el labio inferior, capturándolo entre los dientes hasta que sentí una punzada de dolor. Gemí, encantado de lo bien que sabía lo que me gustaba. Quería que siguiera haciendo eso durante el resto de mi vida.

Le lamí la garganta.

—Voy a soltarte, y te quedarás ahí de pie, sin moverte.

—Vale.

Lentamente, le solté las manos, dejando que sus brazos colgaran a los lados. Me tomé un momento y se los besé, hasta los codos, hasta las palmas de las manos. Me arrodillé, le besé el estómago, le lamí la cadera.

Me vi inundado por las emociones: pesar, lujuria, amor... Amor verdadero.

—Lo siento mucho —dije contra su piel—. Siento no haber podido avanzar hacia ti cuando me dijiste en la cocina que habías terminado con Hartford.

Me aterroriza perderte, pero quiero intentarlo. Quiero ser tuyo, que seas mía. Quiero despertarme a tu lado, pegar la nariz a tu cuello y... simplemente inhalar tu esencia. Quiero abrazarte. Quiero llevarte a la cama cuando te duermas. Quiero besarte con una máscara, fingiendo que no nos conocemos. Quiero vivir contigo en mi casa. —Apreté la frente contra la suya—. Pero... no me hagas sufrir más.

Me levantó la cabeza para buscar mis ojos, y luego se arrodilló, sosteniéndome la mirada.

—No te haré daño nunca. Por eso he venido. Cuando me fui de tu casa, me di cuenta de que quizá tenía que ser yo la que luchara por ti con más fuerza si tú te rendías.

La besé.

—Estaba a punto de largarme, irte a buscar y llevarte de regreso a casa. No sabes lo que he sentido al ver que te marchabas... No puedo volver a perderte. Moriré sin ti —confesé, encerrando su rostro entre las manos—. Estamos destinados el uno al otro, Remi.

Le brillaron los ojos.

—El destino siempre lo tuvo claro. Hace tres años intentó juntarnos y fracasó. Lo volvió a intentar en Londres, sin conseguirlo. Pero aquí y ahora lo vamos a lograr.

Me besó y me acarició las mejillas antes de subir las manos y hundir los dedos en mi pelo.

Me estremecí contra ella.

—¡Dios, Remi, te amo! —Me fundí con su cuerpo.

—Te amo —susurró ella.

Nos besamos, nos rodeamos con los brazos; en ese momento, nada podría separarnos.

«Nunca podré dejarla marchar».

Le cogí la mano y tiré de ella para que se levantara.

—No me he podido olvidar de lo que hicimos en Londres, ni de lo de Cadillac's. Quiero poseerte en cuerpo y alma.

Se estremeció.

—Estoy preparada para ti.

Llevé las manos detrás de la cabeza y me quité la camiseta. Me deshice de los vaqueros y el calzado. Ella me miró con intensidad mientras me agachaba para coger un condón en la cartera, que deslicé por mi dura erección.

—Deja que sea yo el que apoye la espalda en el árbol —murmuré con una mirada ardiente.

—No sé si podré moverme —repuso—, creo que... es lo único que me sostiene.

—Amor, yo te sostendré.

La levanté y me apretó las piernas alrededor de la cintura, a horcajadas en mis caderas. Me apoyé contra el árbol y ella también puso allí los pies. Utilicé cada músculo de mi cuerpo, le ahuequé las manos sobre el trasero y penetré en su húmeda cavidad. Entré y retrocedí entre gemidos.

La miré mientras echaba la cabeza atrás, mientras se estremecía, ciñéndome con sus músculos internos.

Me hundí en ella sin piedad, despacio, acostumbrándome a la postura mientras me recreaba en su calor, y luego empecé a frotar su inflamado nudo con el glande.

—Sí, nena, sí... Podría estar así toda la noche.

—Por favor —susurró, aferrándose a mis hombros e inclinando la cabeza para chuparme el cuello—. Hasta el fondo, Dax.

Por fin, hundí la polla en su sexo hasta la empuñadura.

—¡Joder! —grité, olvidándome ya de la ternura y follándola con poderosos golpes, ajeno al árbol que me arañaba la espalda.

Le agarré las nalgas y la poseí. Gimió cuando ajusté el ángulo. Me temblaban los bíceps mientras intentaba apretarme contra la zona más sensible de su cuerpo.

Entonces, me tiró del pelo para que la besara.

—Sí, cariño —murmuré—. Apóyate tú también. Acércate a mi boca. —Se arqueó hacia mí y me lancé a por sus tetas, lamiéndole los pezones. Succionándolos... Mordiéndolos.

Nos devoramos el uno al otro. Nuestros cuerpos se sincronizaron, sabiendo de forma innata qué era lo que más gustaba al otro. Me resbalaban por la cara algunas gotas de sudor, y vi que ella también tenía la piel húmeda.

Era el mejor sexo de mi vida. Con Remi siempre había sido así.

Gritó cuando traspasó el borde; sus músculos palpitaron a mi alrededor y cerró las piernas con fuerza alrededor de mis caderas mientras era presa de las convulsiones del orgasmo.

No me detuve.

Con la boca sobre la suya, me deslicé por el tronco hasta que estuvimos

tumbados en la hierba. Entonces se montó sobre mí. Aproveché el momento para lamerle las perlas.

—Haz que me corra.

Me lanzó una mirada apasionada y me hundió en su interior hasta el fondo. Nuestros ojos se encontraron al tiempo que nos movíamos al unísono.

Suave, lento, tierno...

Le acuné la cara entre las manos, con el corazón rebosante de amor.

—He soñado con que estuviéramos juntos durante mucho tiempo. Solo que no sabía cómo decírtelo... No lo sabía.

Se inclinó para besarme con una expresión de intenso amor. Le pasé los dedos por la columna.

«Es mía. Mi hermosa Remi».

—Venga, déjame a mí —dije finalmente cuando noté que se cansaba. Me hice cargo de los movimientos duros, levantándole las caderas para llevarla donde quería.

Siseé mientras me movía en su interior, mi piel contra la suya, presionando la base de la polla contra su clítoris.

—Dax... —gimió.

Estaba a punto.

Preso de una intensa necesidad, le tiré del pelo hacia atrás, haciendo que el arco de su cuello se convirtiera en mi faro mientras lo chupaba con fuerza. Sí... Así... Me impulsé con un ritmo constante, me clavé en ella sin piedad, sin retirar la boca de su piel. Jamás me cansaría de ella. Nunca.

Los sonidos de aquel sexo salvaje y descontrolado me volvieron loco, y una sensación empezó a bullir en la base de mi columna, haciendo que mis envites fueran más rápidos.

—¡Dax, sí, por favor! —gritó, como si mi nombre fuera una bendición. Me clavó las uñas en los hombros, apretándome hacia ella, aunque ya no podíamos acercarnos más.

Aulló al alcanzar el orgasmo otra vez, capturándome en su interior. Le dije que la amaba, se lo susurré contra el hombro y me corrí justo después, gritando en la oscuridad de la noche. Tenía el corazón acelerado. ¡Joder! ¿Siempre sería así de ardiente entre nosotros? Sospechaba que sí.

Sin poder controlar los jadeos, le aparté el pelo de la cara.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—No —murmuró ella.

Unos minutos después, me arrastré en busca de nuestra ropa y la extendí sobre la hierba. La puse encima como si fuera algo frágil para tenderme a su lado y abrazarla.

Noté que lloraba por lo bajo, lágrimas de felicidad, mientras la sostenía. Las emociones hacían mella también en mí. Le pasé los dedos por el brazo al tiempo que ella dibujaba el tatuaje de mi torso.

—Es la mejor noche de mi vida —confesé algo después, contra su cabello—. Y se lo debemos al destino.

—Y al tequila —me recordó con una sonrisa.

Me reí, apretando los brazos a su alrededor. Giré con ella hasta que quedó acostada sobre mí, con la cabeza apoyada en mi pecho.

Era mi luz, mi aliento. Era mi Julieta.

Solo que nosotros tendríamos un final feliz. Me aseguraría de ello.

REMI

A la mañana siguiente, volvimos la cara hacia el sol que brillaba entre las ramas, gruesas y llenas de hojas. Era nuestro refugio privado.

—¿Se ha marchado todo el mundo? —murmuré.

Se apartó, se levantó y se acercó para vislumbrar entre el follaje. Me mordí los labios al ver las manchas rojas que aparecían en la parte de atrás de sus anchos y musculosos hombros. En su culo perfecto.

«¿Cómo voy a satisfacer a un hombre así?».

Sonreí para mis adentros. Se me ocurrían algunas formas...

Se dio la vuelta, vio mi sonrisa y me la devolvió.

Me amaba.

Quería que estuviéramos juntos.

—Todavía hay algunos coches y una par de personas vigilando que el fuego se apague bien.

—¿Se ha ido Lulu?

—¿Qué más te da? Te vas a ir de aquí conmigo.

Puse los ojos en blanco.

—Lo sé, pero solo quiero ver cómo está.

Se asomó de nuevo y se volvió hacia mí.

—No veo la *pickup*..., lo que me recuerda que... Deja que me vista y vaya al coche un momento. Tengo algo para ti.

«¿Qué?».

Había hecho ya mucho por mí. Rescatarme en Londres, casarnos en broma para hacerme reír, dejarme vivir con él aunque los dos sabíamos que era una mala idea, recuperar mi brazalete...

—Vale, pero sé rápido. Me siento sola. —Arqueé las cejas, haciendo que se riera entre dientes.

—Nena, tengo la espalda y el trasero llenos de arañazos: la próxima vez lo haremos en una cama mullida, sin árboles ni piedras que me ataquen. —Curvó los labios en una sonrisa arrogante—. Pero si insistes..., no pienso decir que no.

Hice un gesto para que se marchara, así que se vistió y calzó antes de salir

entre las hojas frondosas, para alejarse corriendo. Cuando llegó al coche, cogió una mochila y regresó.

Al volver a adentrarse debajo del sauce llorón, sacó una camiseta del Front Street Gym y unos pantalones cortos de deporte.

—Ponte esto.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? Tengo el vestido.

—¿De verdad quieres volver a ponerte un vestido que no deja nada a la imaginación y unos zapatos que te resultan incómodos?

Me atravesó una oleada de calor.

Lo cierto era que no me gustaba llevar esos zapatos y que no me apetecía mucho volver a ponerme el vestido a la luz del día, solo había sido un arma para cabrearlo.

—Ponte esta ropa, por favor —murmuró en voz baja, con una mirada vulnerable que contrastaba con su actitud, normalmente dominante.

Me ayudó a ponerme la camiseta y, gracias a Dios, los pantalones tenían un cordón para poder ajustarlos.

—No tengo casa...

—Tienes una. La mía. —Sacó las perlas de debajo de la camiseta y las dejó sobre mi pecho.

Suspiré mientras le retiraba el pelo de la cara.

—Dime, ¿cómo has llegado a darte cuenta de que me amabas?

Me miró fijamente.

—Cuando me abriste la puerta en la residencia de los Tau, estuve perdido. Cuando me enteré de que te habías comprometido con Hartford, supe que realmente estaba perdido. —Se interrumpió y cerró los ojos. Los abrió de nuevo—. La noche que me besaste en Masquerade, y reconocí tu aroma, el sabor de tus labios y lo bien que encajabas entre mis brazos al instante, supe que eras la única chica que deseaba. Lo que pasa es que soy idiota, y no he sabido hacer bien las cosas.

—Ahora lo estás haciendo muy bien, Rey del sexo —murmuré, bajándole los dedos por el pecho hasta la dura erección que albergaban sus vaqueros.

—No empieces algo que no puedas terminar —gimió.

—Oh, yo puedo terminarlo. Es tu espalda la que no lo soportaría.

Se rio, recogió mi vestido y nos fuimos al Range Rover. En el último momento, giró hacia el lugar donde algunos Tau seguían junto al fuego.

Parecía como si acabaran de despertarse, al menos a juzgar por los sacos de dormir esparcidos por el campo.

Dax los saludó, hizo algunas señas con la mano y fue directo hacia el fuego. Pensaba que nos marchábamos...

«Pero ¿qué está haciendo...?».

Sostuvo el vestido sobre las llamas.

—Dax Winston Blay, como dejes caer el vestido, te meterás en un lío — dije en voz alta.

Bajó la mirada hacia mí.

—Conseguiré que me perdones enseguida.

—No lo hagas, por favor —gruñí.

Vi la sonrisa que jugueteaba en la comisura de sus labios.

—Dame una buena razón.

—Te prometo... —tanteé, mordiéndome el labio—, te prometo que me lo pondré solo para ti. Para nadie más.

Retiró lentamente la mano del fuego.

—¿Me lo prometes?

—Sí. —Y agarrando el vestido, corrí hacia el coche llamándolo por encima del hombro—. A menos que me cabrees mucho y tenga que darte otra lección.

Me reí mientras me apresuraba más, un poco asustada para mis adentros al ver su cara. Me fulminó con la mirada, pero debía decir a su favor, que me dio unos momentos antes de perseguirme. Cuando me alcanzó, me cogió entre sus brazos, haciéndome gritar, y me llevó así hasta el Range Rover, besándome todo el camino.

Suspiré; la felicidad hacía que bullera por dentro.

Mi señor Macizo... Era mío, y yo era suya.

EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS

Dax entró en Masquerade alrededor de las diez. La máscara de dominó negra se ajustaba a la perfección a los planos cincelados de su rostro. Declan lo acompañaba. Los dos llevaban vaqueros de marca con la cintura baja y se movían con esa actitud suya de «soy el Rey del sexo». A primera vista era casi imposible distinguirlos, pero su hermano era un poco más corpulento y los tatuajes eran distintos.

Los observé desde la barra, donde estaba sentada, e incluso con la pista de baile abarrotada separándonos, supe al instante cuál era el mío.

Sonreí antes de tomar otro trago de tequila.

Todavía no me había visto, y giraba la cabeza buscándome entre la multitud.

Declan también miraba a todos lados, con los brazos cruzados y una expresión inescrutable en sus hermosos rasgos. Era un tipo duro, un protector.

Me incliné hacia Elizabeth, que estaba sentada a mi lado, en un taburete.

—Nuestros chicos han llegado ya, pero todavía no nos han visto. —Sonrió, curvando los labios rosados mientras seguía mi mirada hacia el vestíbulo del club—. Y mira, todas las mujeres les tiran los tejos —constató con una risita.

Cierto, un montón de chicas se los señalaban a sus amigas entre risitas tontas.

No era algo que nos preocupara.

Ellos solo tenían ojos para nosotras.

Me di la vuelta para pedir otra lima, dándole la espalda a la puerta. Iba a dejarles tiempo para que nos encontraran. Además, necesitaba otro trago.

La emoción me embargó al pensar en lo difícil que les sería buscarnos, en especial porque habíamos elegido las máscaras más grandes que había, con muchas plumas y flecos. Además, nos habíamos recogido el pelo, aunque dejamos sueltos algunos mechones... Sí, me había crecido lo suficiente como para que quedara bien.

Dado que habíamos tenido un día de chicas, habíamos ido de compras y habíamos comprado unos vestidos nuevos preciosos. El mío era ceñido y negro, lo que hacía un contraste fabuloso con mi pelo rojo, y Elizabeth había

elegido uno blanco.

Incluso me había puesto tacones.

«Lo sé... Increíble».

Hicimos una seña al camarero.

Los cuatro habíamos llegado a Londres hacía unos días por tres razones. Primero, estábamos celebrando que el atacante de Elizabeth, Colby, se había declarado culpable de un cargo de asesinato en primer grado en lugar de defenderse de los dos cargos en su contra. La sentencia había sido de cadena perpetua, aunque cabía la posibilidad de libertad condicional más adelante. Todo se había resuelto de forma satisfactoria, y Declan estaba satisfecho. Le gustaba decir que si Colby llegaba a salir, lo mataría, pero yo pensaba que Elizabeth lo había domesticado un poco.

La segunda razón era que Dax y yo nos habíamos graduado el semestre pasado. Él incluso había sacado una buena media, fruto de mucho estudio y de pasar casi todo el tiempo a solas conmigo. Principalmente nos gustaba estudiar en la cama, aunque el enfoque no era siempre la materia universitaria. Sus planes —sí, lo había ayudado con eso— era obtener un título de agente inmobiliario este mismo año.

El mercado de la compraventa de casas le estaba funcionando bien. Vendió la primera después de haber vivido allí durante seis meses, y compró con rapidez dos propiedades más. Yo puse en marcha un canal de YouTube para ello, donde Dax hacía visitas virtuales a las dos casas y hablaba de las reformas que se habían llevado a cabo. Yo también aparecía con algún vídeo sobre aves, el Trivial Pursuit de los 80, tatuajes y cualquier otra cosa que hiciera reír a la gente. Los seguidores, que se contaban por millones, los veían una y otra vez. Nos adoraban, sobre todo porque él era guapísimo y porque tenía ese acento británico tan sexy. Incluso se había puesto en contacto con nosotros un canal de televisión, preguntándonos si nos interesaría filmar un episodio piloto en Raleigh sobre el auge de la remodelación de las casas antiguas en el sur.

Con respecto a mí, me estaba tomando el posgrado con calma. Me había apuntado a algunos cursos *online* de Duke, y por ahora, todo iba sobre ruedas. Me negaba a tomar decisiones apresuradas, pero tampoco planificaba cada detalle. Malcolm seguía viniendo a veces con nosotros, y se llevaba magníficamente con Dax. Se adoraban, y yo daba gracias todos los días por ello, todavía pasmada de que el destino me hubiera unido a Dax. Era mi alma

gemela.

Quince minutos después, todavía no nos habían localizado, y sentí la tentación de darme la vuelta y tomar contacto visual, pero sabía que a Dax le gustaban este tipo de situaciones.

Él sabía que estaba en Masquerade, y parte de la diversión era el tiempo que pasaba buscándome. Creaba cierta anticipación.

Elizabeth, que tenía muchas ganas de visitar el cuarto de baño, se rindió finalmente y se fue a hacer pis, por lo que me quedé sola.

Jugué con el vaso del chupito, pasando los dedos por el borde.

Si Dax no me había encontrado todavía cuando ella regresara, quizá debía ir a buscarlo.

En ese momento me posaron unas cálidas manos en los hombros desnudos.

—¿Quieres bailar, cariño? —me susurró al oído una voz acerada.

Me puse rígida, pero no me di la vuelta.

—No, gracias. Estoy esperando a alguien.

No se fue, y estaba tan cerca de mí que podía olerlo y sentir el calor que emanaba de su piel.

Noté su aliento en el cuello mientras trazaba suavemente con el dedo el tatuaje negro de unos pájaros en vuelo que me había hecho hacía unos meses en honor a mi padre.

—Me gustan los pájaros. ¿Significan que eres tan salvaje y libre como ellos?

Suspiré y me di la vuelta hacia él.

—Soy tan salvaje que no podrías seguirme el ritmo —le dije, mirándolo fijamente—. Se necesita un hombre de verdad para satisfacerme. ¿Eres tú?

Se inclinó, acercándose más, y sus enormes hombros me obligaron a sentarme mejor en el taburete para no caerme. Con un suave roce, pasó el dedo por las perlas, dejándolas caer de nuevo en mi escote. Se me puso la piel de gallina.

—En realidad, eres preciosa —susurró, clavando una mirada ardiente en mi vestido palabra de honor.

Sonreí.

—Se necesita mucho más que ese «en realidad» con altanero acento inglés para hacerme bailar.

—Entonces, ¿qué tal un beso?

Parpadeé.

—No pierdes el tiempo, ¿verdad?

Entrecerró los ojos, lo que hizo que me pusiera nerviosa. ¿Estaba excitado? No lo sabía.

Miré por encima de su hombro, fijándome en algunas caras al azar.

—¿A quién buscas? —me preguntó, cogiendo la botella de tequila de la barra para echarle un vistazo.

Sonreí.

—Al chico más guapo que hay aquí, al que está como un queso.

Echó la cabeza atrás y se echó a reír. Lo observé fascinada mientras llenaba mi vaso de chupito y se lo bebía de un sorbo.

¿A qué estaba jugando?

En ese momento comenzó a sonar *Iris*, de The Goo Goo Dolls, y recordé que era la canción que había bailado con Dax un año antes. Me acordé de lo que había ocurrido entonces.

—¿Te gusta esta canción? —Me miró fijamente, buscando mis ojos, ocultos detrás de la máscara.

—Sí.

El silencio cayó entre nosotros, espeso y pesado. Me sentía ansiosa.

Y a juzgar por la forma en que subía y bajaba su pecho, él también. Noté que le palpitaba un músculo en la mejilla, lo que hizo que me costara mantener el control.

Él habló primero.

—¿Vas a ceder? —gruñó Dax por fin, con un aire dominante en su voz.

—No —logré decir, aunque solo quería caer de rodillas ante él.

—¿Quieres que baile con otra?

—No lo harás —aseguré con suavidad.

—Mierda. Tienes razón.

Fingí ignorarlo, me serví otro chupito y me lo bebí de un sorbo mientras él me estudiaba con una expresión hambrienta y vulnerable en los ojos.

Una que conocía muy bien.

Estaba a punto. Se contenía a duras penas.

Y yo también, pero seguí adelante, como cualquier buen jugador que participara en una apuesta.

«¿Me besaría antes él o lo haría yo?».

Sí, me había puesto al tanto de su apuesta con Spider, y habíamos decidido que esa noche pondríamos en escena nuestra propia versión.

—Levántate de ahí —ordenó.

—¿Por favor?

—Por favor —convino con un suspiro.

Me levanté y nos quedamos frente a frente delante de la barra. Algunos clientes cercanos notaron la tensión que había entre nosotros y nos miraron, aunque luego apartaron la vista.

Me llevé la hebra de perlas a la boca y las moví entre los dientes, chupándolas.

—Lástima que no sea tu boca —lo provoqué.

Impulsó las caderas hacia delante con un gemido y me apretó contra la barra. Debería haber sentido claustrofobia con la barra detrás, él delante y todo el mundo mirándonos. Pero no fue así.

Era él. Era yo... Y esto era lo que nos gustaba.

—Quieres matarme... —aseguró con la voz entrecortada y los labios peligrosamente cerca de los míos.

Le puse la mano en el cuello y le bajé la cabeza hasta que nuestras frentes quedaron en contacto.

—Si me besas primero y me dejas ganar la apuesta, te prometo que bailaré contigo nuestra canción.

Vaciló.

—¿Podremos hacerlo como la última vez?

Me mordí el labio, pero no pude reprimir una sonrisa.

—Quizá...

—Vale, nena —susurró—. Tú ganas. —Se apoderó de mi boca lentamente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si no nos estuvieran mirando. Y me perdí en él, igual que siempre.

—Te amo —me dijo al oído cuando nos separamos.

Me derretí contra él, aferrándome a sus hombros.

—Yo también te quiero.

Dio un paso atrás y me sacó a la pista de baile. Una vez allí, vi que Declan y Elizabeth se habían encontrado también al mismo tiempo que Dax había dado conmigo. Ya estaban bailando, envuelto uno en los brazos del otro. Los saludé con una mano, pero no se dieron cuenta, demasiado concentrados en ellos mismos.

Dax me acercó a su pecho y me acarició la cara, casi con reverencia.

—Hace casi un año que caíste en mi regazo, y ahora no me puedo imaginar

un día sin ti.

Sonreí con certeza...

Romeo y Julieta podían haber sido amantes separados por el destino, pero no era nuestro caso.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —le aseguré mientras me besaba.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las magníficas personas del mundo *indie* que han hecho posible este viaje. A todas ellas, mi gratitud: quiero que sepan que esta no disminuye según avanza la lista siguiente.

Antes de nada, este libro fue escrito solo porque me lo exigieron mis lectores, y, por ello, les estaré profundamente agradecida. Ni siquiera me había dado cuenta de que Dax tenía una historia que contar hasta que ellos me lo dijeron. Escribirla me resultó muy difícil porque adoraba a Declan, pero en cuanto descubrí quién era Dax y qué lo impulsaba, me rendí a sus encantos. Espero que os haya ocurrido lo mismo.

Gracias a mi marido, que me ha apoyado en cada paso del camino. Ya sabes, cariño: tú y yo, unidos contra el mundo.

A la autora Lisa N. Paul, gracias por todas las risas y quedadas virtuales para comer, pero, sobre todo, gracias por ser mi amiga y estar a mi lado todos los días. «Vamos a fumar».

A la autora Tia Louise, mi gemela, mi compañera de firmas, gracias por tu amistad, consejos y apoyo. No puedo imaginar un unicornio sin pensar en ti. Algún día, amiga mía, montaremos juntas en uno.

¡A todas las chicas de FTN! Os aprecio a todas y a cada una. Gracias por hacerme reír todos los días.

A las chicas de Tribe, que me han animado y empujado. Somos amigas desde hace poco tiempo, pero ya os quiero. Estoy aquí para vosotras; lo único que tenéis que hacer es silbar. ¡Un beso!

A Rachel Skinner, de Romance Refined, mi valiente e impresionante editora, que es muy dura con los contenidos de mis manuscritos, justo como necesito. A Katherine Trail, de KT Editing, por la rapidez a la hora de editar el texto.

A Jimmy y Jenn Beckham, Pam Huff y Julie Deaton, gracias por la corrección y por ayudarme a pulir la narración.

A Christiane Borfgord, de Perfectly Publishable, por hacer un trabajo estupendo con la maquetación.

A Miranda Arnold, de Red Cheeks Reads: mi maravillosa ayudante. ¡Holla! ¡Ja, ja! Es una pasada que conectemos tanto justo por lo mucho que nos gustan a las dos las gamberradas... Gracias por estar ahí para mí, juntas hasta

el final, querida.

A las administradoras de Racy Readers: Erin Fisher, Tina Morgan, Elizabeth Thiele, Miranda Arnold, Stacey Nickelson, Sarah Griffin, Heather Wish, Lexy Stories, Pam Huff y Suzette Salinas. Mis queridas damas, sois las responsables del gran grupo de lectores que tenemos. Es uno de los mejores de todos los tiempos, y agradezco su apoyo, sus ideas y su amor constantes.

Para las damas de The Rock Stars of Romance, que respondieron sin cansarse a todas mis preguntas y consejo: Lisa y Milas..., ¡sois las mejores!

Y a mi grupo de lectores Ilsa's Racy: puede que estéis los últimos en la lista, pero es lo mejor. Me ayudasteis a levantarme cuando me tumbaron y me hicisteis reír cuando más lo necesitaba. Gracias a todos por cada puntuación y comentario que publicasteis. Gracias por compartir una parte de vosotros en nuestro grupo.

Querido lector:

Estar en contacto contigo es muy importante para mí. Sinceramente, me encanta hablar sobre mis personajes como si fueran personas reales: a fin de cuentas, están en mi cabeza. Así que, por favor, escíbeme lo que quieras a mi web o en Facebook. Las reseñas de los libros son el alimento para los autores *indies* como yo, y no te haces a la idea de lo que valoramos cada una de ellas. Si tienes tiempo, te agradecería y me encantaría que hicieras una reseña sincera. Gracias por formar parte de mi mundo ficticio.

Ilsa Madden-Mills

CONTENIDO EXTRA

·BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

·OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA
EN PÀMIES

(Disponibles en papel y en digital. En todas las librerías y grandes superficies y en todas las plataformas digitales).

Más info, en el código:



BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Los libros de Ilsa Madden-Mills han aparecido periódicamente en las listas de novelas más vendidas de *The Wall Street Journal*, de *The New York Times* y de *USA Today*. Le gusta que sus heroínas sean fuertes y sus héroes, hombres poderosos y atractivos que muchas veces solo merecen un buen bofetón. Es conocida por sus melodramáticos y divertidos romances del género New Adult que transcurren en el ámbito universitario.

Como exprofesora de inglés y bibliotecaria de un instituto, adora todo lo relativo a *Orgullo y prejuicio*, y el señor Darcy es su protagonista ideal.

Amo los unicornios, el café con espuma y las *Crónicas vampíricas*, así como cualquier libro en el que las mujeres manejen la espada.

En 2018 publicamos su primera novela, *El inglés*, que fue un enorme éxito de crítica y ventas.



www.ilsamadenmills.com



Twitter



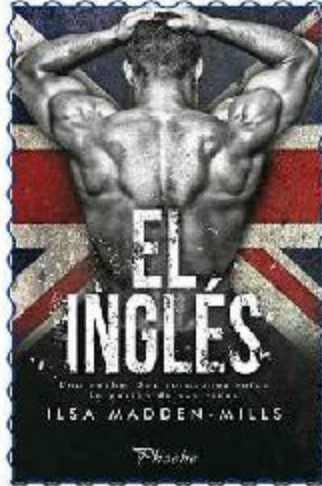
Facebook



Instagram

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

EL INGLÉS



Un luchador con cicatrices.

Una chica con normas.

Una pasión desenfrenada.

Hay tres cosas muy evidentes sobre Elizabeth Bennet: es muy inteligente, siempre mantiene el control y su vida está basada en un conjunto de normas cuidadosamente elaborado. Ha aprendido de la manera más difícil que la gente a la que ama siempre acaba haciéndole daño.

Pero entonces aparece Declan Blay, el nuevo vecino de su bloque de apartamentos.

Declan es británico, experto en artes marciales y el chico malo del campus al que se supone que Elizabeth debe evitar, pero cuando lo conoce en una fiesta universitaria, todas las reglas que ella tiene sobre el sexo y el amor se desvanecen.

Después de pasar una noche de pasión desenfrenada, él anhela algo más: tras la delgada pared que separa sus dormitorios, Declan sueña con que la vulnerable chica de al lado sea suya para siempre.

Una moderna historia de amor inspirada en *Orgullo y prejuicio*.

Captura en el código
los primeros capítulos de
El inglés



*"No puedes odiar
a tu primer amor".*

**EL OTRO INGLÉS
ILSA MADDEN MILLS**

